

9

2 e 1

LA PROPUESTA EUROCOMUNISTA: CONTINUIDAD Y RUPTURA
EN LA ESTRATEGIA DE TRANSICION AL SOCIALISMO

TESIS PARA OBTENER EL TITULO DE LA LICENCIATURA
EN RELACIONES INTERNACIONALES

CARLOS MARINO NAVARRO FIERRO

E. N. E. P. - ACATLAN

1 9 9 0

TESIS CON
FOLIA DE ORIGEN



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

INTRODUCCION.

I.	RAICES DE LAS DIVERGENCIAS EN LA TEORIA MARXISTA. DE SU SURGIMIENTO A LA REVOLUCION RUSA.	19
1.	LA INNOVACION DE MARX.	23
2.	REFORMA Y REVOLUCION.	29
3.	PARTIDO Y MASAS.	33
4.	LA REVOLUCION RUSA.	41
II.	EL LIDERAZGO SOVIETICO: MONOLITISMO E INTEGRIS- MO IDEOLOGICO EN EL MOVIMIENTO COMUNISTA INTERNA CIONAL.	63
1.	LA REFUNCIONALIZACION DEL INTERNACIONALISMO PROLETARIO.	63
2.	LA ALIANZA ANTIFACISTA Y EL "GLACIS" SOVIETICO.	75
3.	REVOLUCION EN OCCIDENTE.	83
4.	EL KOMINTERN. PRELUDIO DE LOS CISMAS EN EL MOVIMIENTO COMUNISTA.	93
5.	EL PRIMER CISMA: YUGOSLAVIA.	97
6.	XX CONGRESO DEL PCUS.	103
III.	LA CRISIS DEL LIDERAZGO SOVIETICO.	111
1.	UN PRIMER IMPULSO DIRIGIDO. EL GIRO DE SALERNO.	113
2.	LA CRITICA ITALIANA DEL STALINISMO.	117
3.	LA REVOLUCION HUNGARA.	118
4.	VII CONGRESO DEL PCI.	122
5.	EL CONFLICTO CHINO-SOVIETICO.	124
6.	LA CONTROVERSIA CHINO-ITALIANA. EL MEMORIAL DE YALTA.	136
7.	LA PRIMAVERA DE PRAGA Y LA DOCTRINA BREZHNEV.	146
8.	LA CONFERENCIA MUNDIAL DE 1969.	153

IV. LA PROPUESTA EUROCOMUNISTA.	158
1. EL ORIGEN DEL TERMINO.	158
2. EL CONTEXTO.	167
3. EL CONTENIDO.	182
4. LAS REACCIONES.	188
5. UN BALANCE	215
- EL CASO ITALIANO.	215
- EL CASO FRANCES.	221
- EL CASO ESPAÑOL.	226
CONCLUSIONES.	235
CITAS BIBLIOGRAFICAS.	244
BIBLIOGRAFIA	269

INTRODUCCION

A mediados de la década de los setentas, en tres de los partidos comunistas más poderosos e influyentes de Europa Occidental, el italiano (PCI), el francés (PCF) y el español (PCE), se produjeron una serie de convergencias teóricas y programáticas que tuvieron como propósito compartido formular una estrategia de transición democrática al socialismo que respondiera a las exigencias y condiciones de los países capitalistas desarrollados (1).

La emergencia de una crisis económica internacional sin precedente desde la segunda posguerra, tras la que subyace y pronto se pone al descubierto la crisis del Estado de Bienestar (2); las primeras reflexiones teóricas y políticas sobre la aún reciente "derrota" de la experiencia chilena de transición al socialismo (3) y; las fundadas expectativas de que el PCI, y en menor medida el PCF, estuvieran en condiciones de acceder al poder en un gobierno de coalición (4), son sin duda algunos de los factores determinantes no sólo del contexto en que surgió este movimiento, sino, además, elementos que daban cuenta de la magnitud de los desafíos que enfrentaba.

Hay además un propósito implícito que resultó no menos determinante para la configuración de esta estrategia: revalorar y relegitimar la idea socialista ante su "tragedia histórica", esto es, recuperar la credibilidad y confianza en el socialismo como organización social superior después y como consecuencia de su "perversión en una nueva ideología de dominación en las sociedades del Este" (5).

El contenido y orientación de las propuestas fundamentales para el diseño de esta estrategia implicaron, sin embargo, una relectura y reinterpretación de algunos puntos cruciales de la teoría marxista (de la ortodoxia y dogma "custodiados" sobre todo por el PCUS), que desencadenaron encendidas controversias y acres cuestionamientos que pronto se instalaron en el centro del debate al interior del movimiento comunista internacional, reabriendo y generando nuevos espacios para la expresión de percepciones y visiones alternas (y críticas) al "socialismo realmente existente".

Para establecer un punto de identidad que los distinguiera, al conjunto de planteamientos esgrimidos y defendidos por el PCI, el PCE y, en alguna medida, el PCF se les denominaría "eurocomunismo", término que a pesar de su evidente imprecisión fue finalmente reconocido y adoptado por los propios dirigentes de esos partidos (6).

Han transcurrido casi tres lustros desde el surgimiento del eurocomunismo. Lejanos parecen los días de mayor auge y esplendor, aquellos que sus creadores y máximos exponentes (Enrico Berlinguer del PCI, Georges Marchais del PCF y Santiago Carrillo del PCE) alineaban a sus partidos bajo las nuevas concepciones, multiplicaban sus contactos y buscaban reforzar sus convergencias, provocando con ello la ira y contraofensiva de la "nomenklatura" soviética (7); la preocupación y alerta de Washington por la posibilidad de que un partido comunista accediera al poder en Europa Occidental (y por vías legales); así como el interés de académicos, intelectuales, periodistas y fuerzas políticas y sociales de diverso signo por tomar posición y participar en el debate.

La propuesta eurocomunista despertó, en el fondo, el temor compartido por Washington y Moscú de que su avance y propagación no sólo generara un efecto demostrativo en cadena, peligroso para ambas potencias y cada vez más difícil de desactivar, sino, peor aún, que indujera una alteración en el equilibrio geoestratégico y una nueva correlación de fuerzas a escala planetaria.

No obstante, hoy en día el promisorio panorama que en su momento delineara el eurocomunismo se ha modificado radicalmente. Se ha deteriorado su capacidad de atracción e influencia sobre el movimiento comunista en su conjunto. Sus posiciones han dejado de ser predominantes y aún relevantes al interior de los propios partidos en que se originó.

Sus representantes han sido desplazados de los más altos puestos de dirección partidista o han marchado al reencuentro de viejas ortodoxias (8). Ciertamente, su estrategia no avanzó por los derroteros previstos ni hacia las metas trazadas, pero ello no significa en manera alguna que el conjunto de sus planteamientos y propuestas carezcan de validez o pertinencia.

Por lo contrario, sin soslayar el hecho de que la propuesta eurocomunista involucró limitaciones y contradicciones que la hicieron fracasar, hay también en ella una serie de reflexiones y aportaciones de indudable validez para revisar y replantear sobre nuevos ejes la teoría de transición al socialismo.

La especificidad de las vías nacionales; la socialización del poder; la necesidad de preservar y consolidar las instituciones y valores democráticos como componente indispensable de la transición y desarrollo en un sentido socialista; la búsqueda del más amplio consenso social como prerrequisito para impulsar un proyecto político de recambio, son algunos puntos cruciales sobre los que el eurocomunismo indujo una renovada y obligada reflexión.

El marco teórico y conceptual en el que se sustenta este estudio es el suministrado por la teoría marxista. Pero en virtud de que esta teoría designa a un vasto y complejo cuerpo de conocimiento y remite a tal variedad de interpretaciones y presupuestos, resulta indispensable establecer algunas precisiones teóricas y metodológicas, más aún si consideramos la presencia de dos factores que limitaron los alcances de este estudio.

Por una parte, es necesario reconocer que la investigación emprendida permitió avanzar en un mayor conocimiento y una mejor comprensión de los fundamentos y aspectos relevantes de la teoría marxista y de la trayectoria del movimiento comunista internacional que en ella se ha inspirado. Pero al mismo tiempo la dinámica de la investigación fue descubriendo múltiples "puntos ciegos", esto es, cuestiones cuyo insuficiente conocimiento o inadecuada interpretación, influyeron sin duda en el tratamiento de la problemática aquí planteada, en la selección y exposición de los temas y en la importancia que se atribuye a determinados acontecimientos, ideas, escritos o actores.

De ahí que se haya intentado "aislar" y "reconstruir", insistimos, de una unidad de conocimiento heterogénea y compleja, sólo aquellos aspectos considerados imprescindibles para situar en su justa dimensión histórica, teórica y política al eurocomunismo.

Por la otra, es preciso subrayar que quizá no haya una sola cuestión relativa a la teoría marxista y a la historia del movimiento comunista internacional que no sea o haya sido objeto de controversia, de mayor o menor intensidad según las fuerzas sociales involucradas, los principios invocados, las razones aducidas, los medios que se desea justificar o los fines que se quiere legitimar. La abrumadora cantidad de literatura disponible sobre el marxismo, los marxistas y lo comunista, así lo testimonia. También estas discrepancias y su ineludible resultado, la imposibilidad de generar bases de consenso sobre infinidad de puntos referidos a la teoría marxista, han incidido en el contenido y orientación de este trabajo.

De ahí que para intentar superar tales obstáculos y limitaciones sea necesario, como se ha indicado, explicitar una serie de precisiones teóricas y metodológicas sobre la teoría marxista, tal como se concibe para los efectos de este documento. Lo anterior no implica que dichas apreciaciones estén exentas de controversia. Su vinculación y complementariedad responde también a nuestra particular interpretación y procedimiento de exposición.

En primer término sostenemos que dentro de la teoría marxista se perfilan, desde un principio, dos polos conceptuales y analíticos en permanente tensión y que difícilmente encuentran una solución de continuidad que les exima de su intrínseca contradicción. Por una parte, Marx estudió y analizó el desarrollo y contradicciones de la economía capitalista y a partir de ellas planteó la posibilidad (necesidad) del advenimiento de una revolución histórica-social que lo superaría; por la otra, construyó filosóficamente un sujeto revolucionario, encarnado por el proletariado industrial, que en tanto clase y a través de un proceso revolucionario habría de liberar a la humanidad de toda forma de alienación y explotación (9).

Así pues el discernimiento y decantamiento de la teoría marxista transita necesariamente entre estos dos polos. Complementarios, pero en constante tensión por situarse en niveles teóricos y programáticos distintos y cualitativamente diferenciados.

En segundo término y siempre sobre la base de la anterior distinción, pero aludiendo en particular a la primera vertiente, asumimos el punto de vista de Louis Althusser quien concibe a la teoría marxista como "finita" y "limitada" (10). Es finita en tanto que resulta inadmisibles pensarla, a pesar de algunas pretensiones, como una filosofía de la historia, como una teoría capaz de aprehender y explicar todo el desarrollo de la historia, de la humanidad y, por tanto, de prever o predecir su fin último, su punto de llegada.

Para quienes optan por este enfoque es fácil llegar a sostener que la historia y la humanidad marchan inexorablemente hacia un punto culminante, emancipación completa, resoluciones de todas las contradicciones. Asumir esta visión teleológica resultaría incompatible con el propósito de buscar una explicación causal de la historia que no excluya la accidentalidad, el caso particular y concreto, la capacidad e intencionalidad humana (conocer para transformar). Aceptar tal teleología sería ceder a toda forma de determinismo y/o evolucionismo.

El carácter "limitado" de la teoría marxista estaría dado, siguiendo a Althusser, porque se circunscribe al análisis y proyección de las contradicciones y tendencias históricas de la economía y la política del capitalismo. Y es a partir de ellas, concretamente de ellas, que Marx concibe al comunismo como una de las tendencias contradictorias presentes y objetivadas en el proceso de desarrollo histórico de la sociedad capitalista que es contrarrestada por tendencias opuestas (y alternativas) y que, por ende, no puede concretarse si no se realiza a través de una lucha de clases.

En este sentido el proceso de formación o instauración de una nueva (otra) sociedad (abolición y sustitución del capitalismo por una formación superior) está orientado por un esquema ideal (el comunismo) extraído precisamente de la crítica y una posible solución de continuidad de las contradicciones de la propia sociedad capitalista.

En tercer término, nos adherimos a la posición de Fernando Claudín quien sostiene que el marxismo representa una teoría de la revolución socialista (11), toda vez que en su análisis y crítica de la sociedad capitalista subyace siempre como propósito fundamental construir y reconstruir las bases teóricas y políticas para abolirla y sustituirla por una formación socialista (comunismo). Al identificar las contradicciones que crea y reproduce (bloqueo y contrarresta) el desenvolvimiento de la sociedad capitalista, el marxismo intenta fundamentar y determinar las alternativas estrategias, tácticas e instrumentos para avanzar en la consecución de su propósito fundamental.

En cuarto término, sostenemos que la teoría marxista en cuanto revolución socialista implica y apunta tanto a la socialización de la economía, como a la socialización del poder (12). Así, la modificación de las relaciones sociales de producción capitalistas es una condición necesaria pero insuficiente para el genuino desarrollo de una sociedad socialista. Hoy más que nunca la naturaleza, composición y funcionamiento de las experiencias socialistas sitúan en un primer plano la cuestión de la democracia, el gobierno y el Estado.

En suma, la teoría marxista tal como aquí se concibe no se limita ni se agota en los manuscritos e ideas de los fundadores del marxismo. Parte de ellos, de su método de análisis de la realidad social, de su legítima aspiración a pensar y promover una organización social superior a la capitalista. Se concibe pues como una teoría que se modifica y ajusta ininterrumpidamente en función de los cambios que experimenta una realidad compleja, dinámica, irreductible. Necesita hacerlo para comprenderla, enfrentarla y estar en condiciones de transformarla.

Es una teoría cuyo desarrollo se dá por "derrumbamientos" y "reconstrucciones" (13). La superación, caducidad o invalidación de algunas de sus premisas (también de aquellas que en un momento parecían inmovibles) demuestra su carácter antidogmático, pero no hace menos evidente la existencia de elementos que no pueden considerarse científicos en sentido estricto, que sobrepasan los ámbitos de la científicidad en aras de transformar en un sentido y dirección muy precisas el mundo tal cual es, como acertadamente lo señala Fernando Claudín (14).

Sobre esta base, la investigación y análisis presentados pretenden constatar dos líneas complementarias de argumentación: primera, que el eurocomunismo, en tanto propuesta de transición pacífica, gradual y democrática al socialismo, guardó al mismo tiempo una línea de continuidad e introdujo innovaciones que representaron una ruptura con algunos de los presupuestos y fundamentos básicos que, sobre todo desde el triunfo de la revolución bolchevique, le han otorgado identidad y constituyen referentes privilegiados de la teoría marxista.

Segunda, que en la medida que pretendió pensar, definir y relanzar sobre nuevas bases teóricas, conceptuales y programáticas una estrategia alternativa de recambio socialista, se vió obligado a moverse y quedó atrapado entre las exigencias antitéticas que se derivaron de profesar una convicción y vocación democrática, sin poder desprenderse por completo de sus rasgos de identidad y origen revolucionario.

En este sentido, las posibilidades y condiciones de realización de la propuesta eurocomunista quedaron bloqueadas, en última instancia, por la imposibilidad de establecer un punto de mediación sólido y confiable entre el socialismo democrático y el marxismo-leninismo en Occidente que, al margen de disquisiciones teóricas, remiten, por el peso e inercia del desarrollo histórico, a dos proyectos político-ideológicos diferenciados.

En estos términos, difícilmente se podría valorar en su justa dimensión el alcance y limitaciones de la propuesta eurocomunista, sino se le concibe y discierne como un proceso históricamente determinado e indisociable del largo, complejo y contradictorio desarrollo de la teoría y práctica socialista de origen marxista.

Por ello, para validar los argumentos esgrimidos, se ha optado por un método de exposición que privilegia la aprehensión del eurocomunismo como componente específico de un cosmos que lo trasciende y condiciona (el desarrollo de la teoría y práctica socialista), pero frente al que reivindica, como producto y respuesta, una identidad propia.

El método no es aleatorio, pero sí arbitrario en la medida que representa una opción entre una variedad de alternativas, no más ni menos válida, restrictiva o limitada, pero que en última instancia cumple la siempre difícil función en las ciencias sociales de servir como hilo conductor para la constatación de un proceso irrepetible y múltiplemente determinado.

Desde su surgimiento mismo, la teoría marxista, como toda teoría del cambio social que no puede ser un cuerpo de conocimientos totalmente coherente, homogéneo y autocontenido, fue objeto de lecturas e interpretaciones divergentes e importantes puntos de disenso sobre su traducción y aplicación concreta.

De ahí que en el primer capítulo, tras enmarcar algunos de los puntos nodales de la teoría marxista de la revolución socialista en su acepción original, se da cuenta de algunos de los debates más relevantes y decisivos de que fue objeto por parte de los principales teóricos y dirigentes comunistas hacia finales del siglo XIX y principios del XX.

Debates que en última instancia remitían a concepciones y presupuestos sobre distintas posibilidades y condiciones de realización del ideal socialista concebido por Marx, pero que se ven paralizados por el triunfo de la revolución bolchevique. El agregado leninista se vuelve entonces un componente indispensable e indisoluble de la teoría marxista, en la medida que provee de factibilidad al proceso revolucionario imaginado y teorizado por Marx medio siglo atrás, pero en un contexto, lugar y condiciones no previstas por la ortodoxia.

Las tesis leninistas se convierten así y por largo tiempo, en la única interpretación posible, válida y reconocida de la teoría marxista. Se convierten en un mito y paradigma que, consecuentemente, rechaza o excluye cualquier otra interpretación y propuesta de transformación de la sociedad en dirección socialista dentro de las filas del movimiento comunista.

Magnetizado por el triunfo de la revolución bolchevique y atrapado en la justificación y defensa de la "patria socialista", el grueso del movimiento comunista internacional termina por someterse a los imperativos del Estado Soviético, el cual institucionaliza y utiliza instrumentalmente la doctrina marxista-leninista para la promoción de sus intereses.

Con la teoría del "socialismo en un sólo país", Stalin asume y consolida un férreo control y liderazgo sobre el movimiento comunista, al que impone el monolitismo e integrismo ideológico. El marxismo repliega sus rasgos de teoría crítica y propositiva del cambio social y asume los consustanciales a una doctrina. De ese proceso, que puede ser fechado desde la rearticulación teórica y orgánica del internacionalismo proletario con la constitución de la Internacional Comunista en 1919, hasta la emergencia del Estado Soviético como potencia mundial de primer orden y el establecimiento de su cinturón de seguridad y zona de influencia en el Este de Europa a partir de la segunda posguerra, y que concluye en el XX Congreso del PCUS (1956), se ofrece una visión panorámica en el segundo capítulo del documento.

La crisis y lento proceso de erosión y pérdida de legitimidad del control soviético sobre el movimiento comunista, resultado sobre todo de la necesidad de tener que cumplir simultáneamente dos funciones incompatibles: representarse como portador de un nuevo proyecto universalizador (el socialismo), que niega en la práctica (totalitario al interior, expansionista hacia el exterior) y que tiende a entrar en abierta contradicción con el cumplimiento de los imperativos e intereses que le impone su rol hegemónico, constituyen el tema de análisis del tercer capítulo.

En las estrategias de recambio con que la URSS redefine los términos y modalidades de su liderazgo sobre el movimiento socialista para adaptarlo a las condiciones y exigencias que plantea el contexto y tendencias globales prevalecientes, van implícitas viejas y nuevas contradicciones que no tardan en precipitarse. Dentro de este contexto irán gradualmente expresándose propuestas e iniciativas autónomas o heterodoxas para la transición y construcción del socialismo; irán emergiendo polos alternativos de influencia dentro del movimiento comunista, así como importantes disensos y cuestionamientos respecto al modelo de sociedad de tipo soviético y el papel dirigente de la URSS.

La crisis del liderazgo soviético adquiere un carácter ambivalente que como tal impacta en un doble sentido al movimiento comunista internacional.

Por una parte, adquiere una connotación tendencialmente positiva porque a lo que alude es al resquebrajamiento del monolitismo e integrismo impuesto por la URSS en la teoría, la organización, la estrategia y la práctica socialista; así como del condicionamiento ideológico que identificaba a la URSS como único modelo de validez universal del ideal socialista y su particular interpretación y ejercicio de la teoría marxista (leninista y hasta stalinista) como referente exclusivo de la identidad y cohesión del movimiento comunista.

Así, en la medida que el ideal socialista representado por la URSS y las sociedades de tipo soviético, va perdiendo algunos de sus elementos básicos de identidad frente a una realidad que lo excluye o lo niega, va obligando al movimiento comunista a replantear sobre nuevas bases teóricas, conceptuales y programáticas, los términos, condiciones y requerimientos para producir concepciones y proyectos diferenciados sobre la idea socialista; a encarar en la teoría y en la práctica viejos y nuevos problemas, soslayados o jamás previstos por la ortodoxia. En este marco se afirma la iniciativa del Partido Comunista Italiano por definir una vía nacional, democrática y pacífica de transición al socialismo, que es sin duda precursora de la propuesta eurocomunista.

Sin embargo, la crisis referida también muestra la cara oculta que había logrado permanecer escondida tras los condicionamientos ideológicos y cuya fuerza se proyecta con no menos fuerza e intensidad: la del socialismo realmente existente. Al desproveer de sus bases de sustentación al monolitismo e integrismo ideológico, cierto es que dicha crisis le devuelve un rostro extraviado al marxismo; el de su capacidad de análisis, de crítica y de propuestas. Pero también se lo restituye "pervertido", concretizado en una de sus posibles pero hasta entonces única factible solución de continuidad, marcado con huellas y rasgos indelebles, quizá imborrables.

Una vez reconstruido el escenario de fondo que lo condiciona y al que se vincula indisolublemente, el cuarto y último capítulo se dedica a precisar y analizar la naturaleza, contenido y alcances de la propuesta eurocomunista, sin prescindir por supuesto de los factores que bloquean sus posibilidades y condiciones de realización.

Finalmente, a manera de conclusión se presentan algunos elementos para un balance crítico sobre los alcances y limitaciones del eurocomunismo que, en el marco de las líneas de argumentación esgrimidas, le impedirían encontrar un punto de mediación consistente, viable y efectivo entre el marxismo-leninismo y el socialismo democrático en Occidente.

I. RAICES DE LAS DIVERGENCIAS EN LA TEORIA MARXISTA. DE SU SURTI- MIENTO A LA REVOLUCION RUSA.

Cuando el pensamiento de Marx irrumpe en el escenario intelectual europeo de mediados del Siglo XIX, las ideas socialistas disponían ya de una amplia trayectoria y una vasta producción. Carecían, en cambio, de una matriz ideológica común. Divergían sustancialmente en cuanto a su origen, enfoque, contenido, predicciones y propuestas.

Sin duda la Revolución Industrial y la Revolución Francesa constituyeron el resorte principal que impulsó una notable proliferación de ideas que advierten en la irrefrenable concentración de la riqueza y la inexorable competencia económica, signos que presagiaban una mayor desigualdad e injusticia social. Los pensadores sociales coincidían, por tanto, en afirmar que el sistema de libre competencia debía ser reemplazado por uno en el que la adecuada organización de la producción e intercambio, desterrarán la creciente desigualdad social y promoverán una equitativa distribución de la riqueza.

En este contexto surgen y se desarrollan las ideas precursoras del socialismo, impregnadas de un acendrado espíritu humanista y una preocupación cada vez más manifiesta por el bienestar colectivo, por el progreso general y por lo social. En Francia, Inglaterra y Alemania se ven florecer estas nuevas ideas, pero también asumir, desde un inicio, variados derroteros.

"Por encima de la concepción de igualdad, los programas e ideas socialistas diferían en muchos aspectos. Ni siquiera todos ellos proponían la abolición de la propiedad privada de los medios de producción. Algunos defensores del socialismo lo consideraban esencialmente como la causa de la clase trabajadora, mientras que otros veían en él un ideal humano universal a lograr con la ayuda de todas las clases. Algunos proclamaban la necesidad de una revolución política, mientras que otros confiaban en la fuerza de la propaganda o el ejemplo. Algunos creían que pronto iban a ser abolidas todas las formas de organización estatal, otros se limitaban a imaginar una nueva sociedad perfecta, mientras que otros estudiaban el curso de su evolución a fin de identificar las leyes naturales que aseguraran el advenimiento del socialismo" (16).

Entre las aportaciones más relevantes a la configuración del pensamiento socialista destacan, sin duda, las de los denominados "socialistas utópicos" (Saint Simón, Owen, Fourier, Weitling y Cabet), el radicalismo revolucionario (Babeuf y Blanqui), el ala anarquista (Proudhon y Bakunin) y sobre todo las ideas de Louis Blanc y Ferdinand Lasalle que ejercieron una influencia determinante en el desarrollo de la socialdemocracia. Estos hombres y sus ideas precedieron o fueron contemporáneos a Marx, influyeron en su desarrollo intelectual, le disputaron la preminencia entre las filas del movimiento obrero.

La primera crítica radical de la propiedad privada como fuente originaria de toda desigualdad social y la consecuente proclama de suprimir el sistema económico de libre competencia mediante una acción revolucionaria, procede de Gracchus Babeuf. A raíz de la reacción termidoriana que se produjo bajo el Directorio contra la Revolución Francesa, Babeuf, un jacobino seguidor incondicional de las ideas de Robespierre, planteó la necesidad de continuar la revolución hasta su consecuencia última: la abolición de la propiedad privada y la instauración de una sociedad igualitaria.

Argumentando que como las masas aún no estaban liberadas de la influencia espiritual de los explotados, la supresión del orden existente debía ser llevada a cabo mediante una acción conspirativa dirigida por un reducido grupo de líderes revolucionarios que ejercerían el poder temporalmente en representación de las masas. La conspiración organizada por Babeuf fue descubierta en 1796 y sus dirigentes fueron ejecutados.

El babouvismo y la 'Conspiración de los Iguales' (17) sin plantearlo expresamente, ni aludir a categorías específicas de clase, situó en el centro de las luchas sociales el antagonismo entre pobres y ricos y centró así las premisas para el ulterior desarrollo de la teoría de la dictadura revolucionaria.

El socialismo revolucionario, iniciado por Babeuf logra una mayor consistencia y difusión a través de Louis August Blanqui (1805-1881), quien transmite la herencia del babouvismo a la generación del 1848 e introduce por vez primera en el movimiento obrero las nociones de "conspiración revolucionaria" y "dictadura del proletariado".

"En la jerga socialista, el término "blanquismo" vino a significar lo mismo que "voluntarismo revolucionario", es decir, la creencia de que el éxito de un movimiento comunista no depende de las circunstancias económicas "objetivas", que un grupo conspirador adecuadamente organizado puede hacerse del poder si la situación política es favorable y que puede entonces ejercer una dictadura en beneficio de las clases trabajadoras y establecer una sociedad socialista, independientemente de las demás condiciones sociales" (18).

Para los "socialistas utópicos", la preocupación fundamental radicaba en concebir e instaurar estructuras económicas y sociales capaces de promover el bienestar colectivo y eliminar parcialmente los más agudos contrastes sociales. La crítica y oposición alude más a la fase de libre competencia que al capitalismo como tal. Sus posiciones responden fundamentalmente a principios éticos y normativos, no a una reflexión y análisis histórico y social. Centran su atención casi exclusivamente en la constitución de un nuevo orden económico, considerando que las reformas económicas pertinentes debían conseguirse fundamentalmente por esta vía.

Prevalece además entre los "utopistas" un marcado desdén y animadversión por la lucha política. Nada más distante a sus pensamientos que cualquier perspectiva revolucionaria, antagonismo y lucha de clases. Por el contrario, un componente esencial de sus proyectos, es la libre asociación y cooperación de clases, la más amplia solidaridad social. Sus coincidencias generales no dejaban desde luego la existencia de divergencias particulares.

Iniciada con una fuerte influencia de las ideas de Saint Simón, la doctrina de Louis Blanc (1811-1881) adquirió y acentuó algunos rasgos específicos que le confirieron una influencia y proyección determinante en la evolución del movimiento socialista. Radicalmente opuesto a Blanqui en cuanto a la transformación revolucionaria y violenta de la sociedad, su concepción descansaba en la reforma gradual del Estado que eliminara las desigualdades sociales y desembarcara en la socialización de los medios de producción bajo un sistema de democracia política. Asignaba al Estado, una función preponderante en la planificación económica y el suministro de servicios sociales, pero sin que asumiera la responsabilidad de dirigir la industria, confiando cada vez más, en la cooperación voluntaria como medio para avanzar hacia un nuevo orden social.

A diferencia de los más importantes pensadores sociales de su época, Blanqui atribuyó una enorme importancia a la democracia representativa, basada en el sufragio universal como medio para transformar al Estado en un órgano de la clase trabajadora (nunca se plantea la posibilidad de abolirlo) y en un genuino promotor del progreso y el bienestar. Llegó a participar en el Gobierno Provisional Francés de 1848 presentando un amplio programa de reformas y obras públicas para la lucha contra el desempleo y la pobreza.

En este sentido, destacan sus propuestas de que el Estado asegure a todos los ciudadanos empleo con una retribución mínima garantizada, la creación de talleres nacionales y granjas colectivas con apego a las últimas técnicas científicas y la dirección democrática de la industria. Su rechazo al antagonismo y lucha de clases, su proclividad al solidarismo social y su convicción en las reformas moderadas y graduales lo sitúan como el más destacado precursor de la socialdemocracia.

El más connotado teórico y dirigente del movimiento socialista alemán durante la segunda mitad del siglo XIX fue Ferdinand Lasalle (1825-1864). Su influencia intelectual fue durante mucho tiempo superior a la de Marx, con quien mantuvo una relación conflictiva sustentada no sólo en la antipatía personal, sino además y fundamentalmente por sus acentuadas divergencias teóricas. Las ideas de Lasalle tienen bastante en común con las de Blanc. Confiaba en que la conquista del sufragio universal directo por parte de la clase obrera alemana le permitiría convertir al Estado en un instrumento para promover el bienestar de las masas.

Sostenía que era imposible que los sindicatos obreros lograsen algún avance sustancial en sus condiciones de vida mientras no se apoderaran y transformaran al Estado. De su análisis económico, Lasalle concluye que la forma correcta de emancipar a los trabajadores, es integrando cooperativas de productores, financiadas por el Estado mediante crédito público, en las que se les paguen salarios equivalentes al valor de los bienes producidos. Marx lo refutó, argumentando que el dominio de la economía por las asociaciones de productores, aún perteneciendo a los trabajadores, sólo podían existir en un régimen de competencia similar al prevaleciente; que los salarios nunca pueden ser iguales al valor de los bienes producidos, pues parte de ese valor debe dedicarse a los servicios y necesidades públicas. Por último, el argumento de que el Estado sería el agente para la emancipación de la clase obrera bajo condiciones capitalistas, se encuentra en las antípodas de la concepción marxista del Estado como instrumento de dominio de las clases privilegiadas. ■

El establecimiento de algunas de las premisas básicas para el desarrollo del anarquismo corresponde a Pierre Joseph Proudhon (1804-1865). El centro neurálgico de su pensamiento lo constituyó su casi irrestricta exaltación de la libertad humana, a la que solamente contraponía su ideal de justicia social, que como tal debía estar basado en el principio de reciprocidad como única condición legítima que la limitara. Mostró gran animadversión por cualquier tipo de autoridad, reglamentación social o forma de organización colectiva que coartara el interés y libertad individual.

Una de las más tenaces polémicas y críticas que enfrentó Marx en vida para influir en el movimiento obrero, particularmente al interior de la Asociación Internacional del Trabajo o Primera Internacional (fundada en septiembre de 1864 y ya en vísperas de la muerte de Proudhon) fue con Mikhail Alexandrovich Bakunin (1814-1876), considerado el más sólido exponente de las ideas anarquistas. De hecho hasta la muerte de Bakunin el anarquismo fue la doctrina más influyente entre los principales movimientos obreros europeos.

La libertad, libertad absoluta, es el punto de partida y fin último en la teoría social de Bakunin. Atacó implacablemente todo tipo de institución u organización que a su juicio fuese incompatible con la libertad, así como a cualquier cuerpo de ideas que se opusiesen al reconocimiento de la libertad como derecho y valor supremo. Su oposición a los esquemas científicos partía de la premisa que la historia era un proceso de creación espontánea, que el individuo innovador y creativo era el verdadero artífice de la historia humana. La ciencia no era más que una expresión de la vida, sin duda útil, necesaria y respetable, pero incapaz de comprender los fenómenos en toda su plenitud; los reducía a abstracción e ignoraba la individualidad y la libertad humana.

Para Bakunin la vida del hombre en sociedad es parte del orden de la naturaleza, pero el Estado es una invención humana innecesaria y artificial, un instrumento que solo sirve a algunos hombres para dominar ya sea por la fuerza o por "supercherias teocráticas". Su odio por el Estado solo fue equiparable al que profesó por la religión y por la idea misma de Dios. El Estado es sinónimo pues de esclavizamiento de las masas por una minoría despótica y privilegiada. La tarea de la revolución consiste entonces en abolir el Estado, lo cual no implica abolir toda forma de cooperación y asociación. Significa que toda organización social deberá ser construida enteramente desde abajo, sin instituciones autoritarias, pues hay en el hombre una tendencia natural e instintiva a la solidaridad.

Las divergencias teóricas y prácticas entre Marx y Bakunin dieron lugar a posiciones diametralmente opuestas en algunos aspectos cruciales para la orientación del movimiento obrero, volviendo irreconciliables las posturas marxistas y anarquistas. La obra más importante de Bakunin "Estatismo y anarquía", termina rechazando categóricamente al "socialismo científico" postulado por Marx, concluyendo que la existencia de cualquier Estado presupone la dominación y por tanto la esclavitud, lo cual es también aplicable a una presunta dictadura de los trabajadores que terminara siendo un despotismo sobre las masas, ejercido por una pequeña y nueva aristocracia de reales o falsos "científicos".

"Bakunin tenía el fundamento de su crítica en el estatismo implícito o manifiesto del programa de Marx. Planteó así la cuestión real que Marx dejó sin respuesta ¿cómo puede imaginarse un poder económico centralizado sin coerción política?. Y, si la futura sociedad está todavía dividida en gobernantes y gobernados, ¿cómo puede dejar de reproducir el sistema de privilegio de poder, que tiene una tendencia natural a autoperpetuarse?. Estas objeciones iban a repetirse con frecuencia en las críticas de anarquistas y sindicalistas a Marx. Parece obvio que Marx no concibió al socialismo como un sistema despótico en el que el aparato político mantuviera sus privilegios sobre la base del monopolio de los medios de producción; sin embargo, no replico a Bakunin en este punto, quien merece considerarse como el primero, por así decirlo, en inferir el leninismo del marxismo" (19).

1. LA INNOVACION DE MARX.

Esta sucinta y muy esquemática exposición de los más destacados precursores del pensamiento socialista no-marxista nos permitirá no sólo identificar sus puntos de ruptura con la teoría de Marx, sino además apreciar los indicios de algunas líneas de pensamiento que luego serían recuperadas y 'reconstruidas' por el propio Marx y sus discípulos.

"Por impresionantes que sean estas analogías, hay una diferencia básica entre Marx y todos los demás pensadores socialistas de la primera mitad del siglo XIX. Además, esta diferencia afecta al significado de muchas ideas que, en sí mismas, muestran una sorprendente similitud y prueban sin duda la influencia de los utopistas sobre el pensamiento de Marx. Se ha dicho con frecuencia que Marx y los utopistas no estaban en desacuerdo en cuanto al fin de alcanzar, sino sólo en cuanto a los medios, es decir, la revolución versus la pacífica persuasión; sin embargo, esta es una distinción errónea. De hecho, es incorrecta, pues Marx nunca adoptó el punto de vista ético y normativo que primero establece un fin y luego busca los medios idóneos para alcanzarlo. Por otra parte, no es cierto que considerara al socialismo como el resultado inevitable de la determinación histórica y no se interesó por saber si era o no deseable. Es un rasgo esencial del pensamiento de Marx el que evitó tanto el enfoque normativo como el puramente determinista, y en esto es en lo que muestra ser un hegeliano y no un miembro de la escuela utopista" (20).

Frente a utopistas, conspiradores, anarquistas y predicadores mesiánicos, Marx (y Engels) reivindican un presunto "socialismo científico" sustentando en una concepción materialista de la historia. Parece innecesario reproducir aquí el célebre y multitudinario pasaje del prólogo a la "Contribución a la Crítica de la Economía Política" escrito por Marx en 1859 y donde expone de manera sistemática los fundamentos de su concepción materialista de la historia. Si es necesario, en contraparte, destacar la crucial importancia que desempeñan en la construcción teórica de Marx los conceptos de deshumanización y alienación que, supone, alcanzan su límite extremo bajo el modo de producción capitalista.

Efectivamente los conceptos de deshumanización y alienación son claves para la construcción filosófica del sujeto revolucionario en la teoría marxista. Bajo el capitalismo, el hombre (el proletario en particular en cuanto que Marx infiere ya desde la "Introducción a la Crítica de la Filosofía del Derecho Hegel" -1843- su misión histórica como cumplimiento de una tendencia intrínseca en el propio capitalismo) llega al límite de deshumanización, pero también es donde se cobra conciencia de ella y de la inevitabilidad de la revolución. Pero la emancipación del proletariado no implica una inversión de roles entre explotadores y explotados, sino la liberación de la sociedad en su conjunto.

"Al contrario de lo que suponen los socialistas utópicos, el comunismo no es un ideal en oposición al mundo real, una teoría que podía haber sido inventada y puesta en práctica en cualquier momento de la historia. El comunismo es una tendencia de la historia moderna (...) El proletariado, siendo como es el epítome de la deshumanización y la pura negación de la sociedad civil, está destinado a producir una revolución que pondrá fin a las

clases sociales, incluida ella misma. El interés del proletariado, y el de ninguna otra clase, coincide con las necesidades de la humanidad en general. Por ello, el proletariado no es una mera suma de sufrimiento, degradación y miseria, sino también el instrumento histórico por el que el hombre tiene que recuperar su herencia. Pero el proletariado es algo más que el instrumento de un proceso histórico impersonal: cumple su destino siendo consciente de su destino y de su propia situación excepcional". (21)

La transición al socialismo es pues, de acuerdo a Marx, una tendencia objetiva y objetivada en el desarrollo y contradicciones de la sociedad capitalista. Las leyes del desarrollo de la economía capitalista producen las condiciones necesarias y suficientes para la irrupción de una revolución histórico-social. Pero para una transición socialista requieren, además, la organización y acción consciente y deliberada del (un) sujeto revolucionario, como lo indica Kurt Lenk:

"Marx y Engels designan como situación revolucionaria únicamente aquellos momentos en los que ya existe un proletariado con conciencia de clase, unido y organizado que, a causa de crisis económicas agudas, es capaz de comprender la estructura antagónica de las formas de la sociedad capitalista y de llegar, consecuentemente, a su negación por la vía revolucionaria" (22).

Volviendo sobre las ideas de Marx, es necesario precisar tres consideraciones fundamentales. Primera, la transición al socialismo (socialización de la producción y del poder) sólo puede darse a través de un movimiento revolucionario que abata violentamente el ordenamiento social existente. La noción de conquistar el poder político para transformar al Estado en un instrumento al servicio del proletariado, fue ajustada por Marx a raíz de la experiencia de la Comuna de París, hasta sostener que la revolución socialista debía destruir la maquinaria estatal existente. Pero esta preeminencia del momento revolucionario en forma alguna implicaba la renuncia a la lucha por conquistas políticas y económicas dentro del marco capitalista. Por el contrario, la agitación, la propaganda, la conquista del sufragio universal, la constitución de partidos obreros y sindicatos, la lucha parlamentaria, fueron medidas alentadas y promovidas por Marx y Engels. Eran no sólo positivas en sí mismas, sino que adicionalmente fogueaban al proletariado para el cumplimiento de su misión histórica.

Marx y Engels jamás renunciaron o sustituyeron la perspectiva revolucionaria. Ello a pesar de que se ha pretendido interpretar de la lectura de algunos pasajes del prólogo redactado por Engels en 1895 al texto de Marx sobre "Las luchas de clase en Francia" el abandono de cualquier estrategia revolucionaria y se haya querido ver también una confesión de fé en favor del revisionismo (23). En relación al contenido de ese prólogo, en el que Engels realiza una reflexión autocrítica sobre las expectativas revolucionarias

que él y Marx habían delineado a mediados del siglo, reconoce la caducidad de las formas de lucha prevaletentes en 1848 y donde se congratula por el impresionante avance electoral de la socialdemocracia alemana, Kurt Lenk señala:

"Para Engels, el cambio de la táctica social-demócrata no presenta una renuncia fundamental a la revolución. Pues el sufragio universal, es decir, el logro de la mayoría parlamentaria no significa el paso decisivo hacia el socialismo. Engels está más bien convencido de que la burguesía no contemplaría inactiva una transformación socialista incluso por medios legales: la táctica de la legalidad tiene para él sentido de un termómetro de la madurez de la clase trabajadora. En el parlamentarismo él ve ante todo un medio para ganar una base de masas" (24)

En segundo término, para Marx la revolución socialista, para ser real y efectiva, debe revestir necesariamente un carácter mundial, (sólo era pensable a partir de una crisis económica internacional), pero el inicio de su desencadenamiento presupone la existencia de un alto grado de desarrollo industrial. Ahí donde el capitalismo ha alcanzado un mayor grado de madurez y, por tanto, un mayor exacerbamiento de las contradicciones que generan las condiciones propicias para la revolución proletaria. Así, el concepto de revolución de Marx posee solamente validez para los países europeos de mayor desarrollo industrial. A ellos limitó su análisis histórico y económico.

De acuerdo a Fernando Claudín (25), Marx asumía que si bien la revolución socialista sería de carácter mundial, no se daría, salvo en condiciones fortuitas, de manera simultánea en varios países; que cubriría un largo período de tiempo e implicaría un largo proceso de transformaciones estructurales en el ámbito político, cultural, etc., que se sucederían unas a otras y se trasladarían a escala mundial, pero que el ascenso de la revolución mundial se iniciaría a escala nacional en los países más desarrollados económicamente. Se asumía, bajo este orden de ideas, que una revolución socialista generaría un efecto en cadena.

La concepción de Marx de la revolución socialista descartaba así implícitamente dos situaciones. Una, que la revolución socialista victoriosa en un país, un primer país, quedara aislada estrictamente a los confines espaciales de su territorio por un largo período de tiempo. Y dos, que la revolución socialista se iniciara en un país "atrasado" o semicapitalista. En este contexto adquiere su justa dimensión y carácter polémico la teoría formulada por Stalin sobre el "socialismo en un sólo país" que será tratada más adelante.

Respecto a la asunción de Marx de que la revolución socialista se iniciara en un país capitalista desarrollado, parece pertinente citar dos observaciones formuladas por Rudolf Bahro:

"Marx veía las premisas del socialismo y del comunismo no en conquistas de la propiedad privada sin más, sino en las conquistas de la propiedad privada capitalista, que comprenden un conjunto enorme de factores objetivos y subjetivos. La vía "no capitalista" que desde 1917 mantiene en suspenso a la humanidad, plantea unos problemas completamente distintos a los analizados por Marx y no puede asumir directamente la misma perspectiva porque genera las premisas del comunismo de un modo completamente diferente" (26).

Más adelante agrega:

"Cuando Marx, que procede ciertamente de Hegel, se refiere a que quiere negar/asumir la propiedad privada capitalista, hace patente desde el principio su actitud positiva en relación con el papel histórico del capitalismo, en un sentido análogo a como lo reconocía muy conscientemente justo al principio del "Manifiesto Comunista", enfáticamente la praxis revolucionaria de la burguesía. A diferencia de los comunistas primitivos, como él los denomina, Marx no quiere generalizar la miseria, la idílica limitación natural, asegurando tal resultado mediante un despotismo igualitario; lo que quiere es generalizar la riqueza en su cualidad potencial de fondo para el desarrollo universal de todos los miembros de la sociedad". (27)

En tercer término, a pesar de las muy escasas referencias que existen en sus escritos al concepto de "dictadura del proletariado", Marx parece atribuirle, en la "Crítica del Programa de Gotha" un contenido espacial y temporal preciso:

"Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista media el período de la transformación revolucionaria de la primera en la segunda. A este período corresponde también un período político de transición, cuyo Estado no puede ser otro que la dictadura revolucionaria del proletariado" (28).

Esta aseveración también parece ser producto de las reflexiones de Marx sobre la experiencia de la Comuna de París de 1871 y apunta a la necesidad de utilizar los instrumentos de coerción estatal para preservar la revolución victoriosa, dirigiéndolos contra toda tentativa contrarrevolucionaria organizada y dirigida por los capitalistas (pero evidentemente no sólo por ellos) y alcanzar el objetivo de la supresión de las clases sociales. La cuestión de la "dictadura del proletariado" y la no menos importante del "partido", asumirán luego una importancia crucial en la teoría marxista de Lenin.

Estas breves y muy esquemáticas consideraciones sobre las ideas de Marx en torno a la revolución socialista tienen un doble propósito. Primero, establecer las principales coordenadas en las cuales se desarrollan algunas de las principales controversias al interior del movimiento comunista internacional con posterioridad a la muerte de Marx, y que se darán precisamente en relación a sus postulados y a su ulterior agregado leninista. A la muerte de Marx su debate y crítica de los "socialistas utópicos" y los anarquistas están, en términos generales, saldados en su favor; sus ideas gozan de una amplia difusión al seno del movimiento obrero europeo y que tienden a constituirse en un polo autónomo de influencia y dirección del movimiento obrero y del movimiento comunista.

Segundo, es pertinente destacar que resulta tan válida como justificada la crítica en el sentido de que Marx no dejó una teoría política coherente y elaborada del socialismo, vale decir, del Estado burgués, sus instituciones y funcionamiento, y de las estrategias y tácticas de la lucha socialista revolucionaria para derribarlo (29). No obstante, Umberto Cerroni ha tratado de demostrar que en sus escritos hay indicios suficientes para reconstruir "al menos los elementos esenciales de una teoría política del socialismo" (30).

Permitásenos, en este sentido y en este sitio, por su importancia, una pesada cita:

"El necesario punto de partida de la citada obra de construcción debe ser el de la recíproca implicación de la sociedad civil y el Estado representativo. Se trata de aclarar que para Marx la sociedad civil o sociedad de individuos es la sociedad que nace de la liberación política (...). En la sociedad civil burguesa la conexión social entre los hombres no es dada por la coerción extra-económica (político-jurídica) que vinculaba a cada individuo a una condición social dada, sino por una coerción económica tendencialmente pura en virtud de la cual el productor moderno (el proletario) se decide "libremente" al contrato de trabajo asalariado, en cuanto que está desvinculado de obligaciones formales pero también de medios prácticos de subsistencia (...) el contrato se convierte en el esquema formal sobre el cual se legitima teóricamente tanto el nuevo modo de convivencia económica como el nuevo modo de convivencia política".

"En la sociedad civil el contrato (cambio) es función de la propiedad privada, en la sociedad política el contrato (deliberación soberana del pueblo), es función del ejercicio delegado de la soberanía. La emancipación política de la sociedad civil, en suma, es tanto el reconocimiento de la soberanía del individuo frente a la comunidad como el reconocimiento de la soberanía del Estado frente al ciudadano. La emancipación política abre simultáneamente las puertas al autoritarismo de la propiedad privada y al de la burocracia estatal, a un

autoritarismo absolutamente inédito en la historia. Pero es un autoritarismo minado en su interior por dos contradicciones: por la contradicción entre propiedad privada (capital) y trabajo asalariado, y por la contradicción entre soberanía delegada a la élite política y el formal reconocimiento de la igualdad de capacidad política de todos" (31).

Bajo este orden de ideas, Colletti deduce más adelante que en los análisis de Marx se encuentra latente la idea de que la potencialización de la democracia política "puede resultar como un puente hacia el socialismo" siempre y cuando se satisfaga la condición de que: "

"El sufragio universal (la democracia política en general) no sea tomada por sí y transformada en fetiche -alfa y omega de la revolución- de forma que quede vacío de sentido el fin último del proceso (la instancia de la 'disolución' del Estado y de la sociedad clasista), en cuanto que 'el fin no es nada y el movimiento lo es todo', ya que el movimiento separado de su especificidad final crítica no puede ser otra cosa que movimiento por reformas y políticas que permanecen en el interior del sistema burgués mismo y se reduce a simple apostolado por la 'elevación moral' del proletariado. Con la condición, en suma, de que los institutos políticos más evolucionados del Estado burgués moderno no sean solamente 'defendidos' del eventual y recurrente ataque restaurador y sean encuadrados en un diagnóstico distinto del proceso histórico y por ello modelador sobre esquemas teóricos y perspectivas políticas alternativas" (32).

Estas consideraciones son fundamentales para situar en su justa dimensión teórica y política el "revisiónismo" de Bernstein, tal como se tratara de poner de relieve más adelante.

2. REFORMA Y REVOLUCION

El "revisiónismo" surge con Eduardo Bernstein (1850-1932). Implica la revisión y reformulación de algunos aspectos centrales de la teoría marxista. El revisionismo alude pues, a un replanteamiento teórico. En contraparte, el "reformismo" designa al conjunto de prácticas y reivindicaciones del movimiento obrero para elevar sus condiciones de vida ya sea "perfeccionando" al capitalismo (recuérdese a los socialistas utópicos, a Blanc y Lassalle); o bien sustituyéndolo por una formación social superior. Como tal el reformismo antecede a Bernstein.

Bernstein es en este sentido a quien se atribuye la responsabilidad de vincular orgánicamente el revisionismo de la teoría marxista a la estrategia y prácticas reformistas del movimiento obrero y de los partidos socialdemócratas de la II Internacional (33).

En efecto, en una serie de artículos publicados entre 1896 y 1899 y reunidos bajo el título de "Las Premisas del Socialismo y las Tareas de la Socialdemocracia", Bernstein refuta abiertamente algunas predicciones de Marx sobre el desarrollo del capitalismo y la inevitable necesidad de la revolución para instaurar el socialismo, para proponer luego, a partir de una concepción evolucionista de la historia, una gradual transformación de la sociedad a través de reformas económicas y políticas.

Los razonamientos de Bernstein resultarán determinantes para la historia del movimiento socialista internacional porque sin duda vendrían a marcar un punto de ruptura en su ulterior desarrollo. Escinde y polariza en campos opuestos a las fuerzas sociales y partidos que se plantean como propósito la lucha por el socialismo, que se identifican con un proyecto socialista, o que dicen hacerlo. El núcleo de la disputa lo concentra en la disyuntiva. ¿Reforma o Revolución?, disyuntiva totalmente ajena a la teoría marxista de la revolución socialista. Para Marx no es cuestión ni de alternativas ni de preferencias, la reforma es un instrumento de lucha necesario, valioso, deseable siempre y cuando no se convierta en un fin en sí mismo. Siempre y cuando jamás pierda de vista el fin último del proceso, la revolución socialista, la disolución de los antagonismos de clase.

Pero, a reserva de las observaciones que más adelante se harán sobre las implicaciones de las ideas de Bernstein que afectan sustancialmente a la teoría marxista y su estrategia política, es necesario precisar que no es Bernstein quien provoca de hecho esa ruptura en el sentido de ser sus razonamientos los que la hacen posible o inevitable. No, él sólo la "legitima" al suministrarle soporte teórico a una estrategia y prácticas reformistas, que ya estaban bastante extendidas entre sindicatos obreros y partidos políticos antes de que él las "teorizara".

Efectivamente, el auge económico experimentado por las principales economías capitalistas europeas hacia finales del siglo XIX y principios del XX, el gradual crecimiento y consolidación de los partidos obreros y socialistas de masas y sus avances parlamentarios, las reformas sociales y los primeros indicios de regulación económica estatal, contribuyeron de manera determinante a forjar e incentivar las prácticas reformistas; a limar las aristas del influjo de las ideas revolucionarias entre las masas trabajadores, a desdibujar y evaprar la perspectiva del gran salto revolucionario.

"El revisionismo socialdemócrata nació en una época relativamente pacífica del movimiento obrero europeo. Fue el resultado de la contradicción permanente entre teoría y práctica de la socialdemocracia desde el final de la legislación anti-socialista de Bismarck en el año 1890. Las consecuencias económicas y sociales del auge de la década anterior a la Primera Guerra Mundial tuvieron obviamente un efecto duradero sobre la socialdemocracia" (34).

Establecido este deslinde, volvamos con Bernstein. Se le reconoce básicamente por haber refutado tres predicciones Marxistas que en aquel momento eran virtualmente actos de fé; 1) El hundimiento inevitable del capitalismo como resultado del exacerbamiento de sus contradicciones económicas; 2) La creciente pauperización del proletariado (polarización de clases) y; 3) La toma revolucionaria del poder para el establecimiento del socialismo.

A grandes rasgos la argumentación de Bernstein en contra de las predicciones de Marx descansa en los siguientes elementos: El capitalismo ha demostrado ser capaz de adaptarse progresivamente a las dificultades del mercado, de contener y regular sus crisis; la cabal conquista y ampliación de las libertades políticas; la creciente influencia y fuerza política de la socialdemocracia y su participación y utilización de las instituciones democráticas de Estado les permitiría promover reformas progresivas que desembocarían en el socialismo. ■

Por tanto, las reformas como instrumento de lucha por el socialismo no son necesariamente el preludio de un salto revolucionario, implican efectiva y realmente una mayor democracia, una mayor justicia, un mayor bienestar, una mayor igualdad, una gradual socialización; una tendencia gradual sin límite predeterminado, ni predeterminable, sin un "fin último". Esta es la percepción y fundamentación en la que subyace el razonamiento de Bernstein que lo lleva a sostener con toda franqueza que "tengo muy poco interés e inclinación por aquello que comunemente se interpreta como meta final del socialismo. Esta meta, sea lo que fuere, no representa nada para mí; el movimiento todo" (35). Luego entonces la revolución resulta prescindible, el socialismo es asequible y consumible en el propio capitalismo.

Las réplicas al revisionismo y oportunismo de Bernstein no se hicieron esperar: Sería Rosa Luxemburgo, una de las figuras principales de la denominada "izquierda revolucionaria" o "radical", quien percibiría con mayor nitidez la alteración y riesgos que implicaban las tesis de Bernstein para la teoría marxista de la revolución socialista. En su célebre panfleto "¿Reforma o Revolución?" rebate energicamente el reformismo propuesto por Bernstein, aduce que lejos de representar una actualización del marxismo de acuerdo a las nuevas condiciones y exigencias de la lucha por el socialismo, significa su desnaturalización y regresión, Bernstein la convierte en una teoría de y para la preservación de la sociedad burguesa.

El punto neurálgico de la argumentación de Luxemburgo se da en los siguientes términos; la democracia económica y política que se puede conquistar por la acción sindical y parlamentaria bajo el capitalismo es cualitativamente distinta a la que pretende instaurar el movimiento comunista por la vía revolucionaria; las reformas dentro del capitalismo siempre estarán encuadradas y reducidas a los límites jurídicos, socio-económicos y políticos que le impiden su necesidad de conservarse y reproducirse:

"Toda constitución legal es simplemente el producto de una revolución. En la historia de la sociedad dividida en clases, la revolución es un acto de creación política, mientras que la legislación es el vegetal político inerte de la sociedad (...) concretando, en cada período histórico, la tarea de las reformas se cumple únicamente en el marco de la forma social creado por la última revolución. Ese es el núcleo de la cuestión".

"Es completamente falso y contrario a la historia representar la acción legal de la reforma como una revolución extendida y la revolución como una reforma concentrada. Una revolución social y una reforma legislativa son dos diferentes dimensiones no por duración sino por esencia. El secreto del cambio histórico mediante la utilización del poder político reside precisamente en la conversión de las modificaciones simplemente cuantitativas en una nueva calidad, para decirlo más concretamente, en la transición de un período histórico de una forma de sociedad a otro.

"Es por esto que quienes se pronuncian a favor del camino de las formas legislativas en lugar de - y en contraposición a - la conquista del poder político y de la revolución social, no están realmente eligiendo un camino más calmo, seguro y lento hacia la misma meta sino una meta distinta. En lugar de dirigirse al establecimiento de una nueva sociedad, se dirigen simplemente hacia modificaciones inesenciales (cuantitativas) de la existente" (36).

Las reformas económicas que pueden reivindicar, con un forcejeo incesante e interminable, los sindicatos bajo un sistema de relaciones capitalistas de producción, nunca pueden ir más allá del establecimiento de condiciones óptimas para la venta y reproducción de la fuerza de trabajo. Pero el trabajador seguirá siendo explotado desde el momento mismo que requiere vender su fuerza de trabajo.

La democracia política asequible en el Parlamento no es más que el pleno reconocimiento y respeto de la igualdad político-jurídica de todos los individuos (independientemente de su clase social) ante el Estado, pero del Estado capitalista, garante, defensor y promotor de las relaciones sociales capitalistas de producción.

"Si la democracia es, en parte, superflua para la burguesía, y en parte hasta un obstáculo, en cambio para la clase trabajadora es necesaria e indispensable. Y lo es en primer lugar porque crea formas políticas (autonomía, sufragio, etcétera) que pueden servir de comienzo y puntos de apoyo al proletariado en su transformación de la sociedad burguesa. Pero, además es indispensable, porque sólo en ella, en la lucha por la democracia, en el ejercicio de sus derechos, el proletariado puede llegar al verdadero conocimiento de sus intereses de clase y de

sus deberes históricos. En una palabra: la democracia es indispensable no por que haga innecesaria la conquista del poder político por el proletariado, sino, al contrario, porque hace indispensable y posible la conquista del poder" (37).

Un peligro catastrófico para la teoría y praxis revolucionaria en las concepciones y propuestas de Bernstein sobre el Estado y sus instituciones políticas, que parece advertir Rosa Luxemburgo, deriva del hecho de que lo desvincula y vacía de todo contenido y determinación de clase, desplaza la lucha por el socialismo de su necesario referente y escenario de antagonismo social.

Sin embargo, estas críticas, que reivindicaban mucho más que una pureza doctrinal y una confesión de fé en la tradición marxista, no impidieron la consolidación y fortalecimiento de las prácticas reformistas que, reiteramos, eran ya comunes y expansivas antes de que Bernstein les otorgara un sustento teórico. Más aún esta progresiva tendencia reformista, que luego se fue despojando de sus nexos revisionistas (marxistas, por tanto), se torno rápidamente rasgo predominante en las filas del movimiento obrero y la mayoría de las fuerzas políticas y sociales de izquierda vinculadas con el socialismo, independientemente de que su plataforma doctrinal y programática confesara su fé revolucionaria. Esto no ha sido, ni es un obstáculo o estímulo decisivo para las exigencias que impone el proceso de lucha cotidiana, alianzas, pactos, reformas.

3. PARTIDO Y MASAS.

En los albores del presente siglo y como consecuencia de la configuración del partido bolchevique de acuerdo a las tesis definidas por Lenin (38), se genera otra disputa teórica que en esta ocasión enfrenta a dos connotados pensadores y dirigentes identificados con la ortodoxia marxista, Lenin y Luxemburgo.

El núcleo de esta disputa, que en su momento no tuvo ni la magnitud ni la resonancia del denominado "debate Bernstein" contrasta y opone concepciones divergentes sobre el sujeto revolucionario (39). Por tanto, la relación entre partido y las masas, las características organizativas y el tipo de funciones que le corresponden desempeñar al partido en la preparación y desarrollo de la lucha revolucionaria y en la construcción del socialismo.

Sin pretender soslayar la importancia de las implicaciones teóricas y prácticas que se han derivado de dos concepciones distintas sobre el sujeto revolucionario, sostenemos que esta disputa resultó clave para la historia del movimiento comunista no por los términos y contenido del debate en sí, sino por el hecho de que tras del triunfo de la revolución bolchevique de 1917 y como componente esencial e indisoluble de la construcción del nuevo Estado e ideología soviéticas, las tesis defendidas por Lenin se hayan convertido en la única interpretación válida y correcta de las ideas de Marx, en un mito y paradigma que generaron consecuencias catastróficas en el movimiento comunista internacional.

Sin duda las concepciones de Lenin fueron un factor determinante e imprescindible para el triunfo de la revolución bolchevique, como sin duda lo fueron también de algunos de los rasgos específicos que hoy en día tipifican al "socialismo realmente existente" como formación social específica (40). Pero constituyen al mismo tiempo sólo una de las múltiples vertientes de interpretación y aplicación concreta de una teoría social orientada a la transformación de la sociedad en un sentido socialista (que no es lo mismo que anti-capitalista), de una teoría social, como ya lo hemos establecido en la introducción, siempre inacabada, siempre perfectible, siempre abierta al cambio y en constante proceso de adecuación a la realidad concreta.

En efecto, la construcción del "socialismo" en la URSS va de la mano de la mitificación del "marxismo-leninismo" como soporte ideológico para recubrir e intentar legitimar prácticas y procedimientos nada novedosos, los de una dictadura interna, los de una potencia hacia el exterior, rasgos que se revelarán más nítidamente durante el estalinismo. Es precisamente Stalin quien se encarga de darle forma y contenido al "marxismo-leninismo", de dogmatizarlo e instrumentalizarlo, de cobrar con creces la factura en blanco que le extendió el triunfo de la revolución bolchevique, de invocar a la autoridad de Lenin para justificar el mantenimiento, supremacía y omnipotencia del partido en la dirección y conducción de la lucha por el socialismo en la URSS y afuera.

Pero para erigir este nuevo mito también era necesario definirlo por oposición a sus referentes negativos dentro de la propia teoría marxista, encarnados por el "luxemburguismo" y el "trotskismo". Es en este contexto donde Stalin y el PCUS situaron el debate entre Lenin y Luxemburgo, donde inmolaron la teoría de la revolución permanente de Trotski. Sólo en este terreno las divergencias se vuelven irreconciliables, sólo en él es posible hablar de una sola verdad absoluta, de excluir y satanizar cualquier otra interpretación y propuesta de transformación de la sociedad que por su naturaleza y esencia misma es irreductible a cualquier forma de dogmatismo.

"Después del fracaso de la revolución comunista europea a comienzos de siglo, la ideología del socialismo en un sólo país se encargó de identificar el impulso original de ella con el anquilosamiento burocrático de sus adelantos parciales en Rusia. Y sólo una encarnación mítica de esta identificación impensable o absurda podía garantizar, con su concreción indudable, que fuese pensada y aceptada. El mito positivo que ha servido de soporte a la ideología del socialismo en un sólo país, ha sido el leninismo: la presentación embalsamada (y por lo tanto falseante) del principio que guió el hacer práctico y teórico de Lenin bajo la figura de un aparato de fórmulas a la vez mecánico y proteico, obligado a traducir todos los datos del detenimiento (y por tanto desvirtuamiento) de la revolución de Octubre en pruebas de su progreso".

"Mientras el mito positivo tiende a ser Único (para parecerse a la verdad de la que se dice que también lo es) los mitos negativos que lo acompañan y le sirve de marco contrastante suelen ser innumerables ("el error es múltiple"). Pero entre los muchos mitos negativos que fueron improvisados como trasfondo en el levantamiento del mito del "leninismo", han sido el "trotskismo" y el "luxemburguismo" los que han ocupado el sitio privilegiado". (41)

Desde esta perspectiva, al pensamiento de Rosa Luxemburgo suelen imputarse a menudo tres "errores" fundamentales. Primero, el "mecanismo catastrófico" de sus planeamientos económicos que la llevaron a prever el derrumbe final del sistema capitalista en cuanto este se expandiera y predominara a escala planetaria. Segundo, su "esquematismo obrerista", esto es, su proclividad a hacer abstracción o soslayar la importancia de conflictos sociales diferentes al antagonismo entre obreros y capitalistas, ateniéndose en su interpretación y análisis de una situación concreta al modelo purista y reduccionista del desarrollo del capitalismo. Tercero y sin duda con el que más se asocia el mito de luxemburguismo es el de su "espontaneismo" o presunta fé ciega en el desenvolvimiento automático del proceso revolucionario como consecuencia del hundimiento del capitalismo y la conciencia e iniciativa revolucionaria de la clase obrera.

El problema de determinar si la conciencia revolucionaria del proletariado es una autoconciencia que se adquiere a través de la participación activa y la experiencia en las luchas espontáneas o si es algo que le debía ser imbuído por el partido revolucionario desde el exterior, así como el relativo a determinar a quien le corresponde, a las masas o al partido, dirigir y conducir la lucha revolucionaria, es el campo donde se escenifican las divergencias torales entre Lenin y Luxemburgo. De ahí que en este apartado nos limitemos exclusivamente a esbozar brevemente esta problemática, prescindiendo de otras cuestiones relativas al "luxemburguismo", que por otra parte ya han sido analizadas en detalle y revaloradas en algunos estudios especializados (42).

Para situar y comprender en su justa dimensión esta polémica es necesario considerar que las divergencias teóricas entre Lenin y Luxemburgo no sólo responden a lecturas e interpretaciones alternativas de la teoría marxista, sino que además se encuentran fuertemente influenciadas y responden en gran medida al contexto histórico y circunstancias concretas en que formulan su pensamiento, a la especificidad de la realidad que pretende conocer y transformar. El pensamiento y la acción de un hombre político son indisolubles del tiempo, condiciones y circunstancias en que se desenvuelve y actúa.

"Así como no se pueden comprender los puntos de vista de Rosa Luxemburg sin entender el fondo histórico-social y político de Polonia y Alemania y de los movimientos obreros en los que ella actuaba, tampoco se puede entender la posición de Lenin aislada de las posiciones concretas del movimiento obrero en Rusia. Mientras la posición de Luxemburg reflejaba la relación de espontaneidad y organización respecto a las necesidades inmediatas de los revolucionarios en un movimiento obrero controlado por la burocracia, la posición primitiva de Lenin corresponde en los años 1902-1904 al carácter amorfo de un movimiento revolucionario en el primer estadio de su desarrollo, bajo un régimen semifeudal y autocrático. La insistencia de Rosa Luxemburg en la energía espontánea de las amplias masas debe ser atendida como el contrapunto polémico a la socialdemocracia altamente burocratizada y sometida bajo la dirección de Kautsky al estricto legalismo de la vida parlamentaria".

"En cambio, la desconfianza de Lenin hacia la espontaneidad debe ser entendida desde el trasfondo de una inteligencia revolucionaria y un movimiento obrero ruso, fragmentado y dividido en grupos enfrentados entre sí y agotado por acciones regionales parciales. La confianza de Rosa Luxemburg en el infalible sentimiento de la clase proletaria no es el simple resultado de la observación de los acontecimientos rusos, donde como en el año 1905, el movimiento revolucionario surgió a partir de rebeliones y acciones huelguistas espontáneas y no por iniciativa de la central de un partido. Esta confianza nace ante todo de la motivación de contraponer a la rígida y jerárquica burocracia del partido el elemento espontáneo del movimiento de masas como correctivo. Por lo contrario, Lenin veía el peligro en primer lugar en acción desorganizada, débil y dispersa, a la cual le faltaba coordinación y dirección política. Esto lo condujo a acentuar la estructuración centralista del partido". (43)

La preminencia que atribuye Luxemburg al espontaneismo de las masas en el impulso y conducción de la lucha revolucionaria parte de su convicción en la inevitabilidad de la revolución proletaria y en la identificación del proletariado, por su condición y ubicación social, como el sujeto revolucionario por naturaleza. Pero lo anterior no presupone una fe ciega en el instinto revolucionario de las masas sino, aparte de la existencia de condiciones objetivas (la descomposición del capitalismo), el desarrollo y maduración de la conciencia revolucionaria del proletariado.

En este sentido, las formulaciones hechas por Marx sobre el desarrollo del capitalismo, la tendencia objetiva hacia el socialismo y la revolución proletaria para consumarlo, expresan el contenido de una autoconciencia del proletariado, autoconciencia que se les revela y de la cual se apropian (interiorizan) a través de su activa participación y experiencia en las luchas espontáneas.

Luego entonces, siguiendo la línea de pensamiento de Luxemburgo, la conciencia revolucionaria no es algo ajeno y que le deba ser enseñado y modelado al proletariado desde el exterior, no es patrimonio exclusivo de una vanguardia o un grupo de intelectuales, no son necesarios líderes ni iluminados para conscientizar y educar a las masas en algo que les es propio e immanente.

Lo anterior no significaba para Luxemburgo que el partido fuese superfluo o prescindible. Por el contrario, reconoce que el proletariado requiere de una organización política centralizada y permanentemente como condición indispensable de su lucha revolucionaria. No se opone al partido, lo concibe de manera distinta a Lenin:

"En realidad, la socialdemocracia no está ligada a la organización de la clase obrera, ella es el movimiento mismo de la clase obrera. Es necesario, por lo tanto, que el centralismo de la socialdemocracia sea de naturaleza fundamentalmente distinta del centralismo blanquista. No podría ser otra cosa que la imperiosa concentración de la voluntad de la vanguardia consciente y militante de la clase obrera frente a sus grupos e individuos. Es, por así decirlo un "autocentralismo" del estrato dirigente del proletariado, es el reino de la mayoría en el interior de su mismo partido". (44)

Luxemburgo concibe al partido como resultado del proceso de auto-organización y conscientización del proletariado, como una vanguardia sí pero integrada por sus miembros más activos, no por un grupo de conspiradores o revolucionarios profesionales. No lo concibe como una instancia superior y separada del movimiento obrero, como un Comité Central infalible que deba conscientizar a las masas y pueda abrogarse la facultad de decidir por y dirigir al proletariado en todas las cuestiones relativas a la lucha revolucionaria.

"Y en fin, digamos francamente entre nosotros: los errores cometidos por un verdadero movimiento obrero revolucionario son históricamente de una fecundidad y de un valor incomparablemente mayores que la infalibilidad del mejor de los Comités Centrales".(45)

Un partido organizado de acuerdo a los principios defendidos por Luxemburgo no excluye en absoluto la posibilidad de que asuma funciones directivas, pero su definición de estrategias y conducción de la lucha revolucionaria responde y se legitima en el impulso revolucionario de las masas, convierte sus exigencias históricas en objetivos conscientes para producir la unidad entre teoría y práctica; acelerar el proceso revolucionario cultivando la conciencia de las masas, que son para Luxemburgo quienes finalmente deciden el curso, ritmo y destino de la lucha revolucionaria.

Así, la convicción de Rosa Luxemburgo de que al proletariado le es immanente una conciencia revolucionaria la lleva a sobreestimar su instinto y vocación como sujeto revolucionario, a depositar en él todo el peso del factor subjetivo en la lucha y construcción del socialismo.

Diametralmente opuestas son las tesis esgrimadas por Lenin quien en vísperas de la realización del II Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, -celebrado en 1902-1903 y que marcaría la escisión entre la fracción bolchevique (mayoritaria) y la menchevique (minoritaria) (46)- redacta su obra "¿Qué hacer?" donde subraya el papel crucial que juega la teoría en el desarrollo de un movimiento revolucionario que se plantee como propósito la lucha por el socialismo.

A su juicio, el movimiento espontáneo de los trabajadores es incapaz por sí mismo de adquirir una conciencia revolucionaria que le permita definir e impulsar un alternativa de tipo socialista. El movimiento espontáneo de los trabajadores, asegura, sólo puede generar una conciencia sindical, plantearse como objetivo una serie de reformas pero no una ruptura y superación, del sistema capitalista.

"Hemos dicho que los obreros no podían tener conciencia socialdemócrata. Esta sólo podía ser introducida desde fuera. La historia de todos los países atestigüa que la clase obrera, exclusivamente con sus propias fuerzas, sólo está en condiciones de elaborar una conciencia traudeunionista, es decir la convicción de que es necesario agruparse en sindicatos, luchar contra los patronos, reclamar del gobierno la promulgación de tales o cuales leyes necesarias para los obreros, etc. En cambio, la doctrina del socialismo ha surgido de teorías filosóficas, históricas y económicas que han sido elaboradas por representantes instruidos de las clases poseedoras, por los intelectuales". (47)

Más adelante, continúa el propio Lenin:

"Ya que no puede ni hablarse de una ideología independiente, elaborada por las mismas masas obreras en el curso del movimiento, el problema se plantea solamente así: ideología burguesa o ideología socialista. No hay término medio (pues la humanidad no ha elaborado ninguna 'tercera' ideología; además, en general, en la sociedad desgarrada por las contradicciones de clase nunca puede existir una ideología al margen de las clases ni por encima de las clases). Por eso, todo lo que sea rebajar la ideología socialista todo lo que sea alejarse de ello equivale a fortalecer la ideología burguesa. Se habla de espontaneidad. Pero el desarrollo espontáneo del movimiento obrero marcha precisamente hacia su subordinación a la ideología burguesa.(...)

"Por esto es por lo que nuestra tarea, la tarea de la socialdemocracia, consiste en combatir la espontaneidad, consiste en apartar el movimiento obrero de esta tendencia espontánea del traudeunionismo a cobijarse bajo el ala de la burguesía y atraerlo hacia el ala de la socialdemocracia revolucionaria". (48)

No es que Lenin ponga en duda la existencia de un sujeto revolucionario y la posibilidad (necesidad) de transitar al socialismo. Simplemente rechaza la existencia de una autoconciencia revolucionaria en el proletariado que se desarrolle a través del movimiento espontáneo, pues el proletariado por sí sólo es incapaz de superar los horizontes del capitalismo, de concebir y llevar hasta sus últimas consecuencias el antagonismo social. El desarrollo de una auténtica conciencia revolucionaria exige un riguroso conocimiento y análisis teórico, un trabajo científico, que sólo puede llevar a cabo un grupo de profesionales de la revolución, una vanguardia que integre al partido revolucionario.

La idea de que el proletariado no puede desarrollar por sí mismo una conciencia revolucionaria no es privativa de Lenin, Kautsky, Adler y otros dirigentes socialdemócratas, hasta el mismo Bernstein, compartían esta opinión. La conciencia revolucionaria le debe ser imbuída "desde afuera" al movimiento obrero. La lucha de clases no determina necesariamente una conciencia revolucionaria, corresponde al partido la misión de imbuir esa conciencia. Sólo así se puede entender que Lenin jamás haya negado que el proletariado era la clase revolucionaria por naturaleza, pues presupone que su conciencia histórica debía recibirla del partido.

De las anteriores consideraciones, se infiere que el movimiento revolucionario no se define necesariamente por su composición de clase, (salvo algunas excepciones los más destacados teóricos y dirigentes marxistas no han sido de origen proletariado) aunque tenga un carácter de clase tal, sino por el hecho de poseer la ideología marxista (luego también leninista) que es proletaria por definición.

Esta concepción lleva a prefigurar y justificar uno de los sustentos y pivotes ideológicos fundamentales del funcionamiento del nuevo Estado soviético tras la revolución victoriosa de 1917 y que será potenciado a su máxima expresión durante el estalinismo; la idea de que un grupo de dirigentes encarnados en el partido y no necesariamente arraigados en la clase trabajadora, tienen derecho, por el sólo hecho de profesar la doctrina marxista, de erigirse como único representante de los intereses del proletariado, y como una encarnación de la conciencia revolucionaria. Más aún, el partido como único portador de la conciencia teórica "correcta", expresa y representa los intereses históricos del proletariado, aún independientemente de lo que pueda pensar el proletariado sobre el mismo partido. El partido encarna esta conciencia por que conoce y sabe analizar científicamente las leyes del desarrollo social, porque con base en ella comprende a la perfección la misión histórica del proletariado y, por ende, le corresponde trazar y conducir el proceso revolucionario.

"No fue el 'elitismo' o la teoría de la introducción desde fuera de una conciencia socialista en el movimiento espontáneo de los trabajadores, lo que convirtió al partido de Lenin en la maquinaria centralizada, dogmática e irreflexiva, pero altamente eficaz que resultó ser, sobre todo después de la revolución. La fuente teórica, o más bien la justificación de esta maquinaria fue la concepción de Lenin de que el partido, en virtud de su conocimiento científico de la sociedad, es la única fuente legítima de toda iniciativa política. Este pasó a ser el principio del Estado soviético, donde la misma ideología sirve para justificar el monopolio de la iniciativa del partido en todos los campos de la vida social, su posición como única fuente de conocimiento acerca de la sociedad y, por lo tanto, el propietario exclusivo de esta sociedad. (...)

"De esta forma, la noción de "socialismo científico" opuesta por una parte al utopismo y por otra al movimiento espontáneo de los trabajadores, se convirtió en la base ideológica de la dictadura del partido sobre la clase trabajadora y toda la sociedad". (49)

También se advierten en la concepción de Lenin sobre el partido otros elementos peculiares que contendrán en embrión, la rígida estructura jerárquica y totalitaria que luego se convertirá en piedra angular del "socialismo realmente existente".

Primero, el partido como instancia diferenciada y separada (por encima) del movimiento obrero y sus formas tradicionales de representación (sindicatos, cooperativas). La relación partido-masas es la de una voluntad dirigente centralizadora y de vanguardia respecto a un movimiento dirigido y subordinado.

Segundo, la relación orgánica que se establece entre el partido y las masas no es necesariamente dialéctica en el sentido de que se retroalimenten reciprocamente. El partido es el depositario de la única teoría revolucionaria correcta, luego entonces, sus decisiones y acciones no tienen que responder o conformarse de acuerdo a la voluntad de las masas o a su instinto revolucionario.

Tercero, si el partido es el único depositario de la teoría revolucionaria correcta, corresponde a él en todo momento decidir y seleccionar las alternativas y métodos de lucha más propicios. Su palabra es ley pues encarna la conciencia del proletariado y siempre saber determinar que es lo mejor para éste. El proletariado, todas sus formas de organización y representación deben acatar y apoyar las decisiones del partido, aún de sus órganos inferiores.

Cuarto, la rígida centralización de las decisiones en los órganos directivos del partido desembocará finalmente en la infabilidad del Comité Central como vanguardia más consciente y sensibilizada.

Quinto, a pesar de que Lenin dió por supuesto que dentro del partido podían expresarse opiniones divergentes y aún constituirse facciones diferenciadas (como ocurrió en la URSS, pero sólo hasta 1922 en que "temporalmente" se suprimieron las fracciones), consideraba que las discrepancias sobre cuestiones de importancia no eran convenientes porque minaban la cohesión del partido y porque, en última instancia, contradecían el principio de que sólo existe una interpretación correcta de la teoría para aplicarse a un problema o situación determinada.

Las cuestiones relativas a la afiliación, centralización y disciplina del partido, acentuadas por Lenin y perpetuadas en rigor por sus sucesores, responden también en gran medida a las condiciones particulares en que se desarrollaba la organización y lucha del movimiento obrero en la Rusia Zarista. En todo caso, la posición radical e irrenunciable entre Lenin y Luxemburgo radicó básicamente en la antítesis autoconciencia revolucionaria del proletariado, adquirida a través de los movimientos espontáneos de masas, defendida por Luxemburgo, y la de conciencia revolucionaria como producto de un conocimiento y análisis científico de los antagonismos sociales que debe ser imbuído desde afuera al movimiento obrero por el partido revolucionario defendida por Lenin. Las otras divergencias importantes entre ellos y muchas de las críticas de las socialdemócratas y mencheviques a la tesis de Lenin se producen a partir de esta concepción.

"No se puede negar que, bajo las condiciones conspirativas, Lenin tuvo la idea más eficaz para lograr la conquista del poder por parte de los bolcheviques. Sin embargo, tuvo que pagar el precio del stalinismo burocrático que, cuando limpiaba el partido, podía apoyarse en el "leninismo". Con la concepción de Lenin se pudo ganar la revolución. Sin embargo, esta misma concepción sirvió después para liquidar sus frutos. El que Lenin hubiera sido ya un "stalinista" es, sin embargo, una leyenda. No obstante, se debe admitir que los principios del partido de nuevo tipo se convirtieron en el momento en que triunfó la revolución, en un fetiche abstracto, hecho que puso en duda el sentido originario de la teoría leninista" (50).

4. LA REVOLUCIÓN RUSA.

El 25 de octubre de 1917 se consuma el triunfo de la revolución bolchevique (51), primera revolución en la historia que se planteaba como propósito fundamental la construcción de una sociedad socialista y servir además como punta de lanza de un nuevo proyecto universalizador. La lucha por el socialismo había obtenido su primer bastión desde el cual, atendiendo a las ideas marxistas, avanzaría inexorablemente en la conquista del mundo. El proceso revolucionario imaginado y teorizado por Marx más de medio siglo atrás daba su primer y trascendente paso adelante, pero en un contexto, lugar y condiciones específicas alejadas de la orto-

doxia. Esta situación, imprevista pero no por ello menos asociada e influenciada por las ideas de Marx, ha de tener consecuencias trascendentales no sólo para la historia de las ideas socialistas y de los movimientos en ella inspirados, sino para la historia de la humanidad toda.

Aquí no pretendemos emprender lo que se ha denominado "historia del futuro anterior", esto es, "juzgar el alcance de un acontecimiento histórico como si en ese momento ya estuvieran escritas sus consecuencias" (52). Fatal e irremediablemente escritas con anterioridad las consecuencias de una victoriosa revolución rusa cuyo único producto posible sería la "realidad socialista existente", lo que equivaldría no sólo a escamotearle cualquier mérito y significado histórico (en el pensamiento y en la acción), sino a terminar aceptando que una y cualquier lucha por el socialismo de amboca necesariamente en algún tipo de "sociedad soviética", que más allá del capitalismo no hay sino esa sola y única posibilidad.

Al rechazar esta lectura e interpretación fatalista de la revolución rusa y la lucha por el socialismo en la URSS sostenemos que los cauces por los que ha discurrido, si bien están condicionados o se ven constreñidos por las realidades que van imponiendo la particular situación rusa sobre la que se apoya y el contexto internacional que le circunscribe, también es resultado concreto de concepciones y percepciones que determinan elecciones y decisiones humanas deliberadas.

Hasta 1905 era base de consenso entre los marxistas que el desencadenamiento de la revolución socialista se produciría en uno o alguno de los países capitalistas más avanzados de Europa Occidental. Alemania constituía, sin duda alguna, la apuesta predilecta. Y que a partir de ahí se iría propagando gradualmente al resto del mundo. Esta convicción era plenamente congruente con las formulaciones teóricas de Marx. Se suponía entonces que para el estallido de una revolución socialista eran requisitos básicos que ésta se diera en un país de capitalismo altamente desarrollado (exacerbación de las contradicciones entre fuerzas productivas y relaciones sociales de producción) y donde además y al mismo tiempo existiera un movimiento obrero combativo, plenamente consciente de su misión revolucionaria guiado por una vanguardia ilustrada (sujeto revolucionario - conciencia revolucionaria). Lógicamente este movimiento proletario sólo existía teóricamente en aquellas partes donde se había llevado a cabo una revolución democrático-burguesa y se hubieran desarrollado sus instituciones representativas: la condición "sine qua non" para el advenimiento del socialismo era que irrumpiera primero en el Occidente desarrollado. Sobre este punto y en referencia concreta a los marxistas rusos, Colletti sostiene que:

"La idea que dominaba en ellos era la misma que constituye el corazón y el núcleo de todo el pensamiento de Marx. La revolución socialista es la revolución guiada y dirigida por la clase obrera, pero la clase obrera se configura en el desarrollo mismo del capitalismo industrial. La revolución socialista es la emancipación completa del hombre, pero esta emancipación presupone entre sus condiciones históricas y materiales, no sólo la 'organización del trabajo' o formación del 'obrero colectivo', no sólo un aumento vertiginoso de la productividad del trabajo, sino también una ruptura de los límites localistas y corporativos que -al igual que todas las demás condiciones- únicamente se realiza en el marco de la producción industrial moderna y del mercado capitalista mundial. Sin esos dos presupuestos decisivos, a saber, por una parte, un teatro revolucionario que abarca todo el mundo y en el cual hay que realizar la unificación del género humano o comunismo mundial y, por otra, un sujeto revolucionario ligado a los procesos de trabajo racionales y científicos, como lo es precisamente el obrero y el técnico moderno, la argumentación global de Marx sería un castillo en el aire" (53).

Esta "valoración" del capitalismo desarrollado como plataforma de lanzamiento del socialismo no era una concepción gratuita o una cuestión de preferencia geográfica por el Occidente europeo. Era consecuencia y resultado de la teoría y análisis formulados por Marx. El pensó y proyectó al socialismo a partir de su "disección" del capitalismo más avanzado en su tiempo, de las sociedades burguesas plenamente consolidadas en lo económico y lo político, que entonces sólo existían en esa forma en Europa Occidental y Estados Unidos.

La teoría marxista asume pues hasta principios del presente siglo la emergencia de una sociedad socialista como ruptura con el capitalismo, solo ahí donde las contradicciones y antagonismos de este último se presenten con mayor intensidad, por tanto, donde sea mayor su nivel de desarrollo. Luego entonces, presupone como condición para su proyecto emancipador las conquistas económicas y políticas de la sociedad burguesa a fin de perfeccionarlas, modificarlas o sustituirlas en función de las necesidades y requerimientos de la nueva sociedad.

Si lo anterior implica que la revolución socialista sólo era posible en aquellos países capitalistas donde la industrialización y la democracia representativa fueran lógicas predominantes e institucionalizados en el caso de la segunda, entonces no hay duda que a principios del siglo sólo había un puñado de países preparados para emprender ese salto (54).

El triunfo de la revolución rusa vendría a alterar sustancialmente estas concepciones y predicciones, pero los bolcheviques, en particular Trotsky y Lenin ya habían desarrollado previamente las premisas teóricas que le vendrían a dar sustento y contenido.

Hasta 1905 la idea de que la revolución que se cernía sobre la Rusia zarista sería de carácter democrático burgués (desarrollo acelerado del capitalismo en el plano económico y sustitución de la autocracia zarista por una república democrática burguesa en el político) era base de unanimidad entre los marxistas rusos, una idea compartida por bolcheviques y mencheviques. Se asumía que para estar en condiciones de emprender una revolución socialista en Rusia era menester que primero se cumplieran las tareas que la situaran en el nivel de desarrollo alcanzado por los países capitalistas más avanzados, que se imitara y repitiera la vía occidental del desarrollo capitalista, industrialización y democracia.

Hoy parece una obviedad subrayar que la tendencia globalizadora del capitalismo no conlleva a una nivelación de los beneficios entre sus componentes, sino que presupone como lógica de su conservación, reproducción y desarrollo una diferenciación y desequilibrio entre los centros y periferias y, en la mayoría de los casos, aún al interior de cada una de las formaciones sociales específicas que lo integran. El mito del acceso al selecto grupo de potencias capitalistas por la vía del gradualismo, las etapas sucesivas o la imitación de patrones prestablecidos no logró ser destruido por la revolución rusa, a pesar de que en las formulaciones teóricas de Trotsky existen algunos elementos en estado embrionario, a partir de los cuales es posible darle continuidad y desarrollar un análisis en ese sentido (55).

Pero la coincidencia entre bolcheviques y mencheviques no iba más allá de este punto. Mientras los mencheviques sostenían que para emprender esta revolución era menester que el proletariado se aliara y subordinara a los partidos liberales, que se plegara a la dirección de la burguesía liberal; en contraparte, los bolcheviques, encabezados por Lenin, ponían en duda la capacidad y voluntad revolucionaria de la burguesía aún para emprender una revolución democrático - burguesa, por lo que sostenían que la iniciativa y dirección revolucionaria debía corresponder al partido proletario pero no en alianza con la burguesía liberal, sino con los campesinos. De ahí la idea de Lenin de una "dictadura democrática de obreros y campesinos". La valoración de la importancia del campesinado en el proceso revolucionario fue sin duda otra de las destacadas aportaciones de Lenin a la teoría revolucionaria.

Hasta aquí nada que se alejara mucho de la ortodoxia. La teoría de las dos etapas era base de consenso tras la que se ocultaban importantes disensos, pero nadie ponía en duda su validez y vigencia histórica. De hecho Lenin no abandonaría esta idea de la revolución en dos etapas hasta principios de 1917 en sus famosas "Tesis de Abril".

El primer desafío a este esquema general de interpretación provenía de Trotsky y su denominada "teoría de la revolución permanente". En enero de 1905 Alexander Helphand, (un judío ruso radicalizado en Alemania y perteneciente al ala izquierda de la socialdemocracia alemana que escribía bajo el seudónimo de "Parvus"), al analizar los sucesos en el imperio zarista llega a entrever la posibilidad que la revolución democrática en curso en Rusia, lleve al poder a un gobierno socialdemócrata que ejercería a su vez una poderosa influencia en el desarrollo político y orientación revolucionarias de los países capitalistas.

Fuertemente influenciado por las ideas de "Parvus", Trotsky formó la en su obra "Resultados y Perspectivas" redactada entre 1905 y 1906 los fundamentos de su "teoría de la revolución permanente".

A juicio de Ernest Mandel, uno de los más connotados discípulos de Trotsky, esta teoría descansa en tres premisas básicas (56). Primera, en virtud de la discordancia entre las condiciones económicas y las relaciones de fuerza sociopolíticas entre las clases, las tareas históricas de la revolución democrática burguesa en Rusia sólo podrán ser obra de un estado proletario y no de un estado burgués.

"Por esta misma razón no habría dos etapas de la revolución. Esta sería aplastada si el proletariado no tomara el poder. Y si triunfara bajo la dirección del proletariado, éste pasaría sin solución de continuidad de la realización de las tareas históricas de la revolución democrática burguesa a un inicio de realización de las tareas históricas de la revolución socialista" (57).

Implícitamente, como lo advierte el propio Mandel, en esta concepción subyacen en estado embrionario los elementos básicos que posteriormente retomara Trotsky para articular su ley del desarrollo "desigual y combinado" del capitalismo y a través de ella explicar y analizar la complejidad de las estructuras socioeconómicas de los países atrasados y del que se desprende que el papel de la burguesía (de las relaciones capitalistas de producción y dominación, agregaríamos) es forzosamente diferente a lo que fue durante el ascenso del capitalismo en Occidente (llama poderosamente la atención la similitud que mantiene este razonamiento y conceptualización con el ulterior de Lenin sobre la 'ley del desarrollo desigual' del capitalismo que servirá de base para su teoría del imperialismo).

Segunda, al mismo tiempo que Trotsky sostuvo que las tareas históricas de la revolución rusa eran irrealizables si el proletariado no conquistaba el poder, precisó que las condiciones internas no estaban en absoluto maduras para que conservara el poder y emprendiera la construcción del socialismo en el sentido que lo entendían Marx y Engels si la revolución rusa quedaba aislada internacionalmente, y no era protegida y estimulada por una revolución socialista en los países capitalistas más desarrollados.

Esta concepción altera sustancialmente la ortodoxia marxista en el sentido de que postula que sí es posible emprender una revolución socialista en un país "atrasado", pero no rompe totalmente con ello en el momento que, simultáneamente, sostiene que no será posible conservarla y proyectarla hacia adelante sino es seguida y alimentada por una revolución socialista en los países más avanzados. Sin embargo, no deja muy claro o quizá pretenda deliberadamente evadirlo si el dato más relevante para el triunfo y construcción del socialismo en un país "atrasado" es precisamente tal cualidad de su desarrollo o la falta de su complemento internacional. La teoría stalinista del "socialismo en un sólo país" sí significará, a nuestro juicio, una ruptura total con la ortodoxia marxista sobre este punto.

Las dos primeras premisas definidas por Mandel encuentran una correlación inequívoca y explícita con los escritos de Trotsky, quién sostiene que:

"La perspectiva de la revolución permanente puede resumirse así: la victoria completa de la revolución democrática en Rusia sólo se concibe en forma de dictadura del proletariado, secundado por los campesinos. La dictadura del proletariado, que inevitablemente pondría sobre la mesa no sólo las tareas democráticas sino también socialistas, daría al mismo tiempo un impulso vigoroso a la revolución socialista internacional. Sólo la victoria del proletariado de Occidente podría proteger a Rusia de la restauración burguesa, dándole la seguridad de completar la implantación del socialismo" (58).

La tercera premisa de la "revolución permanente" establecida por Mandel es más una inferencia del pensamiento y escritos de Trotsky en su conjunto, que un componente sustancial de dicha teoría tal como fue originalmente formulada. La anterior no pretende restarle importancia dentro del corpus teórico de Trotsky, sino simplemente evidenciar que fue producto de un proceso de reflexión que se sitúa más allá de su decisiva contribución al triunfo de la revolución rusa y comprende las ideas posteriores a su marginación de los grupos dirigentes y a su destierro de la URSS.

En efecto, Mandel postula como tercera ley de la revolución permanente:

"La construcción del socialismo no presupone sólo un trastocamiento fundamental del sistema económico: presupone igualmente un trastocamiento permanente de todas las relaciones sociales. Se trata de una amplia, de una gigantesca revolución cultural, cuya característica principal sería que fuera consciente y democráticamente guiada por la propia masa humana. La construcción y la realización del socialismo es, ante todo, para Trotsky la conquista para el hombre de la capacidad de determinar su propio destino". (59)

Paradójicamente las innovaciones teóricas de Trotsky no desempeñan un papel crucial en los debates y estrategias asumidas por el partido bolchevique. Hasta antes de 1917 no constituyó una figura clave o influyente en el movimiento revolucionario ruso, a pesar de los elementos proféticos que contenía su "teoría de la revolución permanente", como profética fue su crítica de 1904 a la teoría del partido revolucionario de Lenin. En 1904 publicó en Ginebra un panfleto titulado 'Nuestras tareas políticas' que entre otras cosas atacaba a la idea del partido de Lenin. Afirmaba que Lenin desdeñaba al pueblo y a la clase trabajadora e intentaba sustituir al proletariado por el partido, lo que significaba que al curso del tiempo el Comité Central sustituiría al partido y un dictador sustituiría al Comité Central.

Caso contrario fue el de las innovaciones teóricas introducidas por Lenin que ejercieron una influencia decisiva en el desarrollo y resultado de la revolución rusa, lo que consecuentemente también lo hace, en alguna medida, corresponsable del carácter del Estado soviético como formación histórica de tipo completamente novedoso. Kolakowski ha insistido en que para Lenin todas las cuestiones eran potenciales instrumentos de la revolución y todas las respuestas acciones políticas, destacando que no era un doctrinario en el sentido de preferir la fidelidad al texto de Marx a la eficacia práctica del movimiento que dirigió, así pues orientado por su enorme sentido práctico fue capaz de subordinar todas las cuestiones, sean de carácter teórico o táctico, a la finalidad exclusiva de la revolución en Rusia y en todo el mundo (61). El ejercicio permanente de esta habilidad y la de traducirla sistemáticamente a nivel de la teoría en mucho explican su marcada ascendencia sobre el movimiento revolucionario ruso.

A propósito de la revolución que se delinea en el horizonte de la Rusia zarista, hasta antes de 1917, Lenin sostenía que dadas las condiciones prevaletcientes sería una revolución democrático-burguesa a pesar de que su objetivo último no podía ser otro que la revolución socialista, pero a diferencia de Trotsky no admitía la posibilidad de que se llegara a una solución de continuidad inmediata entre ambas. Por tanto, es posible inferir que, hasta antes de 1917, Lenin asumía que la revolución rusa se mantendría durante un período histórico (indeterminado) como una revolución exclusivamente burguesa. Este razonamiento cobra aún más fuerza, si consideramos las implicaciones e importancia crucial que atribuyó Lenin a la cuestión campesina.

A su juicio sólo un movimiento revolucionario apoyado por la gran mayoría del pueblo ruso podía resultar exitoso y duradero. Pero esta premisa lo enfrentó a un dato objetivo ineludible: el campesinado constituía la abrumadora mayoría de la población rusa y el proletariado (la única clase revolucionaria capaz de llevar a cabo una revolución socialista constituía sólo un segmento y fuerza minoritaria). De ahí que haya postulado que para el triunfo de la revolución democrático-burguesa en Rusia la estrategia básica consistía en una alianza entre el proletariado (socialdemocracia) y el campesinado, y el consecuente ejercicio conjunto del poder político una vez alcanzado el triunfo.

Al rechazar cualquier alianza con la burguesía y los partidos liberales para derrocar a la autocracia, Lenin no sólo advirtió la incapacidad de la propia burguesía para dirigir un proceso revolucionario; sino que además percibió el gran potencial revolucionario de las demandas no satisfechas de los campesinos (reparto de tierras) y urgió al partido a capitalizarlas. Pero Lenin parece estar consciente desde un principio que el potencial revolucionario del campesinado es exclusivamente en relación a las conquistas y reivindicaciones dentro del marco capitalista, que en cuanto la revolución socialista estuviese a la orden del día, el campesinado se opondría al proletariado. De ahí que sea válida la valoración de la alianza con el campesinado propuesta por Lenin sólo en relación con una revolución democrático-burguesa, tal como lo establece precisamente Trotski:

"A la idea plejanovista de unión entre el proletariado y la burguesía liberal, Lenin oponía la idea de unión entre el proletariado y los campesinos. Proclamaba que la tarea de la colaboración revolucionaria de estas dos clases era el establecimiento de una 'dictadura democrática' como único medio de limpiar radicalmente a Rusia de sus residuos feudales, crear una clase libre de agricultores y abrir la ruta al desarrollo del capitalismo, más bien según el patrón americano que el de Rusia (...)

"Esa dictadura habría de ser, naturalmente, no socialista, sino democrática. No estaría en condiciones (sin toda una serie de etapas intermedias de desarrollo revolucionario) de echar abajo los cimientos del capitalismo (...)

"El punto débil del criterio de Lenin era su noción intrínsecamente contradictoria de la 'dictadura democrática del proletariado y los campesinos'. El mismo Lenin recalca las limitaciones básicas de aquella dictadura al llamarla abiertamente burguesa. Quería así dar a entender que, para mantener la unidad con el campesinado, los proletarios se verían obligados a prescindir de plantear inmediatamente la tarea socialista durante la próxima revolución. Pero aquello hubiera significado que el proletariado renunciara a su propia dictadura. Por consiguiente, la dictadura era, en esencia, del campesinado aunque en ella participaran los obreros" (61).

En el mismo orden de ideas, el propio Trotski agrega:

"Lenin nunca miró al campesino como un aliado socialista del proletariado; por el contrario, la enorme preponderancia del campesinado era lo que había conducido a Lenin a la conclusión de que en Rusia era imposible una revolución socialista. Esta idea se reitera una y otra vez en todos sus artículos que directa o indirectamente tocan la cuestión agraria (...)

"Tampoco podía haber sido de otro modo. Si Lenin hubiese visto un aliado socialista en el trabajador del campo, no habría tenido el más mínimo motivo para insistir sobre el carácter burgués de la revolución, limitando 'la dictadura del proletariado y del campesino' a tareas puramente democráticas. En las ocasiones en que Lenin me acusó de "menospreciar" al campesino, no lo hacía pensando en que yo reconociese unas tendencias socialistas del campesino, sino en que no comprendiese lo suficientemente, desde el punto de vista de Lenin, la independencia democrático-burguesa del campesinado, su capacidad de crear su propio poder e impedir en el establecimiento de la dictadura socialista del proletariado". (62)

Alentado por la revolución de febrero, preludio de la de octubre, que derrocó a la ancestral dinastía Romanov y el establecimiento de un doble poder en Rusia (el gobierno provisional y los soviets) Lenin decide regresar a su país natal. Antes de abandonar Suiza escribe sus "Cartas desde Lejos" cuyas ideas principales profundiza al arribar a Petrogrado bajo el título de "Tesis de Abril", donde claramente se advierte un cambio radical en sus ideas respecto al carácter, contenido y alcance de la revolución rusa. A pesar de la oposición de los mencheviques e incluso de algunos bolcheviques, reivindica el tránsito inmediato al socialismo de la revolución, queda superada así la idea de las dos etapas de la revolución. Rusia está preparada para marchar hacia el socialismo.

Poco antes había formulado su teoría de la cadena más débil del imperialismo, que le permitió anticipar el estallido de una revolución socialista en un país atrasado. En vísperas de la revolución, Lenin ciertamente corrige su concepción sobre el carácter de la revolución rusa pero al parecer ya nunca tuvo tiempo para repensar integralmente su enfoque original sobre la cuestión campesina, que se basaba en las premisas de un tipo de revolución totalmente distinto al escenificado en octubre de 1917.

A pesar de las divergencias entre Trotsky y Lenin acerca de la revolución rusa había un punto en que coincidían plenamente aunque por distintas razones: la imposibilidad de mantener e impulsar la revolución rusa, sin un desenlace revolucionario internacional. Otra vez, en el fondo, el convencimiento de que el punto donde se jugaba la partida decisiva para el destino histórico del socialismo era el corazón mismo del capitalismo, ahí donde moraba el moderno proletariado industrial, el sujeto histórico de la revolución pensada por Marx.

"Es importante señalar que ambas líneas, las cuales habían nacido precisamente del esfuerzo por dar una respuesta al problema específico de la revolución en Rusia, presuponían, sin embargo, más o menos explícitamente, la necesidad de una integración, un apoyo o un complemento a nivel internacional; y que sin esa referencia, o sea,

restringidas a los límites de la sociedad rusa de la época, ambas líneas se juzgaban decididamente impracticables y arbitrarias. La línea de Lenin -sin ese complemento- era impracticable porque exigía al proletariado participar como protagonista y fuerza dirigente en la instauración, a través de la revolución democrático-burguesa, de un régimen en el que el propio proletariado había encontrado únicamente el reinado generalizado de la explotación capitalista y del trabajo asalariado. Y la línea de Trotski era impracticable porque propugnaba la continuación ininterrumpida de la revolución burguesa a la revolución socialista en un país en el que el proletariado industrial era sólo una pequeña isla rodeada de un ilimitado mar campesino" (63).

Para ambos, el proyecto universalizador del socialismo no se reducía a realizar la revolución en un país determinado sino a desencadenar la revolución a escala planetaria. En este sentido, el triunfo de la revolución bolchevique, realizado en condiciones excepcionales y no a pesar sino precisamente por las peculiaridades de su atraso (teoría del desarrollo desigual), constituía el punto de partida de la revolución mundial. Más aún, el cabal triunfo y realización de una revolución socialista en Rusia dependía de su triunfo en Occidente. De otra suerte era impensable e irrealizable la construcción del socialismo en un sólo país. Los escritos de Lenin testimonian que jamás renunció a este principio fundamental.

"Está fuera de duda que Lenin no creyó en la permanencia de la victoria en un país. En el Tercer Congreso de los Soviets de enero de 1918, dijo: 'La victoria final del socialismo en un sólo país es por supuesto imposible'. En un artículo del 12 de marzo de 1918 escribió: 'No cerramos nuestros ojos del hecho de que en un sólo país incluso si fuera mucho menos atrasado que Rusia, incluso si viviéramos en mejores condiciones que las dominantes tras cuatro años de una guerra penosa, grave y ruinosa, no podríamos llevar a cabo una completa revolución socialista, exclusivamente por nuestros propios esfuerzos'"(64)

Efectivamente, el triunfo de la revolución bolchevique fue resultado de circunstancias excepcionales. Los dirigentes bolcheviques fueron plenamente conscientes de ello. La revolución no tuvo lugar en Rusia antes que en otro país porque se considerase que la situación interna estuviese ya madura para una revolución socialista, sino porque la conflagración de 1914 había precipitado en ese país antes que en otro y con mayor intensidad que en ningún otro, una aguda crisis política y social, que para principios de 1917 producía el hundimiento del zarismo, el nacimiento de una tiutubeante e híbrida república democrático-burguesa (gobierno provisional) incapaz de frenar la descomposición de la sociedad y satisfacer las más elementales exigencias de las masas. Cuando se abre una alternativa revolucionaria, el fuertemente centralizado,

rígido y disciplinado partido bolchevique que Lenin venía preparando desde tres lustros atrás para tomar el poder y dirigir una revolución socialista, no esperó que las condiciones internas maduraran o que el proletariado occidental tomara la iniciativa.

Los dirigentes bolcheviques, Lenin en particular, son conscientes de y asumen plenamente el desafío que significaba pensar y emprender las tareas revolucionarias orientadas al socialismo en un país cuyas condiciones internas son aún insuficientes para un proyecto de semejante envergadura. Que el capitalismo en su conjunto, y esto quiere decir sus países de punta, estuviera listo para el socialismo, no significa que por lo mismo las condiciones en Rusia estuvieran ya maduras. De ahí el peso e importancia que se atribuye a la revolución de Occidente. Pero paradójicamente, fue precisamente en Rusia donde se abrió la posibilidad de una revolución socialista. La historia ha mostrado ser mezquina para brindar este tipo de oportunidad y se ha empeñado en hacerlo ahí donde las condiciones para constituir el socialismo son teóricamente desfavorables. Otra vez la teoría a remolque de la historia.

La ausencia de libertades y tradiciones democráticas en Rusia influyó sin duda en el advenimiento de la revolución, pero en sentido negativo, no fue menor su contribución a la dictadura del partido que ya se insinuaba en vísperas de la muerte de Lenin y que él más que nadie había contribuido a generar. A pesar de que no compartimos la interpretación determinista y monocausal según la cual el sistema soviético desarrollado bajo Stalin fuese la única continuación lógica y posible del leninismo y que el Estado fundado sobre los principios ideológicos y políticos de Lenin sólo pudo mantenerse bajo la forma estalinista (65), tampoco pretenemos desligar dicho desarrollo de ideas y acciones emprendidas por Lenin. Hay elementos teóricos y datos históricos en Lenin que tienden objetivamente a potenciarse y desplegarse bajo el estalinismo, pero de ninguna manera constituye el ulterior desarrollo de la URSS la consecuencia única e inevitable de las ideas de Lenin.

La dirigencia bolchevique, Lenin en particular, fue consciente del aislamiento del partido respecto a las masas, de que todo el impulso y dirección de la revolución estaba en el partido y de que a menudo esto empujaba más allá de lo que las masas estaban dispuestas a apoyar. Nunca hubo jamás un contrapeso efectivo para sus acciones y decisiones. Estaban sólo en la conducción de la revolución que cada vez les planteaban más desafíos y exigencias de lo que imaginaron y estaban capacitadas para enfrentar. Ahora se topaban con la difícil tarea de gobernar y tomar decisiones sin bases reales de apoyo. La esperada revolución de Occidente que les mostraría e iluminaría el camino cada vez parecía menos posible.

Para Moshe Lewin, el cuadro socio-político prevaleciente en Rusia después del triunfo revolucionario presentaba las siguientes características:

"El país estaba devastado; sus no demasiadas numerosas clases alta y media, destruidas y dispersas. La clase obrera, agotada y desclasada y los campesinos en agitación continua. En aquel momento en la realidad rusa no había ni fuerzas sociales ni tendencias claramente individualizables con las cuales poder contar con seguridad con el fin de crear una dinámica interna en dirección del socialismo, a excepción de la pura voluntad política del grupo dirigente" (82).

Más adelante, Lewin agrega:

"A pesar de que faltaba el deseable sostén social, especialmente a causa de la contracción de la clase obrera, el partido no operaba y no podía operar en el vacío: habiendo comenzado a apoyarse cada vez más sobre el Estado y cada vez menos sobre las masas inseguras, el aparato estatal, fuera cual fuera la composición social de la burocracia, estaba asumiendo gradualmente la función de palanca principal para el logro de los fines deseados" (83).

Lo anterior si bien no justifica, si permite explicar hasta cierto punto las vacilaciones, retrocesos, desacuerdos y arbitrariedades que se empezaron a cometer apenas concluida la revolución, muchas de las cuales fueron dictados, permitidas o toleradas por el propio Lenin. A través de un complejo proceso gestado día con día, el Estado soviético fue distorsionando el socialismo, alejándose de él y desembocando en una formación social específica en la que es irreconocible el socialismo.

Los primeros pasos en esa dirección, opuesta al avance en un sentido socialista, se dieron ciertamente aún en vida de Lenin y siempre estuvieron sustentadas en la convicción de que es el partido quien posee la teoría correcta en todo momento y quien comprende e interpreta con mayor claridad los verdaderos intereses de las masas. Entre las acciones que mejor ilustran los primeros pasos contrarios al socialismo destacan las relativas a la cancelación o restricción de las libertades democráticas como la autonomía sindical, a la existencia de partidos y medios de comunicación opositores, a la libre elección de representantes, al establecimiento de poderes locales autónomos, la disolución de la vida parlamentaria (tras la derrota del partido bolchevique en las elecciones de la primera Asamblea Constituyente), la libertad de expresión y manifestación de ideas y, una no menos decisiva, la suspensión temporal (que lleva más de 65 años) de las fracciones dentro del hoy PCUS. De ahí que hasta el día de su muerte (21 de noviembre de 1924), Lenin haya estado consciente de que la construcción del socialismo en la URSS se encontrara suspendida en el vacío, como lo señala Colletti:

"(La política leniniana) se movía siempre en la tensión entre dos exigencias antitéticas. La primera exigencia, que imponía atenerse a la situación rusa, obligaba no sólo a diferir los objetivos propiamente socialistas sino también a que, mientras tanto, el sujeto y el depositario de éstos fuera únicamente el partido; la segunda exigencia era la de que, al ver en Rusia solamente el punto de partida y la plataforma temporal de la revolución europea o mundial, se estaba haciendo una anticipación sobre la perspectiva de la transición al socialismo, sino además el objetivo de la sociedad comunista propiamente dicha (...)

"El hecho es que en el fondo y en la base de todas esas vacilaciones estaba el elemento que menos se había previsto, esto es, que el presupuesto decisivo con el cual contaba el grupo dirigente bolchevique en el momento de la toma del poder, y que habría servido por sí sólo para equilibrar de nuevo todos los desfases producidos por el atraso ruso, no llegaba a cumplirse. La revolución en la Europa occidental no había llegado a producirse todavía o, mejor dicho, se había producido pero por el momento había sido derrotada. Lenin se veía obligado a verificar una vez más, en el demorarse de la siguiente oleada revolucionaria, algo que él sabía mejor que todos los demás y desde siempre: que faltaban casi por completo las bases económico-sociales indispensables para la realización del poder soviético en Rusia y que, por eso, la dictadura del partido se hallaba allí como 'suspendida del vacío'" (68).

Al morir Lenin, quien en sus últimos días advierte con preocupación y logra formular algunas medidas que ya entonces resultan ineficaces para combatir el cáncer burocrático que se expande e incrusta inexorablemente en toda la sociedad rusa (soviética a partir de 1924), la revolución continúa sin una orientación clara y un rumbo fijo. El partido bolchevique, a falta de un apoyo en las masas, por encima de quien se sitúa cada vez más lejos, empieza a forjar una maquinaria burocrática, un Estado cada vez más omnípotente con el que termina fundiéndose para ejercer el poder y proteger a la "patria socialista" de cualquier amenaza externa o interna. La lucha interna contra las presuntas fuerzas contrarrevolucionarias fue una prioridad desde el primer momento, constituyendo a la sazón un ejercicio permanente, brutal pero cada vez más sofisticado del Estado soviético.

"Muchas características políticas peculiares del período leninista consienten en considerarlo como algo específico todavía abierto a desarrollarlos en distintas direcciones. Si no hubiera sido así, no habría sido posible la NEP, ni su aceptación por parte de Lenin y menos aún la generosa adopción que de ella hizo un gran número (no todos) de dirigentes del partido. Por eso, el leninismo tenía distintas 'potencialidades' aún en las duras condiciones de Rusia" (69).

Justo en este punto se puede situar la lucha por la dirección en el partido bolchevique que culmina con el ascenso de Stalin y la configuración del stalinismo. El cada vez mayor alejamiento del partido respecto a las masas, la falta de un rumbo claro y decidido para construir el socialismo; la catastrófica situación de la economía por los efectos devastadores y acumulados de la conflagración europea, la guerra revolucionaria y la guerra civil que le sucedió; la inhibición y escamoteo de derechos y libertades democráticas; la falta de contrapesos al ejercicio del poder por el partido (entonces ya único); la consolidación y ampliación de una poderosa maquinaria burocrática; el desvanecimiento de las posibilidades de un estallido revolucionario en Occidente y el repunte de los signos vitales de la economía capitalista, además de las enormes presiones ejercidas sobre Rusia, son algunos de los factores y circunstancias más a menudo invocados para situar el origen y explicar el desarrollo del stalinismo.

La primacía de Stalin, sus concepciones, métodos y prácticas para gobernar, se logran tras una enconada disputa al interior de la dirigencia bolchevique durante el período 1924-1929, que se salda definitivamente con el reconocimiento y aceptación de la consigna del "socialismo en un sólo país", que a nuestro juicio es más producto y respuesta a una situación impuesta por el contexto interno y externo, que una innovación teórica de Bujarin y Stalin. La construcción del socialismo en un sólo país es un dato y necesidad objetiva impuesto por la realidad, la teoría de Stalin es al final de cuentas sólo su reconocimiento formal y su manipulación para fines específicos.

Así como no era lógico y consecuente que los bolcheviques renunciaran a la posibilidad de tomar y ejercer el poder tras el triunfo de la revolución porque, ésta no se había desarrollado de acuerdo a las previsiones de Marx (hoy es más remoto que así suceda en algún lugar), embarcándose así en la riesgosa e inédita empresa de construir el socialismo en la atrasada Rusia, tampoco parece lógico que renunciaran varios años después porque seguían sin producirse los acontecimientos que teóricamente se estimaban indispensables para dotarlo de permanencia, certeza y viabilidad. No se cuestiona la necesidad de que la URSS avanzara por sí sola en la lucha por el socialismo, no habría otra elección. Lo que se cuestiona y rechaza son los términos en que tal necesidad fue reconocida y las estrategias, prioridades y acciones que de ella se desprendieron.

La gestación y maduración de la teoría del socialismo en un sólo país puede ubicarse entre 1924-1926, esto es, desde el período inmediatamente posterior a la muerte de Lenin hasta la publicación de "Cuestiones acerca del Leninismo" donde Stalin rompe definitivamente con la tesis generalmente aceptada, (incluso por el tal como se aprecia en su artículo "Los fundamentos del Leninismo" de 1924), de que el proletariado de un sólo país no podría conseguir la victoria final del socialismo de manera aislada. La ruptura se da en el momento que Stalin afirma que es necesario establecer una distinción entre la posibilidad

(necesidad) de edificar finalmente el socialismo en un sólo país y la posibilidad (necesidad) de proteger la revolución contra una intervención capitalista, concluyendo que en condiciones de cerco capitalista no podía existir una garantía absoluta para impedir la intervención (contrarrevolución) capitalista, pero, no obstante, sí era posible construir una sociedad socialista bajo esas condiciones.

Desde un punto de vista estrictamente pragmático para el ejercicio del poder político y quizá para la supervivencia misma del nuevo Estado soviético, la teoría del socialismo en un sólo país era indispensable. Las condiciones internas y externas prevalentes en ese entonces no suministran elementos de peso que permitan estimar cómo la fidelidad doctrinaria podía haber alterado sustancialmente las cosas, como para concluir que la estrategia era equivocada porque existían otras alternativas. Y nos referimos exclusivamente, insistimos, al reconocimiento y pertinencia política de la teoría, de ninguna manera a las estrategias, criterios y fundamentos a través de los cuales se desplegó y materializó.

De manera simultánea a la formulación de la teoría del socialismo en un sólo país, se van configurando las bases de la ideología del nuevo Estado soviético mediante la codificación y sacralización del marxismo-leninismo como única teoría genuinamente revolucionaria en la época del imperialismo que, como ya se ha señalado, se mitifica en gran medida a través de su contrastación con el trotskismo. Sin duda las ideas de Trotski juegan un papel relevante como referente negativo para legitimar al marxismo-leninismo y, con él, a la teoría del socialismo en un sólo país.

A pesar de sus anteriores disputas con Lenin a propósito de la naturaleza y contenido de la revolución rusa y de su tardía incorporación al partido bolchevique (a principios de 1917), tras el triunfo de la revolución, Trotski (organizador del Ejército Rojo y conductor del proceso revolucionario) se convirtió en una de las personalidades de mayor prestigio dentro del grupo dirigente, aún y cuando era visto con recelo por muchos líderes de la vieja guardia. Identificado con el ala izquierdista del partido, propugnó desde un principio por el control estatal de los sindicatos, la militarización del trabajo, la colectivización de la agricultura y la industrialización forzosa y acelerada; sostenía, en suma, que la economía socialista debía sustentarse en un proceso de industrialización inaplazable y que lanzara a fondo una ofensiva contra los elementos capitalistas. La agricultura debía mecanizarse y electrificarse para que se transformara en una rama de la industria estatal, pues si ésta se desarrollara a un ritmo más lento que aquélla podría sobrevenir una restauración capitalista.

En el verano de 1921 el partido bolchevique se vé obligado a reco-
nocer el fracaso de la denominada "Economía de Guerra" instru-
mentada a partir de 1918 y a sustituirla por la Nueva Economía Po-
lítica (NEP). La "Economía de Guerra" designaba a un sistema eco-
nómico basado en la coerción de los campesinos y en la confisca-
ción directa de sus excedentes de producción (requisas) que termi-
nó por arruinar la maltrecha producción agrícola y provocar una
mayor animadversión de las masas campesinas contra el gobierno. La
NEP significó un retorno limitado a una economía de mercado con
fuerte predominio agrario al permitirse el libre comercio de los
productos, sustitución de la apropiación de excedentes por un
impuesto uniforme sobre el grano, concesiones al capital extranje-
ro, arrendamiento de factorías estatales a particulares, distribu-
ción de productos estatales a través de redes de comercio privado
e incentivos materiales para la producción.

La adopción y resultado de la NEP y la consolidación de fuertes
tendencias burocráticas en la sociedad soviética pronto se convig-
tieron en blanco de críticas de Trotski, quien hacia 1924 y aún
siendo Comisario de las Fuerzas Armadas y miembro del Politburó
fue sometido a una feroz crítica dentro del partido bolchevique.
Su crítica que pronto se convierte en oposición al grupo que con-
trolaba y dirigía ya al partido (Stalin, Bujarin y Zinoviev), ter-
mina por marginarlo totalmente del poder. En 1926 es expulsado de
Politburó y en 1927 del partido, pero a estas alturas su exclu-
sión ya es tan sólo formal.

El verdadero detonante para alinear al partido Bolchevique contra
Trotski e inventar un mito negativo sobre el trotskismo, basado
en una argumentación y razonamiento falseada sobre todo por Sta-
lin, lo constituye la publicación, en Octubre de 1924, de las
"Lecciones de Octubre". De hecho esto es el acontecimiento con
que se abren los intensos debates y luchas internas en el partido
bolchevique y que culminan con la rotunda victoria de Stalin
hacia 1929 al excluir a Bujarin, cabeza del último grupo de opo-
sición que luchó por un programa de gobierno y no meramente por
el poder personal, tras haber exterminado previamente a otros de-
tacados dirigentes como Zinoviev, Kamenev, y Preobrazhenski.

En las "Lecciones de Octubre", Trotski reconstruye y analiza el
desarrollo de la revolución bolchevique, concluyendo que, en
términos generales, su evolución y resultados venían a ratificar
la validez de la "teoría de la revolución permanente". En su
argumentación subyace la exigencia de recuperar el impulso revo-
lucionario mundial, iniciado por la revolución rusa (de ahí
la lección), deslizando en ese sentido la idea de que siendo
Lenin el arífice y conductor de la revolución al exigir una
renovada fé; confianza en el proletariado ruso y europeo, él
era el único dirigente fiel a los principios leninistas. De
pasada, recuerda la actitud titubeante e incluso opuesta de
líderes como Kamenev y Zinoviev al plan insurreccional de Lenin.

Entre las principales réplicas de que son objeto las tesis de Trotski destacan, en un principio, la de Bujarin ("Acercas de la Teoría de la Revolución Permanente"), seguida por la de Zinoviev ("Leninismo") y hábilmente corolada por Stalin ("La Revolución de Octubre" y "Cuestiones del leninismo"). En "La revolución de Octubre" (diciembre de 1924), Stalin sostiene que:

"Ya durante la guerra, Lenin, apoyándose en la ley del desarrollo desigual de los Estados imperialistas, opone a los oportunistas su teoría de la revolución proletaria, que afirma la posibilidad de la victoria del socialismo en un sólo país, aún cuando este país esté menos desarrollado en el sentido capitalista" (70).

Más adelante, Stalin precisa:

"Es indudable que la teoría universal del triunfo simultáneo de la revolución en los principales países de Europa, la teoría de la imposibilidad de la victoria del socialismo en un sólo país, ha resultado ser una teoría artificial, una teoría no viable. La historia de siete años de revolución proletaria en Rusia no habla en favor, si no en contra de esa teoría. Esa teoría no sólo es inaceptable como esquema de desarrollo de la revolución mundial, ya que está en contradicción con hechos evidentes. Es todavía más inaceptable como consigna, porque no libera, sino que encadena la iniciativa de los distintos países que en virtud de ciertas condiciones históricas, adquieren la posibilidad de romper ellos solos el frente del capital porque no estimula a los distintos países a emprender una arremetida enérgica contra el capital, si no a mantenerse pasivamente a la expectativa, en espera del 'desenlace general': porque no fomenta en los proletarios de los distintos países la decisión revolucionaria, sino las dudas a lo Hamlet: '¿Y si los demás países no nos apoyan?'. Lenin tiene completa razón al decir que la victoria del proletariado, en un sólo país es un 'caso típico', que 'la revolución simultánea en varios países sólo puede darse como una excepción rara' (...)

"Antes solía suponerse que la revolución iría desarrollándose por "maduración" gradual de los elementos de socialismo ante todo los países más desarrollados, en los países "adelantados". Ahora, esta idea debe ser modificada de modo sustancial" (71).

En "Cuestiones del Leninismo", (enero de 1926) la teoría del socialismo en un sólo país ya no sólo adquiere un contorno y contenido mucho más específico, sino que además sirve para desacreditar, obviamente por contrarias al leninismo, las tesis de Zinoviev quien meses atrás desencadenara junto con Stalin la ofensiva contra Trotski. En este texto leemos:

"¿Qué significa la posibilidad del triunfo del socialismo en un sólo país?. Significa la posibilidad de resolver las contradicciones entre el proletariado y el campesinado con las fuerzas internas de nuestro país, la posibilidad de que el proletariado tome el poder y lo utilice para edificar la sociedad socialista completa en nuestro país contando con la simpatía y el apoyo de los proletarios de los demás países, pero sin que previamente triunfe la revolución proletaria en otros países. Sin esta posibilidad, la edificación del socialismo es una edificación sin perspectivas, una edificación que se realiza sin la seguridad de llevarla a cabo. No se puede edificar el socialismo sin tener la seguridad de que es posible dar cima a la obra, sin tener la seguridad de que el atraso técnico de nuestro país no es un obstáculo insuperable para la edificación de la sociedad socialista completa. Negar esta posibilidad es no tener fé en la edificación del socialismo, es apartarse del leninismo.

¿Qué significa la imposibilidad del triunfo completo y definitivo del socialismo en un sólo país sin el triunfo de la revolución en otros países?. Significa la imposibilidad de tener una garantía completa contra la intervención y, por consiguiente, contra la restauración del régimen burgués, si la revolución no triunfa, por lo menos, en varios países. Negar esta tesis indiscutible es apartarse del internacionalismo, es apartarse del leninismo. (72)

Stalin presenta esta teoría como única continuación lógica, válida y fiel a los principios leninistas. Y sobre esta base la opone hábil pero falseadamente a la "teoría de la revolución permanente" para generar un mito negativo sobre el trotskismo (la persecución y aniquilación de los trotskistas o de lo que teóricamente se asemejara a él sería luego sólo cuestión de tiempo) y suarlo desde un inicio como referente negativo del leninismo y por ende contrario al marxismo. Stalin representó la polémica como si ambas teorías fueran antitéticas, la suya que afirma y la de Trotski que niega que el socialismo pueda ser construido en un sólo país. De ahí sugirió después que la intención real de Trotski era restaurar el capitalismo en Rusia.

Pero independientemente de las diferencias que se adviertan o se puedan inferir entre ambas teorías, el núcleo de la cuestión no estribaba en el nivel sugerido por Stalin, sino en los términos de la relación entre la construcción del socialismo en un sólo país y el apoyo a la revolución mundial. Ambas eran necesidades y propósitos reconocidos y aceptados por la dirigencia bolchevique. Trotski exigía recobrar la fé en el impulso revolucionario como prioridad, Stalin construir el socialismo en Rusia.

La forma de que se resuelve esta ecuación y las percepciones y políticas que de ella se desprenden, son los hechos que a nuestro juicio rompen con la ortodoxia marxista y sellaron el destino del movimiento comunista internacional.

Más aún el entusiasmo y acriticismo con que fue recibida esta con-
signa y aceptados sus procedimientos y resultados por los parti-
dos comunistas se constituyó en sostén y fuente de legitimidad
del stalinismo. El mito del marxismo-leninismo, cuya cabeza fue
sostenida en la fuerte bautismal por la casi totalidad de los
teóricos y dirigentes comunistas, y el consecuente espejismo de
que la URSS avanzaba día con día hacia la sociedad comunista
(Stalin declara en 1935 que el socialismo había triunfado final-
mente en la URSS), son elementos y percepciones hábilmente alimen-
tadas por la propaganda stalinista para arrastrar tras de sí y ma-
nipular al movimiento comunista internacional que ciegamente apoya
y justifica las brutalidades y excesos cometidos en nombre del
socialismo.

Es posible aceptar que la teoría de la revolución en un sólo país
era indispensable para prevenir y/o contrarrestar los eventuales
efectos psicológicos negativos por la cada vez más remota posibili-
dad de que se produjera una revolución a mayor escala y genera-
r, en contrapartida, una atmósfera de optimismo (y mayor dispo-
nibilidad al sacrificio) entre los miembros del partido para comen-
zar las arduas tareas que implicaba la construcción del socia-
lismo en un sólo país, cuyo éxito se cifraba y dependía más que
nunca del esfuerzo y capacidad del pueblo ruso, independientemente
del apoyo que le pudiera otorgar el proletariado mundial. Pero,
como hemos indicado, la ecuación se resolvió en términos
heterodoxos respecto a la teoría marxista, tal como lo apunta
Ernest Mandel;

"En lugar de concebir la extensión internacional de la
revolución como el único medio de asegurar en definitiva
la supervivencia de la revolución rusa y el triunfo del
socialismo en Rusia, los dirigentes comunistas, convencidos
de la justeza de perfeccionar la construcción del socia-
lismo en un sólo país fueron llevados inevitablemente
a subordinar los intereses de la revolución internacio-
nacional a las necesidades inmediatas de la autodefensa,
mejor dicho, del desarrollo económico del 'bastión del
socialismo'" (73).

De esta forma argumenta el mismo Mandel:

"La adopción de la teoría de la posibilidad de perfeccio-
nar la construcción del socialismo en un sólo país (im-
plicó) fatalmente una inversión completa de la articula-
ción necesaria entre defensa y consolidación del Estado
obrero, por una parte, y desarrollo de la revolución
internacional o, mejor dicho, comportamiento correcto en
cuanto a la lucha de clases internacional, por la otra.
De ahí derivarían consecuencias desastrosas tanto para
la evolución de la URSS como para la revolución internacio-
nacional y para la imagen misma del socialismo (del comu-
nismo) a los ojos de las masas explotadas del mundo".
(74)

Pero además y al mismo tiempo, esta teoría significó una declaración de independencia (prescindibilidad) respecto a Occidente en un terreno y términos poco analizados pero muy útiles para comprender la especificidad del Estado soviético que se gesta bajo el stalinismo, su idiosincrasia y vocación "expansionista", claramente advertida por Colletti:

"Lo que constituye el rasgo específico de Stalin (...) fue su capacidad de interpretar el aislamiento al que la historia estaba sometiendo a Rusia (y que, desde el punto de vista revolucionario marxista, tenía que configurarse como un acontecimiento negativo, superarle tan pronto como fuera posible) como si se tratara de una situación fausta desde la perspectiva de Rusia y de su destino como Estado.

"Se trata, como ha demostrado agudamente Carr, de un sentimiento de orgullo por el hecho de que, después de todo, la revolución rusa se había realizado; de un sentimiento de orgullo por el hecho de que la revolución había sido la primera en labrar un campo que otros países que se decían más adelantados no habían logrado roturar. Para quien sentía ese nuevo orgullo 'nacionalista-revolucionario' tenía que constituir un inmenso placer el oír afirmar que Rusia sería una guía para el mundo, no sólo en lo que concierne a la realización de la revolución, sino también en la edificación de una economía nueva. En la capacidad casi instintiva para hacerse intérprete de esa 'fuerza' (naturalista y oscura como todo lo que se agita en el pantano del llamado 'espíritu del pueblo') reside el elemento con el que Stalin construyó y cimentó su poder. La doctrina del 'socialismo en un sólo país' era ante todo, esto: una declaración de independencia respecto del Occidente, una proclama en la que rezumaba algo de la vieja tradición eslavófila rusa. No era un análisis económico o un programa ni una estrategia política de altos vuelos. Las cualidades intelectuales de Stalin eran absolutamente insuficientes para ello". (75).

Se aparta sustancialmente de las pretensiones del presente estudio analizar en detalle el curso y peculiaridades del desarrollo seguido por la URSS a partir de 1917, su paulatina conversión en una formación social específica, totalitaria en lo interno, expansionista en lo externo, a la que sea posible o deseable atribuirle el término de socialista (76). No obstante coincidimos en términos generales con las apreciaciones sobre la URSS y las sociedades de ese tipo, sostenidas por tres destacados especialistas en la materia:

De acuerdo a Kolakowski:

"El carácter totalitario del régimen -es decir, la destrucción progresiva de la sociedad civil y la absorción de todas las formas de vida social por el Estado- creció casi sin interrupción entre 1924 y 1953 y, de hecho, no disminuyó con la NEP, a pesar de las concesiones a la propiedad privada y el comercio (....)

"La colectivización de la agricultura, con sus innumerables víctimas, constituyó de hecho un punto decisivo; pero esto no fue porque supuso un cambio de carácter del régimen o un 'giro a la izquierda' sino porque reforzó el principio político y económico básico del totalitarismo en un sector de importancia decisiva. Desposeyó por completo a la clase social más numerosa de Rusia, estableció un control estatal de los cultivos de una vez por todas, aniquiló la última sección de la comunidad que era en cierto modo independiente del Estado, sentó las bases del culto oriental del sátrapa con un poder ilimitado y, por medio del hambre, el terror y la muerte de millones de personas, destruyó en el espíritu de la población y aniquiló los últimos vestigios de resistencia. Este fue sin duda un momento decisivo de la historia de la Unión Soviética pero no fue más que la continuación o extensión de su principio básico, a saber, el exterminio de todas las formas de vida política, económica y cultural no impuestas y reguladas por el Estado" (77).

En el mismo orden de ideas, Bahro sostiene que:

"Puesto que venimos de Marx, el mundo considera a nuestros países como socialistas, incluso comunistas, a pesar de que fundamentalmente aún no lo son. Ni siquiera tiene justificación denominarlos -en analogía con la primera fase de la era capitalista- como "socialistas tempranos". En el capitalismo temprano se encuentran ya dadas todas las determinaciones básicas del carácter de la posterior formación capitalista plenamente desarrollada, mientras que en nosotros, la socialización, se haya aún completamente enmascarada por la estatalización" (78).

Por su parte, Agnes Heller concluye que:

"La nueva sociedad, la 'dictadura sobre las necesidades' no es ni una forma nueva y modificada de capitalismo de Estado, ni el socialismo; es 'otra cosa'. Es una formación social totalmente diferente de cualquier otra que haya existido en la historia de Europa o del mundo - y es también igualmente diferente de cualquier concepto relacionado en términos del cual el socialismo haya sido

concebido sea 'científicamente' o en su forma Útopica. Y tampoco esta formación social es un tipo de transición entre dos Estados de problemas sociales, uno ya existente (el capitalismo) y otro aún no existente. Es un orden social autorreproductor en el cual muchos elementos que se dicen 'transitorios' (por motivos de disimulo) son constitutivos e indispensables al funcionamiento del sistema. Pero aún cuando tiene una gran importancia práctica así como teórica entender y aceptar que el nuevo orden social no es socialismo, no por eso debe negarse que es un tipo de respuesta al capitalismo y a sus contradicciones. En este sentido no está totalmente desvinculado de las ideas y de los movimientos socialistas" (79).

II. EL LIBERAZGO SOVIETICO: MONOLITISMO E INTEGRISMO IDEOLOGICO EN EL MOVIMIENTO COMUNISTA INTERNACIONAL.

1. LA REFUNCIONALIZACION DEL INTERNACIONALISMO PROLETARIO.

Magnetizado por el triunfo de la revolución bolchevique y entrampado en la justificación y defensa de la construcción de la patria socialista, el grueso del movimiento comunista internacional y con él, por una u otra razón, la mayoría de sus teóricos y dirigentes, terminaron por plegar y someter todos sus razonamientos e iniciativas a las necesidades impuestas por el paradigma marxista-leninista, entretejido, alimentado y manipulado por Stalin y la nomenclatura soviética.

Si se era un genuino marxista, entonces se debía aceptar en bloque la teoría y praxis del marxismo-leninismo, pues encarnaba la única interpretación válida, legítima y universalmente reconocida para la revolución proletaria. No había alternativa. Cuestionar, querer corregir o rechazar alguna de sus enseñanzas, significaba, ipso facto, situarse del lado del adversario, del oportunismo, del chauvinismo, de la burguesía, de la contrarrevolución

"La ideología no es simplemente una ayuda o algo auxiliar del sistema, sino una condición absoluta de su existencia, independientemente de si las personas creen o no en ella. El socialismo estalinista creó un imperio gobernado por Moscú, la base de cuya legalidad derivaba completamente de la ideología, en particular, de la doctrina de que la Unión Soviética encarna los intereses de todos los trabajadores y en especial de la clase trabajadora de todo el mundo, que representa sus deseos y aspiraciones y que constituye el primer paso hacia una revolución mundial que liberará a las masas trabajadoras donde quiera que éstas estén. El sistema soviético no podía haber hecho nada sin esta ideología, que es la única 'raison d'etre' de su aparato de poder, este aparato tiene un carácter esencialmente ideológico e internacionalista y no podía ser sustituido por la policía, el ejército o cualquier otra institución" (80).

El triunfo de la revolución bolchevique no sólo vendría a representarse como la decisiva confirmación de la teoría leninista sobre la revolución, sino en un factor que permitió rearticular teórica y orgánicamente el principio del internacionalismo proletario después del severo golpe que le asestó el desgajamiento de la II Internacional en 1914. Hizo brotar al interior del movimiento comunista internacional una renovada fé en el advenimiento de la anhelada revolución mundial. La interpretación de teóricos y dirigentes comunistas fue clara e inequívoca; había llegado la hora de emprender la "batalla final" por el advenimiento del socialismo.

El esquema estratégico definido por Lenin constituía el paradigma a seguir. Había demostrado que era posible iniciar la lucha por el socialismo en un país atrasado, que la revolución podía brotar y desencadenarse fuera del corazón industrial de Europa, que se había encendido la mecha de la revolución mundial. Pero como ya se ha indicado, el éxito del triunfo del socialismo en la URSS dependía del estallido revolucionario en el centro neurálgico del capitalismo, por tanto, era preciso incentivar y dinamizar su advenimiento. Se asumía que la revolución rusa era una decisiva contribución en ese sentido.

En efecto, la teoría revolucionaria de Lenin partió siempre de la premisa de que la revolución rusa constituiría sólo el primer eslabón de una revolución mundial, reconociendo, en complemento, que no era posible el triunfo del socialismo en un sólo país. La indisoluble vinculación y complementariedad de estas premisas subordinaba, en última instancia, la construcción del socialismo en la URSS al triunfo de la revolución en los países capitalistas más desarrollados.

Como consecuencia inevitable de carácter internacional de las contradicciones que presuntamente la originaron, la revolución tendría inexorablemente a desplazarse hasta los países capitalistas más desarrollados, condición esta última indispensable para garantizar, por un lado, el éxito de la revolución rusa y, por otro, para incentivar el movimiento libertario en las colonias.

En este sentido, es pertinente subrayar que cuando Lenin hace referencia al despertar revolucionario en el Oriente, en las zonas periféricas capitalistas (coloniales) no alude a una revolución de carácter socialista, sino a movimientos de liberación nacional que por su contenido intrínsecamente anti-imperialista, realizarían aportaciones decisivas a la revolución socialista, al tiempo que avanzarían por sus muy particulares vías y a partir de sus muy particulares condiciones en el camino ya transitado por Occidente (81).

Pero sí desde 1917 Lenin no dejó de estar convencido del inminente estallido de la revolución mundial, pronto manifestaría su preocupación por la inexistencia de un genuino partido revolucionario que condujera el proceso de emancipación en Europa. Lenin advertía que en Europa no existía el agente consciente, organizado y preparado para librar la batalla final: el partido revolucionario de tipo de bolchevique. Por tanto, no es de extrañarse que concluyera que "para Europa, la enorme desgracia y el terrible peligro reside en que en ella no hay un partido revolucionario" (82). De esta suerte parece desprenderse que mientras ese tipo de partido no estuviese constituido, el destino de la revolución mundial estaría, a su juicio, en peligro.

Cuando en enero de 1919 el partido bolchevique publica un manifiesto redactado por Trotski, donde se exige la creación de una nueva Internacional que responda cabalmente a las exigencias y necesidades del internacionalismo proletario en un momento crucial

para el destino de la revolución socialista y con ello y por ello de la revolución rusa, se hayan claramente predeterminados las directrices que la definirán organizativa e ideológicamente: la concepción leninista se convierte de inmediato en su paradigma y fuente de inspiración.

FUNDACION DE LA KOMINTERN.

En marzo de 1919 se reúnen en Moscú los delegados de los partidos comunistas y grupos socialdemócratas de izquierda de 30 países para aprobar el proyecto constitutivo de la Internacional Comunista. Komintern en su acrónimo ruso.

Sus características organizativas, su plataforma política-ideológica, sus concepciones estratégicas y tácticas fueron condicionadas desde un principio y de manera determinante por la teoría leninista de la revolución mundial. La percepción de un capitalismo decadente (imperialismo), arrinconado y al borde de su colapso final; la rígida concepción omnipotente, jerarquizada y centralizada del partido revolucionario; la subestimación del potencial expansivo y efecto atractivo del reformismo sobre el movimiento proletario, en suma, las carencias, limitaciones y presupuestos erróneos en la representación teórica leninista de la sociedad capitalista occidental, permearon y orientaron desde un principio el funcionamiento de la Internacional Comunista.

Lejos de que los desaciertos y fracasos del movimiento comunista internacional, (Alemania, Hungría, China, Italia) condujeran a un replanteamiento de la problemática relativa a la revolución socialista, en particular en las sociedades capitalistas desarrolladas, se continuó atribuyendo el retraso en la revolución mundial a factores coyunturales, la traición de los dirigentes socialdemócratas se mantuvo como un argumento privilegiado. En ningún momento se puso en duda la validez de las premisas marxistas, ni en su versión ortodoxa clásica, ni en su ajustada versión leninista. Luego sólo sería cuestión de tiempo para que bajo el estalinismo, la ortodoxia "marxista-leninista" se convirtiera en un acto de fé.

De ahí que como lo señala Fernando Claudín:

"Las clarividentes reflexiones críticas de Rosa Luxemburgo sobre la revolución rusa y el modelo bolchevique de partido, su profética advertencia sobre las graves consecuencias que traería al movimiento comunista internacional la pretensión de quererle imponer el bolchevismo como modelo y sus ideas sobre la estrategia y táctica a seguir en las condiciones alemanas fueron rechazadas en bloque o relegadas al olvido lo mismo que las primeras teorizaciones de Gramsci.

"Es así como las inquietantes interrogantes que el movimiento real de la historia planteaba a la teoría leninista de la revolución y también a la teoría marxista, quedaron sin respuesta; y lo que es peor, sin ser reconocidas como tales. El inmenso fulgor de la revolución de octubre contribuyó a enmascarar la crisis teórica que se -

había abierto. Y el natural entusiasmo ante la primera victoria histórica del proletariado cegó o debilitó considerablemente el espíritu crítico de los marxistas, salvo raras excepciones" (83).

En los estatutos de la Komintern se tuvo especial cuidado en evitar que se repitiera la dolorosa experiencia de la II Internacional, estableciendo como principio fundamental que debía de constituir un partido internacional único centralizado, del cual los partidos nacionales serían únicamente otras tantas secciones y cuyo propósito central radicaría en utilizar todos los medios disponibles para crear una república internacional de soviets que, en su forma política de dictadura del proletariado, constituiría el pórtico históricamente necesario para la abolición del Estado.

En este sentido, no resulta raro que dos autores^m de inequívoca filiación trotskista sostengan que "uno de los efectos más importantes conseguidos por el (primer) Congreso, fue el restablecimiento de las enseñanzas marxistas sobre el Estado como instrumento de dominación de clase y la revelación de la democracia parlamentaria como la dictadura de la burguesía sobre el proletariado" (84).

Desde su primer Congreso, la Internacional Comunista trazó nítidamente la orientación de su estrategia revolucionaria. El presupuesto básico partía de una anquilosada concepción del capitalismo, cuyo contenido era en esencia 'economicista catastrofista'.

A pesar de que, como ya se ha señalado anteriormente, el conjunto de la teoría de la revolución en Marx no autoriza ni conduce única y necesariamente a una interpretación de esa naturaleza, el análisis leninista del imperialismo termina por constreñirse en esencia a esta tradición reduccionista, al caracterizarlo como un capitalismo "parasitario, putrefacto y en estado de descomposición", especialmente cuando resume la esencia económica del imperialismo en el concepto de "capitalismo agonizante". Aún cuando en algunos textos del propio Lenin se pueden encontrar planteamientos aparentemente contradictorios con esta interpretación, la cuestión clave radica en que en todo caso las eventuales contradicciones o fluctuaciones de la marea revolucionaria se desarrollan dentro de una situación límite a cuyos linderos ha llegado ya la contradicción básica del sistema: la concentración del capital y la socialización del trabajo se encuentran en un punto límite de incompatibilidad con la corteza capitalista.

SEGUNDO CONGRESO.

En julio-agosto de 1920 se celebró el Segundo Congreso de la Komintern, que representó en realidad el inicio de sus trabajos pues el primero se había limitado exclusivamente a su formalización. Las tesis aprobadas, en particular el documento relativo a las "veintiún condiciones" requeridas para que un partido se

integrara a la Komintern, implicaron el reconocimiento y extensión de las formas de organización leninista a todo el movimiento comunista y el inicio de un paulatino pero irreversible proceso de subordinación a la política exterior soviética.

· Sin duda, tal como lo analiza e interpreta de manera rigurosa y consistente Fernando Claudín, la obligatoriedad de las 21 condiciones significó en realidad una transplatación mecánica y acrítica del modelo bolchevique de organización y del consecuente monolitismo ideológico al interior del movimiento comunista internacional. Elementos que a la sazón determinarían en gran medida su esterilidad ideológica, su creciente incapacidad para vincularse y representar los intereses de las grandes masas proletarias y su incapacidad teórica y programática para definir un proyecto de transición socialista que respondiera a las exigencias que planteaban la dinámica y transformaciones que experimentaba la sociedad capitalista.

Por su consistencia y pertinencia, se esbozan a continuación algunos de los elementos clave de la argumentación que sobre el partido cular sostiene Claudín (85).

A su juicio, las condiciones imperantes en Rusia durante el Imperio Zarista determinaron las características organizativas del partido de tipo bolchevique. Las condiciones de ilegalidad, represión, la situación del proletariado como fuerza minoritaria frente a las grandes capas de campesinos y pequeño-burgueses y las tendencias centrífugas de la presión nacional, entre otras, condicionaron de manera decisiva su alto grado de centralización, disciplina, jerarquización, en suma, los rasgos paramilitares de su estructura y funcionamiento.

· Pero esas condiciones determinaron asimismo, que las formas predominantes de lucha a lo largo de la gestación, desarrollo y culminación del proceso revolucionario (1905-1917) fueran esencialmente de carácter extra-parlamentario y que el papel desempeñado por los sindicatos y organizaciones de masa fuera extremadamente reducido. De hecho son casi inéditas y carentes de tradición las formas organizativas de expresión, representación y participación políticas y legislativas en el movimiento obrero ruso, no sólo antes, sino durante y con posterioridad al proceso revolucionario.

Bajo y a partir de estas condiciones, se va forjando el partido revolucionario de tipo bolchevique que con la Komintern pasó a ser el tipo de organización obligatoria y forzosamente impuesto a todo el movimiento comunista. Así, dando por descontado que la revolución internacional se hallaba irresistiblemente en marcha y de que todo dependía de la formación de una vanguardia que evitara cualquier claudicación en favor de posiciones reformistas o centristas, la Komintern adoptaría desde un principio medidas draconianas para garantizar la pureza doctrinal de todas las secciones que constituirían el partido revolucionario internacional.

Una apretada síntesis de las más importantes condiciones impuestas por la Komintern a todas y cada una de sus secciones reflejan con nitidez su bolchevización e integrismo ideológico. Así tenemos que los programas de todos los partidos comunistas debían someterse a la aprobación de un Congreso de la Komintern o de su Comité Ejecutivo; debían supeditar toda su actividad parlamentaria a la propaganda y agitación revolucionaria; combatir resuelta y decididamente las tendencias reformistas y oportunistas y limpiar periódicamente sus filas de elementos pequeño-burgueses; crear organizaciones clandestinas, aun en los países donde los partidos actuaron en la legalidad; apoyar irremisiblemente a todas las repúblicas soviéticas existentes en su momento; combatir el pacifismo y lograr el más alto grado de centralización en su nivel organizativo y de toma de decisiones.

En este contexto es precisamente donde Claudín llama la atención sobre un punto de crucial importancia: se había impuesto de manera uniforme un modelo de organización y funcionamiento bolcheviquista a un conjunto de partidos, sobre todo los de países capitalistas desarrollados, sin hacer la más mínima distinción respecto a las condiciones nacionales en que cada uno de ellos actuaba.

Más aún, la imposición de las 21 condiciones, en aras de prevenir la eventual participación en la Komintern de partidos y organizaciones que no fueran genuinamente comunistas (la única prueba de que efectivamente lo eran residía en aceptar de manera incondicional y como acto de fe las 21 condiciones) introdujo desde el principio un carácter integrista, sectario y burocrático en el movimiento comunista internacional del que se derivaba como corolario natural la necesidad de romper de manera inmediata y definitiva con todos los partidos, organizaciones y sindicatos que no se declaraban totalmente comunistas o que teóricamente y programáticamente reivindicaban demandas de carácter reformista. La aplicación de esta consigna significó en la práctica una profunda división en el movimiento obrero en un momento en que no sólo las organizaciones reformistas disponían de mayor arraigo y ascendencia sobre el grueso del movimiento obrero, sino peor aún, cancelando la posibilidad de emprender cualquier alianza o acción conjunta que le permitiera a la Komintern atraer a su seno a un mayor número de organizaciones proletarias.

El rompimiento con el reformismo se tradujo entonces en una ruptura con las masas trabajadoras, de manera mecánica y sin que media al menos un proceso político-ideológico que le permitiera a la clase trabajadora convencerse por sí misma de su necesidad.

Salvo raras excepciones, los partidos comunistas se vieron confinados a la representación de pequeñas fracciones del proletariado. Prueba de ello es que entre 1921 y 1931 la membresía de la Komintern se redujo (exceptuando al PCUS) de 887 mil a 328 mil miembros. Esto es, perdió más del 60% de sus efectivos en un lapso de 10 años.

De esta manera, como lo señala Claudin, la propuesta de la Komintern consistió en imponer de la noche a la mañana partidos bolcheviques químicamente puros a una clase obrera que "por décadas había sido entrenada en un espíritu reformista, en una actividad parlamentaria y sindicalista una clase obrera que, en su gran mayoría, había apoyado a los líderes 'traidores' al establecer una unión sacra con sus respectivas burguesías. Hasta donde esta clase obrera poseía algunas experiencias revolucionarias recientes -principalmente en el campo huelguístico-, estas ofrecían características que diferían sustancialmente de las del movimiento ruso" (86).

El efecto negativo de esta consigna se vio agudizado por su necesaria interrelación con la concepción economicista catastrófica del capitalismo y la metodología mecanicista que le resultaba inherente. Su impacto fue determinante en la incapacidad congénita de la Komintern para formular estrategias y tácticas revolucionarias acordes con las condiciones imperantes en los países capitalistas desarrollados.

Si bien en el plano de la lucha económica y a pesar de sus virajes y vaivenes, siempre encuadrados en la concepción catastrofista, la Komintern no adoptó una directriz maximalista e incluso veió en la lucha por las reivindicaciones "más modestas" el primer eslabón del proceso de toma de conciencia de clase y de organización unitaria del movimiento proletario, así como un eficaz medio de acelerar el hundimiento del engranaje productivo capitalista e incluso de frenar la influencia de los dirigentes reformistas, Claudin concluye que, en la práctica, la gran beneficiaria de la lucha económica fue hasta 1929 la socialdemocracia.

Continuando con este razonamiento, el mismo autor argumenta que no es que la lucha por las reivindicaciones económicas más modestas no tuviera importancia alguna para la acción revolucionaria contra el capitalismo, sino simplemente que no tenía el significado que le daba la concepción catastrofista.

"Hasta un cierto límite cuantitativo, no solamente resultaba perfectamente compatible con el funcionamiento del sistema, sino que incluso constituía un importante motor de su desarrollo tecnológico y organizativo. Y para sobrepasar este límite hacía falta un grado de conciencia de clase y de politización revolucionaria que no podía crear la simple lucha por 'las reivindicaciones más modestas', porque los éxitos en esta lucha alimentaban las ilusiones reformistas en vez de reducir las. Para obtener otro resultado, debía insertarse la lucha económica en una acción política e ideológica basada en las contradicciones y problemas, antiguos y recientes, que tomaban más y más importancia en la existencia de las masas a medida que la cuestión del 'mendruco de pan' perdía su dramático carácter inicial. Pero la visión, de esencia economicista, del capitalismo 'agonizante' impulsaba a subestimar esta nueva problemática, cuyo núcleo central puede englobarse en el problema de la democracia política y social.

"La democracia burguesa -considerada por las masas como una conquista propia, desde el momento en que incluía la existencia legal de las organizaciones obreras, la legalización de la huelga, el sufragio universal, etc.- podía (y puede todavía) ser utilizada de manera revolucionaria, pero al mismo tiempo constituye una de las fuentes principales del reformismo, tanto en un plano ideológico y político como en el plano de la lucha reivindicativa cotidiana.

"Este efecto no puede ser contrarrestado por una denuncia abstracta de los aspectos formales de esta democracia, sino precisamente mediante una lucha concreta por una democracia real en todos los aspectos de la vida social" (87).

Retomando el itinerario histórico seguido por el Komintern, debemos agregar que durante su Segundo Congreso, además de establecerse las referidas "21 condiciones", se publicó un manifiesto pidiendo a todos sus miembros el apoyo incondicional para la Unión Soviética como causa de todo el movimiento proletario internacional y se aprobó también un conjunto de tesis entre las que destaca el más enérgico rechazo al parlamentarismo como forma de representación política de la sociedad socialista. Más aún, se concluyó que el parlamento y todas las instituciones burguesas debían ser destruidas.

TERCER CONGRESO.

En junio de 1921 se realizó al Tercer Congreso de la Komintern. Semanas antes, en marzo, había sido aplastada por el gobierno una nueva insurrección armada dirigida por el partido comunista alemán y apoyada por los representantes de la Komintern en ese país. Asimismo, el Congreso era precedido por el reflujo del movimiento proletario en Italia ante la espectacular ofensiva de los fascistas de 1920-1921 y la derrota del Ejército Rojo en Varsovia.

En este contexto, las resoluciones del Tercer Congreso fueron menos optimistas en cuanto a la perspectiva de una República Soviética mundial, pero se insistía en que el capitalismo avanzaba inexorablemente hacia su colapso final, aunque ya no existía la certeza de que este ocurriese en el corto plazo. En el apartado relativo a "Tesis sobre la Situación Mundial y las Tareas de la Internacional Comunista" aprobadas por este Congreso, se aprecia nítidamente este cambio de actitud.

"Es absolutamente indiscutible que la lucha revolucionaria del proletariado por el poder evidencia en la actualidad, a escala mundial, un cierto debilitamiento, una cierta lentitud. Pero en realidad, no podía esperarse que la ofensiva revolucionaria de postguerra, en la medida en que no obtuvo de entrada la victoria, se desarrollara, siguiendo una línea ininterrumpida. El desarrollo político tiene también sus ciclos, sus alzas y sus

bajas. El enemigo no es pasivo sino que también combate. Si el ataque del proletariado no es coronado por el éxito, la burguesía pasa en la primera ocasión al contraataque. La pérdida por parte del proletariado de algunas posiciones conquistadas sin dificultad provoca una cierta decepción en sus filas. Pero si sigue siendo incuestionable que en la época actual la curva de desarrollo del capitalismo es, de manera general, descendente con movimientos pasajeros de alza, la curva de la revolución es ascendente, con algunos repliegues" (88).

CUARTO CONGRESO

Precedido por una tímida e infructuosa búsqueda de convergencias programáticas y operativas con los partidos socialistas que le permitiera acelerar el estallido revolucionario, en noviembre de 1922 se realiza el IV Congreso de la Komintern. En la resolución aprobada sobre la "Táctica de la Internacional Comunista" se ratifican las resoluciones del Congreso anterior, concluyéndose que "actualmente el capitalismo está viviendo su agonía. Su destrucción es inevitable" (89).

Todavía en este Congreso y expresamente en la "Resolución sobre la Revolución Rusa" se puntualiza que "el IV Congreso Mundial recuerda a los trabajadores de todos los países que la revolución proletaria nunca podrá vencer en un sólo país sino en el marco internacional, en cuanto que revolución proletaria mundial" (90).

Independientemente de insistir en el diagnóstico sobre la ruina económica y política del capitalismo y su inexorable agonía, el acontecimiento más importante del IV Congreso lo constituye el tardío reconocimiento y advertencia de Lenin sobre el efecto negativo que estaba provocando en las filas del movimiento comunista el mecánico y acrítico proceso de bolchevización. En su discurso pronunciado ante el IV Congreso, Lenin afirma que el defecto de las "Tesis sobre la Estructura, los Métodos y la Acción de los Partidos Comunistas", -resolución aprobada en el III Congreso- consiste en que es "rusa hasta la médula", por ello insinúa a los dirigentes de los partidos comunistas la necesidad de plantear los problemas de la organización y acción política revolucionaria a partir de las condiciones y particularidades de su respectiva realidad nacional.

Además, en vísperas de su muerte y a propósito del funcionamiento del Inspectorado de Trabajadores y Campesinos, (organismo creado a instancias de Lenin con el propósito, nunca cumplido, de proteger al sistema soviético de los efectos de la burocracia), Lenin redactó el último de sus artículos "Más vale poco pero bueno". En este artículo, independientemente de sus fuertes críticas al funcionamiento del aparato de Estado, a los graves riesgos de su incontrolable y ascendente burocratización, destacan sin duda una serie de reflexiones en torno a la situación internacional y a las perspectivas de la revolución mundial que sugieren al menos un sensible viraje respecto a su planteamiento original.

Tras reconocer que como resultado de su victoria en la guerra imperialista algunos Estados europeos están en condiciones de ofrecer a las clases oprimidas una serie de concesiones, que si bien insignificantes retardan el movimiento revolucionario y generan la imagen de una "paz social", plantea de manera inequívoca la interrogante de si será posible mantener la incipiente producción rusa hasta que los países capitalistas de Europa Occidental culminen su desarrollo hacia el socialismo, agregando que ese camino no se desarrolla conforme a las previsiones establecidas, sino mediante la explotación de unos Estados por otros. Las esperanzas de un estallido revolucionario en cadena en Europa parecen desvanecerse.

En su intento por despejar esta interrogante, Lenin insinúa tres probables ecuaciones: la primera y más novedosa de ellas fue el desplazamiento de su atención hacia el Oriente, quien como resultado de la guerra imperialista y a través de sus movimientos de liberación nacional se incorporaría y contribuirían al advenimiento de la revolución socialista mundial. Aquí es pertinente reiterar que la interpretación de Lenin no significaba que sería en Oriente donde se producirían nuevos estallidos revolucionarios en este sentido socialista y que como tales se darían antes que en el capitalismo desarrollado.

Lo que Lenin sugería, y esta es la segunda ecuación, es que al entrar Oriente en un franco desarrollo por la vía general del capitalismo europeo, agudizaría las contradicciones interimperialistas, acentuando así el proceso que conduciría a la crisis mundial del capitalismo, para rematar afirmando que "la victoria definitiva del socialismo está plena y absolutamente asegurada" (91).

La tercera ecuación si bien también apunta a la revolución mundial, tiene una connotación fundamentalmente doméstica y más que ser formulada explícitamente en el referido artículo se deriva de sus premisas e intencionalidad. Alude a la necesidad de asegurar la supervivencia de la revolución rusa hasta el estallido revolucionario mundial. La fórmula consiste en garantizar el liderazgo de las clases obreras sobre las masas campesinas y ejecutar una política económica de largo alcance para desarrollar una rápida industrialización del país. Sobre esta base y desde esta perspectiva, la colectivización de la agricultura, la industrialización forzosa mediante el terror y la coacción y con ello la destrucción progresiva e irreversible de toda relación política, económica, social y cultural no impuesta ni regulada por el Estado, esto es, el carácter totalitario del régimen, se hallaban ya en el umbral de la sociedad soviética. A la muerte de Lenin este proceso se precipitaría en cascada.

QUINTO CONGRESO.

Antecedido por la muerte de Lenin (21 de enero de 1924) y el aplastamiento de una nueva insurrección armada en Alemania, orquestado por la Komintern y cuando ya despuntaba un nuevo ciclo de expansión de la economía capitalista, se celebra entre junio y julio de 1924 el V Congreso de la Internacional Comunista.

En una de las principales resoluciones se censuro la posición de los socialdemócratas, aduciendo que en unión con la burguesía lo único que hacia era inyectar ilusiones democráticas y pacifistas a la clase trabajadora, concluyendo que a medida que el capitalismo agudizaba sus contradicciones y se acercaba, otra vez, al colapso final, la socialdemocracia se aproximaba más al fascismo. En esta resolución puede rastrearse la génesis de la teoría del "socialfascismo" que en el siguiente Congreso habria de constituirse en la principal directriz de la estrategia de la Komintern.

En su tradicional resolución sobre la situación económica mundial y a pesar de los indicadores de recuperación capitalista, volvió a reiterar la esencia de su concepción básica, afirmando que la crisis continuaba ahondándose y descalificando totalmente el punto de vista de los teóricos socialdemócratas (en particular Hilfarding) que sostenía que el capitalismo había superado la crisis de la postguerra y se encontraba en vías de un nuevo período de auge mundial.

Aún y cuando meses más tarde en una sesión plenaria del Comité Ejecutivo de la Komintern se reconociera la existencia de una fase de "relativa estabilización" del capitalismo, se volvió a concluir que sería de corta duración y preludio de una renovada embestida revolucionaria.

Como ya se ha señalado anteriormente, es a finales de 1924 y en medio de una pugna interna por el poder que paulatinamente iría marginando a Trotski y luego a los restantes dirigentes bolcheviques (Zinoviev, Kamenev y finalmente Bujarin), que Stalin formuló su teoría sobre el "socialismo en un solo país".

Aprovechando hábilmente el resquicio que fue produciendo el desvanecimiento de las expectativas sobre la inminencia de una revolución mundial y la impostergerable necesidad de garantizar, mientras tanto, el avance de la revolución rusa en un sentido socialista, Stalin concluye que es posible construir integralmente el socialismo en la URSS, aún sin que se produzca la revolución en los países de capitalismo avanzado. Aunque advertía que bajo condiciones de cerco capitalista no podía haber una garantía absoluta contra la intervención, por lo que se mantenía la necesidad de esa revolución mundial pero no como requisito indispensable para avanzar en la edificación del socialismo en la URSS, sino más bien para garantizar su permanencia contra un eventual ataque externo.

La introducción de esta doctrina modificará radicalmente la concepción y orientación estratégica de la Komintern, que realizara su VI Congreso en agosto de 1928, en un momento en que ya prácticamente se ha consolidado el liderazgo de Stalin sobre el aparato estatal partidista soviético, y se dinamiza un rápido proceso de stalinización del movimiento comunista internacional como su lógica natural.

SEXTO CONGRESO.

En el VI Congreso se reconoce que la construcción del socialismo en la URSS se convierte en el "motor internacional de la revolución proletaria", en el "factor esencial de la liberación internacional del proletariado". Se opera una inversión estratégica total. La causa de la revolución mundial, hasta entonces imperativo del movimiento comunista internacional, se subordina por completo a la causa de la construcción del socialismo en la URSS, ergo, a las necesidades, exigencias e intereses del aparato estatal soviético.

Por tanto, la tarea fundamental de la Komintern deja de ser la propaganda, estímulo y conducción de la lucha revolucionaria para derribar al capitalismo, y se convierte en la preservación del Estado soviético mientras termina de edificar el socialismo. A partir de este momento se vuelve lógico y coherente que toda iniciativa, decisión o acción de la Komintern fuese controlada y dirigida totalmente por quienes asumían la responsabilidad directa de construir el socialismo en la URSS. Automáticamente cualquier política adoptada por la URSS tiende a identificarse y a reconocerse como totalmente compatible con los intereses del proletariado y la revolución mundial.

Como posteriormente se constataría con toda nitidez, ya no sería la revolución en Europa la que decidiría el destino de la Unión Soviética, sino la Unión Soviética quien decidiría el destino de la revolución en Europa.

Paralelamente a este viraje estratégico, se produjo otro no menos importante. Partiendo de la premisa de que la fase de estabilización relativa había llegado a su término y emergía un nuevo y definitivo oleaje revolucionario, el VI Congreso lanza a todas sus secciones la consigna de emprender una lucha frontal contra la socialdemocracia, en tanto cómplices de la burguesía y pilares del capitalismo. Se acuña entonces el término de "socialfascismo".

El nuevo giro sectario y ultraizquierdista de la Internacional Comunista reaviva así la dogmática y negativa crítica de la democracia burguesa y de las organizaciones y partidos reformistas, con quienes pocos años después concertaría una alianza para derrotar al fascismo. Fascismo al que ese giro sectario y ultraizquierdista mucho allanaría el camino para la conquista del poder en Alemania (92).

A finales de 1929 ante el ritmo descendente en el proceso de industrialización, el estancamiento de la producción agrícola, el presunto fortalecimiento de los Kulaks y la incapacidad de revertir estas condiciones mediante medidas selectivas de confiscación y coerción, la URSS abandona por completo la denominada Nueva Economía Política e inicia una feroz ofensiva de carácter coercitivo y represivo para lograr la colectivización masiva y total a la agricultura soviética y apoyar así un acelerado proceso de industrialización forzada (93).

Con la adopción de esta nueva política, Stalin genera también condiciones propicias para excluir a Bujarin y consumar así su victoria final dentro del aparato estatal-partidista soviético. El proceso de estalinización adquiere a partir de entonces su más nítida expresión y genuina dimensión.

La estalinización se propaga y apodera definitivamente de todo el movimiento comunista. La Komintern pierde entonces ya cualquier vestigio de independencia y significado propio, convirtiéndose en mero instrumento de la política exterior soviética, en correa de transmisión de las órdenes del Kremlin.

2. LA ALIANZA ANIFASCISTA Y EL 'GLACIS' SOVIETICO.

Poco después del ascenso de Hitler al poder y a medida que se fueron insinuando los riesgos y amenazas que planteaba su vocación expansionista para la paz y seguridad europea, se empezó a operar un cambio de actitud entre los líderes socialistas en el sentido de buscar una alianza con los comunistas para enfrentar la amenaza fascista.

En febrero de 1933, la dirigencia de la Internacional Socialista manifestó explícitamente su disposición para iniciar conversaciones con la Komintern con el propósito de emprender una acción conjunta contra el fascismo, estableciendo como única condición el cese inmediato de los tradicionales ataques y mutuos cuestionamientos.

Por vez primera desde el estallido de la primera conflagración mundial, que había producido una profunda fractura en el movimiento proletariado internacional, se abría una posibilidad real para lograr reagrupar, al menos para una acción conjunta, a los partidos y organizaciones socialdemócratas y comunistas. Sin embargo durante 1933 y los primeros meses de 1934 la Komintern mantuvo inalterable su actitud ultrasectaria y su tesis sobre el "social-fascismo".

Repentinamente en mayo de 1934 el Kremlin modifica su posición y da luz verde para que sus secciones atiendan la propuesta de los socialdemócratas. El 31 de mayo el diario francés "L'Humanité" reproduce un artículo de Pravda, fechado el 23 de mayo, en el que señala que es perfectamente admisible la propuesta de acción conjunta. Los partidos comunistas no dudan un momento para atender la nueva consigna del Kremlin. En julio se firma el acuerdo de acción conjunta en Francia; en agosto ocurre lo mismo en Italia y para Septiembre ya se ha signado otro en España.

El repentino viraje en la estrategia Komintern, rigurosamente analizado por Claudin (94) se explica por los imperativos de la política exterior y las correspondientes razones de seguridad y defensa de la URSS.

En el momento que el fascismo llega a representar una amenaza para la seguridad a la URSS, Stalin no duda en modificar drásticamente las directrices estratégicas de su política exterior y dictar un cambio de alianzas en el plano internacional. En Septiembre de 1934 la URSS ingresa a la Sociedad de Naciones, denostada hasta entonces como instrumento del imperialismo. El 2 de mayo de 1935 se firma en París un pacto militar entre Francia y la URSS, primer pacto militar entre el Estado soviético y un Estado capitalista. Después Estados Unidos y el capitalismo europeo se convierten en aliados de la URSS frente al peligro hitleriano. El movimiento comunista internacional acataba otra vez dócilmente las directrices del Kremlin.

La adopción de la política del "Frente Único" durante el VII y VIII Congreso de la Comintern celebrado entre julio y agosto de 1935, no hizo más que formalizar una estrategia que ya había previamente consentido e impulsado el Kremlin. Ante el "cambio de situación" lo que años atrás había sido condenado como "desviacionismo derechista", pasó a ser la nueva línea oficial. El cambio se aceptó sin que mediara crítica o contradicción alguna con la línea hasta entonces prevaiente. Era suficiente con que la "patria del socialismo" considerara conveniente y necesario el viraje, obviamente en aras de preservar los más altos intereses del proletariado, para que el movimiento comunista se plegara a él.

Pero la entrada de la URSS en el concierto de nuevas alianzas antifascistas exigirá mucho más que concesiones tácticas y Stalin, como demostrará el curso posterior de su política (en Francia, en España, en Grecia, por sólo mencionar los más importantes) no escatimará esfuerzo alguno para cumplir, puntualmente con las exigencias de sus aliados, a expensas fundamentalmente del movimiento comunista internacional, a quien no tiene reparo en inmolar en aras de los superiores intereses de la URSS.

El compromiso tácito con los aliados consiste en olvidar toda pretensión de capitalizar la guerra anti-fascista para fomentar la revolución mundial. Stalin cumplirá escrupulosamente con esta regla no escrita. Concluida la guerra, entonces sí, Stalin exigirá el pago de la factura.

"Y cuando a pesar de todo, pese a los compromisos de Stalin y a la línea general que él dicta al movimiento comunista, la revolución toma cuerpo en Yugoslavia y en Grecia y se perfila en Francia y en Italia; cuando en esta fase final e irreversible del hundimiento del ejército hitleriano, la superioridad militar se inclina claramente a favor del ejército soviético en el escenario europeo y cuando la izquierda de la Resistencia alcanza el cenit de su influencia, arrastrando a la gran mayoría del proletariado y a importantes sectores pequeño-burqueses; cuando la conjunción de estos dos factores, superioridad militar soviética en el continente y hegemonía del ala radical de la Resistencia, hace posible la constitución, cuando menos, de poderes antifascistas avanzados bajo la dirección de las fuerzas obreras y

pequeñoburguesas de izquierda: cuando aparece esta posibilidad real, que podría haber sido el primer paso de un desarrollo revolucionario original a escala europea, las directrices emanadas de Moscú y apoyadas por casi todas las directivas comunistas nacionales tienden a bloquear por completo esta posibilidad, a frenar el movimiento, a fomentar las mayores ilusiones sobre las decisiones de los "tres grandes", a reforzar la autoridad anglo-norteamericana en el oeste y el sur de Europa, a reconocer en Francia la autoridad gaullista, en Italia la demócrata-cristiana, etcétera.

"Y cuando ya no se trata solamente de una posibilidad de desarrollo revolucionario, sino de una realidad, como en Grecia, Stalin no duda en facilitar la intervención militar inglesa para que aplaste la insurrección, en facilitarla no sólo gracias a su bien conocido compromiso con Churchill, sino también mediante su presión ante la dirección comunista griega para obligarla a capitular" (95).

La política exterior de la URSS y con ella las directrices de la Komintern, no siguieron sin embargo un curso uniforme en vísperas y durante el desarrollo de la segunda gran guerra.

Poco después de la invasión militar nazi de Checoslovaquia (15 de marzo de 1939), cuando Europa parece ser ya plenamente consciente de los peligrosos designios expansionistas vertidos por Hitler en "Mi Lucha" y es ya también inminente el estallido de una nueva conflagración mundial, los gobiernos de Inglaterra y Francia inician negociaciones con el propósito de establecer un frente común contra la amenaza nazi a pesar de la desconfianza mutua hacia la URSS. Francia e Inglaterra partían de la base que la aparición de un sólido frente diplomático podría disuadir a Hitler de continuar con sus planes.

Por su parte, Stalin sabía que necesitaba tiempo y espacio para dilatar al máximo un eventual ataque alemán. Tiempo para reagrupar a su mermada fuerza militar y para predisponer a la sociedad soviética a emprender nuevos sacrificios para defender a la patria socialista, sobre todo porque los procesos y purgas internas iniciados a finales de la década de los 30's habían desembocado en una verdadera ola de terror y exterminación (96). Espacio para desplazar lo más lejos posible del corazón del territorio soviético un inminente ataque alemán. Este objetivo sólo podía ser alcanzado si los soviéticos lograban estacionar sus tropas en Polonia, que constituía el siguiente objetivo de la estrategia de Hitler.

Durante sus negociaciones con Inglaterra y Francia, la URSS sostuvo que la mejor manera de ayudar a Polonia era enviar tropas soviéticas a la frontera común, demanda que fue rechazada tajantemente por el gobierno polaco. Las conversaciones se mantienen sin poder superar este 'impasse'. Stalin parece dudar que se pueda

llegar a un acuerdo que comprometa a Francia e Inglaterra con la seguridad soviética y decide emprender otro radical viraje diplomático, considerando que sus propósitos serían alcanzados más rápido si lograba un acuerdo con Hitler.

Los alemanes desde luego estaban dispuestos a dar un paso que previniera el posible acercamiento y convergencia entre la URSS, Francia e Inglaterra. Para Hitler tampoco importaba mucho que para ello se violara el pacto anti-Comintern que había signado en 1936 con Japón (al que se había adherido la Italia de Mussolini en 1937) y que una medida de esa naturaleza fuese a contrarrestar de su exacerbado y nunca ocultado anti-bolchevismo.

El 23 de agosto de 1939 se firma en Moscú un Pacto de No Agresión entre la URSS y Alemania que contenía una cláusula secreta donde se hacía un reparto de zonas de influencia y se afirmaba que "la cuestión de cuáles intereses hacían deseos para ambas partes el mantenimiento de la independencia de Polonia y la manera en que este Estado sea delimitado, puede ser sólo determinado definitivamente en el curso de los próximos acontecimientos políticos" (97).

Se opera un viraje de 180 grados en la orientación política de la URSS. De considerar a Hitler el principal peligro para la humanidad y el socialismo se pasaba a un Pacto de No Agresión que significó dejar las manos libres a Alemania para atacar a Polonia y dar así un paso definitivo para desencadenar la guerra.

Sin duda es el período agosto 1939-1941, desde la suscripción del Pacto Germano-Soviético hasta la aplazada pero nunca cancelada invasión hitleriana a la URSS, es cuando se pone más claramente en evidencia no sólo la contradicción entre la política estatal soviética y las exigencias e intereses del movimiento comunista europeo, sino el carácter instrumental con que concibe a éste el Kremlin.

El viraje, decidido por Stalin sin consultar ni informar a nadie, provoca una grave crisis al interior del movimiento comunista. Los tímidos avances que se habían logrado entre comunistas y socialistas saltan de inmediato en pedazos. Se desata una campaña anticomunista acusándolos de convertirse en aliados de Hitler. Se regenera, justificadamente, el viejo anatema socialdemócrata de que los comunistas despreciaban la libertad y apoyaban la dictadura. Para los partidos comunistas resulta cada vez más difícil justificar las conquistas territoriales de la URSS (Polonia, Rumania, Finlandia).

Finalmente, en búsqueda de principal objetivo de su política exterior (el centro neurálgico de la tesis del "espacio vital"), las tropas alemanas inician la mañana del 22 de junio de 1941 el ataque contra territorio soviético. La subestimación estratégica de la capacidad de resistencia soviéticos y la ulterior declaración de guerra contra los Estados Unidos, cuatro días después del ataque japonés a Pearl Harbor (7 de diciembre), serían los dos más graves errores de Hitler que paulatinamente alterarían de manera radical el giro de la conflagración.

El ataque a la URSS provoca un cambio decisivo en las fuerzas europeas de izquierda; lo que en 1939 se había constituido en un factor de ruptura se convierte en estímulo de unidad y combate al convergir la defensa de la "patria socialista" con la lucha antifascista. Vuelta atrás en la definición y orientación del movimiento comunista internacional: la consigna indica una nueva alianza con los que hasta entonces eran calificados como imperialistas y que ahora encarnan, junto con la URSS, las causas de la libertad y el progreso.

Los comunistas se convierten en columna vertebral de los movimientos de resistencia, logrando una penetración e influencias sin precedente en sus respectivas realidades nacionales. En 1943 se producen modificaciones decisivas en la correlación de fuerzas de la guerra en favor de los aliados. El Ejército Rojo, después de su crucial victoria de Stalingrado sobre las fuerzas hitlerianas (no vembre 1942-marzo 1943), inicia una contraofensiva que insinúa su rápido desplazamiento hacia el corazón de Europa.

Las perspectivas de una potencial victoria aliada, combinada con el auge de los movimientos de resistencia y los avances del Ejército Rojo pronto alimentan y proyectan expectativas que, por decir lo menos, resultan antitéticas.

Entre los grupos comunistas, e inclusive entre importantes núcleos de trabajadores vinculados o identificados con organizaciones de izquierda, prevalece la convicción de que la victoria aliada constituirá una genuina victoria popular, susceptible de tener una solución de continuidad hacia una revolución socialista.

Para los gobiernos capitalistas aliados, en contraparte, era totalmente inadmisibile un desenlace revolucionario de la victoria anti-fascista. El temor de que la derrota de las fuerzas del Eje abriera perspectivas revolucionarias en Europa podría poner en riesgo la coalición anti-hitleriana. Ciertamente en 1943 la guerra parecía dar un giro en favor de los aliados que delineaba un promisorio panorama. Pero el desenlace final aún era incierto. Por tanto era imprescindible mantener y consolidar la "gran alianza" para ultimar la amenaza fascista.

Resultaba indispensable que la URSS diera garantías al capitalismo inglés y norteamericano de que no tenía pretensión alguna de fomentar o conducir ningún tipo de proceso revolucionario; que todos sus esfuerzos se orientarían exclusivamente, y por el momento, a asegurar el triunfo aliado. Stalin no duda en otorgar amplias concesiones a los aliados. La disolución de la Comintern se inscribe y responde a esta lógica.

Pero como lo pondrán de manifiesto los acontecimientos posteriores, la renuncia a cualquier pretensión de fomentar una revolución mundial constituyó, más que una garantía para preservar la gran alianza, una condición necesaria para adoptar un acuerdo de largo alcance con los aliados para la ulterior distribución de esferas de influencia.

ESTA TESIS NO DEBE
SALIR DE LA BIBLIOTECA

Stalin calculaba que el avance y ocupación (liberación) de territorios por el Ejército Rojo provocaría una situación de fuerza irreversible que más tarde debía ser aceptada y reconocida por los aliados.

DISOLUCION DE LA KOMINTERN.

Precedida por una resolución del 15 de mayo de 1943, donde se propone a todas las secciones la disolución de la Komintern, el 9 de junio el Presidium del Comité Ejecutivo anuncia su formal disolución. El contexto, razones y procedimientos mediante los cuales se da a conocer esta decisión, así como sus efectos y consecuencias son analizados rigurosa y pormenorizadamente por Fernando Claudín (98). Al respecto sólo agregaremos algunas sucintas consideraciones.

En aras de justificar la disolución de la Komintern y ocultar a los comunistas los verdaderos propósitos que subyacen tras esta "histórica decisión", el Presidium del Comité Ejecutivo y el propio Stalin presentan una argumentación totalmente distorsionada y falseada.

La resolución del Presidium fundamenta su decisión en la tesis de que la disolución era una necesidad impuesta por la experiencia histórica de la Internacional; ya que "los diferentes niveles de desarrollo y grado de madurez de los partidos comunistas en cada país los sitúan ante diversas problemáticas y perspectivas que hacen innecesario mantener, en las nuevas circunstancias un centro de dirección internacional" (99).

De acuerdo a este esquema, el movimiento comunista internacional había entrado en una fase de desarrollo en el que la dirección unitaria y centralizada ya no correspondía a las necesidades del movimiento e inclusive se podía convertir en un obstáculo para el fortalecimiento de los partidos proletarios. Así pues una vez prontamente cumplidos sus objetivos de hacer madurar el movimiento comunista, la Komintern no tenía ya razón de ser.

La argumentación se presenta de tal manera como si en algún momento, primeras etapas, la Komintern hubiera respondido a las necesidades y exigencias del movimiento revolucionario internacional y no a los imperativos de la política estatal soviética, como si no hubiera generado desde un principio y agudizado cada vez más una flagrante contradicción entre ambas orientaciones, que final y fatalmente se resolvieran siempre en favor de los intereses del Kremlin.

Más aún, la admisión de bancarrota de la Komintern se limitó exclusivamente al plano organizativo, sin hacer la más mínima alusión, crítica o balance de sus resultados teóricos, políticos y programáticos.

Y sin duda su estructura organizativa y los métodos de decisión, dirección y control que de él se derivaron tuvieron siempre un efecto determinante, casi siempre adverso, en sus resoluciones y orientación estratégicas y programáticas.

La estructura ultracentralizada de la Komintern, sus métodos de dirección, su integrismo y monolitismo ideológico correspondieron no a las necesidades del movimiento comunista internacional, sino en primera instancia, a una determinada concepción teórica sobre el curso que seguiría la revolución mundial (sus requerimientos organizativos y tácticos) y, en segundo término y cada vez de manera más preponderante, a los intereses y necesidades del aparato estatal soviético.

El rasgo característico de la Komintern no fue su inadecuación organizativa, esta fue tan sólo consecuencia de su incapacidad teórica y política para formular un proyecto de transición al socialismo, de lucha revolucionaria, que respondiera a las condiciones y exigencias que planteaba el dinámico proceso de desarrollo de las sociedades capitalistas industrializadas. Desarrollo que cada vez se mostraba más reacio de someterse a los dictados y presunciones de una rígida y dogmática construcción teórica sobre la revolución mundial.

La Komintern fue disuelta sin que en su acta de defunción se haya acreditado jamás victoria revolucionaria alguna. Es una ironía de la historia que el partido internacional, creado en 1919 para organizar la acción conjunta del proletariado, aniquilar al capitalismo, establecer la dictadura del proletariado y una república soviética internacional, desapareciera 25 años después sin un sólo triunfo en su expediente y postulando la más amplia colaboración entre el estado soviético y algunos países imperialistas con el propósito de contribuir al "asalto final común" para derrotar a la amenaza fascista y "asegurar la amistad de las naciones basada en su igualdad".

"La disolución de la IC, en el momento en que se abre la etapa triunfal de la guerra, no es sólo una concesión táctica a los capitalismos imperialistas de Estados Unidos e Inglaterra; es mucho más que eso; indica una larga etapa histórica en la que la URSS actuará cada vez más en la arena internacional como una gran potencia con voluntad de dominación sobre otros países y ejercerá su hegemonía sobre los partidos comunistas con diversidad de procedimientos, sin la mediación de una Internacional que, a pesar de haber sido vaciada, antes incluso de su disolución, de su sustancia revolucionaria original, se guía siendo un punto de referencia teórico de ideas y principios que la política estatal soviética iba rompiendo (100).

La percepción fundamental de Stalin ante los problemas de la guerra y su virtual desenlace favorable a los aliados descansó en todo momento en la valoración y proyección de los intereses del Estado soviético como potencia de primer orden, que ampliaría sus dominios según la fuerza de su ejército y los convenios, tácitos y explícitos, con los aliados. Su preocupación fundamental parte de una concepción geopolítica típicamente continental consistente en establecer delante de las fronteras soviéticas un "protectorado" o bastión de Estados satélites que refuerce sus imperativos de defensa y seguridad.

Así, dos años después de la disolución de la Komintern y tras el impetuoso avance de las tropas soviéticas hasta crear una situación irreversible, Stalin está en condiciones de exigir la retribución por su "generosa" contribución a la victoria de los aliados: el reconocimiento de un "glacis" soviético en el Este de Europa.

A cambio de las amplias garantías extendidas por la URSS de abstenerse por completo de fomentar o intervenir en favor de un desenlace revolucionario en los países industrializados de Europa Occidental y la estratégica zona del Mediterráneo, los aliados "aceptaron" el fortalecimiento y expansión del Estado Soviético en la zona más atrasada de Europa.

El segundo gran reparto de zona de influencia efectuado entre las grandes potencias (con la novedosa incorporación de la URSS) en el siglo XX, que tras el rompimiento de alianza anti-hitleriana significaría el reconocimiento explícito del mundo bipolar, se inició en la Conferencia de Teherán, con la decisión de abrir un segundo frente para derrotar a las fuerzas del Eje, adquirió claros contornos en la Reunión de Churchill y Stalin de octubre de 1944 y fue finalmente consagrado en las Conferencias de Yalta y Postdam de 1945 (101).

El reparto de zonas de influencia, prefigurado ya en las decisiones y acuerdos asumidos por las tres grandes potencias aliadas en el curso de la guerra y determinado finalmente por los límites reales del poder occidental y el fortalecimiento de las posiciones de fuerza y negociación de la URSS, proveyeron la división de Europa que prevalece hasta nuestros días.

Entre 1945 y 1949 se consolida plenamente la hegemonía soviética sobre el Este de Europa. Se lleva a cabo, a través de procesos complejos y diferenciados de un caso a otro, la profunda transformación política, económica y cultural de los países liberados (ocupados) por el Ejército Rojo. Transformaciones estructurales que son esencia resultado de la posición de fuerza adquirida por la URSS para imponer estos cambios a efecto de extender la zona geográfica de influencia del comunismo, garantizando así imperativos de defensa y seguridad interna y externa.

Ingléses y norteamericanos no tuvieron mayores reparos para conferir a la URSS libertades irrestrictas que le permitieran imponer o dirigir estos cambios en Bulgaria, Hungría y Rumania; su poderío fue insuficiente para impedirlos en Polonia, Checoslovaquia y más tarde en Alemania, países donde a pesar de las resistencias de las potencias occidentales, la URSS terminó por imponerlos a la fuerza. El caso de Yugoslavia reviste características y connotaciones específicas que no corresponde estrictamente a esta lógica ni pueden ser discernibles dentro de este esquema (más adelante se hará una breve referencia a este caso).

No por explicable, deja de resultar paradójico que el establecimiento de las denominadas "democracias populares", término con el que se pretende teorizar y homogeneizar a este variado mosaico de realidades nacionales que comparten como rasgo "original" y específico una novedosa vía de transición al socialismo que los soviéticos pronto se apresuraron a tipificar como otra forma de dictadura del proletariado, haya tenido lugar una vez más en países a los que, con la obvia salvedad de la Alemania bajo ocupación soviética y quizá con la muy forzada excepción de Checoslovaquia, no eran asimilables las condiciones mínimas necesarias previstas por la teoría marxista clásica como prerequisites indispensables para su conversión (revolucionaria o no) al socialismo.

En efecto, la expansión del comunismo a la Europa Oriental se da en países con un muy precario nivel de industrialización, un componente campesino predominante con arraigadas concepciones conservadoras y religiosas, reducidos y dispersos núcleos obreros sin importantes tradiciones de organización y lucha, partidos socialistas y comunistas apenas en proceso de consolidación. Pero en todos los casos y aprovechando sobre todo las aspiraciones de democracia política y reforma agraria, la URSS dió muestras de enorme capacidad y habilidad para llevar a los comunistas al poder, a un poder indisputado, como indisputado sería el control y dominación económica, política y militar que la URSS ejerce sobre ellos (102).

Así en la zona de influencia soviética se introduciría, con variaciones marginales, el mismo tipo de sociedad construída en la URSS. No el tipo de revolución prescrito en el testamento de la Komintern, sino el tipo de revolución dictado por la razón de Estado, de un Estado que a partir de la posguerra se convierte en la segunda potencia mundial.

3. REVOLUCION EN OCCIDENTE.

La feroz e inexorable cacería de brujas a la que fue sometida toda iniciativa autónoma durante el stalinismo, no sólo privo durante más de dos décadas al movimiento comunista internacional de la más original y decisiva aportación para el desarrollo de una genuina teoría política del socialismo, sino que además cancelo la posibilidad de que la reflexión y propuesta de Antonio Gramsci ejerciera su potencial correctivo y alternativo en una etapa crucial de la historia del movimiento comunista, de la teoría y práctica socialista.

Sera el vacilante e inconcluso proceso de desestalinización que teórica y políticamente experimenta el movimiento comunista internacional desde mediados de la década de los 50's, el que permite "redescubrir" tardíamente y situar ante prácticas e inercias institucionalizadas que hacen aún más difícil su recuperación, la propuesta más consistente para pensar una estrategia revolucionaria que busque responder a las condiciones y necesidades

impuestas por una formación capitalista desarrollada cuya evolución demuestra no las catastróficas predicciones de la ortodoxia marxista-leninista, sino su enorme capacidad de transformación y adaptación.

Considerando el vasto campo de influencia que comprende la obra de Gramsci, para los propósitos de este trabajo nos limitaremos a esbozar algunos de los rasgos que condensan el núcleo esencial de la teoría revolucionaria gramsciana, en la medida que no sólo constituye el referente privilegiado de su pensamiento político, sino que es además el elemento que le otorga coherencia y unicidad a su original y sugestivo aparato conceptual.

En este sentido, hay una preocupación central que motiva y obliga a Gramsci a repensar la estrategia revolucionaria para la conquista de poder político con una dirección socialista: el fracaso en los países más desarrollados de Europa del tipo de asalto revolucionario aplicado con éxito por los bolcheviques en la Rusia Zarista. Así, la necesidad por comprender las causas de las sucesivas derrotas de los movimientos revolucionarios del proletariado europeo con el propósito de desbloquear y otorgar viabilidad a una estrategia revolucionaria, se convierten en el eje de una original reflexión e indagación teórica, cuya mayor tragedia no consistió en permanecer relegada a los confines de una prisión fascista hasta 1937, sino en su imposibilidad de ejercer influencia alguna durante la larga noche estalinista. El pensamiento de Gramsci nunca pudo constituirse en una opción alternativa frente a la "teoría oficial" impuesta por el estalinismo porque el estalinismo se caracterizó precisamente por su sistemática satanización y exclusión de cualquier referente alternativo.

Desde finales del siglo pasado y en particular después de la primera gran guerra, la sociedad y el Estado capitalista experimentan un conjunto de cambios y transformaciones que si no ignorados por completo, apenas ocupan un espacio marginal en la teoría marxista. Una teoría que al ser institucionalizada en la URSS va paulatinamente relegando su carácter crítico para asumir rasgos netamente doctrinarios.

La crisis política abierta por la primera gran guerra y su potencial de conversión en crisis revolucionaria por el influjo de la revolución rusa, obligan a la burguesía europea a emprender un profundo proceso de reestructuración y renovación político-económico que sitúa y dimensiona al Estado como su centro neurálgico y eje rector (103)

En este marco, la salida a la crisis del capitalismo liberal apuntaba a la instauración de formas superiores de organización política, económica y social, a la reconstrucción y renovación de las instituciones y mecanismos hegemónicos de la burguesía. En la transformación del sistema político para regular la conflictividad social, provocada por la irrupción de los grandes movimientos y partidos de masas y por la transición de una economía en la que predominaba la libre competencia hacia otra de capitalismo organizado, se encuentra la clave para explicar la modificación y centralidad de la estructura y funciones del Estado.

No por explicable, deja de resultar paradójico que el establecimiento de las denominadas "democracias populares", término con el que se pretende teorizar y homogeneizar a este variado mosaico de realidades nacionales que comparten como rasgo "original" y específico una novedosa vía de transición al socialismo que los soviéticos pronto se apresuraron a tipificar como otra forma de dictadura del proletariado, haya tenido lugar una vez más en países a los que, con la obvia salvedad de la Alemania bajo ocupación soviética y quizá con la muy forzada excepción de Checoslovaquia, no eran asimilables las condiciones mínimas necesarias previstas por la teoría marxista clásica como prerequisites indispensables para su conversión (revolucionaria o no) al socialismo.

En efecto, la expansión del comunismo a la Europa Oriental se da en países con un muy precario nivel de industrialización, un componente campesino predominante con arraigadas concepciones conservadoras y religiosas, reducidos y dispersos núcleos obreros sin importantes tradiciones de organización y lucha, partidos socialistas y comunistas apenas en proceso de consolidación. Pero en todos los casos y aprovechando sobre todo las aspiraciones de democracia política y reforma agraria, la URSS dió muestras de enorme capacidad y habilidad para llevar a los comunistas al poder, a un poder indisputado, como indisputado sería el control y dominación económica, política y militar que la URSS ejerce sobre ellos (102).

Así en la zona de influencia soviética se introduciría, con variaciones marginales, el mismo tipo de sociedad construída en la URSS. No el tipo de revolución prescrito en el testamento de la Komintern, sino el tipo de revolución dictado por la razón de Estado, de un Estado que a partir de la posguerra se convierte en la segunda potencia mundial.

3. REVOLUCION EN OCCIDENTE.

La feroz e inexorable cacería de brujas a la que fue sometida toda iniciativa autónoma durante el stalinismo, no sólo privo durante más de dos décadas al movimiento comunista internacional de la más original y decisiva aportación para el desarrollo de una genuina teoría política del socialismo, sino que además cancelo la posibilidad de que la reflexión y propuesta de Antonio Gramsci ejerciera su potencial correctivo y alternativo en una etapa crucial de la historia del movimiento comunista, de la teoría y práctica socialista.

Sera el vacilante e inconcluso proceso de desestalinización que teórica y políticamente experimenta el movimiento comunista internacional desde mediados de la década de los 50's, el que permite "redescubrir" tardíamente y situar ante prácticas e inercias institucionalizadas que hacen aún más difícil su recuperación, la propuesta más consistente para pensar una estrategia revolucionaria que busque responder a las condiciones y necesidades

impuestas por una formación capitalista desarrollada cuya evolución demuestra no las catastróficas predicciones de la ortodoxia marxista-leninista, sino su enorme capacidad de transformación y adaptación.

Considerando el vasto campo de influencia que comprende la obra de Gramsci, para los propósitos de este trabajo nos limitaremos a esbozar algunos de los rasgos que condensan el núcleo esencial de la teoría revolucionaria gramsciana, en la medida que no sólo constituye el referente privilegiado de su pensamiento político, sino que es además el elemento que le otorga coherencia y unicidad a su original y sugestivo aparato conceptual.

En este sentido, hay una preocupación central que motiva y obliga a Gramsci a repensar la estrategia revolucionaria para la conquista de poder político con una dirección socialista: el fracaso en los países más desarrollados de Europa del tipo de asalto revolucionario aplicado con éxito por los bolcheviques en la Rusia Zarista. Así, la necesidad por comprender las causas de las sucesivas derrotas de los movimientos revolucionarios del proletariado europeo con el propósito de desbloquear y otorgar viabilidad a una estrategia revolucionaria, se convierten en el eje de una original reflexión e indagación teórica, cuya mayor tragedia no consistió en permanecer relegada a los confines de una prisión fascista hasta 1937, sino en su imposibilidad de ejercer influencia alguna durante la larga noche estalinista. El pensamiento de Gramsci nunca pudo constituirse en una opción alternativa frente a la "teoría oficial" impuesta por el estalinismo porque el estalinismo se caracterizó precisamente por su sistemática satanización y exclusión de cualquier referente alternativo.

Desde finales del siglo pasado y en particular después de la primera gran guerra, la sociedad y el Estado capitalista experimentan un conjunto de cambios y transformaciones que si no ignorados por completo, apenas ocupan un espacio marginal en la teoría marxista. Una teoría que al ser institucionalizada en la URSS va paulatinamente replegando su carácter crítico para asumir rasgos netamente doctrinarios.

La crisis política abierta por la primera gran guerra y su potencial de conversión en crisis revolucionaria por el influjo de la revolución rusa, obligan a la burguesía europea a emprender un profundo proceso de reestructuración y renovación político-económico que sitúa y dimensiona al Estado como su centro neurálgico y eje rector (103)

En este marco, la salida a la crisis del capitalismo liberal apuntaba a la instauración de formas superiores de organización política, económica y social, a la reconstrucción y renovación de las instituciones y mecanismos hegemónicos de la burguesía. En la transformación del sistema político para regular la conflictividad social, provocada por la irrupción de los grandes movimientos y partidos de masas y por la transición de una economía en la que predominaba la libre competencia hacia otra de capitalismo organizado, se encuentra la clave para explicar la modificación y centralidad de la estructura y funciones del Estado.

El desarrollo del capitalismo, la modificación en los términos de la relación e interrelación entre Estado y sociedad, política y economía, dominación y consenso no sólo le permiten a Gramsci establecer las diferencias históricas entre "Oriente" y "Occidente", sino advertir que dicho desarrollo no simplifica sino que complica y obstaculiza crecientemente los presupuestos y objetivos de la revolución socialista. Por ello, su trabajo tiene como propósito reconstruir, desde la perspectiva socialista revolucionaria, una alternativa contrahegémica que responda a las nuevas condiciones y exigencias de la sociedad capitalista.

Así, mientras la indagación de Gramsci lo llevaba a descubrir, integrar y profundizar una teoría que al dar cuenta de las transformaciones del Estado capitalista y la sociedad burguesa, va produciendo simultáneamente las premisas para configurar el correspondiente proyecto revolucionario socialista, Stalin imponía al movimiento comunista internacional una línea oficial de estrategia revolucionaria que remitía de manera acrítica a un conjunto de principios y consignas que cada vez resultaban más anacrónicas y estériles.

El colapso inevitable del capitalismo; la tendencia ascendente de la marca revolucionaria; la lucha frontal clase contra clase; la conquista del poder político como condición necesaria y suficiente para la transformación socialista; la concepción instrumental del Estado; la supresión de toda potencialidad anticapitalista y socialista de las instituciones democráticas; el sectarismo que percibía al reformismo y la socialdemocracia como lacayos del imperialismo, constituyen el arsenal teórico y programático con que el movimiento comunista internacional enfrentaba la nueva y más compleja problemática de la sociedad, la política y el Estado capitalista.

A menudo se considera a Gramsci como el teórico de la revolución en Occidente, sobrentendiéndose con ello, que sus planteamientos son sólo válidos para los países capitalistas más desarrollados. Sin que ésta apreciación carezca de fundamento y validez, si resulta parcial en la medida que los términos "Occidente" y "Oriente" no aluden estrictamente a un referente geográfico, sino que constituyen una metáfora para designar la especificidad de una formación social en una situación histórica concreta.

El desarrollo del capitalismo, las transformaciones cualitativas que diferencian cada una de sus fases, remiten tanto al patrón de acumulación como al patrón de hegemonía, supone, por tanto, niveles y términos distintos, más complejos y sofisticados, en las relaciones Estado-sociedad civil, Estado-economía, política y economía. La dinámica interrelación de estos elementos determina así el grado de desarrollo y complejidad de una formación social-específica.

Cuando Gramsci hace referencia a las sociedades evolucionadas, lo que pretende subrayar y diferenciar es el nivel de articulación entre Estado y sociedad, no el hecho de que en su tiempo esta articulación cobre formas más evolucionadas sólo en los países europeos con más alto grado de desarrollo político y socio-económico.

Esta distinción no es gratuita, ni irrelevante. Por el contrario, tiene como propósito recuperar en toda su amplitud y profundidad la aportación de Gramsci, que quedaría paralizada si limitáramos la concepción de Occidente a una región geográfica o a la posición que ocupa un país dentro del concierto internacional por su nivel de desarrollo económico.

Indudablemente, hasta un cierto punto el nivel de desarrollo económico de una sociedad condiciona y determina su nivel de desarrollo político, sus instituciones y mecanismos de organización, representación y participación política. Pero el dato clave que deseamos destacar es que la lógica y dinámica del desarrollo capitalista presupone para su reproducción y mantenimiento tanto la existencia de desigualdades estructurales en la composición y funcionamiento del sistema económico-financiero en su conjunto, como niveles cada vez más desarrollados de articulación entre Estado y sociedad, política y economía al interior de las diversas realidades nacionales que lo integran.

Bajo la noción de Occidente, Gramsci alude pues a una tendencia que si bien hace cincuenta años se insinúa y designa sólo a las naciones más evolucionadas, en realidad tiende a ser predominante y necesaria para el desarrollo global del capitalismo: el progresivo fortalecimiento de la sociedad civil y la creciente penetración del Estado en la economía y la sociedad. Aunque claro el ritmo e intensidad de estos procesos se da de manera diferenciada de una región a otra, de un país a otro.

El análisis de Gramsci sobre la integración y funcionamiento de la sociedad capitalista, de donde extrae su propuesta para la definición de un proyecto hegemónico alternativo como condición necesaria para el triunfo de una estrategia revolucionaria socialista en el capitalismo evolucionado, nos remite necesariamente a definir de manera muy esquemática los conceptos claves de su elaboración teórica.

Gramsci concibe al bloque histórico como un sistema social compuesto por una estructura social -las clases- que depende directamente de las relaciones de las fuerzas productivas y una superestructura ideológica y política, las cuales se integran y vinculan orgánicamente a través de un sistema hegemónico (dominación y consenso) que las clases dominantes confían para su gestión a los intelectuales (104).

En el nivel de la superestructura, Gramsci distingue analíticamente dos esferas esenciales: la sociedad política, que agrupa al conjunto de las actividades del aparato estatal relacionadas con la función y ejercicio de la coerción (militar y jurídica) para la conservación del orden establecido y la sociedad civil, que en términos del propio Gramsci, comprende al "conjunto de organismos vulgarmente llamados privados... y que corresponden a la función de hegemonía que el grupo dominante ejerce en toda la sociedad" (105)

Es pues, en el campo de la sociedad civil donde se expresa y difunde a toda la sociedad la dirección ideológica de la clase dominante. La sociedad civil es el terreno específico de la ideología orgánica, de la dirección intelectual y moral de la sociedad, que se reproduce y despliega a través de las complejas y variadas estructuras o aparatos ideológicos (escuela, medios de comunicación, iglesia, etc.) (106).

Esta diferenciación responde exclusivamente a fines analíticos y de él parte una aportación no menos decisiva de Gramsci: la ampliación del Estado. Como lo señala Portelli:

"El análisis separado de cada una de las dos esferas del momento superestructural no se corresponde evidentemente con la realidad práctica. En efecto, esta división funcional debe ubicarse en el marco de una unidad dialéctica donde el consenso y la coerción son utilizados alternativamente y donde el papel exacto de las organizaciones es menos preciso de lo que parece. No existe sistema social donde el consenso sirva de única base de la hegemonía, ni Estado donde un grupo social pueda mantener duraderamente su dominación sobre la base de la pura coerción" (107).

Teóricamente, la dirección de la sociedad civil (consenso) corresponde a organizaciones tipificadas como privadas y la administración de la sociedad política al aparato coercitivo de Estado, pero sin que esta distinción carezca de relevancia para asumir los problemas estratégicos que plantea el trastocamiento del sistema hegemónico de la clase dominante, ambos constituyen órganos e instrumentos mediante los cuales el grupo dominante ejerce su hegemonía.

A partir de este planteamiento surge la concepción ampliada de Gramsci: "Estado = sociedad política + sociedad civil, es decir, hegemonía revestida de coerción" (108).

"La ampliación del Estado pasa entonces por una incorporación de la hegemonía y de su aparato al Estado; o sea, en términos althusserianos, funcionamiento mediante la coerción y funcionamiento mediante la ideología" (109).

La concepción de Gramsci viene a superar así la parálisis teórica sobre el Estado que desde finales del siglo XIX se halla entrapada entre la concepción neutral del revisionismo y la concepción instrumentalista del marxismo revolucionario, incapaces ambas de aprehender y comprender las profundas transformaciones que se experimentan en la etapa de capitalismo y las nuevas relaciones que se plantean entre Estado y sociedad.

Revisionistas y revolucionarios terminan por ignorar, bajo premisas antagónicas, la densidad de las nuevas formas de hegemonía, la extensión y profundidad del hecho estatal, que tiende a erigir un sistema de "trincheras y casamatas" que protege a la hegemonía burguesa de un asalto revolucionario de las masas. Partiendo de Bernstein, los revisionistas asumen que el Estado-instrumento puede ser ganado y ocupado molecularmente por las fuerzas socialistas, anillando así la expansión capitalista con un proceso ininterrumpido y sin límite fijo de democratización. Para los revisionistas los fines que cumple el Estado están determinados por la clase o fuerza social que lo ocupe. Estado-instrumento que como tal puede servir a cualquier proyecto social.

"Esta convicción penetró absolutamente en el pensamiento socialdemócrata: el revisionismo se transformó por el peso de los hechos en la doctrina oficial sobre el Estado y, a través de esa victoria, Lassalle consumó su póstuma venganza teórica sobre Marx y Engels. En efecto, lo que triunfaba era la visión lassalleana sobre la penetración de los trabajadores en el Estado y, por lo tanto, la idea de la neutralidad del aparato, de su potencialidad instrumental para proteger diferentes intereses sociales según la capacidad históricamente variable, que manifestaba el sector social que predominara en ese espacio originalmente vacío" (110).

Los revolucionarios, por su parte, asumiendo las transformaciones que operan en el desarrollo del capitalismo, fase competitiva a fase imperialista, como preludio del socialismo (descomposición y colapso del capitalismo y una correcta iniciativa revolucionaria para una ruptura y transición insurreccional), sostienen también una concepción instrumental del Estado que postula la destrucción-transformación del Estado burgués por parte del proletariado autónomamente organizado.

Ya en su escrito "¿Se sostendrán los bolcheviques en el poder? Lección distingue dos aparatos que se entrelazan al interior del Estado capitalista: uno político, coactivo, de clase (ejército, policía, funcionarios) que el proletariado debe destruir y sustituir; otro, técnico de cálculo y registro, que no debe ser destruído, sino desposeído de su contenido y connotación burguesa y subordinarlo a los imperativos e intereses proletarios (111).

"La atención de Gramsci no se agota, como sucede con casi todos los otros marxistas, en la tradicional temática de la 'denuncia' del dominio clasista coactivo del Estado moderno, sino que se expande a todas aquellas articulaciones a través de las cuales la hegemonía de

una clase se ejerce sobre el resto de la sociedad. En este plano Gramsci hace posible al marxismo el acceso al estudio no solamente de lo que hoy definiríamos como la sociología del poder, sino más en general del Estado como ordenamiento jurídico y político, es decir, de ese rostro del Estado que había permanecido oculto al marxismo tradicional" (112).

La concepción gramsciana de Occidente se puede perfilar ahora con mayor nitidez. En torno a ella se construye y revela la originalidad de la nueva estrategia revolucionaria: la guerra de posiciones sustituye a la guerra de movimiento, la transición al socialismo no sólo requiere la conquista del poder político, demanda la constitución de un sistema hegemónico, de un bloque histórico alternativo.

El desarrollo y transformaciones del capitalismo, de la sociedad y del Estado burgués, van haciéndose inviable, al menos en los Estados más avanzados (en tiempos de Gramsci primero ahí, pero luego no sólo en ellos) el modelo de la revolución rusa, porque de acuerdo a Gramsci "la sociedad civil se ha convertido en una estructura muy compleja y resistente a las 'irrupciones' catastróficas del elemento económico inmediato (crisis, depresiones, etc.)" (113).

En Occidente, donde una compleja y poderosa línea de trincheras (las instituciones de la sociedad civil, la dirección intelectual y cultural de toda la sociedad, los aparatos hegemónicos), amortiguan y absorben cualquier temblor de Estado, la estrategia del enfrentamiento frontal "clase contra clase" no sólo es errónea, sino también suicida (en Alemania abre una de las compuertas de acceso del nazismo).

En asalto revolucionario, la guerra de maniobras, tiende gradual e inexorablemente a reducir su ámbito y perspectivas de aplicación, se limita a "Oriente", a las sociedades donde la sociedad civil es "primitiva" y "gelatinosa" donde impera la ley del Estado despótico y absolutista, aquí la lucha se concentra en torno al aparato de Estado, a la conquista de la sociedad política.

La concepción ampliada del Estado confiere una posición privilegiada y decisiva a la lucha de clases en los espacios y estructuras de la sociedad civil, la atraviesa y permea de lo económico a lo ideológico. La caracterización de una sociedad, en este caso la capitalista, como un sistema hegemónico no significa aludir a un modelo homogéneo y totalmente integrado. Las instituciones de la sociedad civil, donde necesariamente se expresan las contradicciones del intervencionismo estatal, son escenario de la lucha política de clases, al reducto donde las masas deben desarrollar la estrategia de la guerra de posiciones.

Las implicaciones de este planteamiento van aún más allá en las sociedades capitalistas donde la sociedad civil es compleja y resistente, la ruptura del sistema, su superación y sustitución, no se puede producir simplemente por el estallido de una crisis económica por aguda que ésta sea. A juicio de Gramsci esta crisis "sólo pueden crear un terreno más favorable a la difusión de ciertas maneras de pensar, de plantear y resolver las cuestiones que hacen a todo desarrollo ulterior de la vida estatal" (114).

Para que efectivamente se abra la posibilidad de sustituir un sistema hegemónico se requiere la convergencia y anudamiento de dos factores esenciales. En primer término, una crisis orgánica, esto es, una crisis de hegemonía dentro del bloque histórico, no sólo una crisis en la estructura, sino además una crisis en la sociedad civil, una ruptura del vínculo orgánico entre estructura y superestructura, que se produce cuando las clases dominantes pierden la dirección intelectual y moral de las clases subalternas, de la sociedad en su conjunto (115).

Pero la irrupción de una crisis de hegemonía no garantiza ni con mucho la sustitución del sistema, el éxito de una estrategia revolucionaria sólo crea condiciones propicias para una modificación en la correlación de fuerzas. Las clases dominantes conservan el control de la sociedad política, del aparato de coerción estatal y no se puede dar por descontada su capacidad para recomponer y transformar el sistema hegemónico mediante una "revolución pasiva" (116).

El resultado de la crisis orgánica depende de las características que adopte la correlación de fuerzas entre los sectores sociales. La simple reconstrucción del bloque hegemónico y una salida revolucionaria favorable a las clases subalternas constituyen las dos opciones extremas, pero entre ellas media un amplio haz de alternativas.

Es a la luz de este conjunto de reflexiones que se revela en su verdadera magnitud e importancia la propuesta gramsciana: la necesidad del proletariado de desarrollar su capacidad hegemónica sobre el resto de las clases subalternas, de construir un bloque histórico alternativo que frente a una situación de crisis orgánica le permita impulsar un nuevo sistema hegemónico. Para el logro de este propósito, Gramsci enfatizó en todo momento la necesidad de traducir y adaptar la lucha revolucionaria a las características nacionales de cada sociedad.

El proletariado debe conformar un bloque revolucionario, esto es integrar un bloque de fuerzas representativas (que incluye a las clases auxiliares del bloque en el poder) y dentro del cual detente la hegemonía, que replique en el plano de las relaciones de fuerza políticas, en el espacio de la lucha por el poder, el enfrentamiento que surge de la estructura social.

"Este bloque no es aún el 'bloque histórico', en tanto éste supone el control del poder del Estado (y no sólo siquiera del aparato de Estado), es su condición de posibilidad, la realización del bloque histórico sólo es pensable desde el poder, como construcción de un nuevo sistema hegemónico, en el que una clase dirige y domina a la totalidad social desde las instituciones de la sociedad política (Estado-gobierno) y las instituciones de la sociedad civil (Estado-sociedad), el bloque político de las clases subalternas incluye como principio ordenador de su estructura, la capacidad hegemónica de la clase obrera industrial sobre el conjunto del pueblo. Más aún: sin hegemonía el bloque no existe, porque este no equivale a una agregación mecánica de clases" (117).

El concepto gramsciano de hegemonía articula e integra, hace indisolubles sus vertientes económica, política, militar e intelectual y cultural. La estrategia revolucionaria que propone no es insurreccionalista, ni reformista, porque parte de una reflexión y análisis que revela y trasciende este falso dilema.

"La sustitución histórica del capitalismo del fracaso, al atada al mito fatalista y mecanicista del fracaso, al cual se coordinaba la idea de la revolución socialista entendida como súbito acto de ruptura, sino por el contrario a una progresiva erosión histórica que no solamente encuentra el apoyo de las contradicciones económicas capitalistas, sino también -y sobre todo- el de una elaborada y fina estrategia alternativa en todos los niveles de la sociedad, del Estado y de la cultura" (118).

En este sentido, es pertinente subrayar que la estrategia propuesta por Gramsci, un proyecto de recambio hegemónico a través de una guerra de posiciones, no significa en absoluto una transición pacífica (electoral, reformista o parlamentaria) al socialismo (119). Por el contrario, presupone un momento de ruptura violenta (revolucionaria) del sistema hegemónico capitalista, una dirección y momento político-militar, pero que en virtud de su carácter decisivo para la modificación de la correlación de fuerzas, debe ser precedido y fundamentado en la articulación de un bloque revolucionario y la definición y despliegue de un sistema hegemónico alternativo elaborado y dirigido por el proletariado.

Para Gramsci, la hegemonía se ejerce como dominio (sociedad política) y como dirección intelectual y moral (sociedad civil) y evidentemente presupone la "función decisiva que el grupo dirigente ejerce en el núcleo rector de la actividad económica" (120). Bajo está lógica un grupo social es dominante respecto a las fuerzas adversarias o antagónicas y dirigente en relación a los grupos aliados o afines.

En este contexto debe entenderse su afirmación, de que "un grupo social puede e incluso debe ser dirigente antes de conquistar el poder gubernamental (y esta es una de las condiciones principales para la misma conquista del poder); después, cuando detenta el poder e incluso si lo tiene firmemente en su puño, se transforma en dominante, pero debe continuar igualmente siendo dirigente" (121).

Este principio es aplicable al bloque revolucionario, en la medida que la guerra de posiciones hace imprescindible que el proletariado despliegue un amplio sistema de alianzas y compromisos que le permitan organizar, unificar y movilizar a todas las fuerzas populares en contra del capitalismo y el Estado burgués, en suma, que se transforme en clase dirigente de las fuerzas populares y anticapitalistas antes de conquistar el poder político.

Dentro de este esquema se inscribe y entiende la crucial importancia que atribuye Gramsci al "moderno príncipe", al partido revolucionario, como principal instrumento propulsor para la articulación del bloque revolucionario.

Para Gramsci, la finalidad del partido es organizar y unificar a todas las fuerzas populares alrededor de la clase obrera, dirigir las en el proceso de la conquista del poder. La revolución es ante todo un hecho de masas; así la percepción de la revolución como un proceso de conquista y no de toma del poder, replantea toda la problemática relativa a la composición y funcionamiento del partido revolucionario y la anuda sobre ejes cualitativamente distintos a la del leninismo (122).

El proceso de formación del partido revolucionario es de carácter histórico y político y se encuentra estrechamente vinculado al desarrollo de la sociedad capitalista. El partido revolucionario debe ser un partido de clase tanto por su ideología como por su estructura. No hay relaciones de exterioridad como en Lenin, el partido revolucionario no es órgano, sino parte de la clase obrera, un partido de masas que genera sus propios cuadros, que organiza la voluntad colectiva nacional-popular y la expresa de manera operativa. Un partido en constante adecuación a la organización del movimiento real, con capacidad de equilibrar el impulso de la base con las orientaciones de la dirección (espontaneidad creciente), que permite una inserción continua de los elementos que surgen de lo profundo de la masa, con el sólido cuadro de la dirección.

"Nosotros afirmamos que la capacidad de dirigir a la clase obrera no al hecho de que el partido se proclame órgano revolucionario de ella, sino a que efectivamente logre, como parte de la clase obrera, ligarse a sus fracciones e imprimir a las masas un movimiento en la dirección deseada según las condiciones, sólo como consecuencia de su acción entre las masas. El partido podrá conseguir que ellas lo reconozcan como su partido (conquista de la mayoría) y sólo cuando esta condición este cumplida puede presumir de conducir a la clase obrera" (123).

El partido es el principal organizador y dirigente del bloque revolucionario, el principal artífice de la reforma intelectual y moral para introducir la voluntad colectiva nacional-popular, en tanto concepto que constituye una forma superior de civilización, pero no sustituye, o no prescindibles a las organizaciones de masas, sino que todo momento la importancia, antes y después de la conquista del poder político, de las diversas organizaciones de masas (sindicatos, consejos, comités de base).

De acuerdo a Gramsci, el partido y los sindicatos no pueden ni haber englobado la diversidad de formas de organización, representación y participación de las clases subalternas; es un vasto y complejo proceso social en el que las diversas formas históricas de las masas se despliegan a través de una gama de instituciones específicas, cuya permanencia y vitalidad permiten a la clase obrera ir articulando un bloque revolucionario e ir asumiendo su papel dirigente de masas como precondiciones para la configuración de un nuevo sistema hegemónico.

El tránsito de la guerra de maniobras a la guerra de posiciones no es resultado de una elección o preferencia, es una necesidad impuesta por el nivel de organización, desarrollo y capacidad de transformación de las fuerzas que se enfrentan. Excluye toda concepción mecanicista, economicista y catastrofista, porque asume la capacidad de recomposición que el sistema hegemónico capitalista posee y las contradicciones restauradoras y renovadoras que las crisis orgánicas producen.

4. EL KOMINTERN. PRELUDIO DE LOS CISMAS EN EL MOVIMIENTO COMUNISTA INTERNACIONAL.

Al concluir la Segunda Guerra Mundial se produce una inevitable ruptura de la alianza antifascista y con ella se abre paso una nueva correlación de fuerzas en el escenario internacional. Se despliega un realineamiento de fuerzas en torno a dos bloques ideológica y militarmente antitéticos: emerge un mundo bipolar y como corolario el denominado período de la "guerra fría".

Estados Unidos despliega una poderosa ofensiva económica (Plan Marshall) político-ideológica (Doctrina-Truman) y militar (Organización del Tratado Atlántico Norte) para erigirse en guardián y garante del sistema capitalista, del proyecto universalizador de Occidente.

Estimulada por el Plan Marshall y el poderío financiero norteamericano, la economía capitalista inicia al final de la guerra un dinámico proceso de crecimiento y expansión. El Estado asume, a partir del paradigma keynesiano, la función protagónica de la producción y reproducción de la sociedad capitalista, permeando todos los rincones de la sociedad. Se asiste al vertiginoso ascenso del Estado de Bienestar, que constituye en Europa en el más sólido valladar de la fortaleza capitalista, su principal componente y agente de transformación.

La URSS emerge como potencia mundial y eje de un nuevo bloque de poder. Su política se determinará y orientará en función de las exigencias de su nuevo status: montar y articular los engranajes político-ideológicos y militares para desempeñar eficazmente su recién adquirido protagonismo. Stalin que se haya en el cenit de su prestigio y liderazgo sobre el movimiento comunista internacional, desata dentro de la URSS una nueva y brutal ofensiva para rearticular y refuncionalizar el sistema totalitario y el integrismo ideológico que le da sustento.

La represión, purgas y procesos; encarcelamientos y deportaciones masivas cobran proporciones inimaginables una nueva atmósfera de terror envuelve a toda la sociedad soviética.

El nuevo integrismo ideológico que sobre bases chovinistas promueve la superioridad de la ciencia "marxista-leninista-estalinista" sobre la decadente ciencia "burguesa", se extiende a todos los campos y manifestaciones de la ciencia y la cultura, cobra proporciones grotescas y trágicas a la vez.

"El nacionalismo alcanza, las cifras de la estupidez todas las invenciones (avión, teléfono, electricidad, etc.) fueron atribuidos a desconocidos sabios rusos; el que decía o escribía otra cosa era considerado como agente de influencias burguesas occidentales. La historia se reescribió considerando que los rusos fueron siempre la vanguardia del progreso: las guerras de conquista del zarismo se convirtieron en guerras justas y progresistas" (124).

Ya desde inicios de la década de los 40's Stalin había iniciado un proceso para situar al nacionalismo ruso como la ideología dominante en la Unión Soviética. Durante la guerra había movilizado al pueblo soviético apelando a valores patrióticos, a la grandeza y hazañas del pueblo ruso, las condecoraciones a los mejores soldados tomaron el nombre de oficiales del ejército zarista de los siglos XVIII y XIX; en enero de 1944 se había suprimido la Internacional como himno de la URSS para ser sustituido por un himno nacional donde se ensalza la grandeza de Rusia y la admiración por Stalin, la capitulación japonesa en 1945 fue saludada por Stalin como una revancha rusa, en alusión a la guerra de 1905; en marzo de 1946 cambió el nombre del Consejo de Comisarios del Pueblo por el de Consejo de Ministros; en febrero de 1947 sustituye al Ejército Rojo de los Obreros y Campesinos por el de Fuerzas Armadas de la URSS, en el XIX Congreso del Partido (Octubre de 1952) se elimina el término bolchevique para dar lugar al PCUS.

"Desde Napoleón, pocos hombres habían sido objeto de una veneración tan ardorosa y extendida. En el curso de los años 1949-1953, la veneración se había transformado en un verdadero culto religioso. El hombre objeto de semejante culto, según palabras de Gomulka, era maestro de todo, todo lo sabía todo lo decidía, todo lo dirigía era el hombre más sabio, cualesquiera que fuesen sus conocimientos, sus aptitudes, sus cualidades personales. Stalin encarnaba la verdad eterna del marxismo-leninismo los sueños de salvación de la tierra" (125).

El campo socialista, sobre el que la URSS reivindica y busca imponer su hegemonía, logra por vez primera trascender las fronteras soviéticas e iniciar su largamente pregonado proceso de expansión. Pero este proceso está marcado desde un principio por la expresión y dinamización de fuerzas centrifugas que tienden a desafiar y vulnerar el monolitismo que pretende instaurar el Estado soviético.

Los disensos dentro del movimiento comunista internacional parten de las divergencias y contradicciones que se van generando al interior del campo socialista más como resultado de la respuesta que va produciendo la pretensión soviética por asumir un rol hegemónico y monopolístico, que de la existencia misma de concepciones y proyectos alternativos para el desarrollo de diversos tipos de experiencias socialistas, si bien paulatinamente los conflictos también se refieren y tienden a expresarse en este nivel.

La URSS pretende controlar y dirigir al campo socialista no para cumplir con las tareas del internacionalismo proletario y el socialismo, a las que ya tácitamente había ido renunciado desde mediados de la década de los 20's, sino para acometer los objetivos a una potencia mundial de primera magnitud. Sólo se comprometería en la promoción o consecución de aquellas tareas en la medida que fuesen funcionales para este nuevo imperativo.

Como réplica a la doctrina Truman que postulaba la división del mundo en dos grandes bloques, y con el doble propósito de acelerar la imposición del modelo soviético en las nacientes "democracias populares" (homogeneizar y consolidar su zona de influencia) y disponer de un instrumento para alinear y disciplinar a los partidos comunistas frente a las necesidades y desafíos del maniqueísmo bipolar en completa subordinación a los imperativos de la política estatal soviética, se crea en septiembre de 1947 el Kominform, abreviación rusa del Buró de Información de los Partidos Comunistas (126).

La reunión constitutiva tiene lugar el 22 de septiembre en la pequeña ciudad polaca de Zklarska Pobera, en donde a instancias del PCUS se reúnen otros ocho partidos comunistas, seis pertenecientes al nuevo campo socialista (Bulgaria, Checoslovaquia, Hungría, Polonia, Rumania y Yugoslavia) y los dos más poderosos e influyentes de Europa Occidental (Francia e Italia).

En la composición sui generis de esta nueva organización, que a diferencia de su predecesora (Komintern) no sólo careció de una armazón institucional y de una estructura centralizada y jeraquizada, sino que además resultó selectiva en cuanto sus integrantes y nunca se planteó como propósito lograr una cobertura internacional, pueden advertirse claramente los móviles que la inspiraban.

"Se trataba pues de acelerar la imposición del modelo soviético de partido único, en los países del Este; de disciplinar aún más estrechamente a estos países de acuerdo con los intereses y directrices de la URSS y de reforzar en los PC de Occidente su función como defensores de la política soviética, incluidos los cambios que URSS está imponiendo en las llamadas democracias populares; para ello, había que involucrar, hacer responsables, en cierto modo a los partidos italiano y francés de la soviétización reforzada de los países del Este.

"Stalin hizo sin duda un cálculo acertado al considerar que, a través de este organismo compuesto por nueve partidos, los no participantes aceptarían las directivas de la URSS. El carácter aparentemente colectivo ayudaba a prestigiar las decisiones, a pesar de cierto resquemor que provocaba en muchos partidos el sentirse marginados, discriminados.

"Para comprender como numerosos partidos comunistas aceptaban resoluciones de un organismo del que no formaban parte, no basta con recordar el prestigio y culto a Stalin y a la URSS; hace falta colocarse sobre todo en el ambiente de guerra fría, de acoso en cierto modo en que se encontraban: es el clima más adecuado para el maniqueísmo, para aceptar disciplinas y directivas que llegaban realizadas por la conjunción del PCUS y de otros partidos comunistas con prestigio propio por su lucha en la resistencia" (127).

Concebido a la luz de la guerra fría como un instrumento defensivo para articular y cohesionar al campo socialista, del Kominform emanarían también las directrices y tácticas que en ese período y para los propósitos referidos, debía observar el movimiento comunista internacional.

En este sentido, el informe presentado por Andrei Zdanov, uno de los más cercanos colaboradores de Stalin, durante el Congreso inaugural se convirtió en el texto ideológico fundamental donde se definen las principales tareas del movimiento comunista. El informe Zdanov constituye la respuesta soviética a la Doctrina Truman al reconocer y aceptar la división del mundo en dos grandes bloques: por una parte el campo imperialista y antidemocrático, enemigo de la paz y dirigido por Estados Unidos; por la otra, al campo anti-imperialista y democrático que no solo incluye a la URSS y los Estados del Este, sino además a los movimientos de liberación nacional.

El informe apela a la solidaridad de todos las fuerzas democráticas y progresistas para luchar no por la revolución socialista, sino por la paz y la democracia. Hace un llamado a luchar contra los "planes de expansión imperialista y de agresión en todos los terrenos: gobierno, economía e ideología" cuyo corolario es la lucha contra la socialdemocracia, quien una vez más es identificada como aliada del imperialismo.

En enero de 1948 se celebra una nueva reunión del Komintern en Belgrado, que tiene como propósito instalar la redacción del periódico "Por una Paz Duradera, por una Democracia Popular" en donde participan representantes de los nueve partidos miembros. Este periódico se convertirá en el principal órgano de orientación para el conjunto de partidos comunistas e iba dirigido principalmente a los cuadros superiores de los partidos, para los que constituía una guía de formación y propaganda.

En junio de 1948 cuando se ha hecho evidente el conflicto soviético-yugoslavo, el aparato de administración y redacción del Komintern se muda de Belgrado a Bucarest.

5. EL PRIMER CISMA YUGOSLAVIA.

El estallido del conflicto soviético-yugoslavo introduce una modificación sustancial en la orientación estratégica del Kominform. Se convierte en un instrumento privilegiado de presión, denuncia y excomunión del Partido Comunista Yugoslavo. Le permite al PCUS y a Stalin alinear a todos los partidos comunistas en contra del "desviacionismo ideológico" yugoslavo y las camarillas contrarrevolucionarias "titistas".

El conflicto, tal como lo destaca Lilly Marcou, combina y articula tres niveles, el clásico entre una gran potencia y un pequeño país el ideológico, entre dos partidos marxistas-leninistas y el personal entre Stalin y Tito (128). En el fondo subyace el rechazo de Tito a subordinarse a la dominación y satelización soviética que se deriva del reparto de zonas de influencia entre las potencias aliadas. La resistencia yugoslava parte de la base de que era el único país que se había liberado de la ocupación nazi y emprendido un transición socialista de manera independiente y sin el concurso decisivo del Ejército Rojo.

Para Stalin no había duda que la necesaria unidad del campo socialista en un mundo bipolar, debía estar totalmente supeditada a las decisiones e iniciativas del Kremlin y poco a poco llegó al convencimiento de que las nacientes democracias populares debían imitar o adoptar el modelo de la sociedad soviética.

Para los comunistas yugoslavos dichos condicionamientos resultaban inadmisibles pues cancelarían toda posibilidad de un desarrollo socialista autónomo, que ya en 1946 había avanzado sustancialmente en comparación con las restantes democracias populares. Stalin no sólo ve en Yugoslavia un desafío a su incuestionable autoridad dentro del movimiento comunista internacional, sino además un pernicioso ejemplo que de ser imitado pondría en riesgo la cohesión y monolitismo del bloque socialista bajo la dominación soviética.

El conflicto se agudiza en la medida que Yugoslavia rechaza desde la imposición de los métodos de satelización que la URSS empieza a llevar a cabo en otras sociedades del Este; la implantación de sociedades mixtas (soviético-yugoslavas) y la injerencia de asesores soviéticos para definir los programas de desarrollo económico; hasta la propuesta soviética de crear una federación bulgaro-yugoslava con el propósito no de crear una federación de países balcánicos, sino de maniatar la autonomía yugoslava (es a propósito del rechazo de esta propuesta que Stalin sentenció que si lo deseara podría eliminar a Tito mediante un simple movimiento de su dedo meñique). La autonomía yugoslava irrita cada vez más al Kremlin, resulta intolerable que se pueda generar un polo de influencia y autoridad alterno al de la URSS.

En marzo de 1948 el conflicto trasciende al plano oficioso, mediante un intercambio de correspondencia. Stalin y Molotov reprochan a la dirigencia yugoslava sus presuntas desviaciones ideológicas, sobre todo en relación al papel dirigente de la clase obrera y la doctrina marxista leninista del partido, así como por su falta de consideración al papel dirigente del PCUS. Tito y Kardelj (principal teórico del comunismo yugoslavo) responden insistiendo en la necesidad de preservar un marco de relaciones que respete la soberanía e independencia de Yugoslavia. Stalin rechaza la propuesta yugoslava de enviar un representante del Comité Central del PCUS para estudiar a fondo cada cuestión.

Stalin decide llevar el conflicto a la Segunda Asamblea Plenaria del Kominform que se realiza en Bucarest a finales de Junio de 1948, y en donde únicamente participan representantes de ocho partidos, pues los yugoslavos anticipando el carácter que tendrían sus resoluciones se niegan a participar y, en efecto, el Kominform emite una resolución de ocho puntos sobre el Partido Comunista Yugoslavo que dan cuenta de los presuntos errores y desviaciones que lo convierten en cismático.

"La resolución (...) hace suya la postura del PCUS y más exactamente el contenido de las cartas de Stalin. Por consiguiente afirma que: la dirección del P.C. de Yugoslavia sigue en estos tiempos en las cuestiones principales de la política exterior e interior, una línea falsa que representa el abandono de la doctrina marxista-leninista. A continuación el documento del Kominform aborda la cuestión del antisovietismo de los dirigentes yugoslavos. En realidad el reproche relativo a la falta de amistad hacia la Unión Soviética se presenta como la herejía fundamental de los comunistas yugoslavos (...)

"Partiendo de ésta base, se denuncia la herejía y se decreta la ex-comunión (...) los dirigentes yugoslavos se han colocado en la oposición a los partidos comunistas afiliados al Buro de Información' y han tomado el camino de la división del frente único socialista contra el imperialismo, el camino de la fracción a la causa de la solidaridad internacional de los trabajadores y del paso a las posiciones del nacionalismo" (129).

El conflicto llega a un punto sin regreso. La excomunión yugoslava parece una reacción extrema pero lógica de Stalin. La dirección comunista yugoslava así se vió obligada a emprender una experiencia excepcional pero con un elemento adicional que quizá no contemplaban: la marginación y hostilidad del campo socialista.

Bajo estas condiciones, el Partido Comunista Yugoslavo, que a partir de 1952 adopta el de Liga de Comunistas de Yugoslavia para establecer un claro deslinde respecto a los partidos stalinizados y subordinados al Kremlin, se lanza de lleno a construir un socialismo con rasgos autóctonos y hasta cierto punto diferenciados del modelo soviético.

De acuerdo a Yardelj, el socialismo yugoslavo que se distingue tanto de la democracia burguesa clásica como del socialismo estatificado, centralizado y burocratizado que prevalece en el bloque soviético, se basa en un mecanismo de democracia directa que garantiza un alto grado de autogobierno de los trabajadores mediante órganos de gestión (130).

Sin embargo, Francois Fejto advierte claramente que a pesar de sus rasgos originales y específicos, el socialismo autogestionario yugoslavo posee elementos comunes con el modelo soviético. El mantenimiento del monopolio político en la dirección partidista; la rígida centralización, al margen de cualquier control democrático, del ejército, la policía y los asuntos exteriores y una planificación económica central más o menos encubierta (131).

Por lo que respecta al plano internacional, el Estado yugoslavo al romper sus lazos con la URSS y, por ende, con el campo socialista, no sólo mantiene su orientación socialista, sino que además logra conservar y reforzar su autonomía frente a los dos grandes bloques de poder. Más aún, le corresponde el mérito de ser uno de los principales propulsores del movimiento de los Países No Alineados, que a partir de la década de los 50's se convierte en un factor decisivo para la distensión internacional y en un polo alternativo, si bien limitado, para impulsar la paz y el progreso de manera relativamente autónoma a los consignas y decisiones de los bloques militares.

Las causas que provocan la enérgica y violenta reacción del Kremlin para censurar y desacreditar la autonomía de la experiencia socialista yugoslava y las brutales medidas disciplinarias y coercitivas para evitar cualquier contagio o propagación parten, al parecer, de una percepción básica. La experiencia yugoslava amenaza con romper, uno de los principios fundamentales del movimiento comunista internacional bajo el stalinismo: la idea de que ser comunista implica necesariamente aceptar sin condicionamiento alguno el liderazgo, decisiones e imposiciones de la URSS. Este es el principio (la adhesión y fidelidad a la URSS, a las necesidades del Estado soviético) al que debe subordinarse sin reserva alguna cualquier otro interés del campo socialista, de la lucha por el socialismo o del internacionalismo proletario.

Por ello el Kremlin no se contentara con la condena y excomunión de la dirección yugoslava emitida por el Kominform en 1948. Era necesario impedir a toda costa y por cualquier medio ya no sólo que se repitiera una nueva "herejía", sino disciplinar por completo y de arriba a abajo al movimiento comunista internacional. Tras la expulsión de Yugoslavia, cualquier asomo de independencia, cualquiera, la más mínima reserva respecto al modelo y hegemonía soviética sería refutada de "desviacionismo", se advertiría en ella una real o ficticia, influencia "titista". Sobre este telón de fondo se desatará una brutal "cacería de brujas" para restablecer la indiscutible e indisputable supremacía de la URSS, la stalinización del movimiento comunista internacional, en particular de las sociedades del Este.

"Así, el caso yugoslavo sirvió para poner en marcha, en los países del Este, una serie de procesos que llevaron a destituciones, encarcelamiento y ejecuciones de algunos de los dirigentes comunistas de mayor relieve y en los partidos comunistas de Occidente a depuración, más o menos brutales, de numerosos dirigentes y cuadros (...) la explicación es bastante clara: a partir de 1933, muchos comunistas convirtieron en razón de ser de su militancia, en piedra de toque de lo revolucionario, la lucha contra el fascismo. Esta lucha había adquirido un significado que iba mucho más allá de la política: tenía un contenido ético, cultural, con actitudes muy fuertes respecto a la libertad, la democracia (...) ahora el Komintern pretendía borrar todo eso; imponer como única piedra de toque, la fidelidad hacia la URSS" (132)

Bajo esta atmósfera, hacia finales de noviembre de 1949 se realiza en Matra, Hungría, la Tercera Asamblea Plenaria del Kominform. En los trabajos, a los que asisten los delegados de los ocho partidos miembros, se aprueban tres informes fundamentales y un conjunto de resoluciones dirigidas al movimiento comunista en su conjunto y que presuntamente se encuadran dentro de la estrategia de la lucha por una paz sólida y duradera.

El informe del dirigente soviético Suslov, "La defensa de la paz y la lucha contra los promotores de la guerra", ratifica el esquema delineado por Zdanov en la Asamblea fundacional sobre, un mundo escindido en dos campos antagónicos, presentando un balance y perspectivas optimistas para la evolución del campo socialista, sobre todo por la presunta agravación de la crisis general del capitalismo (133).

El informe del dirigente italiano Palmiro Togliatti sobre "La unidad de la clase obrera y las tareas de los partidos comunistas y obreros" también pretende insertarse en la presunta perspectiva por la paz, en tal virtud señala como táctica a seguir la más amplia unidad en la base y el desenmascaramiento de la socialdemocracia de "derecha", sosteniendo que los socialistas de derecha son agentes de la burguesía y del imperialismo y que el odio a la Unión Soviética constituye su principal rasgo característico.

El informe que más interesa destacar es del dirigente rumano Gheorghiu-Dej sobre "El Partido Comunista Yugoslavo en poder de asesinos y espías". Aquí el anatema lanzado contra la dirección Yugoslava alcanza su mayor rigor y con ello se justifica la cruzada que se ha puesto en marcha para depurar al movimiento comunista de influencias "desviacionistas", "fascistas" y "titistas", sobre todo en las democracias populares donde, a juicio de Stalin, se ha abierto una "exacerbación de la lucha de clases en el período de transición al socialismo".

En este último informe se emite la consigna de que luchar por la paz es luchar en contra los promotores de la guerra y, en este contexto, se identifica a la camarilla de Tito como la "quinta columna" del imperialismo en Europa del Este. Gheorghiu-Dej justifica así no sólo la cruzada contra Yugoslavia, sino que pretende legitimar la escalada de terror que se desata y recrudece en el campo socialista.

"Al cumplir con los deseos de los imperialistas, los traidores yugoslavos se han asignado la tarea de crear, en las democracias populares, bandas políticas, compuestas por elementos reaccionarios, nacionalistas, clericales y fascistas, para realizar con su apoyo en estos países golpes de Estado, para separar a estos países de la Unión Soviética y del conjunto del grupo socialista y someterlos a las fuerzas dominadoras del imperialismo" (134).

Durante los siguientes años y hasta la muerte de Stalin (marzo de 1953) este informe marcaría la tónica predominante del campo socialista respecto a Yugoslavia. La propaganda comunista continuaría confiriendo una alta prioridad a la cruzada antiyugoslava; el Kremlin orquestaría una campaña, apoyada de manera unánime por los partidos comunistas, de presiones y amenazas, un bloqueo económico y un estado de guerra que logran ser resistidos por el pueblo y dirigencia yugoslava. Las democracias populares experimentarían, mientras tanto, un neto y vertiginoso proceso de estalinización en lo interno y satelización en lo externo.

El Kominform inicia a partir de 1950 un proceso de decadencia. El triunfo de la revolución China, la guerra de Corea, el proceso de desestalinización que se pone en marcha a la muerte de Stalin, son sólo algunos de los factores que harán cada vez más anacrónicos su función y carácter esencialmente eurocéntrico. Los cambios en el contexto internacional no sólo impondrán nuevas exigencias a la política exterior de la URSS, sino que además determinarán nuevas orientaciones y el surgimiento de nuevos conflictos y escisiones en el movimiento comunista internacional.

La última reunión formal del Kominform tendrá lugar en Bucarest durante 1950, el principal tema a debatir era la reorganización del propio organismo. Esta reunión testifica la voluntad del Kremlin de conservar un organismo internacional que garantizara el monolitismo ideológico y la ascendencia soviética en el movimiento comunista internacional, en una época que empiezan a emerger poderosas fuerzas centrífugas que desembocarían más adelante en el rechazo a integrar cualquier organismo coordinador del movimiento en su conjunto.

El Kominform fue disuelto formalmente durante el trascendente XX Congreso del PCUS, celebrado en febrero de 1956. Previamente, en mayo de 1955, la nueva dirigencia soviética encabezada por Krushev iniciara, no sin fuertes reticencias de todos los partidos comunistas en el poder, un acercamiento con Belgrado que rehabilitará parcialmente la figura de Tito y del socialismo yugoslavo.

El 27 de mayo de 1955 arriba a Belgrado una delegación soviética dirigida por el propio Krushev que en la misma ceremonia de recepción y ante la perplejidad de los dirigentes yugoslavos atribuye a Beria (efe omnipotente de los servicios de espionaje y seguridad soviético desde 1939) toda la responsabilidad de la ruptura y sostiene que la Liga Comunista Yugoslava seguía siendo un partido marxista-leninista (135)

Durante la reunión cumbre el intento de Krushev por normalizar las relaciones entre ambos países y atraer a los yugoslavos al campo socialista, lo llevarán a establecer ciertos compromisos y concesiones que terminan por reconocer a Yugoslavia una situación privilegiada. Tito insiste en subrayar la originalidad de la experiencia yugoslava, en el derecho de cada sociedad y cada partido comunista a elaborar una vía específica de transición al socialismo, en el principio de respeto mutuo que debe prevalecer en las relaciones entre países socialistas y en su decisión de no integrarse a un bloque militar (días antes, el 14 de mayo la URSS, Albania, Alemania Democrática, Bulgaria, Checoslovaquia, Hungría y Polonia habían formalizado la constitución del Pacto de Varsovia).

El 3 de junio se emite una declaración conjunta cuyo contenido no sólo implica el reconocimiento soviético de un conjunto de principios y tesis defendidas tenazmente por los yugoslavos, sino que trascendería el marco de las relaciones bilaterales para constituir un parteaguas en la historia del movimiento comunista internacional: el Kremlin no sólo reconoce sino que admite la posibilidad de que la transición y construcción del socialismo pueda tomar caminos diversos.

Los siguientes pasajes ilustran esta situación, constituyen el primer paso de un proceso que culminaría por derrumbar el sólido edificio de monolitismo ideológico que había integrado la doctrina marxista-leninista. Pero este hecho trascendental no sería reconocido ni de inmediato, ni incondicionalmente.

"Fidelidad a los principios de respeto mutuo y de no intervención en los asuntos internos por toda clase de motivos, sean de carácter político, económico e ideológico, porque las cuestiones de organización interior, las de los diferentes sistemas sociales y las de las diferentes formas de desarrollo socialista conciernen únicamente a cada uno de los países individualmente considerados.

"Reconocimiento del principio de que la política de bloques militares aumenta la tensión internacional, solaya la confianza entre las naciones y acrecienta el peligro de guerra" (136).

De hecho el PCUS reconoce el derecho de los yugoslavos a seguir una política interior y exterior autónoma; el principio de que las relaciones entre los dos Estados deben sustentarse en el respeto a la soberanía, independencia e igualdad de derechos.

Así Kruschchev le extenderá formalmente una carta de legitimidad a las heterodoxas concepciones yugoslavas, aunque pronto demostraría que en la práctica esta declaración tendría un interpretación y carácter restrictivo. Para los soviéticos la declaración significaba reconocer el derecho de tomar caminos diversos hacia el socialismo sólo a los Estados que ya de hecho lo habían iniciado (Yugoslavia y China), las intervenciones soviéticas en Polonia y Hungría en 1956 pronto pondrían en evidencia los límites y alcances de este reconocimiento. No obstante, tiene el mérito de abrir una pequeña y primera fisura para que más tarde estas heterodoxias y nuevas dimensiones logren permear a núcleos y fuerzas significativas del movimiento comunista internacional. Dentro del bloque socialista, Albania y Rumania lograrán con distinto ritmo e intensidad, capitalizar estas prerrogativas para lograr mayor margen de autonomía respecto a la URSS, aunque el integrismo albanés terminara por situarlo en una neta posición aislacionista (137).

Sin embargo, la reconciliación de Yugoslavia con la URSS y el campo socialista nunca podría ser total. Los términos de las relaciones estarían atravesados por nuevos conflictos y fricciones, por otros tantos periodos de distensión.

6. XX CONGRESO DEL PCUS.

El 6 de marzo de 1953 un comunicado del Comité Central del PCUS y del Presidium del Soviet Supremo anuncia la muerte de Stalin, acaecida la noche anterior. La perplejidad y la consternación privan dentro del movimiento comunista internacional: la pérdida del jefe y guía del campo socialista parece irreparable. Ante el vacío de autoridad que se abre, sus potenciales sucesores exhortan a mantener la unidad para prevenir cualquier tentativa imperialista de desestabilización dentro del campo socialista. Con extrema cautela se inicia una reorganización de la dirección del partido y del Presidium. Se escenifica también, una soterrada disputa por el poder, en la que Fejto identifica tres corrientes fundamentales.

"En la cima de la jerarquía soviética (y en la dirección de los países satélites) pueden percibirse entonces tres tendencias principales. La primera cristaliza en Molotov y Kaganovich, acompañados de los dirigentes que se fijan por objetivo el mantenimiento, salvo algunas concesiones, del modelo staliniano. Representan la segunda tendencia Malenkov y -hasta su eliminación a finales de junio de 1953- Beria. Esta tendencia es partidaria de reformas económicas profundas y de cierta liberalización de la vida política, del paso del paternalismo terrorista a un paternalismo más benéfico y pespicaz. Finalmente la tercera tendencia que podría calificarse de centrista, se agrupa alrededor de Krushev que también es partidario de la desestalinización, pero reclama que la primacía del control se halle en manos del aparato de partido". = (138)

El equilibrio entre estas fuerzas y la imposibilidad de que alguna de ellas logre una supremacía definitiva en el corto plazo, abre un período transitorio de dirección colectiva que paulatinamente y no sin difíciles obstáculos, inclinaría en su favor Krushev. Pero su liderazgo nunca lograría ser indisputable, ni aceptado unánimemente, penderá siempre del establecimiento de concesiones y compromisos con las fuerzas protostalinistas que retornaran al poder en 1964.

De acuerdo a testimonios recogidos por Francois Fejto, en Julio de 1953 los máximos dirigentes soviéticos, Krushev, Malenkov y Molotov, convocan a los partidos integrantes del Kominform a una reunión secreta en Moscú. El propósito es informarles sobre el proceso de destitución y enjuiciamiento de Laurenti Beria, quien desde 1939 dirigía el poderoso aparato de seguridad e inteligencia y que desde la muerte de Stalin había participado en la dirección colegiada como Ministro del Interior.

El 10 de julio el órgano oficial del PCUS, Pravda, publica un comunicado del Comité Central en que se acusa a Beria de "manejos criminales (...) dirigidos contra el partido y el Estado, encaminados a socavar al Estado Soviético en beneficio del capital extranjero" (139), por ello se anuncia su deposición de todos los cargos que ocupaba, así como su arresto. Su ejecución sería anunciada el 23 de diciembre del mismo año.

El propio Fejto agrega que la reunión secreta no se limita a explicar la eliminación de Beria, sino que además inicia de hecho un enjuiciamiento del "desviacionismo y violaciones a la legalidad" durante el período stalinista (proceso que trascenderá a la luz pública hasta tres años después en el XX Congreso del PCUS). Asimismo, durante dicha reunión los dirigentes soviéticos recomendaron a los jefes comunistas asistentes, adoptar un modelo de dirección colegiada y un relajamiento en los excesivos métodos de control y dirección centralizados y burocratizados típicamente estalinistas, que son entonces lógica predominante en todas las democracias populares.

Pero como señala el mismo autor, esta consigna chocaba de frente con tendencias, inercias y fuertes intereses creados por la avanzada estalinización del bloque.

"Los nuevos dirigentes soviéticos criticaban la actividad de Stalin, pero heredaban su concepción centralista: la orientación oportunista que ahora daban a la política de la URSS tenía que ser regla general para todos los partidos en el poder. Pero, al formular este criterio, al dar a los partidos hermanos la orden de instaurar la dirección colectiva, chocaban violentamente con los intereses de los 'pequeños Stalin' que empuñaban las palancas del mando en los países del Este" (140)

El "deshielo" promovido por la dirigencia soviética, se iría acentuando en la medida que Kruschev logra ir consolidando su liderazgo y orientación "reformista" dentro del bloque socialista. En 1955 Kruschev consolida finalmente su preminencia, al ser nombrado Secretario General del PCUS y al ser desplazado Malenkov de la jefatura del gobierno (Presidium del Consejo Supremo), después de que había sido considerado como más viable heredero de Stalin.

Así con distinto ritmo e intensidad y con no pocas reservas, los dirigentes de las democracias populares se ven en la necesidad de traducir y adaptar a cada una de sus realidades nacionales la política de desestalinización sugerida por Kruschev. El monolitismo y capacidad de control de las dirigencias es puesto a prueba cuando importantes círculos de opinión (estudiantes, intelectuales, obreros e inclusive corrientes partidistas) plantean demandas de democratización y liberalización que exigen llevar hasta sus últimas consecuencias el proceso de desestalinización.

En este contexto, se celebrará entre el 17 y el 24 de febrero de 1956 el XX Congreso del PCUS. En su primer discurso pronunciado en sesión plenaria, Kruschev descarga un primer, aunque mesurado y superficial, ataque y denuncia contra el "culto a la personalidad". El informe secreto donde se condena violentamente las desviaciones y errores durante el stalinismo, los brutales actos de represión y exterminio que tuvieron lugar en vida de Stalin, fue leído a puerta cerrada en una sesión partidista posterior a la clausura del Congreso a la que ni siquiera tuvieron acceso representantes de partidos comunistas hermanos. A pesar de todas las precauciones adoptadas, algunas semanas después de concluido el Congreso, se producirían filtraciones del informe secreto.

Poderosas razones debieron haber motivado a Kruschev ya no tanto a preparar como a transmitir el informe secreto sobre Stalin. Difícilmente puede estimarse con certeza si se había calculado previamente el profundo impacto psicológico que produciría dentro de las filas comunistas, así como el efecto propagandístico anti-comunista que provocaría su filtración a Occidente.

Una de las líneas de interpretación que parecen más factibles para fundamentar su divulgación, radica en el hecho de que dentro del aparato estatal y partidista soviético, existían fuertes corrientes conservadoras (stalinistas) que se oponían tenazmente a la política de Krushev. Parece lógico que, para contrarrestar esta hostilidad, Krushev buscara paralizar a sus opositores y al mismo tiempo justificar y llevar adelante su política de desestalinización. Krushev parecía estar convencido de que el mantenimiento del terror stalinista terminaría por impedir a la URSS responder a las exigencias y necesidades que le imponía su rol hegemónico de gran potencia, los términos de su rivalidad-competitividad con el bloque capitalista y que un remozamiento del aparato de control y dirección le permitirían no sólo consolidar su posición internacional, sino hacer más atractivo al socialismo.

El informe necesitaba ser lo más descarnado y verídico posible (desenmascarar el verdadero cosmos del stalinismo: despotismo; crímenes; torturas; informes ficticios; falseamiento de la historia) para impresionar a los cuadros dirigentes a fin de generar un efecto de repulsa hacia Stalin que sirviera de valladar a las reacciones que contra el propio Krushev y sus políticas seguramente iban a producirse dentro del aparato estatal y la dirección del PCUS, así como entre los núcleos estalinistas de otros países.

Sean cuales fuesen los motivos, Krushev dió un paso peligroso y decisivo que cuando menos traslucía una decidida voluntad de cambio. Sin embargo, conviene remarcar un elemento crucial: la crítica de Krushev en realidad no trascendió, posiblemente nunca se lo propuso, la denuncia del "culto a personalidad", de los errores, crímenes, excesos y brutalidades cometidas por un hombre, cuando mucho también de sus principales colaboradores. La crítica y la voluntad de cambio no iban más allá de reparar ciertos daños, ciertas perversas consecuencias.

Con lo anterior no se pretende negar que la denuncia del stalinismo no haya marcado una nueva etapa en la historia del movimiento comunista internacional, lo que se pretende destacar es su limitación intrínseca, su gatopardismo, su incapacidad o imposibilidad de inscribir la denuncia en un proceso real y profundo de renovación del pensamiento marxista y con ello del tipo de sociedades en él inspirado.

La denuncia no cuestiona ni pretende alterar sustancialmente los fundamentos de la sociedad, el partido y el Estado soviéticos. Paradójicamente, marcó un estruendoso retorno y ensalzamiento del marxismo-leninismo. Con Krushev sólo desaparecieron o se suavizaron algunos de los más brutales métodos y mecanismos de dirección y control, no su esencia misma. Tampoco nada más ajeno a la pretensión de Krushev que abandonar el monolitismo que había caracterizado hasta entonces las relaciones del Kremlin con el campo socialista.

"La crítica de Kruschev se detuvo en los umbrales del tipo de partido que Stalin había forjado (...). Stalin creó otro tipo de partido, asimilando la discrepancia con la delincuencia; colocando la verdad en la cumbre, en el Secretario General y no en el debate; es un dogma preestablecido en la mente del máximo dirigente (...) este tipo de partido, Kruschev ni lo cuestiona, ni lo critica (...) esta concepción irracional, idealista, autoritaria, dogmática del partido, típica de Stalin, fue perpetuada por Kruschev y por el XX Congreso.

"Lo mismo con respecto al Estado. Kruschev puso fin a las formas terribles del terror; se abrieron los campos. Pero el tipo de Estado, burocrático, autoritario, sin ninguna democracia ni participación de los ciudadanos permaneció (...).

"La concepción staliniana del campo socialista, o de la comunidad socialista, como un conjunto de Estados entre los cuales la URSS manda, decide y otros tienen que obedecer, no se modificó en su contenido esencial con Kruschev; se fortaleció aún más con sus sucesores. La actitud de gran potencia hegemónica, de superpotencia y, por lo tanto, la idea de que la soberanía de los otros países del 'campo socialista' debe ser recortada, limitada, según los intereses supremos 'del socialismo', interpretados exclusivamente por la Unión Soviética, ha sido una constante básica de la política soviética" (141).

Independientemente del informe secreto de Kruschev, durante el XX Congreso se produjeron otros acontecimientos de no menor trascendencia para el ulterior desarrollo del movimiento comunista internacional, pero que en ese momento fueron eclipsados por la denuncia contra Stalin.

En su informe oficial, Kruschev comunica y certifica públicamente ante los máximos dirigentes y representantes comunistas un conjunto de principios y reorientaciones que ya se venían de alguna manera asumiendo o aplicando en la nueva política soviética. Así, se confirma el acercamiento con Yugoslavia, que implica la rehabilitación de Tito y con ello el reconocimiento no sólo de la posibilidad de que la construcción del socialismo pueda revestir, bajo ciertas condiciones que evidentemente la URSS se reserva el derecho de admitir, características específicas, sino inclusive de que la transición al socialismo se pueda lograr por vías pacíficas.

Zbigniew Brzezinski (a la sazón Consejero de Seguridad Nacional del Presidente norteamericano James Carter), esboza claramente el contenido, alcance y restricciones de esta nueva fórmula:

"Ahora Kruschew expresaba verbalmente lo que había estado concediendo tácitamente desde el verano de 1955: (1) los caminos al socialismo pueden efectivamente diferir y pueden en el futuro ser 'más y más variados', aunque el socialismo será previsiblemente en esencia el mismo, (2) 'junto a la forma soviética de reorganización de la sociedad sobre bases socialistas, tenemos la forma de democracias populares', afirmó Kruschew. En consecuencia las dos diferían (pero sus referencias a diferencias sustanciales se limitaban al manejo privado de la industria y el comercio en China y a las 'formas únicas y específicas de dirección económica' en Yugoslavia). "Había todavía una insuficiencia de detalles en el informe de Kruschew sobre lo que era y no tolerable en la construcción del socialismo. Pero él concedía que, a diferencia de la URSS, la construcción podía provenir de cambios pacíficos si la clase trabajadora muestra suficiente fuerza y con la estipulación adicional de que 'en todas las formas de transición al socialismo, el liderazgo político de la clase obrera, dirigido por su vanguardia, es un requisito absoluto y decisivo'. La transición al socialismo no es posible sin ello" (142).

Efectivamente, la URSS, admite entonces de manera formal la posibilidad de que cada nación elabore formas específicas para la construcción del socialismo, pero sólo donde de hecho ya ha ocurrido así, donde la URSS se ve situada ante actos consumados que por razones estratégicas se ve en la necesidad de reconocer. Esta tesis, muy pronto se pondrá de manifiesto, no es extensiva a las democracias populares.

Con un poco de perspicacia se puede advertir esta limitación cuando Kruschew 'reconoce' como distintas respecto a la URSS a las democracias populares. En ellas la especificidad ya ha cobrado forma, ya no son 'posibles' otros ajustes o mutaciones. El matiz es tan sutil que en Hungría no será cabalmente comprendido y obligará a las tropas soviéticas a mostrar su verdadero significado. La disensión se tolerará hasta cierto punto, pero no dentro del "glacis". La dirigencia rumana será, sin embargo, la única suficientemente hábil para capitalizar los pequeños resquicios que se abren con esta nueva política para ampliar hasta límites permisibles el margen de autonomía.

La tesis del tránsito pacífico al socialismo, por otra parte, se vincula indisolublemente a la tesis de la coexistencia pacífica que tanto irritará a los dirigentes chinos. Esta última implica un decisivo viraje en la concepción estratégica ante las nuevas necesidades y dinámica internacional.

En un mundo bipolar y en que la paridad nuclear y militar tiende a constituirse en un dato objetivo, el eje de la confrontación se desplaza hacia el terreno económico y político-ideológico, a la lucha por consolidar y ampliar las zonas de influencia, confiriéndose sólo un papel marginal y limitado a los enfrentamientos armados. Si no desaparece por completo, si se redefine sustancialmente la concepción catastrófico-economista del capitalismo, de la emergencia más o menos brusca e imprevista de estallidos revolucionarios como expresión de contradicciones del imperialismo. Esta nueva concepción viene a ser el reconocimiento implícito de un hecho objetivo inocultable: la enorme capacidad de recomposición y transformación del sistema hegemónico capitalista tras la posguerra y del preludio del vertiginoso proceso de desarrollo económico, financiero, científico y tecnológico que experimentara en las décadas siguientes.

La concepción estratégica de Kruschév sobre la función, retos y objetivos de la URSS como centro dirigente del campo socialista en un nuevo contexto internacional (bipolar) y los principios, políticas y orientaciones que de ella se derivaron, impactarán de manera decisiva el ulterior desarrollo del movimiento comunista internacional.

El XX Congreso del PCUS constituyó el punto de referencia, expresión y síntesis de procesos que emergerán o se dinamizarán para provocar nuevas contradicciones y orientaciones en la teoría y práctica del movimiento comunista internacional.

El monolitismo ideológico experimentará un gradual e inexorable proceso de erosión y desarticulación; la indiscutible autoridad y liderazgo de la URSS dentro de un campo socialista se verá sometido a constantes y abiertos desafíos que llevarán a la emergencia de polos alternativos de influencia; el ideal comunista, ante las muestras fehacientes de su conversión y perversión en ideología de una nueva forma de Estado totalitario, sufrirá un daño irreparable en su capacidad de atracción e influencia.

Es posible afirmar que con la reorientación estratégica reconocida durante el XX Congreso del PCUS se dinamizarán una serie de procesos que inexorablemente desembocan en tendencias centrifugas y movimientos cismáticos. Las contradicciones se expresarán, aunque con distinto ritmo, intensidad y consecuencias, fundamental pero no exclusivamente en tres niveles claramente diferenciados:

La primera en manifestarse alude a los términos de la relación entre la URSS y las democracias populares, poniendo de manifiesto que los nuevos principios de la política del Kremlin, las concesiones y márgenes de autonomía que reconoce para la transición y construcción del socialismo tienen un límite muy estrecho para las sociedades del Este europeo, que en este terreno no tolerara un recorte o disminución de su hegemonía. Las intervenciones militares en Hungría y Checoslovaquia para poner fin a proyectos de democratización que distaban mucho de representar un intento de regreso al capitalismo manifestarán claramente los contornos de esta concepción.

La segunda se expresará en el conflicto chino-soviético que al margen de las divergencias sociológicas, ideológicas y políticas que se articulan para explicarlo, pone de manifiesto la rivalidad de intereses que entran en juego para la promoción de objetivos estatales mediante la disputa por la dirección del movimiento comunista internacional.

La tercera, que nos conduce directamente al motivo final de nuestra reflexión y análisis, alude al inicio de un largo y complejo proceso de maduración de una política específica, por tanto, novedosa y autónoma para la transición socialista en Occidente, a cuyo frente se colocara desde un principio el Partido Comunista Italiano.

III. LA CRISIS DEL LIDERAZGO SOVIETICO.

A partir del XX Congreso del PCUS se irá desplegando y profundizando una lenta e irreversible crisis dentro del movimiento comunista internacional. Pero un tipo de crisis que, por contradictorio que parezca, adquirirá una connotación esencial y tendencialmente positiva para el desarrollo teórico y político del movimiento en su conjunto, porque a lo que alude es al resquebrajamiento del monolitismo e integrismo impuesto por la URSS en la teoría, la organización, la estrategia y la práctica.

Lo que entrará en crisis es pues el mito, el condicionamiento ideológico que durante décadas simbolizó, la infalibilidad de la URSS como presente modelo del ideal socialista y su particular interpretación y ejercicio de la teoría marxista (leninista y stalinista); como referente obligado y exclusivo de la identidad, unidad y cohesión del movimiento comunista internacional.

Y decimos que el movimiento comunista entra en crisis precisamente porque en los distintos momentos en que el ideal socialista, representado por la URSS, va perdiendo sus referentes básicos de identidad dentro de una realidad que lo excluye o lo niega, se verá obligado a replantear, sobre nuevas bases teóricas y programáticas, los términos, condiciones y requerimientos de su lucha por la transición y construcción del socialismo; a producir y traducir concepciones distintas y diferentes sobre la idea socialista; a encarar y tratar de resolver en la teoría y la práctica viejos y nuevos problemas ignorados, soslayados o jamás previstos por la ortodoxia.

En la medida que el Kremlin se vió en la imperiosa necesidad de responder, en el nivel y términos de una potencia mundial, a los nuevos requerimientos de la "coexistencia pacífica" (término que designa las bases y ejes de una situación global de rivalidad competencia - colaboración entre dos bloques ideológicamente antagónicos y militarmente equilibrados), irá paradójicamente "revelando" los verdaderos intereses y objetivos que se ocultaban tras la fachada y resistente coraza de los condicionamientos ideológicos.

El monolitismo ideológico, desprovisto para siempre de sus bases de sustentación, vuelve a ser una quimera para irle devolviendo, pedazo a pedazo su rostro extraviado al marxismo: su capacidad de reflexión, de análisis, de crítica, de siempre incabada e imperfecta renovación. Pero también se lo devolverá pervertido, concretizado en una de sus posibles soluciones de continuidad -el socialismo realmente existente-, marcado con huellas y rasgos indelebles, quizá imborrables.

Definida en estos términos, la crisis del movimiento comunista internacional no se expresa ni se reduce a un hecho o un momento específico: Designa al conjunto de acontecimientos, controversias, conflictos y rupturas que se despliegan, anudan y acumulan en su interior y que dan cuenta tanto del deterioro y recorte en los niveles de influencia del PCUS, como de la consiguiente orientación "policientrista" dentro del movimiento en su conjunto.

Partiendo de esta base, en el presente capítulo se hará un recuento de los principales acontecimientos y conflictos que expresan esa crisis y configuran esas tendencias globales en el lapso de aproximadamente dos décadas que va del XX Congreso del PCUS al surgimiento de la propuesta eurocomunista.

En virtud de que la propuesta eurocomunista alude fundamentalmente a las convergencias teóricas y programáticas de tres de los partidos comunistas más influyentes de Europa Occidental, el italiano, el francés y el español, trataremos de ir concediendo en lo posible, particular atención e importancia a las concepciones o posiciones que desarrollan estos partidos durante el lapso señalado y en la medida que en ellos se asuman o perfilen rasgos que se relacionen directamente con su ulterior orientación.

En este sentido, es pertinente puntualizar que las divergencias que irán surgiendo o los márgenes de autonomía que irán reivindicando los tres partidos comunistas occidentales respecto a las directrices del Kremlin no se desarrollan de manera conjunta, lineal, ni homogénea. Irán respondiendo a condiciones, necesidades e intereses específicos y diferenciados entre cada uno de ellos. Por tanto, asumirán distintos ritmos, niveles e intensidades.

Las características organizativas y programáticas de cada uno de ellos, las condiciones imperantes en los contextos nacionales en que cada uno de ellos opera; las concepciones y condicionamientos ideológicos que cada uno de ellos asume y los consiguientes métodos y objetivos de lucha que cada uno de ellos se fija, son todos ellos factores que influyen de manera determinante en los términos de su relación con Moscú y en las modificaciones que ella experimenta.

A la luz de estas consideraciones, es sin duda el Partido Comunista Italiano quien iniciara más tempranamente, desde los albores de la segunda posguerra, un serio intento por definir una vía de transición al socialismo que se ajuste y responda a las condiciones y requerimientos específicos del contexto nacional en que actúa (143). Por tanto, quien asumirá desde 1956 una posición más sólida y definida de reivindicación de su autonomía e iniciativa frente a la URSS, pero quien lo hará también con mayor habilidad, cautela y tacto para evitar confrontaciones directas que las pongan en riesgo.

El Partido Comunista Francés se distinguirá, sobre todo en el período 1957-1964, por su completa e irrestricta subordinación a las directrices y posiciones del Kremlin. Entre 1964 y principios de los 70's apenas insinuará tímidos intentos por flexibilizar sus vínculos con el Kremlin y tenderá a expresar ya sea posiciones críticas o iniciativas y políticas autónomas para determinar las particularidades de su lucha y proyecto socialista (144).

El caso del Partido Comunista Español es bastante peculiar. Desde 1939 hasta 1977 se hallará en condiciones de clandestinidad, lo que provoca no sólo que desempeñe un papel marginal dentro del movimiento comunista durante de ese período, situación que lo coloca en una posición de mayor vulnerabilidad y debilidad en los términos de su relación con Moscú, sino además que concentre su atención básicamente en la promulgación de iniciativas y acciones orientadas al derrocamiento de la dictadura franquista, pero sustentadas en concepciones y premisas erróneas sobre las características y perspectivas del régimen franquista que presuntamente le sustituirá (145).

Un hecho decisivo para el viraje y reorientación estratégica del PCE y del PCF, esto es, su desapego de la ortodoxia e incondicionalidad respecto a la URSS, lo constituye la invasión de Praga en 1968. Este punto lo retomaremos más adelante pero lo dejamos indicado porque hasta entonces su participación dentro del movimiento comunista, a diferencia del PCI, se limitará en términos generales a apoyar las tesis y posiciones de Moscú, sin aportar elementos originales o innovadores de relevancia en las dinámicas y tendencias globales que caracterizan el desarrollo del movimiento comunista entre 1956 y principios de la década de los 70's.

No resulta por ello sorprendente que las mayores referencias aludan a los cambios y transformaciones que experimenta el Partido Comunista Italiano durante el mencionado período porque, como lo hemos indicado, corresponderá a él una iniciativa teórica y programática más sólida, definida y consistente para ir configurando y perfilando las orientaciones que más tarde caracterizarán y distinguirán al eurocomunismo.

1. UN PRIMER IMPULSO DIRIGIDO. EL GIRO DE SALERNO.

En respuesta a las apremiantes necesidades de reconstrucción nacional de la posguerra, se crean como regla general en los países de Europa Occidental gobiernos de amplia unidad en los que convergen las fuerzas y partidos políticos que han contribuido en la lucha antifascista, en los cuales llegarán a participar durante un muy breve lapso y en distintas condiciones los partidos comunistas. Esta situación se experimentará en diez países: Italia, Francia, Bélgica, Holanda, Finlandia, Luxemburgo, Dinamarca, Islandia, Austria y Grecia.

El crecimiento de los partidos comunistas europeos alcanzara entonces su cenit, que sin embargo pronto iniciará un rápido reflujó. Sólo dos partidos comunistas europeos quedarán en condiciones de clandestinidad: el español y el portugués.

Justo bajo la égida de los gobiernos de unidad antifascista se iniciará un nuevo y vigoroso proceso de reestructuración política y económica del sistema capitalista, cuya naturaleza, características, orientación y problemática se condensan en el denominado Estado de Bienestar.

Por su decisiva aportación a las luchas de resistencia antifascista y de liberación nacional, los Partidos Comunistas Italiano y Francés emergen de la Segunda Guerra Mundial como fuerzas políticas de enorme prestigio e influencia en sus respectivos países. Por vez primera en su historia ambos partidos dispondrán de una sólida base social de apoyo que les provee la posibilidad de intentar una efectiva y duradera integración en la vida política.

En este contexto se produce un primer impulso de ambos partidos por definir un proyecto específico de transición al socialismo pero que, a diferencia del curso que esta tendencia tomara con posterioridad a 1956 no sólo resulta útil y compatible con la política exterior soviética, condicionada y comprometida entonces con la evolución de la gran alianza antihitleriana, sino que inclusive es probable que bajo esta tesitura las iniciativas "autónomas" hayan sido indicadas o estimuladas por el Kremlin.

Al su regreso de Moscú, donde había permanecido exiliado, el principal dirigente del PCI, Palmiro Togliatti, convoca en marzo de 1944 a una reunión partidista en Salerno, donde anuncia, ante la perplejidad de los militantes allí reunidos, que el Partido Comunista Italiano debía ser reestructurado para convertirse en un amplio y sólido partido de masas (146). Asimismo, define una nueva estrategia de acción donde queda de manifiesto que si bien el objetivo final del PCI seguía siendo la construcción del socialismo, la ruta de acceso no podía en Italia ser de carácter revolucionario. En la medida que la estrategia definida por Togliatti representaba una alteración sustancial respecto a las tesis ortodoxas que recoge al partido desde su constitución en 1921 y que le son en realidad consustanciales a todos los partidos comunistas, se le denominaría en lo sucesivo el "Giro de Salerno".

Diversas razones pueden explicar este trascendental cambio estratégico que se ratifica en el V Congreso del PCI (diciembre de 1945 - enero de 1946). Para la URSS, Italia se situaba de lleno en la esfera de influencia occidental, que ya se había comprometido a respetar, por lo que una eventual iniciativa revolucionaria en Italia amenazaría seriamente su entendimiento estratégico con las potencias aliadas y las prerrogativas que en ella iban implícitas. El Kremlin tenía poderosas razones para tolerar y, si fuese necesario, estimular una iniciativa autónoma de Togliatti.

El mantenimiento de una estrategia revolucionaria y sus perspectivas de éxito en un país ocupado por las fuerzas inglesas y norteamericanas y poderosamente influenciado por la iglesia católica (al frente del Vaticano se encuentra Pío XII de reconocida filiación anti-comunista), parece condenado al fracaso. Se hace imprescindible e impostergable elaborar una ruta de transición al socialismo que tome en cuenta estos poderosos condicionamientos.

Era evidente que si bien la URSS se opondría a la emergencia de proyectos de recambio revolucionario en la esfera de influencia occidental, estimularía todas las acciones necesarias para que los partidos comunistas lograsen el mayor peso e influencia en sus respectivos sistemas político-electorales, que le sirvieran como efectivos grupos de presión que favorecieran o defendieran todas las posiciones del Kremlin en las cuestiones internacionales decisivas. ■

Bajo este prisma, la necesidad de justificar las presuntas iniciativas autónomas y compromisos de los partidos comunistas con la legalidad e institucionalidad se volvía indispensable. La necesidad de explicar la colaboración comunista con gobiernos burgueses que se deriva de esta orientación global de la política soviética no es menos imprescindible.

En noviembre de 1945 se celebran en Francia las elecciones para integrar una nueva Asamblea Constituyente. El PCF obtiene el 26.1% de la votación (más de 5 millones de votos y 151 diputados) convirtiéndose en la fuerza electoral más importante. Un año después se realiza una nueva elección para la Asamblea pues el proyecto de Constitución preparado por la primera había sido rechazado en un referéndum. El PCF ratifica su predominio al obtener el 25.7 de la votación. Este éxito se refrenda en las elecciones legislativas del mismo año al conseguir 28.1% de la votación nacional, una vez que se ha aprobado la nueva Constitución y con ello el surgimiento de la IV República (147).

El PCF habrá de permanecer en la coalición gubernamental hasta mayo de 1947, pero ya en noviembre de 1946 Maurice Thorez, flamante Vicepresidente del gobierno y dirigente del PCF justificara esta nueva estrategia al señalar que:

"Los progresos de la democracia en el mundo a pesar de raras excepciones que confirman la regla, permiten concebir para la marcha del socialismo caminos diferentes a los que han definido los comunistas rusos (...) nosotros siempre hemos pensado y declarado que el pueblo de Francia, rico de una tradición gloriosa, encontraría él mismo su camino hacia más democracia, progreso y justicia social" (148).

Sin embargo, apenas ha empezado el PCF a explorar una vía pacífica y a sustentarla teóricamente, cuando se produce un brusco giro en la política internacional que descubre la total subordinación del PCF a las directivas del Kremlin y despeja cualquier duda sobre el carácter "dirigido" de la nueva orientación 'nacionalista'.

La ruptura de la gran alianza a principios de 1947 induce a la URSS a redefinir su estrategia para adecuarla a la situación de "guerra fría". La URSS gira instrucciones, a través de la recién constituida Kominform, a los partidos comunistas de Europa Occidental: abandonar cualquier tentativa de colaboración con los gobiernos y partidos burgueses y emprender una vigorosa campaña de denuncia y oposición a los planes de expansión y agresión imperialista -la Doctrina Truman y el Plan Marshall.

Fernando Claudín resume de esta manera los alcances y límites de los espacios de relativa autonomía que el Kremlin concede entre 1944 y 1947 no sólo a los partidos comunistas occidentales, sino también a los países del Este liberados por el ejército soviético:

"Las 'vías nacionales' de los partidos comunistas en Europa Occidental implican su subordinación a los partidos burgueses y a la dominación americana en la zona; las de los partidos comunistas en Europa Oriental disimulan, bajo un aparente pluralismo, el control efectivo del aparato estatal por dichos partidos, no basado en el consenso mayoritario del pueblo, sino en el respaldo soviético que garantiza la dominación de Moscú en esa zona. De ahí que la ruptura de la 'gran alianza' de 1947 barriera de la noche a la mañana todas las audacias teóricas y prácticas de esos partidos, quedando al desnudo, de nuevo, su subordinación incondicional a Moscú" (149).

La nueva contraofensiva lanzada por la Kominform en 1947 será aceptada en bloque por los partidos comunistas occidentales. El PCF volverá a asumir una posición sectaria, olvidándose por un largo tiempo de plantear la necesidad de desarrollar una vía nacional al socialismo. Pero el caso del PCI será distinto. Sin dejar de reconocer el liderazgo de Moscú y de apoyar el giro de su política exterior, nunca retrocederá en la línea trazada en Salerno. Para Togliatti estaba bien claro que Italia pertenecía a la esfera de influencia de Estados Unidos, que la fuerza del capitalismo era un dato objetivo de la realidad política y social y que, en estas condiciones, la estrategia de lucha y transición al socialismo debía revestir necesariamente, para no ser un salto suicida, términos cualitativamente distintos del modelo ruso. De ahí que sea posible afirmar que en el "Giro de Salerno" se encuentran ya prefigurados, en estado embrionario y potencial, los ejes nodales de la "vía italiana" al socialismo, en tanto vía específica y, por ende, distinta y diferenciada de modelo soviético.

2. LA CRITICA ITALIANA DEL ESTALINISMO.

Será hasta después de la celebración del XX Congreso del PCUS y a propósito del estalinismo que se produce otro acontecimiento de particular importancia para apreciar los términos y coordenadas en que se irán desarrollando las relaciones entre el PCI y el Kremlin.

En la edición de mayo-junio de 1956 de la revista italiana "Nuovi Argomenti" aparece una entrevista con Palmiro Togliatti a propósito del stalinismo, en la cual el dirigente del PCI desliza sutilmente la idea de que resulta insuficiente limitar la problemática del estalinismo a una simple denuncia del culto a la personalidad. Pone en tela de juicio la tesis oficial soviética y sienta las bases sobre las cuales se recuperará más tarde el debate sobre el estalinismo. Lo que cuestiona Togliatti es la naturaleza misma del sistema soviético, los fundamentos de su poder, al insinuar desviaciones estructurales que la tesis oficial había dejado intactas.

De acuerdo a Togliatti:

"La menos arbitraria de las generalizaciones es la que ve en los errores de Stalin la progresiva imposición de un poder personal sobre las instancias colectivas de origen y de naturaleza democrática y, en consecuencia de esto, la acumulación de fenómenos de burocratización, de violación de la legalidad, de estancamiento y, parcialmente, también de degeneración en diferentes puntos del organismo social.

"Sin embargo, debe agregarse inmediatamente que esta imposición fue parcial y probablemente tuvo sus mayores manifestaciones en la cúspide de los órganos directivos del Estado y del partido. De ahí partió una tendencia a la restricción de la vida democrática, a la restricción de la iniciativa y de la espontaneidad del pensamiento y de la acción en numerosos campos (desarrollo técnico y económico, actividad cultural, literaria, arte, etc.) (...).

"Con esto no quiero decir que las consecuencias de los errores de Stalin no hayan sido muy graves. Fueron muy graves, se extendieron a muchos campos y no creo que superarlos sea una cosa muy simple ni que podrá hacerse muy rápidamente" (150).

Para rematar, más adelante:

"Han surgido dudas acerca del pasado, etc. Estas cosas no podían evitarse dada la gravedad de los hechos que se han denunciado y el modo de la denuncia, dado que los compañeros soviéticos, que en suma se han limitado a denunciar los hechos y a

emprender la corrección justa, hasta ahora han descuidado la tarea, aún no resuelta, de afrontar el difícil tema del juicio político e histórico en su conjunto" (151).

Adicionalmente, Togliatti no sólo señala como el mayor error de la Kominform "la desgraciada intervención contra los comunistas yugoslavos", sino que aprovecha hábilmente la oportunidad de refutar la acusación de que el movimiento comunista recibe órdenes de Moscú para ratificar la autonomía de las iniciativas del PCI y expresar por vez primera públicamente la idea de que el movimiento comunista internacional se orienta hacia el "policentrismo", esto es, que ya no existe un partido guía y un modelo de socialismo a imitar.

Las nuevas ideas-fuerza promovidas por Togliatti tomarán un curso decisivo en el VII Congreso del PCI celebrado en diciembre del mismo año, pero antes de eso, el movimiento comunista debía probar una vez más su lealtad e incondicionalidad a la política exterior de la URSS. El motivo: la invasión de Hungría.

3. LA REVOLUCION HUNGARA.

El proceso de desestalinización que a partir de 1953 induce el Kremlin en las democracias populares, provoca no pocas reticencias en los círculos dirigentes que a regañadientes irán flexibilizando los rígidos mecanismos de control político. Dentro de este contexto, en 1956 surgen en Polonia y Hungría amplios y vigorosos movimientos populares que plantean exigencias de democratización y liberalización (152). Pero a diferencia de Hungría, en Polonia las reivindicaciones logran ser canalizadas, encuadradas y resueltas institucionalmente y en términos que no representan una amenaza para los intereses soviéticos.

En Hungría el proceso de desestalinización encontrará desde un inicio fuertes resistencias dentro del aparato estatal y la dirigencia partidista, controladas por Matias Rakosi, quien en mayo de 1953 será llamado a Moscú para que, siguiendo el ejemplo soviético, modifique su política económica (colectivización forzada e industrialización acelerada) y permita una dirección política colectiva. Rakosi ocupaba entonces tanto la Secretaría General del partido como la Presidencia del Consejo de Ministros.

Hacia finales de junio, poco después de su regreso de Moscú, Rakosi convoca al Comité Central del partido para presentar su renuncia como Primer Ministro y pronunciar una inesperada autocrítica donde reconoce "injerencias arbitrarias" en el cumplimiento de algunas instrucciones judiciales y en ciertos procesos políticos. El Comité Central elabora una resolución que denuncia con severidad la política de Rakosi señalando que "ocasionó el fracaso de la producción, rompió la alianza obrera

y campesina, socavó el poder de la democracia popular, pisoteó la legalidad, enfrentó a las masas contra el gobierno y el partido, en una palabra, puso al país al borde de la catástrofe" (153).

Imre Nagy, representante del ala reformista que en 1948 había sido excluido del partido, es entonces nombrado Presidente del Consejo. El 4 de julio se presenta en el Parlamento para anunciar un amplio programa de reformas económicas y políticas (desaceleración de la colectivización y la industrialización forzosa; prioridad a la industria ligera y la producción de alimentos; la supresión de los campos de reclusión; la liberalización de la vida intelectual; la limitación de los poderes de la policía y una democratización de la vida política, entre otras).

No obstante, Rakosi aún mantiene el control del partido y se opone a la política de liberalización. Nagy se ve imposibilitado de poner en marcha su programa de reformas. Se produce una parálisis política al coexistir dos líneas de mando y orientaciones diametralmente opuestas, hasta que en marzo de 1955 Rakosi logra la caída de Nagy. Momentáneamente vuelve a imponerse la línea del conservadurismo protostalinista que provoca una creciente oposición y hostilidad tanto dentro como fuera del partido. Las ideas de Nagy cobran, en contrapartida, una creciente influencia, sobre todo en círculos intelectuales y estudiantiles.

Dentro de este contexto, a finales de 1955 se crea, por iniciativa de la Unión de Juventudes Democráticas, el "Círculo Petofi", que se convierte en el principal foco de oposición y abierta crítica a la política de Rakosi, logrando una rápida influencia en los círculos intelectuales y estudiantiles en favor de las ideas reformistas.

La posición de Rakosi es cada vez más precaria, carece del poder suficiente para desactivar un poderoso movimiento de oposición que exige su destitución y reformas a fondo. El 30 de junio de 1956 realiza una última tentativa para mantener el poder, convoca al Comité Central y le hace adoptar una nueva resolución condenatoria de "la oposición abierta contra el partido y la democracia popular" identificada sobre todo con el grupo de Nagy; se esfuerza infructuosamente por movilizar a los obreros contra los grupos intelectuales a quienes acusa de "agentes de la burguesía" (154).

El creciente vacío de poder y las fuertes presiones reformistas obligan al Kremlin a tomar cartas en el asunto. El 17 de julio llegan a Budapest enviados del Kremlin que exigen a Rakosi su dimisión. Ernest Gero, un incondicional de Rakosi, es colocado como primer Secretario. Janos Kadar es nombrado su adjunto en la Secretaría del Comité Central. Mientras tanto, aumenta la popularidad de las ideas de Nagy, pero éste resiste las presiones para dirigir al movimiento reformador.

En los tres meses siguientes la agitación sigue en aumento. A mediados de octubre los acontecimientos de Polonia concentran la atención de los húngaros. El 20 de octubre Vladislav Gomulka, dirigente reformista que había encabezado la resistencia polaca durante la Segunda Guerra Mundial y había sido recientemente rehabilitado como primer Secretario del partido tras su expulsión en 1948, logra un acuerdo de último minuto con los dirigentes soviéticos que impide una inminente ocupación armada.

El acuerdo de Gomulka con los soviéticos hace abrigar esperanzas a los renovadores húngaros sobre la posibilidad de ver cristalizadas sus demandas. Pero cometen un grave error, las condiciones son totalmente distintas, sus pretensiones resultaban incompatibles con los intereses soviéticos.

El Círculo Petofi adopta el 22 de octubre un programa de diez puntos. Sus exigencias no son nada audaces ni ambiciosas, piden, entre otras cosas, la destitución de Rakosi, una reunión urgente del Comité Central en la que participe Nagy, la autonomía de las fábricas y un proceso público contra el jefe policiazo. El verdadero detonante son las exigencias "radicales" de los estudiantes: denuncia del Pacto de Varsovia y evacuación inmediata de las tropas soviéticas, organización de elecciones generales con la participación de varios partidos, autonomía y neutralidad húngara y revisión de todo el sistema económico.

En demanda al cumplimiento de estas exigencias y como una acto de solidaridad con Polonia, los estudiantes convocan a una movilización masiva para el 23 de octubre.

Un discurso radial de Gero insultando a los participantes y una ráfaga de disparos de origen no precisado, provocan que la tumultuosa manifestación del 23 de octubre se convierta en un genuino movimiento insurreccional. La revolución húngara se halla en curso. La reacción del Comité Central del Partido Obrero Socialista de Hungría (POSH), consiste en adoptar dos medidas ambiguas: llama a Nagy para hacerse cargo del gobierno, pero deja las riendas del partido en manos de Gero y solicita la intervención de la guarnición soviética para reestablecer el orden.

Nagy se apresura a pactar un acuerdo provisional con los soviéticos para la retirada de los tanques, comprometiéndose a desactivar el movimiento insurreccional. Para tal efecto, pone en marcha durante los siguientes días una serie de reformas limitadas que se quedan a medio camino. No satisfacen ni a los soviéticos, ni al movimiento reformador que ha ya logrado configurar un poder paralelo auténticamente popular, articulado en torno a los consejos obreros. Las reivindicaciones populares se radicalizan, haciendo suyas las exigencias estudiantiles. No se conforman con la integración de un nuevo gobierno y la reorganización de los partidos políticos, exigen la denuncia del Pacto de Varsovia, la independencia total, la neutralidad. De acuerdo a Fejto "Nagy se convierte en rehén de los insurgentes" y al verse imposibilitado para mediatizar estas últimas exigencias, precipitara la intervención soviética y la consiguiente ruina de la revolución húngara (155).

No obstante la reacción definitiva, en un primer momento el estallido y expansión de la revolución popular colocó a los dirigentes soviéticos frente a una situación inédita y sumamente compleja, en la cual no parecía existir consenso sobre la línea a seguir.

"Existen incluso testimonios de que, en la noche del 29 de octubre de 1956, Krushev llegó a vislumbrar como una eventualidad, que no rechazaba a priori, un estatuto internacional para Hungría comparable al de Finlandia.

"En realidad los soviéticos dieron la impresión de aceptar las diversas posiciones del gobierno Nagy entre el 26 y 30 de octubre: incluida la pluralidad de partidos y la política de neutralidad. El 30 de octubre "Pravda" publicó una declaración solemne del gobierno soviético reafirmando los principios de la declaración de Belgrado del año anterior, insistiendo en la necesidad de respetar las diferentes vías al socialismo y el derecho de cada país a escoger la suya" (156).

Finalmente, terminaron por imponerse las poderosas razones de Estado, por tener preminencia los intereses y percepciones de gran potencia. La intervención y ocupación armada se puso en marcha. La fundamentación resultaba clara: el caso húngaro podía surtir un efecto demostrativo en cadena que minaría no sólo las bases del poder soviético en su área natural de influencia, sino que además podría generar percepciones de vulnerabilidad soviética entre las potencias occidentales. Entre las preocupaciones de los círculos dirigentes de las democracias populares por el giro que cobraban los acontecimientos en Hungría, también se advertía una poderosa motivación para la intervención.

"Los dirigentes de Praga, Berlín del Este, Bucarest y Sofía ya juzgaban el advenimiento de Gomulka y la tolerancia con los revisionistas polacos como una amenaza a la estabilidad de sus regímenes. Una Hungría neutral, parlamentaria, orientada hacia Occidente hubiera sido para todos los pueblos del Este la demostración de la reversibilidad de la historia. En este punto hasta los chinos, tan hostiles al 'egoísmo de gran potencia' estaban de acuerdo" (157).

Janos Kadar, quien tras fungir como adjunto de Gero en la Secretaría del partido se había incorporado al gabinete de Nagy, será el elegido por los soviéticos para brindar la cobertura "legal" a la invasión. En la mañana del 4 de noviembre, cuando las tropas soviéticas ya han iniciado su desplazamiento, Kadar anunció por radio su ruptura con el gobierno Nagy. Tras denunciar que el movimiento popular iniciado el 23 de octubre había sido explotado por "los elementos contrarrevolucionarios,

a quienes el gobierno de Imre Nagy no oponía ninguna resistencia eficaz", haciendo con ello peligrar "las conquistas socialistas, el Estado popular, el poder obrero y campesino y la misma existencia del país" solicita al ejército soviético "en interés de la clase obrera" que "venga en nuestra ayuda para aplastar a las siniestras fuerzas reaccionarias y reestablecer el orden y la calma en el país" (158).

En atención a este "dramático" llamado, los tanques soviéticos abren fuego contra las barricadas insurgentes y aplastan la revolución húngara, primera revolución democrática que estalla en el cinturón soviético de seguridad. Los soviéticos lanzan simultáneamente una estruendosa operación ideológica y propagandística para justificar la invasión en aras de evitar el triunfo "contrarrevolucionario y fascista".

El movimiento comunista internacional, todavía fuertemente condicionado ideológicamente, acepta sin reservas la versión oficial soviética. Las potencias occidentales desatan una gigantesca campaña anti-comunista, pero al margen de los efectos propagandísticos y del reforzamiento también de sus condicionamientos ideológicos, se muestran no menos escrupulosos que los soviéticos en el respeto a las esferas de influencia y equilibrio geoestratégico en Europa.

La decisiva importancia de este acontecimiento estriba en el hecho de que señalaba claramente los límites autocontenidos en la nueva orientación trazada en el XX Congreso del PCUS, Budapest borraba de un tirón las perspectivas de liberalización y democratización abiertas por Kruschev tan solo diez meses atrás. Era la muestra más fehaciente y descarnada de las contradicciones entre el desenvolvimiento e intereses del movimiento comunista internacional y los intereses del Estado soviético. Los partidos comunistas tardarían doce años en reconocer abiertamente esta contradicción y asumir de frente algunas de sus implicaciones.

4. VII CONGRESO DEL PCI.

Entre diciembre de 1956 y enero de 1957 se realiza el VII Congreso del PCI. Acontecimiento de enorme trascendencia para la orientación "autonomista" que ha venido madurando al interior del PCI a través de su Secretario General Palmiro Togliatti, ya que por vez primera se define de manera oficial y explícita la "vía italiana al socialismo". El proyecto que fuera delineado en Salerno doce años atrás se presenta ahora de manera consistente y se reconoce como orientación estratégica del partido.

Si en el XX Congreso Kruschev admitió la posibilidad de que existieran diferentes vías de transición al socialismo, en el VII Congreso del PCI se le da sustento, esencia y contenido específico a una de esas vías. La heterodoxia, casi herejía, cobra perfiles nítidos. Por vez primera un partido declarado y

reconocido comunista renuncia, en unos casos tácita y en otros explícitamente, a principios que durante décadas se habían asumido, con fé casi religiosa, como consustanciales a la teoría marxista.

Si fuese posible situar con exactitud el preciso momento en que se asume sobre nuevas bases la relación entre democracia y socialismo, recuperando y revalorizando la importancia de la democracia política, del Parlamento, del Estado de derecho, sin duda una apuesta segura sería el VII Congreso del PCI.

Considerando las condiciones imperantes y características específicas de Italia, el PCI proclama una vía pacífica de transición al socialismo cualitativamente distinta de la toma violenta del poder y la instauración de una dictadura proletaria. Una vía que puede transitarse mediante la aplicación de métodos democráticos, con la participación activa y decidida de obreros, campesinos y estratos medios; donde se desarrollen formas de democracia directa que aseguren no sólo la superioridad de la democracia socialista, sino también la libre confrontación de ideas. Una nueva vía susceptible de transitarse mediante un amplio esquema de alianzas sociales entre las fuerzas democráticas y progresistas, todo ello dentro del marco de la Constitución Republicana.

Este conjunto de planteamientos constituyen la base de la declaración programática aprobada al final del Congreso:

"El Partido Comunista ha declarado desde el primer momento que no concibe la Constitución Republicana como un expediente para utilizar los instrumentos de la democracia burguesa hasta el momento de la insurrección armada para la conquista del Estado y su transformación en un Estado socialista, sino como un pacto unitario, libremente aceptado por la gran mayoría del pueblo italiano y puesto como base del desarrollo orgánico de la vida nacional para todo un proceso histórico (...)

"Ante la clase obrera y ante el pueblo italiano se abre el histórico deber de proceder a la construcción del socialismo a través de una vía nueva, en relación a como se ha realizado en otros países la dictadura del proletariado, conduciendo la dirección indispensable de la clase obrera a través de nuevas alianzas y nuevas colaboraciones con el respeto del método democrático (...) (159).

Justo al lado de estos ajustes e innovaciones teóricas y programáticas, que pronto serán refutadas como "revisionistas" por diversos partidos comunistas, entre ellos el francés, se enfatiza el principio de la autonomía que a cada partido le corresponde por derecho propio para definir su política de transición al socialismo y, por ende, se rechaza la existencia de un "partido guía". Aquí va implícito un claro mensaje de la URSS en

relación a su obstinada pretensión de abrogarse la facultad exclusiva de interpretar y decidir todo aspecto concerniente a la teoría y práctica socialista. Pero los dirigentes italianos son lo suficientemente sagaces como para expresar abiertamente esta crítica. Su actitud es audaz pero no por ello imprudente.

A partir de este momento la posición del PCI se irá desplazando con habilidad entre dos exigencias extremas, como claramente lo advierte Manuel Azcárate:

"Esta posición italiana acarrea una profunda contradicción en el plano internacional; por un lado, implicaba apoyar fuertemente al PCUS, a Kruschev, en todo lo que el XX Congreso había tenido de renovador; apoyarle frente a las enormes resistencias dogmáticas que se manifestaban en la actitud china y de otros partidos. Pero a la vez, rechazar los intentos del PCUS de conservar su papel de 'partido guía' y por lo tanto, no seguir a los soviéticos en sus planes de reagrupar, contra los chinos al movimiento comunista" (160).

Esta consideración nos lleva a abordar otra problemática crucial que ya entonces se está desarrollando al interior del movimiento comunista internacional.

5. EL CONFLICTO CHINO-SOVIETICO.

La supresión del Kominform no sólo significó la desaparición definitiva de toda vinculación orgánica permanente entre el movimiento comunista internacional, sino además y fundamentalmente un indicador de la pérdida de identidad, unidad y consenso que desde 1919, con la constitución de la Komintern, habían simbolizado y representado las organizaciones internacionales. Un signo inequívoco de la creciente incapacidad de Moscú para dominar y someter con la efectividad y eficacia del pasado los brotes de disidencia, oposición y autonomía; para contener y manejar las divergencias, querellas y conflictos que encuentran una rara expresión y síntesis en el XX Congreso del PCUS.

Los puntos de polémica y disenso ideológico crecen y se multiplican, aludiendo a problemas teóricos, conceptuales, organizativos, estratégicos y tácticos que afectan y se reflejan en la práctica socialista. Las posiciones ya no se definen y definen invocando exclusivamente la fidelidad o infalibilidad de la ortodoxia, remiten cada vez más a necesidades e intereses específicos: estalinismo o desestalinización; coexistencia pacífica o lucha frontal contra el imperialismo; vía pacífica o asalto revolucionario; modelo único o pluralidad de vías de transición al socialismo; ultraizquierdismo o revisionismo; monolitismo o policentrismo; partido revolucionario o de masas; sectarismo o unidad con las fuerzas democráticas, son algunos de los dilemas que dan cuenta de las nuevas complejidades y problemáticas que las confesiones de fé no pueden resolver.

El estallido del conflicto chino-soviético constituye sin duda el elemento crucial que determina y expresa el fin del monolitismo ideológico en el desarrollo del movimiento comunista, en la medida que por vez primera desde el triunfo de la revolución rusa, surge un eje alternativo que replica en el terreno teórico, ideológico y político la autoridad y liderazgo de la URSS.

Ningún partido comunista había cuestionado públicamente las directrices generales del PCUS y del Kremlin, ni mucho menos había pretendido disputar su hegemonía dentro del campo socialista o sus esferas de influencia, como gradual y sistemáticamente lo haría el Partido Comunista Chino (PCCH) desde finales de la década de los 50's.

Excede los alcances de este trabajo discernir en detalle el complejo proceso de desarrollo de las relaciones chino-soviéticas y las diversas causas en tal relación implícitas y latentes que producen el "cisma oriental" (161), pero conscientes de su trascendencia, indicaremos así sea sucintamente algunos de sus rasgos más relevantes.

En primera instancia, es conveniente señalar que el triunfo de la revolución china, acaecida en 1949, no sólo se gestó al margen de los cálculos y previsiones estratégicas de Stalin, sino que en gran medida se produjo a contra-corriente de las políticas y tácticas sugeridas por el Kremlin al PCCH (162).

Este factor resulta de particular importancia pues definirá desde un principio los términos de la relación chino-soviética. A diferencia las democracias populares del Este europeo, la experiencia socialista china se asentó desde un inicio sobre una base nacional y autónoma, esto es, ni encajó ni respondió en forma alguna al reparto post-bélico de zonas de influencia, ni fue resultado de un movimiento controlado o impuesto por la URSS. De ahí partieron las crecientes dificultades del Kremlin para subordinar la autonomía e iniciativa chinas.

Durante un breve período, iniciado en 1949, los chinos deciden protegerse bajo la hegemonía soviética, integrarse bajo un status 'especial' al campo socialista, reconociendo a la URSS como guía y modelo a seguir.

Los chinos ratifican formalmente esta orientación el 14 de febrero de 1950 con la firma de un Tratado de Alianza y Amistad con la URSS. Para los soviéticos el acercamiento y alianza con Pekín representaba una inmejorable oportunidad para expandir su influencia; para integrar política, ideológica y militarmente al bloque a una nueva y vasta conquista revolucionaria sobre la que esperaban poder imponer su hegemonía. El futuro mostraría rápidamente las dificultades y limitaciones de este cálculo.

Para los chinos su alianza con la URSS y su integración al campo socialista constituía no sólo un imperativo para consolidar su régimen y preservar su seguridad frente a una eventual escalada occidental, sino que además en el fondo subyacía la candorosa esperanza de que un sistema que preconizaba el internacionalismo proletario, la equidad, justicia e igualdad entre los Estados significaría poner fin a las humillaciones e injusticias que ancestralmente había padecido China y cuya última y más acabada expresión la representaba su hasta entonces vigente estatuto 'semi-colonial'.

El desarrollo armónico de las relaciones chino-soviéticas durante los siguientes seis o siete años, parece compensar en alguna medida las convicciones y presunciones divergentes sobre los que se estableció el entendimiento estratégico entre ambos países. La equívoca complicidad vive su cenit entre 1950 y 1956.

Los chinos no reparan en elogios para Stalin, el PCUS y la URSS, no cesan de dejar constancia de la indestructible amistad que une a los dos pueblos y de reconocer en la URSS el modelo, ejemplo y guía del socialismo. Reciben a cambio un creciente apoyo humano, técnico, crediticio y financiero para impulsar su industrialización e inclusive Mao Tse Tung recibe un cierto reconocimiento como teórico revolucionario, cuya doctrina y experiencia contribuían a enriquecer el "marxismo-leninismo".

Pero las profundas divergencias que esta equívoca complicidad disimulaba no tardarían en irrumpir. Es a propósito de la denuncia de Stalin, de la tesis de la coexistencia pacífica y la diversidad de vías de transición al socialismo, que surgen las primeras divergencias serias entre Pekín y Moscú. A partir de entonces, China utilizará como justificación las resoluciones del XX Congreso del PCUS y las directrices que de él se desprenden para desatar una ofensiva ideológica contra Moscú, (que irá gradualmente aumentando de tono e intensidad) acusándolo de haber traicionado o abandonado los principios y enseñanzas fundamentales del marxismo-leninismo. Los soviéticos, por su parte, denunciarán las maniobras divisionistas de Pekín como una grave amenaza para la unidad y cohesión del bloque socialista y del movimiento comunista en su conjunto (163).

La ruptura silenciosa, que se inicia en 1956, pronto trasciende y se desenvuelve "públicamente" teniendo como referente casi exclusivo el aspecto ideológico. Pero lo cierto es que tras esa superficie y referente ideológico se ocultan una diversidad de factores que condicionan y determinan de manera no menos decisiva el primer gran cisma dentro del movimiento comunista internacional.

La disputa y rivalidad alude a distintas concepciones e intereses sobre la estrategia del movimiento comunista internacional; a los términos de las relaciones interestatales e interpartidistas; a la dirección y conducción del campo socialista; a las percepciones sobre la naturaleza del "imperialismo" y las formas de reivindicar la superioridad del socialismo; a las relaciones que deben prevalecer dentro del bloque socialista; a la distribución de zonas de influencia, en suma, el conflicto responde también y no menos decisivamente a intereses y objetivos de Estado.

Pekin reivindica un mayor peso e influencia en la dirección y conducción del campo socialista, en este sentido enfatiza ciertos principios doctrinarios o ideológicos y los intereses en ellos implícitos. Por su parte, Moscú intenta impedir, por razones del mismo tipo, el surgimiento de cualquier polo alternativo de poder dentro del campo socialista.

5.1 LA CONFERENCIA MUNDIAL DE 1957.

Como se ha señalado, suprimida la Kominform el movimiento comunista internacional se ve privado de toda forma de vinculación orgánica permanente. Para compensar esta carencia, el PCUS busca impulsar nuevas formas de organización que le permita mantener el control de un movimiento cuya unidad y cohesión ya no sólo se ve seriamente amenazada por la dinamización de tendencias centrífugas, sino que ya ha sido conmocionada por los importantes acontecimientos registrados después de su XX Congreso.

Divergencias, conflictos y contradicciones han salido ya a flote. El bloque socialista ha aceptado la coexistencia con los 'herejes' yugoslavos, si bien prevalece una mutua desconfianza; el XX Congreso ha suscitado reacciones contradictorias que junto con las revueltas populares en Polonia y Hungría han puesto en entredicho la cohesión del bloque y alertado sobre los potenciales riesgos de divisionismo. Si bien todos los partidos reconocen la dirección soviética, los italianos y los chinos han asumido ya posiciones divergentes sobre puntos cruciales de la teoría y práctica comunista. Mao Tse-Tung exige una vuelta a la ortodoxia (integrista y centralismo), Togliatti es quien más resultantemente decide avanzar en la heterodoxia (autonomía y descentralización; vía pacífica y policentrismo).

Los síntomas de deterioro y desarticulación apremian a los soviéticos a tomar cartas en el asunto para intentar restablecer el orden y reafirmar su control. Pero se hace necesario un foro al más alto nivel para definir y legitimar las líneas maestras de decisión y actuación, la estrategia a seguir.

Aprovechando los festejos del 40 aniversario de la Revolución Bolchevique y como una solución de compromiso a las posiciones divergentes que prevalecían sobre el carácter y naturaleza que debía asumir organizativamente el movimiento comunista (164), los soviéticos convocan a la Primera Conferencia Mundial de los Partidos Comunistas a celebrarse en noviembre de 1957.

Una gran novedad es que primero se reunieron (14-16 de noviembre) los 12 partidos comunistas en el poder quienes aprobaron una declaración común (con la excepción de la representación yugoslava que se negó a suscribirla por su carácter integrista y por sus críticas al revisionismo), que después será "aceptada" por los 68 partidos comunistas y obreros que se reúnen del 16 al 19 de noviembre.

En el documento final de la Conferencia de los Partidos Comunistas en el poder, conocida como "Declaración de los Doce", los soviéticos se ven forzados por la tenaz oposición china a modificar parcialmente el contenido de su proyecto original, de tal manera que al mismo tiempo quedan reconocidas y limitadas las tesis del XX Congreso del PCUS (165).

En el punto relativo a "La dirección del campo socialista y las relaciones entre partidos hermanos", se ratifica la supremacía de la URSS sobre el bloque socialista en tanto que representa "la primera y la mayor de las potencias socialistas", condensándose así implícitamente el policentrismo y todas las tendencias centrífugas dentro del bloque. Pero al mismo tiempo se precisa que "los países socialistas fundan sus relaciones mutuas sobre el principio de igualdad completa, del respeto a la integridad territorial, de la independencia y la soberanía política y de la no intervención en los asuntos internos". El énfasis en esta cuestión por parte de los chinos tiene como propósito lograr el reconocimiento unánime de una disposición que pueda ser posteriormente utilizada para contener y denunciar eventuales presiones o imposiciones por parte del PCUS.

A pesar del rechazo de los chinos a las tesis de la "coexistencia pacífica" pues la consideraban como una virtual renuncia a la expansión del campo socialista, como una inadmisibles claudicación de principios y objetivos en la lucha por el socialismo que favorecía al imperialismo; finalmente admitieron, más como una concesión formal y táctica que como un cambio real en sus concepciones, la resolución relativa a la guerra y la paz.

"Los conceptos expresados por Mao a este respecto en la Conferencia provocaron un malestar general. El jefe chino explicó que la correlación de fuerzas se había modificado sensiblemente en favor del campo socialista y que, por ello, no había que vacilar en correr riesgos en favor de la expansión del comunismo mundial. Sobre todo, no había que dejarse intimidar por el chantaje atómico de Estados Unidos (lo que encerraba un reproche latente dirigido a los soviéticos). China, recordó Mao, tenía 600 millones de habitantes. Aún si la mitad de ellos murieran en caso de guerra, todavía quedarían 300 millones para reconstruir, sobre las ruinas, una China socialista, próspera, feliz. Optimismo apocalíptico que aterrizó -con excepción de Hodja- a los dirigentes del Este. La imprudencia de Mao, al exponer su concepción 'aventurera', facilitaría posteriormente a Kruschév la tarea de hacer retroceder la influencia china y la permitiría obtener la aprobación de los gobiernos de las democracias populares para su política extranjera" (166).

Los chinos rechazaron asimismo dos proyectos soviéticos concernientes a la diversidad de vías de transición al socialismo, aunque finalmente aceptaron, tras expresar de manera categórica sus objeciones y divergencias, una resolución que ratificaba las tesis del XX Congreso.

Pero evidentemente las profundas divergencias respecto a las vías de transición al socialismo no quedarán zanjadas con este aparente compromiso. Por el contrario sólo sirven para aplazar este crucial debate y para fomentar una mayor radicalización de las distintas concepciones. Para los chinos era evidente que la aceptación de una vía pacífica significaba un grave retroceso y una imperdonable concesión a las tesis revisionistas y reformistas, ya que con ella se cedían nuevas armas a los "oportunistas" de la II Internacional y se negaba la validez de la "vía revolucionaria".

Esta posición dogmática y escolástica de los chinos servirá de base para que se intensifiquen las acusaciones contra los soviéticos por "alterar los principios fundamentales del marxismo-leninismo sobre el Estado y la revolución", pero al mismo tiempo provocarán que se abra también un flanco de disputa con el Partido Comunista Italiano, quien en los años sucesivos representara la cabeza de playa de esta 'herejía'.

En este sentido, corresponderá al delegado del Partido Comunista Francés, Jacques Duclos, utilizar la tribuna de la Conferencia para pronunciar en representación y haciendo eco de la mayoría de los partidos reunidos, una condena directa contra las interpretaciones de Togliatti sobre el XX Congreso y calificar de 'revisionista' la resolución programática adoptada por el PCI en su VII Congreso.

En su polémica con el PCI, los comunistas franceses externan en realidad la posición del PCUS; testimoniando su incondicionalidad con el Kremlin al convertirse en custodios de la ortodoxia. Ya con anterioridad, durante una reunión del Comité Central del PCF en noviembre de 1956, su Secretario General, Maurice Thorez, había hecho gala de esta ortodoxia, estableciendo claramente las interpretaciones antitéticas que asumían el PCI y el PCF en relación a la teoría y práctica comunista a raíz del significado de las tesis del XX Congreso del PCUS. En esa oportunidad Thorez sostenía que:

"La variedad de formas no tiene nada que ver con el contenido de la dictadura del proletariado. Ese contenido es obligatoriamente común. No varía de una nación a otra. Su modelo ha sido y sigue siendo plasmado por el país de la revolución de octubre (...) consideramos que, si no se quiere la dislocación del movimiento obrero internacional, no pueden existir diversos centros en ese movimiento" (167).

Que lejana era la distancia que separaba al PCF del PCI en 1956, distancia que sólo sería recortada de manera contradictoria y fugaz décadas más tarde.

Finalmente, los chinos fueron quienes insistieron más decididamente para que se condenasen las concepciones 'revisionistas' ya que si bien aludían más explícitamente a los yugoslavos, a quienes tras bambalinas se responsabilizaba en gran medida de ser inspiradores o promotores de las revueltas polaca y húngara de 1956, en el fondo buscaban establecer un punto de apoyo que más tarde les permitiera denunciar también el "revisionismo" de Kruschev. En contrapartida, los chinos tuvieron que admitir también una resuelta condena contra el dogmatismo y el sectarismo, elementos que se consideraban no menos peligrosos y nocivos para la unidad y cohesión del bloque. Para los soviéticos esta condena apuntaba directamente a las posiciones chinas.

La Conferencia de 1957 concluye así no sólo sin lograr saldar las crecientes divergencias, problemas y conflictos que encara el movimiento comunista internacional, los cuales que dan ocultos o soslayados tras una formal y aparente imagen de unidad y solidaridad, sino mostrando ya la imposibilidad de neutralizar o contener un irreversible proceso de desarticulación y disensos, portador ya de numerosos elementos de ruptura y crisis abiertas o larvadas.

La reactivación del conflicto soviético-yugoslavo y un mayor deterioro en las relaciones chino-soviéticas sirvieron como escenario para que tres años después el PCUS convoque a una nueva cumbre del movimiento comunista.

El presunto respaldo de los yugoslavos a los grupos anti-stalinistas de los países del Este (Gomulka y Nagy en particular) y sus reservas sobre la interpretación oficial de la intervención soviética en Hungría, son elementos que vuelven a enturbiar sus relaciones con Moscú, tal como lo muestra su reticencia a firmar la 'Declaración de los Doce' de la Conferencia de 1957. Tito que se había abstenido de asistir a esa Conferencia pues tuvo conocimiento anticipado de que una de sus resoluciones tenía como propósito condenar al revisionismo yugoslavo como una grave amenaza para el campo socialista, se irritó aún más cuando percibió en el sentido de la declaración un alineamiento entre Kruschev y Mao y un abandono de las tesis del XX Congreso del PCUS.

Como réplica de la "Declaración de los Doce" Tito encomendó a los principales teóricos de su partido la tarea de redactar un programa que rectificará los fundamentos de la vía yugoslava al socialismo y que sería presentado en el Congreso de la Liga de Comunistas Yugoslavos celebra en abril de 1958. El documento final, titulado "La Vía Yugoslava: El Programa de la liga de Socialistas Yugoslavos", en realidad no contenía grandes novedades, en general se limitaba a integrar y ratificar tesis e innovaciones presentadas con anterioridad (168).

Pero la insistencia de los yugoslavos por reafirmar su declaración de independencia política e ideológica respecto a la URSS, los principios de igualdad, independencia y autodeterminación de todos los partidos comunistas y su renovado rechazo al stalinismo y el monolitismo, fue interpretado por Moscú como un abierto desafío a la "Declaración de los Doce" y como una abierta manifestación en favor del policentrismo. Notificados de la irritación que produjo entre los soviéticos por el contenido original del proyecto, los yugoslavos introdujeron algunas modificaciones, pero el nuevo detonante ya había sido activado. Kruschev anunció que no enviaría representación alguna al Congreso de la Liga de 1958.

A pesar de la marcada animadversión de la mayoría de los dirigentes del bloque que asistieron al Congreso, los yugoslavos ratificaron y defendieron sus posiciones y censuraron de antemano cualquier tentativa externa de inmiscuirse en sus asuntos. Pero esta vez la iniciativa para reanudar una nueva cacería de brujas contra los yugoslavos provendría de Pekín y no de Moscú. El 5 de mayo de 1958, el órgano oficial del PCCH, "Diario del Pueblo", condena a los yugoslavos por haber abandonado el socialismo y manifiesta que la resolución del Kominform de 1948 (expulsión de los yugoslavos) no sólo había sido acertada, sino que sus fundamentos seguían siendo vigentes (169).

La firmeza y virulencia con que reaccionaron los chinos no sólo obligaron a Kruschév a radicalizar la hasta entonces mesurada posición soviética, sino a que la pugna desborde las relaciones entre los partidos y terminen por afectar las relaciones entre los Estados. Sofía, Praga y Tirana, también exigen y coadyuvan a desencadenar una posición más hostil contra Belgrado. El 27 de mayo Moscú decide suspender un crédito por 285 millones de dólares que había prometido a Belgrado en 1956. En junio, durante un viaje a Sofía, Kruschév califica al revisionismo yugoslavo como el "caballo de troya" dentro del movimiento comunista y culpa directamente a los yugoslavos de fomentar el "movimiento contrarrevolucionario" de Hungría en 1956. Al mes siguiente, en Berlín, Kruschév lanza una nueva andanada contra los yugoslavos y responsabiliza a Tito de pretender sembrar discordias entre Pekín y Moscú (170).

Hacia finales de 1958 la historia anti-yugoslava empieza a bajar de tono y a entrar en un lento proceso de distensión, se reanuda parcialmente las comunicaciones, pero subsisten las mutuas desconfianzas. Tito aprovecha esta situación para reforzar la posición yugoslava. Logra un mayor acercamiento con Estados Unidos que pronto se traduce en programas de apoyo crediticio de Occidente e intensifica sus contactos para integrar el Movimiento de los No Alineados. Pero ni su ruptura con los soviéticos fue tan profunda como la primera, ni su acercamiento con Occidente tan intenso como antes (171)

La descompresión del conflicto con los yugoslavos se explica en gran medida por una nueva escalada en el conflicto chino-soviético hacia el segundo semestre de 1958 (172).

"Entre 1956 y 1960, pese a la aparente concordia que reina en la Conferencia de 1957 y el respaldo que todos creen encontrar en su documento final, toda una serie de maniobras políticas e ideológicas traducen el malestar existente entre soviéticos y chinos, ya se trate de reivindicaciones territoriales (Formosa, India) o de rivalidades de influencia (Mongolia), de la explotación de las riquezas naturales de Sinkiang en la frontera rusa, de las controversias sobre el ritmo y volumen de la ayuda económica soviética a la industrialización de China y de la negativa de la URSS a ayudar a China a producir armas atómicas o del acercamiento soviético-americano, reafirmado por el encuentro Kruschév-Eisenhower en Camp David de 1959, nos encontramos en el terreno clásico de las fricciones, reivindicaciones y controversias habituales entre dos Estados, sean o no socialistas" (173).

5.2 LA CONFERENCIA MUNDIAL DE 1960.

El prelude de la nueva Conferencia Mundial lo constituye una iniciativa del PCUS para celebrar al margen pero aprovechando el III Congreso del Partido Obrero Rumano realizado en Bucarest a fines de junio de 1960, un encuentro de los partidos comunistas. El propósito de Kruschew consiste en ratificar su política de coexistencia pacífica y utilizar la tribuna y el tema para desatar un sorpresivo ataque contra los chinos a quienes acusa de "fraccionalismo", "izquierdismo" y "nacionalismo", objetando, en particular, el activismo de su política exterior (174).

La reacción de los chinos no se hace esperar y antes de concluir la reunión distribuyen un documento en el cual, apelando al principio de igualdad y respeto entre los partidos hermanos, censuran a Moscú por utilizar los apoyos crediticios como instrumentos intervencionistas, así como su propensión a decidir unilateralmente todos los asuntos concernientes al campo socialista.

Kruschew parece apuntarse un éxito rotundo en su intento por alinear bajo sus posiciones al grueso de los partidos comunistas, recibiendo un nuevo tributo de incondicionalidad con el que logra aislar a los chinos. Pero los albaneses le preparan una desagradable sorpresa ya que no sólo se inclinan por el lado chino, sino que con ello romperán por vez primera con una tradición, casi un reflejo condicionado apoyar siempre al PCUS en cualquier tipo de disputa con otro partido comunista.

La reunión concluye con la publicación de un comunicado, firmado sólo por los partidos en el poder -inclusive los chinos- tan ambiguo y sincrético como la "Declaración de los Doce", que vuelve a ocultar, tras palabras de cortesía las profundas divergencias prevalecientes. Prueba de ello es que en las semanas siguientes la querrela ideológica invade el plano de las relaciones de Estado. A fines de julio casi 1400 técnicos y especialistas soviéticos abandonan territorio chino y quedan suspendidos todos los acuerdos, contratos y proyectos de cooperación científica y tecnológica (175).

En este clima se celebra entre el 10 de noviembre al 3 de diciembre de 1960, la segunda Conferencia Mundial de los Partidos Comunistas. Por distintas razones, pero por representar las posiciones más antitéticas en la teoría y práctica socialista, destaca la ausencia de Togliatti, dirigente del mayor partido comunista occidental, y de Mao, su contraparte oriental.

Las divergencias chino-soviéticas se sitúan en el centro de las polémicas. Una vez más, tras ser ventiladas públicamente las respectivas posiciones, se logra una aparente solución de compromiso que se expresa claramente en la declaración final. Las cuestiones que despiertan una más encendida disputa son, como en la Conferencia anterior, las relativas a la guerra y la paz, las vías de transición al socialismo, la lucha contra el revisionismo y la independencia e igualdad entre los partidos.

Los albaneses vuelven a causar sensación, pero sobre todo irritación entre los soviéticos, al rechazar en bloque las tesis del XX Congreso y denunciar con una severidad y virulencia inusitada la política seguida por Kruschev de coexistencia con el imperialismo, tolerancia con el revisionismo yugoslavo; vasallaje del campo socialista y presiones sobre Albania.

Luigi Longo, es en esta ocasión el encargado de refrendar y defender las tesis del PCI, abogando tanto por la vía italiana al socialismo (tránsito pacífico y democrático) como por el rechazo a cualquier vinculación orgánica permanente del movimiento comunista que implicara su sujeción y subordinación a un centro dirigente.

El PCF, por medio de su máximo dirigente, Maurice Thonoz, vuelve a arremeter contra el policentrismo preconizado por el PCI y a reivindicar el papel dirigente del PCUS.

La declaración final de la Conferencia no difiere sustancialmente de la de 1957, ni en su contenido ni en su carácter ambiguo y sincrético. Se ratifica, a pesar de todo, la supremacía soviética. Se mantiene bajo múltiples reservas y cortapisas la tesis sobre la diversidad de vías de transición al socialismo; se condena violentamente al revisionismo yugoslavo.

"(...) cuando se valora sobre la función de las particularidades nacionales, cuando se separan las leyes generales del marxismo-leninismo, en la revolución socialista y en la edificación socialista, se daña a la causa común del socialismo"

"Los revisionistas yugoslavos desarrollan una campaña subvertidora contra el campo socialista y el movimiento comunista mundial. Con el pretexto de hacer una política fuera de los bloques, desarrollan una acción que daña la causa de la unidad de todas fuerzas y de todos los Estados pacíficos".

"Los partidos comunistas declaran unánimemente que el gran Partido Comunista de la Unión Soviética, siendo la sección más experta y acostumbrada a las fatigas del movimiento comunista internacional, ha sido y continua siendo la vanguardia, universalmente reconocida, del movimiento comunista internacional" (176).

Casi una década y no pocos acontecimientos decisivos median entre la clausura de esta Conferencia y la celebración de una última reunión mundial de los partidos comunistas.

5.3 EL CISMA ORIENTAL.

Entre 1961 y 1964 el hasta entonces silencioso conflicto y deterioro de las relaciones chino-soviéticas desemboca en una ruptura definitiva, en un cisma que afectara al conjunto del movimiento comunista internacional.

El preludio para el estallido de la crisis lo constituye la realización del XXII Congreso del PCUS en octubre-noviembre de 1961. Kruschev no sólo aporta nuevos datos para reiterar su condena del estalinismo, acentuando las marcadas divergencias que prevalecían al respecto con los chinos, sino que efectúa un violento ataque contra la dirigencia del Partido Comunista de Albania, motivado en gran medida por el franco alineamiento de éste con las posiciones chinas. El asunto albanés dará a los chinos un aliado temporal en Occidente, pero reactivará una querrela ideológica y política que en los meses siguientes alcanzará su punto culminante.

La crisis de los misiles en Cuba a mediados de 1962, brindará a los chinos una inmejorable oportunidad para intensificar sus denuncias contra el revisionismo de Kruschev y su presunto vasallaje frente al imperialismo. A finales de año, la celebración de Congresos de los partidos comunistas búlgaro, húngaro y checo darán a su vez oportunidad a Kruschev de atacar públicamente a los chinos por sus posiciones sectarias y nacionalistas.

La réplica china no se hace esperar. El 15 de diciembre de 1962 inicia la publicación de una serie de artículos (177) donde reanudan su contraofensiva anti-revisionista pero introduciendo un giro inesperado; ya no se limita y dirige sólo a los yugoslavos, al PCUS y a Kruschev. Por distintos motivos, apunta ya también a los partidos comunistas de Italia, Francia, India y Estados Unidos (178).

Cada vez más aislados dentro del campo socialista por el cerco que les tiende Moscú y por las reacciones adversas que provoca entre distintos partidos su intransigencia y dogmatismo, los chinos cometen otro error, desatar una ofensiva que sólo les abre más flancos vulnerables.

La controversia que desata con el PCI es sin duda la de mayor trascendencia. Antes de ocuparnos brevemente de ella, concluiremos el tratamiento del problema chino-soviético.

Los mutuos ataques y recriminaciones entre Moscú y Pekin suben aún más de tono, durante los primeros meses de 1963. En un intento por lograr un acuerdo que les permita cesar las hostilidades el PCUS propone a su contraparte china realizar una reunión el 5 de julio en Moscú. Pekin se muestra de acuerdo. Pero el 14 de junio los chinos publican una carta titulada "Froposiciones Concernientes a la Línea General del Movimiento Comunista Internacional" que en 25 puntos resume y ratifica las tesis que han provocado su querrela ideológica con el Kremlin.

De acuerdo a Guillermaz, dicha carta representa "una iniciativa china cuidadosamente calculada para conducir ya sea a la capitulación de los soviéticos, ya sea la ruptura ideológica abierta" (179). El documento constituye una clara muestra no sólo del ánimo y predisposición con que concurren los chinos a la reunión bilateral, sino fundamentalmente del antagonismo e irreductibilidad de las concepciones e intereses de ambas partes. A pesar de todo la reunión se lleva a cabo en la fecha prevista. Pero en virtud de la irreductibilidad de las posiciones se suspende el 20 de julio sin haberse logrado acuerdo alguno. El fracaso de esta reunión significó en la práctica el trastocamiento del conflicto en ruptura definitiva. Si fuese necesario decidir que episodio o preciso momento puede representar el punto de ruptura en las relaciones chino-soviéticas, es muy probable que uno se incline por la ruptura de conversaciones durante julio de 1963.

Rotos y por muy largo tiempo los puentes de comunicación y entendimiento entre Pekin y Moscú, desde mediados de 1963 se recrudescerá el conflicto y los puntos de disputa. La destitución de Kruschev en diciembre de 1964, que no deja de ser recibida con euforia por los chinos, sólo abrirá una breve pausa en la confrontación que el PCCH tardará en reanudar. El antisovietismo chino alcanzó su cenit con la revolución cultural de 1966-1969 (180). Con ella entró en boga el término de "socialimperialismo" para designar a la URSS, a quien de acuerdo a los chinos coludida con el imperialismo americano en un complot criminal que tiene como objetivo repartirse el mundo.

5. LA CONTROVERSIA CHINO-ITALIANA. EL MEMORIAL DE YALTA.

La estruendosa ofensiva anti-revisionista que despliegan los chinos a finales de 1962 provocó una e intensa polémica con el Partido Comunista Italiano que se escenifica desde los primeros meses de 1963 hasta el deceso de Togliatti en agosto de 1964.

La controversia no esta exenta de lógica y sólidos fundamentos. Expresa precisamente el choque que se produce entre las concepciones más diametralmente opuestas que se desarrollen dentro del movimiento comunista internacional a partir del XX Congreso del PCUS.

Las diferencias no podían ser más marcadas, como el propio Togliatti lo reconoce en su informe al Comité Central del PCI de abril de 1964, informe que constituye una de las réplicas más sólidamente sustentadas contra las dogmáticas posiciones teóricas y estratégicas que sostenía el PCCH. Togliatti enfatiza que los chinos:

"Se tienen, de hecho, a una interpretación de nuestra política que es falsa porque prescinde de toda visión y comprensión de la realidad del mundo de hoy, reduciéndose todo a la repetición esquemática, aburrida, estéril, de afirmaciones generales, en las que la situación revolucionaria es reducida a una frase, a una serie de citas, sin analizarla así en toda su compleja realidad actual, con el fin de obtener direcciones fecundas en la investigación, trabajo y acción. Siguiendo este camino es bastante fácil llegar, como hacen los chinos, a acusar a todos los demás partidos de traición, revisionismo, abandono de la línea revolucionaria" (181).

La crítica de los chinos al PCI, que en sus aspectos cruciales no es más que una ratificación y extensión de sus críticas al Kremlin y a Kruschev, se centra en los siguientes aspectos: la coexistencia pacífica significa la admisión del carácter no antagonico entre el sistema socialista y el capitalista, lo que en la práctica equivale a frenar la lucha anti-imperialista y a paralizar la conciencia revolucionaria de los pueblos. Por ello la línea correcta consiste en lanzar una ofensiva frontal y a fondo contra el imperialismo, ya que a pesar de su carácter agresivo se encuentra en una posición desventajosa frente al impulso revolucionario. Para los chinos la renuncia de los revisionistas a asumir una actitud netamente revolucionaria esta determinada en gran medida por una sobre-estimación del peligro de una hecatombe nuclear.

En segundo término, de la coexistencia pacífica se deriva como consecuencia lógica una renuncia a la lucha revolucionaria y, por ende, al apoyo de las luchas de los pueblos oprimidos. Luchas que de acuerdo al PCCH son y tienen que ser necesariamente de carácter violento, porque la violencia y la guerra son consustanciales a la esencia misma del imperialismo. Luchar por la paz equivale pues a obligar a los pueblos oprimidos a renunciar en su lucha por la liberación. Al abdicar el PCI a la lucha revolucionaria es natural que aboque por una transición pacífica al socialismo y que se adentre en los caminos del revisionismo.

En tercer término los chinos cuestionan la concepción y orientación policentrista del movimiento comunista internacional. Aquí sin duda los chinos tocan una de las fibras más sensibles, uno de los puntos más vulnerables de la concepción y estrategia del movimiento comunista: su acendrado eurocentrismo, que de acuerdo a Manuel Rzárate se caracteriza por:

"La incapacidad de acceder a una visión universal del proceso histórico, el encierro en una estrechez europea, siguiendo la inercia de unos siglos en que efectivamente Europa decidía la marcha de los acontecimientos y, por lo tanto, la no valoración o subvaloración de los factores extra-europeos, potencialmente decisivos para la liberación humana" (182).

En efecto, los chinos denuncian la tradicional concepción eurocentrista del movimiento comunista, argumentando que tiende a privilegiar y sobrevalorar la importancia de la lucha del proletariado en los países "civilizados", infravalorando por ende la lucha de los movimientos de liberación nacional, relegándolos a una especie de soporte, de lucha de desgaste en la retaguardia contra las naciones opresoras. El tardío despertar y relativa toma de conciencia de este descuido u olvido llevara poco después a no pocos intelectuales, dirigentes y militantes de izquierda a experimentar una fugaz fascinación por los 'condenados de la tierra' y sus movimientos de liberación o 'exóticas' experiencias socialistas.

Con excepción de este último punto que otorga centralidad a una problemática que por su crucial importancia exige ser debatida y replanteada, la crítica china se revuelve a nivel teórico, revelando un dogmatismo incapaz de conectar con las nuevas realidades internacionales y en particular, de situar en su justa dimensión las exigencias y condicionamientos que impone a la lucha por el socialismo.

Las acusaciones chinas son refutadas una a una por Togliatti, argumentando que el PCI en forma alguna considera incompatible la coexistencia pacífica con las luchas de liberación de los pueblos oprimidos, pesando que lo que el PCI rechaza es la peligrosa agitación que los chinos promueven a propósito de las cuestiones internacionales, en la medida que las llevan al extremo inadmisibles de jugar con la idea catastrófica de una guerra nuclear.

En el mismo tenor, rechaza como perjudicial y peligroso su esquematismo al pretender reducir la lucha por la liberación a una lucha armada, pues, sin duda, ésta es en ocasiones inevitable, pero el error estriba en querer hacer de ella un modelo único. Togliatti agrega que los chinos han tergiversado las verdaderas posiciones del PCI al afirmar que:

"La violencia y ruptura revolucionarias no tienen ninguna posibilidad de ser en el mundo moderno, ya que todo progreso político y social debe desenvolverse, ahora más que nunca necesariamente y en todas partes, con formas sólo pacíficas. Nosotros nunca hemos afirmado una teoría semejante. Sabemos muy bien cual es el lugar que la violencia ha tenido y siempre conserva en la historia, en la lucha de los pueblos por su independencia (...)

"La apelación a la violencia revolucionaria no se hace en cualquier circunstancia y los avances y transformaciones revolucionarios incluso más profundas son posibles también sin ella (...)

"La cuestión debe, por tanto, examinarse y no se puede resolverse sino en base a una exacta apreciación de las condiciones concretas de la lucha que determinan tanto sus objetivos como las formas de organización y desarrollo" (183).

A la luz de estas consideraciones, Togliatti reafirma las premisas en que se sustenta la vía italiana al socialismo que, argumenta, constituye además la expresión de los principios de autonomía, plena soberanía y responsabilidad de cada partido comunista para desarrollar su propia línea política y programática.

Togliatti admite que, en efecto, el movimiento obrero de los países capitalistas más desarrollados no ha cumplido adecuadamente con la tarea que le corresponde en la lucha contra la opresión colonial y de apoyo a los movimientos de liberación nacional, reconociendo que en este sentido se han cometido graves errores que han perjudicado la causa común. Sin embargo, atribuye a su vez una posición errónea y peligrosa a los chinos acusándolos de querer convertir a este movimiento en la fuerza dirigente y más importante de la lucha anti-imperialista, e inclusive de querer aislarlo o contraponerlo al conjunto del movimiento comunista (184). No obstante, en su réplica Togliatti soslaya también el fondo y replanteamiento de esta problemática.

Además de estas cuestiones, Togliatti denuncia los intentos escisionistas chinos y su calumniosa campaña de desprestigio contra el PCUS y Kruschev; propone que se busquen acercamientos y entendimientos no para cancelar los debates, que considera vías fundamentales para aclarar las controversias y mantener la unidad del movimiento, sino para evitar que se traduzcan en rupturas que lo dañen; pero se pronuncia en contra de la iniciativa de Kruschev para celebrar una nueva conferencia mundial.

En este sentido, Togliatti advierte que una eventual excomunión de las posiciones chinas conllevaría el riesgo implícito de desplazar la atención de los partidos comunistas occidentales hacia ésteriles polémicas y luchas internas, que retrasarían aún más los esfuerzos encaminados a romper su relativo aislamiento y lograr una influencia activa y creciente en sus respectivas realidades socio-políticas:

"Hemos tenido siempre, y las conservamos, fuertes reservas sobre la utilidad de una conferencia internacional dedicada sólo, o en especial, a la denuncia y a la lucha contra estas posiciones, precisamente porque temíamos y tememos que de esta manera los partidos comunistas de los países capitalistas se vean empujados en la dirección opuesta a la necesaria, es decir, a cerrarse en polémicas internas, de naturaleza puramente ideológica, lejanas de la realidad. El peligro se haría muy grave si se llegase a una declarada ruptura del movimiento, con la formación de un centro internacional chino que crearía sus 'escisiones' en todos los países. Todos los partidos y particularmente los más débiles tenderían a dedicar gran parte de su actividad a la polémica y a la lucha contra estas llamadas 'secciones' de una nueva 'Internacional'. Entre las masas esto crearía decepción y el desarrollo de nuestro movimiento se vería obstaculizado muchísimo" (185).

Al repasar el catálogo de los principales problemas que afectan al campo socialista, Togliatti no desaprovecha la oportunidad para manifestar su preocupación por la lentitud y resistencia con que se han desarrollado las acciones tendientes a superar el "régimen de limitación y supresión de las libertades democráticas y personales que Stalin instauró" tanto en la URSS como en los demás países socialistas, máxime cuando ya no existen las condiciones de cerco capitalista y retraso económico que podían en su momento haberlas justificado.

Un aspecto crucial del Memorandum es el concerniente a las nuevas exigencias y desafíos que plantean al avance movimiento comunista las transformaciones y condiciones imperantes en las sociedades capitalistas: la centralización de la dirección económica, un replanteamiento de la lucha por la democracia, incluso en la dirección de la vida económica; el contenido y orientación de la lucha sindical; las relaciones con las masas católicas, con el mundo cultural y el progreso científico. En alusión implícita a la vía italiana al socialismo Togliatti argumenta que:

"Una reflexión más profunda sobre la posibilidad de una vía pacífica de acceso al socialismo, nos lleva a precisar que es lo que entendemos por democracia en un Estado burgués, como se pueden ensanchar los límites de la libertad y de las instituciones demo-

cráticas y cuales son las formas más eficaces de transformación de las masas obreras y trabajadoras en la vida económica y política. Surge, de esta manera, la posibilidad de la conquista de posiciones de poder, por parte de las clases trabajadoras, en el cuadro de un Estado que no ha cambiado su naturaleza de Estado burgués y por consiguiente si es posible la lucha por una posible transformación, desde dentro, de esta naturaleza" (186).

Togliatti vierte asimismo un renovado alegato en favor del policentrismo, rechazando en consecuencia toda tentativa de constituir una nueva organización internacional centralizada (no descartada todavía por el Kremlin). A partir de este principio, introduce la famosa tesis sobre la "unidad dentro de la diversidad" para acudir a un esquema básico sobre el que, a su juicio, deben regularse en lo sucesivo los términos y modalidades de las relaciones dentro del movimiento comunista internacional.

"Mi opinión es que, en la línea del presente desarrollo histórico y de sus perspectivas generales (avance y victoria del socialismo en todo el mundo), las formas y condiciones concretas de avance y de victoria del socialismo serán hoy y en el futuro próximo muy diferentes de como no han sido en el pasado. Al mismo tiempo, son muy grandes las diferencias de un país a otro. Por tanto, cada partido ha de saberse mover de manera autónoma (...). Nosotros estaríamos en contra, por consiguiente, de cualquier propuesta de crear de nuevo una organización internacional centralizada. Somos tenaces partidarios de la unidad de nuestro movimiento y del movimiento obrero internacional, pero esta unidad tiene que realizarse en la diversidad de posiciones políticas concretas, correspondientes a la situación y al grado de desarrollo de cada país" (187).

En el Memorial de Yalta se encuentran bosquejados ya algunos de los problemas y dilemas esenciales sobre el proyecto y la transición socialista en las sociedades capitalistas de la Europa mediterránea, a los que la propuesta eurocomunista intentará responder de manera articulada una década después.

Desde mediados de 1963 Khrushchev se había mostrado más resuelto que nunca a concertar una nueva conferencia mundial con el doble propósito de obtener una condena general de las tesis y los dirigentes chinos y de restaurar así la unidad y disciplina dentro del movimiento comunista. Planteada, desde esta perspectiva, la tentativa resultó un fracaso. La firme oposición china a participar en una conferencia "cismática", el eco que encontró entre diversos partidos asiáticos y las resistencias de los italianos a prestarse a este doble juego, fueron algunos de los obstáculos que no logró superar

la iniciativa de Kruschev. Esta situación ilustra claramente la merma que había sufrido la capacidad de convocatoria, alineamiento irrestricto y movilización del PCUS.

Todavía el 30 de julio de 1964, el Comité Central del PCUS convocó a los 26 partidos que habían fungido como miembros del Comité de Redacción de la Conferencia de 1960, para realizar el 15 de diciembre una conferencia preparatoria que estableciera las bases y procedimientos para realizar una nueva conferencia mundial hacia mediados de 1965.

En los meses previos a la celebración de la Conferencia preparatoria, se produjeron diversos acontecimientos que acentuaron el clima de crisis al interior del movimiento comunista.

El 12 de julio de 1964 se produjo el deceso de Maurice Thorez Secretario General del PCF. Con su muerte, después de 30 años de liderazgo ininterrumpido, se cierra un capítulo de la historia del PCF caracterizado por la rígida e incondicional subordinación a Moscú. Con el ascenso de Waldeck Rochet se inicia entonces un tímido proceso de transición que lo lleva a buscar, entre titubeos y retrocesos, pero sin tensar sus relaciones con Moscú, una efectiva inserción y participación en la vida política francesa.

Con Rochet, el PCF intenta seguir, aunque no de manera tan heterodoxa, un curso similar al del PCI, en cuanto a adaptar su doctrina y estrategia a las exigencias nacionales. El establecimiento de un acuerdo electoral entre el PCF y la SFIO (socialista) en diciembre de 1965 para apoyar la candidatura presidencial de Francois Mitterrand es un signo inequívoco de la nueva línea del PCF, después de largo ostracismo y sectarismo durante la IV República.

En 1964 también se produjeron cambios importantes al interior del Partido Comunista Español. El aliento renovador impulsado por el XX Congreso del PCUS no había pasado inadvertido dentro del PCE. Santiago Carrillo se coloca de inmediato al frente de una corriente que exige refuncionalizar la organización y estrategia partidista para lograr una mayor influencia orientada al derrocamiento de la dictadura franquista.

A iniciativa de Carrillo, el Buró Político del PCE aprueba en junio de 1956 un llamamiento a la reconciliación nacional. Esta política, que habría de convertirse en la piedra de toque de la estrategia comunista en las dos décadas siguientes, significaba para el PCE no sólo romper con la barrera del exilio, sino recuperar la iniciativa para intentar convertirse en eje de un amplio frente opositor que tuviera como propósito derrocar al régimen franquista a través de un sólido y sistemático oleaje huelguístico, que desembocara en una gran y definitiva huelga nacional y el ulterior establecimiento de un amplio marco de libertades democráticas.

La convocatoria a la reconciliación nacional partía del convencimiento de que la dictadura franquista se asentaba sobre una precaria base de soporte y que pronto caería por el propio peso de sus contradicciones; que en virtud de su debilidad política podría ser liquidada mediante una acción unificada de las fuerzas populares y opositoristas. La huelga general sería así el catalizador que pronto colocarían a las clases trabajadoras y a las masas populares en posiciones hegemónicas y al propio PCE como su fuerza dirigente dentro de una perspectiva revolucionaria. De acuerdo al PCE:

"El establecimiento en España del sufragio efectivo, de libertades políticas y de instituciones democráticas significaran la creación de una situación revolucionaria (...) en una situación de libertades políticas, el movimiento de los trabajadores logrará avances significativos en cuestión de días o quizá de horas, lo que hoy aparece como gran fuerza se convertira entonces en un verdadero poder capaz de llevar a cabo una revolución democrática, anti-feudal y anti-monopolista. En esa situación, nuestro partido, que es potencialmente el partido mayoritario entre los trabajadores, emergerá en cada rincón de España, en las ciudades y en el campo, sin que fuerza alguna lo pueda detener" (188).

Con esta nueva orientación el PCE, vuelve sin duda a conectar con la realidad después de una larga fase de sectarismo e inmovilismo. Pero las premisas y previsiones en que se basa, la presunta incapacidad del régimen franquista para reformarse, no tardan en revelar graves errores de concepción y cálculo. En 1959 la corriente renovadora logra desplazar a la vieja guardia protoestalinista de la dirección del partido, al ascender Santiago Carrillo a la Secretaría General.

Sin embargo, para 1963 se han abierto ya dos claros frentes de impugnación a la estrategia adoptada por el PCE desde 1956. Por una parte, una variada gama de fuerzas de ultra izquierda (maoístas) rechazan toda posibilidad de una transformación pacífica y la consecuente práctica de una amplia colaboración inter-clasista, para lograr el derrocamiento de la dictadura franquista y el establecimiento de una situación revolucionaria con potencial socialista. Por la otra, un grupo renovador, precursor en cierta medida de las posiciones eurocomunistas que el PCE adoptara a principios de los 70's, dirigido por Fernando Claudin y Jorge Semprún, critica abiertamente el "subjetivismo" de la política oficial y exige una revisión y ajuste de su orientación estratégica.

De acuerdo a Fernando Claudin (189), hacia mediados de los 60's la ascendente marea opositora en España no era síntoma de una crisis definitiva del capital monopolista, sino de una crisis política que el capital monopolista podía superar

si lograba refuncionalizar sus mecanismos de dominación. En este sentido, agregaba que el país no enfrentaba una crisis revolucionaria, sino una crisis política que sería resuelta mediante luchas "desde abajo" e iniciativas "desde arriba" que a través de reformas económicas y políticas parciales seguirían una vía gradual y relativamente pacífica. Sobre esta base Claudin proponía que:

"Las tareas inminentes de la revolución democrática se desarrollarán de la siguiente manera: primero, la liquidación de la forma fascista de Estado, segundo, sucesivas transformaciones democráticas, tanto políticas como económicas, impuestas por la lucha de fuerzas antimonopolistas durante el período inmediato a la liquidación de franquismo, aún y cuando el capital monopolista (o alguno de sus grupos representativos) mantendrá aún el núcleo fundamental del poder político; tercero, un período de conquista del poder por la coalición antimonopolista dirigida por la clase trabajadora, lo que representa la fase más radical de la revolución democrática y el inicio de su cambio hacia una revolución socialista" (190).

La divergencia táctica planteada por Claudin dentro del PCE no fue replicada en el plano conceptual y analítico por la dirigencia que se limitó a rechazar sus planteamientos y a expulsarlo, junto con Semprún, en 1964. Sin embargo, su exclusión no pudo evitar que sus reflexiones se convirtieran en motor propulsor de ideas renovadoras que cobraron creciente influencia dentro del PCE en los siguientes años, abriendo así un proceso de acercamiento y convergencia con las posiciones que ya entonces había asumido plenamente el Partido Comunista Italiano.

Por otra parte, la eliminación de Kruschev de la Secretaría General del PCUS ocurrida el 14 de diciembre de 1964, encendería un nuevo foco de agitación y turbulencia dentro del movimiento comunista. El ascenso a la máxima dirigencia de Brezhnev representó el retorno de un clásico funcionario de aparato; el restablecimiento de los métodos de control típicos de la burocracia jerárquica, autoritaria y conservadora que por su propia naturaleza tendió a revertir, limitar o asfixiar las innovaciones introducidas durante la época de Kruschev (191).

Pero el giro regresivo que impulsó la nueva dirigencia soviética no contaba ya con los engranajes orgánicos e ideológicos que en el pasado habían garantizado su eficacia e infalibilidad. El movimiento ya no responde a sus dictados, ni en bloque, ni mucho menos de manera homogénea o automática. Las relaciones con China siguen cuesta abajo y le abren fisuras con diversos partidos comunistas asiáticos. Con distinto grado e intensidad los partidos comunistas de Europa Occidental han absorbido ya, como tendencias irreversibles, las orientaciones "autonomistas" derivadas del XX Congreso del PCUS.

La destitución de Kruschev provocó asimismo, el aplazamiento de la Conferencia Preparatoria, de los partidos comunistas que sin embargo se realizaría del 10. al 15 de marzo de 1965 con la asistencia de sólo 19 de los 26 partidos convocados. La Conferencia finalmente adquirió sólo un carácter consultivo y concluyó sin fijar fecha para la conferencia mundial y sin haber producido documento alguno de relevancia.

No obstante, el Kremlin emprendió nuevas iniciativas para tratar de recuperar sus mecanismos de control y dirección sobre el movimiento comunista. En abril de 1967 organiza en Karlovy Vary, Checoslovaquia, una reunión de partidos comunistas europeos, a la que no asisten ni los rumanos, ni los yugoslavos. El objetivo de los soviéticos consistía en crear condiciones propicias para convocar a una nueva Conferencia Mundial, así como contrarrestar el proceso de integración europea promovido por Occidente. La reunión concluyó con una declaración genérica que se limita a reiterar el compromiso de los asistentes de redoblar su lucha por la distensión internacional.

Cabe destacar que durante esta reunión se produjo un fuerte choque entre la delegación española y el PCUS quien se resistió a considerar la lucha internacional contra la dictadura de Franco como una tarea esencial de los partidos comunistas. Más aún, el restablecimiento de relaciones consulares y diplomáticas de la URSS y otros países del Este con el régimen franquista "provocaba enorme indignación entre los comunistas españoles; les ayudaba asimismo a percibir que la política de la URSS se basaba en objetivos de Estado, con escasa o nula preocupación por el internacionalismo" (192).

El empeño soviético por realizar una conferencia de más largo alcance, desemboca finalmente en la celebración de una Conferencia Internacional entre el 26 de febrero y el 10. de marzo de 1968 en Budapest. Pero sólo asisten 67 de los 92 partidos obreros y comunistas formalmente constituidos, destacando la ausencia de seis de los partidos en el poder: Albania, Cuba, Corea, China, Vietnam y Yugoslavia.

El PCUS fracasa nuevamente en su propósito fundamental de lograr una condena colectiva y oficial de los chinos en el documento final. Las resistencias y objeciones de italianos, españoles, franceses y rumanos impiden que la Conferencia se abroque facultades y prerrogativas de carácter teórico e ideológico que sirvan a los intereses de la política soviética, por lo que los debates se centran casi exclusivamente, y a pesar de la escalada anti-china promovida por los soviéticos, en la lucha contra el imperialismo (193).

7. LA PRIMAVERA DE PRAGA Y LA DOCTRINA BREZHNEV.

Veinte años después del golpe de Praga, que condujo al partido comunista al poder, se inicia en Checoslovaquia, hasta entonces uno de los pilares más sólidos y estables del orden comunista en Europa Oriental, un vigoroso y en cierto sentido tardío proceso de renovación socialista.

Resulta paradójico que sea precisamente en el país de Europa Oriental que en el momento de su conversión al campo socialista, contaba con el más alto grado de desarrollo económico, con una industria con mayor peso específico en los mercados europeos y mundiales, con una clase obrera netamente configurada y relativamente numerosa, que había conocido décadas de régimen parlamentario con fuerte raigambre de tradiciones liberales y democráticas, donde se producía con mayor retraso dicho proceso de renovación (194). Pero es quizá también por esas razones y por las lecciones extraídas de las experiencias que le precedieron, que ese proceso haya adquirido en Checoslovaquia una mayor agudeza y profundidad.

"Lo que distingue la evolución checoslovaca de la evolución precedente o simultánea de las otras democracias populares es el surgimiento, en el seno y al frente de un partido comunista particularmente fuerte y numeroso, de una corriente tendiente a llevar a cabo al mismo tiempo la doble operación de democratización y desatelerización, y todo ello con un espíritu realista que tenía en cuenta la coyuntura internacional, la precaria posición de Checoslovaquia como bastión avanzado del bloque socialista y el respeto a los intereses esenciales de la potencia hegemónica" (195).

Y sin duda el proceso de renovación que se inicia el 5 de enero de 1968 con la destitución de Novotny como primer Secretario del Partido Comunista Checo y la designación de Alejandro Dubcek como su sucesor, no pretendía desbordar los límites de permisibilidad del modelo imperante, ni trasgredir el orden socialista. No se buscaba un giro dramático y radical, sino conferirle un "rostro humano" al socialismo.

El proceso renovador dirigido por Dubcek, que sólo duraría de enero a agosto de ese año, tuvo como propósito romper viejas inercias y remover lastres que habían bloqueado y debilitado la experiencia socialista: se flexibilizó el sistema económico introduciendo estímulos para lograr una mayor eficiencia, competitividad y productividad, pero sin afectar la propiedad estatal; se intentó democratizar el sistema político -institucional, permitiendo una discusión política y una vida cultural más abiertas, la aplicación de normas de funcionamiento más democráticas dentro del partido, restituyendo a las organizaciones de base el derecho a la libre discusión e incluso a la crítica a condición de que fuese siempre sobre una base socialista; intentando establecer una clara separa-

ción entre los poderes del partido y del gobierno, aumentado la responsabilidad de éste ante un Parlamento que debería de ser más representativo y dinámico, aboliendo la censura y buscando depurar y reorganizar los aparatos de seguridad estatal.

En el "Programa de Acción del Partido Comunista Checoslovaco" aprobado por su Comité Central el 6 de abril de 1968, se plantean tales medidas con el propósito de "emprender la construcción de un modelo de sociedad socialista, profundamente democrático y adaptado a las condiciones checoslovacas" (196).

Encuadrado bajo estos términos, el proceso reformador no ponía en duda los principios básicos del marxismo-leninismo. La apertura no se hace extensiva a las fuerzas no socialistas, no se establece derecho alguno para conformar nuevos partidos, ni admitir una oposición institucionalizada; la crítica al partido comunista en momento alguno pone en discusión su papel dirigente, que se reafirma como garantía de un desarrollo socialista progresivo. Lo que se cuestiona es tan sólo el poder monopolista y totalitario que había ejercido desde 1949.

El programa de Dubcek proponía, pues, corregir y suavizar la dictadura del partido hegemónico con la introducción de elementos liberales. En el plano de la política exterior la nueva dirección reafirmó de modo perentorio su permanencia dentro del Pacto de Varsovia y su voluntad de seguir considerando a la URSS como el principal baluarte y vanguardia del socialismo a escala mundial.

Sin embargo, Dubcek pronto se vió atrapado entre dos fuegos. Su proyecto de renovación provocó un empuje cada vez más vigoroso y reivindicaciones cada vez más radicales ya no sólo entre el ala progresista del partido (que ya para finales de abril había asegurado la dirección de la Asamblea Nacional y del Gobierno), sino entre amplias masas estudiantiles y trabajadoras. El proyecto renovador suscitó una nueva esperanza, que el socialismo podía ser algo distinto de lo que era, amalgamando las aspiraciones democráticas y las tradiciones nacionales bloqueadas durante dos décadas por el rígido autoritarismo protoestalinista.

En contraparte, en el seno del Pacto de Varsovia, el desacuerdo, la desconianza y la irritación por lo que sucedía en Praga fueron dominando las reacciones de las direcciones partidistas. En mayo, el Kremlin demanda la presencia de una delegación checoslovaca en Moscú para exigir cuentas y explicaciones sobre su política; los alemanes del este y los polacos son quienes más insisten en las acusaciones sobre el abandono del socialismo. Los checos se comprometen a introducir algunas restricciones en el programa de abril, en el sentido de subrayar que el papel dirigente del partido no debería ser objeto de dudas; que no se autorizaría ningún

partido de oposición, que el partido combatiría a las fuerzas anti-socialistas y las fuerzas de derecha. Dubcek se esfuerza por asegurar a los soviéticos que el partido controlaba la situación y que no había motivo para abrigar dudas por los acontecimientos que se desarrollaban en Checoslovaquia.

En cuanto la delegación checa sale de Moscú, se reúnen a puerta cerrada los dirigentes de la URSS, Alemania del Este, Polonia, Bulgaria y Hungría, conformándose entonces el "Grupo de los Cinco" que prepararía, ejecutaría y encubriría más tarde la intervención armada.

A partir de mayo, Dubcek se mueve en una cuerda floja intentando mantener un precario equilibrio entre dos exigencias antitéticas: cuanto hace por ganar la confianza de las masas, lo hace perder terreno ante los soviéticos y viceversa. Se haya ya entrampado entre dos fuegos. De ahí que, cuando a finales de mayo el Comité Central decide convocar para el 9 de septiembre al XVI Congreso Extraordinario del Partido Comunista Checo, la 'Primavera de Praga' entra en su fase decisiva.

El enfrentamiento entre los grupos conservadores -que representaban a trasmano los intereses de Moscú y del Grupo de los Cinco-, las fuerzas liberales se recrudece y entra en un punto de irreversibilidad. En junio el alto mando del Pacto de Varsovia decreta el inicio de maniobras militares conjuntas que permitan a las tropas soviéticas instalarse en Checoslovaquia para no salir más. Moscú parece dar los primeros visos de considerar una eventual intervención armada.

La preocupación soviética por el giro que toma la situación en Checoslovaquia se ve incrementada notablemente cuando el órgano de los escritores "Literarni Listy", publica el 27 de junio un llamamiento titulado "Dos mil Palabras", dirigido tanto a los comunistas como a las masas en su conjunto para que se dispusieran en emprender el gran combate contra las fuerzas del viejo orden, organizando reuniones de crítica pública, manifestaciones, huelgas e iniciativas tendientes a defender la libertad de expresión. Finalmente, al aludir a la posibilidad de una intervención extranjera, el llamamiento daba seguridades de que saldría en defensa del gobierno, incluso con las armas, si éste cumplía con el mandato que se le había conferido.

El llamamiento produjo un verdadero revuelo, principalmente entre los soviéticos quienes exigen a Dubcek castigar energicamente a los culpables. El 11 de julio "Pravda" considera al llamamiento como un programa de las fuerzas antisocialis

tas y contrarrevolucionarias para subvertir el orden en Checoslovaquia. Bajo una atmósfera cada vez más tensa y como un evidente acto de presión, el "Grupo de los Cinco" cita a los checos a una reunión en Varsovia prevista para el 14 de julio. Ante la sorpresa general, el Comité Central del PCCH vota por unanimidad la respuesta sugerida por Dubcek, que rechazaba no sólo las exigencias del "Grupo de los Cinco" sino que además declina la invitación para asistir a Varsovia (197).

Los dirigentes soviéticos fingien no dar importancia a esta negativa, pero en realidad intensifican los preparativos para montar un teatro que les permita "legitimar" sus planes de intervención militar. En un intento aparente de negociación, los soviéticos invitan al Presidium checoslovaco a una reunión bilateral, que habrá de celebrarse a finales de julio en Cierna del Tizna, en la frontera Eslovaco-Ucraniana.

En vísperas de tal reunión el 26 de julio, 'Literarni Listy' emite un nuevo llamamiento nacional de apoyo a Dubcek que levante una oleada entusiasta y decidida de adhesión a su programa. El vigoroso movimiento de masas que respalda a Dubcek despeja cualquier sombra de duda que aún mantuviera el Kremlin sobre el destino de Checoslovaquia, pues, más que un peligro contrarrevolucionario amenazaba con arrebatarse el control efectivo del país. En la reunión de Cernia, Brezhnev logra que los representantes del Buró Político checoslovaco expresen su opinión, con lo que surgen las discrepancias internas, mientras los soviéticos mantienen un bloque monolítico. Como siguiente paso de su escalada intervencionista, el Kremlin organiza una reunión de los "Cinco" en Bratislava, realizada el 3 de agosto, a la que se ven comprometidos a acudir los líderes checoslovacos. En esa reunión:

"Se aprueba un largo documento, no específicamente sobre Checoslovaquia, sino sobre los problemas generales del socialismo. En él aparece ya formulada la que luego se conocerá como tesis de la 'soberanía limitada' de Brezhnev. La definición exacta es la siguiente: 'la defensa y consolidación de las conquistas socialistas constituyen un deber internacional común de todos los países socialistas', frase a primera vista anodina. Pero si -punto decisivo que no se formula pero que se impone en los hechos-, el PCUS decide que son 'las conquistas socialistas' y cuando y como deben ser 'defendidas', la frase citada equivale a otorgar a la Unión Soviética el derecho de intervenir, incluso militarmente, en cualquier país de la comunidad socialista siempre que considere nociva para sus intereses la política aplicada en dicho país" (198).

En la noche del 20 al 21 de agosto los tanques soviéticos se apoderaron de Praga. Dubcek, quien al parecer nunca llegó a estimar que su política representará una amenaza para el sistema socialista, ni pensó que los soviéticos se atreverían a destruirla mediante una intervención armada, fue notificado de la inminencia del golpe la noche del 20 de agosto. Tras interrumpir una reunión del Presidium, redactó el texto de una 'proclama a la nación' donde calificaba la invasión como un "acto contrario a los principios fundamentales de las relaciones entre Estados socialistas" y como una "violación" de los principios del derecho internacional", pero finalmente exhortaba a los ciudadanos y a las fuerzas armadas a no oponer resistencia a las "tropas en marcha" (199).

Los tanques soviéticos realizaron una de las maniobras militares más amplias y mejor ejecutadas de la posguerra. Pero para desactivar la surtida contrarrevolución y agresión imperialista no tuvieron que destruir trincheras ni barricadas; sino ocupar las oficinas del Comité Central del PCCH, las sedes del Gobierno, del Parlamento y del Frente Nacional. Lo hicieron no para detener a conspiradores, agitadores, ni contrarrevolucionarios, sino a reconocidos dirigentes y militantes comunistas, verdaderos artífices de la Primavera de Praga.

Si la operación militar fue rápida y muy efectiva, las iniciativas soviéticas para promover una solución política que la arropara y legitimara fueron un fracaso. Los órganos del Partido y del Estado checo y numerosas organizaciones de base no sólo condenaron la intervención, sino que exigieron la retirada de las tropas invasoras y la liberación de los dirigentes detenidos. A raíz de la ocupación, los grupos renovadores del PCCH deciden anticipar la celebración del Congreso Extraordinario, programado originalmente para el 9 de septiembre.

En el Congreso, realizado el 22 de agosto en condiciones de semiclandestinidad, además de las exigencias anteriores, se rechazó toda tentativa de colaboración con las fuerzas de ocupación y se decidió constituir al propio partido en expresión orgánica de la resistencia legal. Se eligió un nuevo Comité Central, un nuevo Presidium y se ratificó a Dubcek como Primer Secretario.

La resistencia popular obligó a los soviéticos a modificar por completo su estrategia política. Deciden trasladar a los máximos dirigentes partidistas y gubernamentales checos a Moscú para obligarlos a pactar un acuerdo que "normalizará" la situación. El 26 de agosto se signan los Acuerdos de Moscú; en ellos Checoslovaquia queda prácticamente en régimen de tutela, se acepta la permanencia de las tropas soviéticas hasta que fuese liquidada por completo la amenaza 'contra el socialismo' (sobre esta base, el 16 de octubre se firmaría

un tratado sobre el estacionamiento fijo de unidades soviéticas en territorio checo) (200). Además, se obliga a los dirigentes checoslovacos a librar una lucha enérgica contra las fuerzas contrarrevolucionarias; a restablecer la censura, a prohibir las organizaciones no comunistas; a declarar nulo y sin efectos el XVI Congreso Extraordinario del PCCH y a garantizar la permanencia partidista de cuadros adictos al marxismo-leninismo y al internacionalismo proletario, esto es, dóciles a la política de Moscú.

A partir de los Acuerdos de Moscú, los soviéticos pusieron en práctica un metódico y prolongado plan para recuperar el control de la situación en Checoslovaquia, pues contrariamente a lo que había sucedido en Hungría 12 años atrás, no había un vacío político que un simple recambio en la dirigencia partidista podía empezar a llenar. En Checoslovaquia las fuerzas de resistencia comprometidas en el proceso de democratización y empeñadas en llevarlo a cabo se hallaban dentro del Partido Comunista, en los órganos e instituciones controladas o vinculadas a él.

"Aunque Dubcek, Smrkovski (Presidente del Parlamento), Cernik (Jefe del Gobierno), volvieron a ocupar sus cargos y alimentaban la esperanza de que podrían proseguir su experiencia de renovación socialista, de hecho el futuro estaba ya escrito en esos acuerdos. Se habían convertido en dirigentes con 'soberanía limitada', mediatizados, sometidos al protectorado de la URSS. En vez de operar el cambio de golpe, con los tanques, los soviéticos lo llevaron a cabo por partes, en el curso de poco más de un año. La primera medida sustancial fue apartar, en enero de 1969, a Smrkovski, sin duda el más popular de los dirigentes de la Primavera de Praga. Fueron colocando a los hombres que les eran fieles; este proceso mismo iba sembrando la desconfianza y el desánimo entre los comunistas y el pueblo. Se rompía la unidad entre masas y partido, entre militantes y dirigentes (...) con el espíritu burocrático y meticuloso, tan típico de la tradición checa, la nueva dirección fue anulando todas y cada una de las resoluciones del partido del período enero-agosto 1968; fue reescribiendo la historia para que se ajustase a los deseos de Moscú y para que la intervención militar del 21 de agosto se trasmutase en 'ayuda fraternal'" (201).

A diferencia también de la invasión de Hungría, la ocupación soviética de Checoslovaquia provocó un impacto brutal en el movimiento comunista internacional, inmerso ya entonces en un abierto proceso de dislocación y ruptura. Su efecto fue determinante en las relaciones de Moscú con diversos partidos comunistas de todo el mundo, en particular con algunos que por encima de las divergencias específicas con los estilos y procedimientos del Kremlin, mantenían en la fidelidad a la URSS la piedra de toque de su política interna e internacional.

La mayoría de los partidos comunistas de Europa Occidental, adoptaron una actitud de crítica y reprobación. Fue un hito sin precedente en el movimiento comunista internacional. Por vez primera, un bloque considerable de fuerzas comunistas se opuso públicamente a la URSS y no precisamente en lo concerniente a una cuestión de detalle, sino frente a un hecho que cuando menos exigía revisar y replantear los términos de su relación con Moscú. La relación ya no podía seguir dependiendo de valores entendidos.

Las condenas más enérgicas, las actitudes de mayor perplejidad y oposición provinieron de los partidos comunistas que no sólo disponían de mayor influencia, sino que además en una u otra medida habían procurado forjar y proyectar una imagen distinta, menos sombría, del socialismo: el Italiano (PCI), el Español (PCE), el Japonés (PCJ) e incluso el Francés (PCF). De hecho para el PCE y el PCF, la ocupación de Checoslovaquia constituyó un episodio decisivo e irreversible en su posición frente a la URSS: la subordinación y la incondicionalidad cederán cada vez mayor terreno a la incertidumbre y la desconfianza. La imagen de la URSS, como defensora, promotora y guía del socialismo ya no se tambaleaba en su pedestal, ahora rueda cuesta abajo.

Así, la invasión de Checoslovaquia sitúa en un primer nivel de pertinencia y relevancia interrogantes sobre la función y prerrogativas de Moscú dentro del movimiento comunista, sobre cuestiones que al menos desde la invasión de Hungría habían sido escamoteadas o atenuadas por fuertes condicionamientos ideológicos, pero cuya resolución teórica en la nueva conjuntura era ya discernible a partir de las evidencias acumuladas, a partir de sus específicas connotaciones y efectos políticos.

Con este hecho, finalmente, numerosos dirigentes y cuadros comunistas llegan al convencimiento de que es indispensable discernir si las características del socialismo en un determinado país dependían de las aspiraciones y necesidades de su pueblo o de los sedicentes principios que la URSS reclamaba detentar de manera exclusiva y podía aplicar según le conviniese. Aquí se rompe de manera abrupta la percepción de que en el Este se había creado un nuevo tipo de relaciones entre Estados socialistas, al reconocerse que se aplicaban métodos de sojuzgamiento y opresión típicos del imperialismo. Pero estos cruciales dilemas no sólo son advertidas con cierto retraso, sino que no logran ser despejados de manera precisa pues prevalecen actitudes vacilantes y sentimientos encontrados. El distanciamiento de Moscú significó un enfoque más cauto y prudente del prosovietismo, no su necesario replanteamiento.

LA CONFERENCIA MUNDIAL DE 1969.

Después de nueve años de preparativos, aplazamientos y prolongadas maniobras de inducción y presión de la dirigencia soviética, entre el 6 y 17 de junio de 1969 se celebra en Moscú la última Conferencia Mundial de los Partidos Comunistas y Obreros que se registra en los anales de la historia.

Si en la reunión preparatoria de Budapest de febrero de 1968 el objetivo central de los soviéticos consistía en lograr una condena colectiva contra Pekín, proyecto que ya entonces carecía de bases de consenso para materializarse, los acontecimientos de Praga alteran aún más el difícil contexto en que se lleva a cabo la Conferencia. Convocada por el PCUS con el propósito de rehacer la unidad, concluye expresando las irreductibles divergencias del movimiento (202).

Participan 75 de los 92 partidos comunistas existentes. Están ausentes representantes de cinco partidos en el poder: Albania, Corea, China, Vietnam y Yugoslavia. Tan nutrida asistencia expresa sin duda el legítimo deseo de salvaguardar cierta "unidad comunista", en medio de crecientes divergencias, pero quizá en el fondo existía la convicción o la certeza de que este esfuerzo iba a contrarcorriente de las tendencias dominantes en su interior. La URSS exigía una vuelta a la ortodoxia, cuando esta ya estaba vaciada de cualquier sustento y sustancia. Pero probablemente nadie deseaba una ruptura definitiva. El PCI introduce una vez más su tesis de "unidad en la diversidad", que permite salvar temporalmente el escollo y resolver superficialmente el dilema. Durante los trabajos del Congreso, se entra en un juego de presiones, regateos y concesiones, pero salvo algunas líneas inocuas, las contradicciones predominantes reflejan el "extravío" de puntos mínimos de identidad capaces de rearticlar al movimiento.

Como condición para la realización de la Conferencia, se acordó que en el documento preparatorio y en la resolución final se omitiera toda referencia a las cuestiones china y checoslovaca. No obstante, se aceptó que las intervenciones se hicieran públicas, con objeto de que cada partido dejara constancia de sus posiciones. La objeción de varios partidos, en particular el italiano, para abordar la cuestión china estaba sólidamente fundamentada; aún cuando no compartían las posiciones chinas y de hecho se oponían a las tesis maoístas, estimaban inadmisibles que los soviéticos utilizaran la Conferencia con fines condenatorios, no sólo porque aparecerían como simples apéndices de Moscú, sino además porque estaban conscientes que podían establecer un peligroso precedente que más tarde podría volverse en su contra.

Brezhnev mismo se encargaría de dirigir la ofensiva antimaoísta durante la Conferencia, denunciando sus provocaciones armadas, su antisovietismo, su rechazo al genuino "comunismo científico" y sus tentativas de dividir al movimiento comunista (203). De hecho, el conflicto chino-soviético había entrado desde los acontecimientos de Checoslovaquia en una nueva y peligrosa fase de activación. Para los chinos, la invasión de Praga vino a presentarse como una muestra fehaciente del "socialimperialismo soviético", de su colusión con el imperialismo yanqui para "repartirse el mundo".

La virulencia de su lenguaje para denunciar el "revisionismo" soviético alcanzó límites sin precedente. El conflicto se agravó cuando el 2 de mayo de 1969 se registraron los primeros enfrentamientos armados entre destacamentos militares chinos y soviéticos en zonas fronterizas, enfrentamientos que se prolongarían hasta agosto del mismo año (204).

Asimismo, para los soviéticos resultaba crucial que la cuestión checa se mantuviera al margen de las polémicas, con objeto no sólo de ocultar las divisiones que había creado la intervención armada y evitar que su tratamiento revelara la dimensión y profundidad de su pérdida de liderazgo en el movimiento, sino además con el propósito de proyectar ante la opinión pública mundial que los disensos no eran graves en realidad, que la gran mayoría del movimiento continuaba respaldando sus líneas de actuación. No obstante, el problema es lo suficientemente serio como para mantenerse oculto.

Sin aspavientos ni frases estruendosas, varios partidos (italiano, español, australiano, austriaco, sueco, suizo, belga e inglés, entre otros) manifiestan su desacuerdo. En contraste, no fueron pocos los que aplaudieron o justificaron la intervención soviética a partir de los viejos dogmas: se salvo al genuino socialismo de un presunto movimiento contrarrevolucionario, de un sabotaje orquestado por fuerzas anti-soviéticas apoyadas por Occidente.

Los puntos de enfrentamiento no se redujeron a las cuestiones señaladas. El abánico era mucho más amplio y ya no hubo forma de cerrarlo. Simplificando, se perfilaron claramente dos posiciones antitéticas. Los alineados y subordinados con el monolitismo soviético que insistieron en el integrismo ideológico; incondicionalidad a la "patria socialista" partido guía, modelo único; ejes generales de desarrollo; líneas comunes de acción condena a toda tipo de "desvisionismo" y "revisionismo".

Por otra parte, los partidos renovadores, encabezados por el PCI, que abogaron por una línea pluralista; vías nacionales y específicas de transición autonomía, descentralización; respeto a las divergencias; en suma, unidad en la diversidad.

El PCF asumió una postura ambigua e inconsistente, tras el que persistía la dificultad de desprenderse de su fuerte legado y formulación stalinista. Intenta mantener un precario equilibrio y no comprometerse abiertamente con ninguna de las dos corrientes en pugna. Ni respalda incondicionalmente las tesis soviéticas, ni apoya activamente las posiciones renovadoras. Opta por resguardarse bajo la sombra del eclecticismo. Sin desaprobación sus críticas precedentes, se muestra complacido por la "normalización" checoslovaca, secunda los ataques contra el maoísmo; exalta los logros materiales soviéticos y el papel decisivo de la URSS en la lucha por la paz y contra el imperialismo.

En contraparte, la representación del PCE no tuvo reparo alguno en reafirmar sus posiciones críticas y renovadoras. Ya en septiembre de 1968 había fijado claramente su postura respecto a los sucesos de Praga al declarar, a través de su órgano informativo oficial:

"No podemos concebir ni admitir la hipótesis que ahora nuestros enemigos pueden formular de que el día que nuestro partido llegue al poder en España, en alianza con las fuerzas del trabajo y de la cultura, otra potencia socialista, cualquiera que sea, nos fije su política y, menos aún intervenga militarmente en nuestro territorio, sin nuestra más enérgica resistencia" (205).

Incluso, la enérgica e inusual reacción del PCE provocó que el Kremlin promoviera el surgimiento de una corriente escisionista, dirigida por Eduardo García, entonces Secretario de Organización y por Enrique Lister, destacado combatiente de la Guerra Civil, que tras una fugaz y poco efectiva incursión en el terreno propagandístico, bajo las siglas de Nuevo Partido Comunista Obrero Español, se fraccionaría y desvanecería rápidamente (206).

Ante ello, en su informe al Comité Central, el Secretario General del PCE, Santiago Carrillo (fechado también en septiembre de 1968) sostenía que se había instaurado una especie de "guerra fría en nuestro propio campo", responsabilizando de la grave situación que se había creado en el movimiento comunista a las "posiciones de los partidos que ocupan el poder", cuya política se determinaba por "razones de Estado" y advertía, en alusión al apoyo soviético al grupo escisionista, contra las "maniobras destinadas a socavar la unidad partidista" (207).

Así, durante la Conferencia el PCE no sólo ratifica estas críticas, sino que además consigue que en el documento resolutivo se omita toda referencia a la existencia de un partido-guía o un país-guía dentro del movimiento comunista internacional. La oposición del PCE a un modelo de tipo soviético entraba ya en un sendero irreversible que lo conduciría posteriormente a enfrentamientos frontales con Moscú.

Al escenificarse la Conferencia era evidente que las posturas críticas y propuestas renovadoras del PCI se habían constituido ya en un polo de creciente atracción en influencia, en particular, sobre un importante segmento de partidos comunistas occidentales. La delegación italiana, dirigida por Enrico Berlinguer, no desaprovecha la brillante oportunidad que le presentó este foro para exponer con serenidad y firmeza algunas de las líneas estratégicas de lo que pocos años más tarde sería denominado "eurocomunismo".

Berlinguer reafirma, de entrada, el legítimo derecho que le asiste al PCI para formular de manera autónoma su propia vía de transición y construcción socialista.

"Nuestro objetivo -que es el de realizar la transformación socialista de Italia- requiere que elaboremos una vía autónoma de lucha, requiere que se haga evidente a las grandes masas la concepción que tenemos de la vía de avance al socialismo en nuestro país y de los caracteres originales que deberá asumir en Italia la construcción de la sociedad socialista. Rechazando el concepto de que pueda existir un modelo socialista único y válido para todas las situaciones no se trata sólo de particularidades nacionales que deberían añadirse a las leyes generales de desarrollo de la revolución socialista y a la edificación de la sociedad socialista. En verdad las mismas leyes generales de desarrollo de la sociedad, los mismos intereses esenciales y universales de la revolución socialista no existen en un estado puro, sino siempre y solamente en realidades particulares, históricamente determinantes e irrepetibles" (208)

Sobre esta base, Berlinguer niega una vez más la posibilidad de que un partido se abroque en exclusiva y unilateralmente el derecho de juzgar la línea de otro partido y especifica que la línea del PCI es diferente porque apunta a un tipo de sociedad "diferente de cualquier otra existente".

La precisión no es gratuita y encierra un mensaje que no por implícito deja de ser inequívoco. Los modelos existentes no pueden ser ya más, al menos para el PCI, punto de referencia e identidad obligado. Por el contrario, el carácter peculiar y diferenciado del modelo concebido por el PCI proviene precisamente de su comparación-distinción con los prevaletentes. Sin posturas suicidas ni intransigentes el PCI ha hecho ya un claro deslinde e insinuado una nueva opción que si bien no está del todo sustanciada, se ha definido ya como opuesta/distinta de lo existente.

Berlinguer insiste en que debido a la madurez y amplitud alcanzada por el movimiento comunista "no puede haber un centro dirigente, un partido guía, un Estado guía"; consagrando al mismo tiempo como un "valor de principios" el respeto irrestricto de la independencia y soberanía de cada estado y cada partido.

Ratifica también la solidaridad del PCI con la 'Primavera de Praga' y su desacuerdo por la intervención militar precisando que sin ánimo alguno de "intervenir en los asuntos internos de las camaradas checoslovacas", los acontecimientos ahí verificados no aluden sólo a los países interesados sino a todo el movimiento, toda vez que se relacionan con cuestiones de principio como "la independencia y soberanía y como también lo son las de la democracia socialista y la libertad de cultura".

El Secretario General del PCI no ahorra críticas a la Conferencia. Se opone sin ambages a la aprobación íntegra del documento resolutivo: "no se trata solamente a objeciones de este o aquel punto, sino de una objeción que abarca la estructura misma del documento" pues "la situación aún no está madura como para llegar a conclusiones comunes sobre los numerosos temas comprendidos en el documento".

Más adelante agrega: "tenemos serias dudas sobre el carácter científico de varios aspectos desarrollados en el proyecto del documento. El estilo de documento es a menudo más exhortativo y propagandístico que analítico y ello no permite percibir toda la novedad, riqueza y complejidad del proceso de desarrollo de los movimientos revolucionarios actuales en el mundo". Y va aún más lejos incursionando en terrenos hasta entonces vedados y que ningún dirigente comunista había osado transitar en una reunión al más alto nivel, declara "nos parece insatisfactoria la parte dedicada a los países socialistas y a los problemas del socialismo. El documento da una configuración del socialismo que parece uniforme, al menos en sus rasgos más esenciales, y que no corresponde y en parte contradice el tipo de sociedad por la cual nosotros pedimos que luche la clase obrera y trabajadora de nuestro país" (209).

La herejía eurocomunista esta en marcha.

IV. LA PROPUESTA EUROCOMUNISTA.

1. EL ORIGEN DEL TÉRMINO.

No resulta nada sorprendente que el término "eurocomunismo" haya surgido originalmente en la prensa italiana hacia mediados de 1975, en una fecha que no es posible determinar con certeza puesto que su autoría y, por ende, su fecha exacta de aparición, fueron objeto de controversia (210).

Lo que no deja de ser irónico y hasta paradójico es que los tres periodistas que se disputaron tal privilegio hayan compartido como rasgo común el de emplear el término para combatir, criticar o desacreditar las innovaciones teóricas, las propuestas políticas y las iniciativas autónomas que venían desplegando algunos de los partidos comunistas que operan en el capitalismo desarrollado, particularmente en la Europa mediterránea.

Esta ironía no deja, sin embargo, de responder a una lógica que encuentra sustento, por un lado, en una efectiva aunque no homogénea transformación pro-democrática de los Partidos Comunistas Italiano, Español y Francés, que sobre todo en el caso del PCI fue acompañada de un sostenido incremento en su peso e influencia político-electoral, que lo perfiló en ese entonces como una seria opción de gobierno y, por el otro, en la necesidad de los sectores y fuerzas de derecha u opositoras al comunismo de vulnerar la legitimidad y credibilidad de dichos partidos para evitar su eventual ascenso al poder (PCI y PCF) o su arraigo y consolidación como fuerza política representativa (PCE).

Frane Barbieri, periodista yugoslavo y antiguo editor en jefe del semanario "NIN" de Belgrado, quien en 1974 se unió al equipo editorial del diario anticomunista milanés "Il Giornale Nuovo"; Arrigo Levi, editor del diario liberal socialista de Milán "La Stampa" y columnista en Italia para el semanario norteamericano "Newsweek" y Augusto del Noce, filósofo católico italiano, fueron los tres autores que contendieron por la paternidad del término.

El alegato más documentado y consistente se hizo en favor de Frane Barbieri, coincidiéndose en afirmar que empleó el término al poco tiempo de haberse incorporado al equipo editorial de "Il Giornale Nuovo":

"Este periódico fue expresamente publicado en ese año (1974) para combatir la creciente fuerza de la izquierda italiana por un grupo de destacados periodistas del diario "Corriere della Sera", quienes disientían de su línea izquierdista. De acuerdo a uno de los editores de "Il Giornale Nuovo", Enzo Betiza, el término fue usado por vez primera en un editorial de Frane Barbieri el 26 de junio de 1975, precisando que 'no pretendía ser exactamente una formulación procomunista'; y en efecto, un dirigente marxista español (Ramón Tamames) lo clasifica en el vocabulario occidental próximo al de 'cortina de hierro' de Winston Churchill y al de 'guerra fría' de Walter Lippmann" (211).

Y en efecto, los tres autores que reclamaron para sí la invención del término lo utilizaron en su acepción original para indicar su oposición o escepticismo respecto a las tendencias imperantes en los principales partidos comunistas occidentales. Para Frane Barbieri los eurocomunistas "habían desarrollado una concepción de las etapas para la captura del poder, pero ninguna específica sobre cómo ejercerlo efectivamente, ni como garantizar la democracia una vez en el poder"; agregando además que "carecían de una crítica bien elaborada sobre el sistema soviético" y tenderían a "imponer una política dirigista, centralizada y estatalizada", concluyendo que lejos de que su intención sea una gradual 'europeización' del sistema soviético, una Europa eurocomunista significaría definitivamente su 'sovietización' (212).

Así, en un primer momento el término tuvo una connotación y valoración crítica y negativa, que como tal fue rápidamente incorporada en el discurso y propaganda de derecha. Pero por la trascendencia del fenómeno que el concepto pretendió describir, analizar e interpretar, cobró una fuerza propia que rápidamente superó este enfoque unilateral y adquirió un significado polivalente.

A medida que el fenómeno 'eurocomunista' tendió a ser objeto de estudio de analistas políticos especializados, vinculados a centros de estudio o de toma de decisión en Occidente, se empezaron a producir teorías y enfoques más pragmáticos y realistas que a partir de análisis de costo-beneficio ponderaban tanto su eventual incidencia en el bloque occidental, como sus potenciales efectos en el bloque oriental, extrayendo una serie de evaluaciones y conclusiones que trascienden las iniciales posiciones valorativas y sobresimplificadoras (213).

De esta manera, conforme el término se propagó, llegaron a delinearse claramente tres líneas básicas de interpretación: la típica de derecha que rechazaba el eurocomunismo sobre la base de que bajo la superficie todo tipo de comunismo es en esencia el mismo. Las primeras reacciones de la izquierda radical (maoísta, troskista) también son de rechazo bajo el supuesto antitético al anterior de que significa una política revisionista, la incursión en un sendero socialdemócrata y una abierta concesión a la burguesía y al gran capital. Entre ambos extremos, emergieron posiciones menos valorativas que optaron por un análisis más cuidadoso sobre sus potenciales implicaciones globales.

Para 1976, el término había cobrado tal relevancia y había llegado a instalarse en el centro de un debate tan amplio y polémico, que sus protagonistas y en general el movimiento comunista no estuvieron ya en condiciones de seguir sustrayéndose a él. Los partidos comunistas occidentales aludidos se vieron enfrentados a un hecho consumado optando, no sin reservas, por aceptarlo a pesar de sus ambigüedades e imprecisiones.

La pertinencia del vocablo se objetó por varias razones (214) una de las más reiteradas es que el prefijo "euro" daba la impresión de remitir a un movimiento generalizado en toda Europa, lo cual era geográficamente impreciso pues se limitaba a algunos países mediterráneos (España, Italia y Francia), y era evidente que no se refería a los países del Este, salvo quizá en un sentido contrastante crítico o negativo, ni a los del Norte, aunque hubiera algunas afinidades con el Partido Comunista Británico, por ejemplo. Otra objeción es que excluía en un doble sentido, tanto por el referido prefijo, como porque enfatizaba convergencias entre los partidos comunistas que operaban en el capitalismo desarrollado, al Partido Comunista Japonés (PCJ) que si bien asiático, satisfacía con creces esta segunda condición.

En la medida que los dirigentes eurocomunistas no fueron responsables de acuñar el término que los identificaba, no se sintieron comprometidos a explicar estas ambigüedades e imprecisiones. No por ello deja de resultar menos justificable la 'omisión' del PCJ, el cual desde principios de los 60's seguía una línea autónoma y prodemocrática similar a la del PCI (215).

Naturalmente, para dimensionar y valorar en sus justos términos el porque de la propuesta eurocomunista, esto es, las razones que la determinaron y el significado que finalmente adquirieron las iniciativas que planteó para superar los problemas y requerimientos de una transición socialista, resulta imprescindible hacer referencia tanto al contexto internacional y a las realidades nacionales específicas que lo condicionaron, como a las decisiones y acciones que en este marco desplegaron sus protagonistas.

Antes de bosquejar tal contexto queremos, sin embargo, destacar en particular dos acontecimientos acaecidos antes de 1975, que son a nuestro juicio decisivos para ayudar a comprender porqué en Italia, porqué en 1975 y porqué desde fuera de las filas comunistas se darían las condiciones para imprimir el término, el cual es primero soslayado, luego utilizado con reservas y finalmente incorporado en el discurso comunista.

Dichos acontecimientos son: 1) la iniciativa promovida a finales de 1973 por el Secretario General del PCI, Enrico Berlinguer de un 'compromiso histórico' que buscaba concertar una alianza político-electoral con el ala progresista de la Democracia Cristiana para impulsar una política de renovación y transformación democrática que abriera las puertas para una transición socialista, pacífica, gradual y democrática en Italia y; 2) la realización de una Conferencia exclusiva de los Partidos Comunistas de Europa Occidental, celebrada a finales de enero de 1974 en Bruselas, en la cual el PCI, una vez más a instancias de Enrico Berlinguer, lanzó una audaz iniciativa para que Europa Occidental integrara un bloque autónomo de poder e influencia, esto es, una Europa ni aliada de la URSS, ni de Estados Unidos.

EL COMPROMISO HISTORICO.

tal como se ha indicado en el capítulo precedente, fue sin duda el Partido Comunista Italiano quien ya desde la era de Togliatti había insistido con mayor énfasis en la necesidad de formular una estrategia de transición y transformación socialista acorde con las condiciones, requerimientos y problemas específicos de la sociedad italiana, reivindicando, en consecuencia, el principio de que cada partido comunista tenía la libertad de diseñar su propia vía nacional y rechazando, en contraparte, la tesis de un modelo único de aplicación universal.

Sobre esta base, al interior del PCI maduraron una serie de iniciativas y propuestas que lo convierten en un polo autónomo de influencia dentro del movimiento comunista y, por ende, en un referente alternativo respecto a Moscú y Peñín, frente a quienes erige y reivindica una política distintiva y diferenciada para la transformación socialista.

Las iniciativas autónomas y heterodoxas del PCI cobran un renovado impulso a partir del ascenso de Enrico Berlinguer a la Secretaría General en 1972. Más allá del liderazgo y personalidad de Berlinguer, sin los cuales el eurocomunismo hubiese sido quizá inasequible, el dato objetivo imprescindible lo constituye el sostenido avance electoral del PCI desde la posguerra, la recurrente crisis de gobernabilidad prototípica del sistema político italiano (216) y la búsqueda continua del PCI de estrategias y fórmulas capaces de trascender el cerco tendido por la Democracia Cristiana con objeto de traducir su fuerza electoral en una opción viable de gobierno, acorde con las características y requerimientos de la situación italiana.

En este sentido, en las elecciones legislativas de 1972, el PCI había ratificado una vez más su ascendente fuerza electoral, al obtener el 27.2% de la votación total y 179 de los 630 escaños de la Cámara de Diputados, que lo refrendaban por mucho como la principal fuerza opositora en Italia y como una seria amenaza para el monopolio político que desde 1944 detentaba la Democracia Cristiana. El margen de votación que separaba a ambas fuerzas políticas se había ido estrechando gradualmente y para 1972 era apenas superior al 10%.

Después de un prolongado y tenaz esfuerzo por insertarse en la vida política italiana, desplegado por más de un cuarto de siglo, y por lograr una cierta aceptación y reconocimiento hacia sus convicciones y compromisos democráticos, se insinuó por fin en el horizonte la posibilidad de que el PCI pudiera acceder al poder en un futuro previsible por la vía electoral.

Esta situación colocaba al PCI en una encrucijada: su creciente peso electoral lo hacían una fuerza demasiado poderosa para permanecer en la oposición, marginada de los procesos de toma de decisión gubernamental. Pero al mismo tiempo, carecía aún de la fuerza para desplazar a la Democracia Cristiana y tomar las riendas del poder. En esta tesitura se hallaba el PCI cuando sobre-

vinó el golpe militar en Chile que lleva al derrocamiento del gobierno de Unidad Popular dirigido por Salvador Allende, acontecimiento que habrá de tener una honda repercusión en la reflexión y propuesta programática en que se encontraba inmerso el PCI y Enrico Berlinguer, en particular.

Como resultado precisamente del golpe de Estado en Chile, Berlinguer redacta una serie de artículos titulados "Reflexiones sobre Italia tras los hechos de Chile", en los cuales planteó la urgente e impostergable necesidad de edificar en Italia un amplio sistema de alianzas sociales que no comprendiera únicamente a los partidos y fuerzas políticas de izquierda, sino que se extendiera a todas las fuerzas democráticas, progresistas y populares que no necesariamente se encontraban representadas por partidos y organizaciones de izquierda. El objetivo de estas alianzas consistía en lograr el más amplio apoyo y consenso de la población, en tanto condición indispensable para garantizar la viabilidad de una política de renovación y transformación democrática que allanara el camino y sentara las bases para una original vía de transición al socialismo.

En este sentido, Berlinguer sostenía que:

"Siempre hemos pensado -y hoy la experiencia chilena refuerza nuestro convencimiento- que la unidad de los partidos de los trabajadores y de las fuerzas de la izquierda no es condición suficiente para garantizar la defensa y el progreso de la democracia, si a esta unidad se contraponen un bloque de partidos que se sitúan desde el centro hasta la extrema derecha. El problema político central en Italia ha sido, y es más que nunca, el de evitar que se llegue a una unión estable y orgánica entre el centro y la derecha, a un amplio frente de tipo clerical-facista, y el de lograr, por el contrario, atraer a posiciones coherentemente democráticas a las fuerzas políticas y sociales que se sitúan en el centro".

Agregando más adelante:

"Sería totalmente ilusorio pensar que si los partidos y fuerzas de izquierda consiguieran sumar el 51% de los votos y de la representación parlamentaria (...), este hecho garantizaría la supervivencia y la obra de un gobierno que fuera la expresión de dicho 51% (...). Por esto hablamos no de una 'alternativa de izquierda', sino de una 'alternativa democrática', o sea, de la perspectiva política de una colaboración y de un entendimiento de las fuerzas populares de inspiración comunista y socialista con las fuerzas populares de inspiración católica y con otras formaciones de diversa orientación democrática" (217).

En suma, Berlinguer fundamentó la necesidad y lanzó la consigna de trabar un 'compromiso histórico' entre las fuerzas democráticas y populares de Italia, que tenía el inocultable propósito de buscar una alianza con la Democracia Cristiana para la formación de un gobierno de coalición que no sólo evitara una salida 'reaccionaria' a la crisis nacional, sino que impulsara un programa de profundas transformaciones sociales y de renovación democrática.

Desde el punto de vista doméstico y estrictamente político-electoral, la posibilidad de un acuerdo entre la DC y PCI e incluso de un gobierno de coalición entre los dos tradicionales antagonistas del espectro político-ideológico italiano, no lucía del todo remota. Si bien desde la constitución de la República en 1944 la DC había detentado el monopolio del poder político a nivel nacional, nunca había logrado obtener electoralmente la mayoría absoluta que le permitiera gobernar sin alianzas. Desde entonces ya había recorrido casi todo el espectro político en búsqueda de aliados; desde la extrema derecha con el Movimiento Social Italiano (MSI) de neto corte neo-fascista, hasta el débil pero estratégico Partido Socialista Italiano (PSI), con quien había sostenido alianzas desde 1963, que entonces aún mantenía (218).

Desde 1947, la Democracia Cristiana había logrado gobernar sin el concurso del PCI y tendido con éxito un cordón ideológico y político-electoral para mantenerlo aislado. Pero el sostenido avance electoral del PCI, su respetabilidad democrática y el éxito de sus experiencias de gobierno a nivel local, obligaban a la DC a revisar su posición respecto a los comunistas, pues parecía cada vez más difícil poder gobernar sin tomarlos en consideración.

Así pues, a principios de los sesentas el PCI constituía ya una seria opción de gobierno en Italia. Por ello, a medida que acumulaba credibilidad política y peso electoral, resultaba crucial para sus adversarios y sobre todo para los líderes de opinión anti-comunistas denunciarlo como un partido insurreccionalista, dócil a las consignas de Moscú y 'caballo de troya' del totalitarismo en Europa Occidental.

Sin estar exento de conflictos y desgarramientos internos, el PCI había dado muestras palmarias de una genuina vocación y compromiso con los valores e instituciones democráticas. Ningún partido comunista había denunciado y debatido con tanto rigor el fenómeno stalinista y se había opuesto con tanta tenacidad al monolitismo e integrista ideológico impuesto por el PCUS. Con el compromiso histórico, el PCI dió una prueba decisiva de los importantes cambios dentro de la teoría y praxis de los partidos comunistas que operaban en el capitalismo desarrollado, cambios de que sin duda era pionero y motor de propulsión.

LA CONFERENCIA DE BRUSELAS.

Del 26 al 30 de enero de 1974 se celebró en Bruselas una Conferencia que reúne a 19 Partidos Comunistas no gobernantes de Europa Occidental. Los partidos reunidos tenían como común denominador actuar en sociedades capitalistas avanzadas, por ello, sin que necesariamente compartieran idénticos intereses y objetivos, implícitamente reconocían la existencia de problemas específicos que les eran análogos, tanto por su situación geoeconómica y geopolítica, como por su nivel de desarrollo.

Por ello, no obstante que la Conferencia tuviera como propósito fundamental analizar el papel desempeñado por la Comunidad Económica Europea (CEE), lo cierto es que permitió integrar una agenda mucho más amplia de trabajo para tratar de concertar acciones conjuntas sobre una diversidad de problemáticas específicas que les eran comunes (219).

Aunque en realidad no existen elementos para afirmar que esta conferencia tuviera como propósito integrar un polo alternativo de influencia dentro del movimiento comunista internacional, que ya para entonces carecía por completo de un núcleo orgánico, normativo y programático común, ni mucho menos para reafirmar la total independencia de los comunistas europeos occidentales respecto a Moscú, lo cierto es que la naturaleza misma del acontecimiento permitía despertar suspicacias y alimentar ese tipo de especulaciones. Lo que sí parecía inobjetable era que Moscú mantenía cada vez menos ascendencia y control sobre algunos partidos comunistas occidentales, sobre todo el italiano y el español, los cuales operaban cada vez con mayor autonomía.

En relación al objetivo central de la Conferencia, cabe destacar que la fundación de la Comunidad Económica Europea (enero de 1958), fue denunciada por todos los partidos y sindicatos comunistas como una maniobra agresiva del capitalismo internacional contra la Europa del Este, por lo que habían rechazado sistemáticamente cualquier posibilidad de participar en los organismos comunitarios.

Al momento de la Conferencia, las posiciones de los partidos europeos eran diversas y aún contrapuestas. Británicos y escandinavos continuaban oponiéndose categóricamente a cualquier tentativa de participación en la CEE. Los comunistas franceses también se oponían a colaborar con la Europa capitalista, argumentando además que al participar al interior de la CEE se perdía "la identidad nacional". Una vez más la posición más audaz y heterodoxa la representa el PCI quien a lo largo de los sesenta había modificado gradualmente su posición respecto a la Comunidad, decidiéndose en 1969 a participar en las elecciones al Parlamento Europeo.

Los italianos aprovecharon asimismo esta Conferencia para plantear formalmente la posibilidad de una Europa Occidental autónoma, llamada a desempeñar un nuevo papel y adquirir un peso propio y específico en la política internacional, esto es, al margen de los dos bloques de poder.

Sobre este punto, el delegado italiano Giorgio Amendola sostiene:

"La CEE se ve incapaz de dar una respuesta unitaria a los grandes problemas derivados de la crisis económica mundial, que solamente podrá ser superada a través de una profunda transformación democrática. Nosotros luchamos para conseguir dicha transformación, porque consideramos útil la presencia de una organización democrática internacional que resuelva los problemas que los Estados sólo se muestran incapaces de solucionar (moneda, circulación del capital, control de las sociedades transnacionales, energía, contaminación, etc.). Naturalmente la CEE no puede tener la pretensión de representar a toda Europa, sino solamente a una parte de ella, que debe abrir relaciones de cooperación con los países en vías de desarrollo, una Europa ni soviética, ni antinorteamericana" (220).

Manuel Azcarate dimensiona con claridad y precisión el significado de esta propuesta:

" (...) una Europa que no sea enemiga ni de Estados Unidos ni de la URSS, que pueda cooperar con ambos países, pero que sea un factor propio, autónomo, en la vida internacional. No se preconizaba un 'tercer bloque militar'. Al contrario, se trataba de contribuir a la superación de los existentes. Este concepto expresaba, de modo clarísimo, la ruptura con la actitud tradicional hacia la URSS, ya que la colocaba -en esa definición de política exterior- en el mismo plano que Estados Unidos. Pero se perfilaba, sobre todo, que el 'europeísmo' de los comunistas italianos y españoles era una nueva visión estratégica del avance del socialismo. Aunque no se decía explícitamente, la idea de fondo era que la construcción del socialismo tendría que concebirse en el plano europeo (...) tampoco ligada a lo que eran entonces los llamados 'países socialistas' (...) la alusión a la no hostilidad y a las buenas relaciones de Europa tanto con Estados Unidos como con la URSS, estaba cargada de un significado profundo: intentar crear en Europa 'otro' socialismo, no el de la URSS. Diferencia pues de camino: por una vía democrática, no insurreccional, no con dictadura del proletariado. Pero además de contenido, un socialismo diferente, portador de unos valores de libertad en todos los órdenes, que la URSS negaba" (221).

El objetivo era ambicioso, pero era evidente que no todos los partidos del Oeste europeo estaban en condiciones o disposición de asumir los riesgos y consecuencias que llevaba implícito. A pesar de que algunos de ellos habían dado pasos significativos y mostrado no pocos alardes retóricos para adoptar una 'vía nacional' de transición al socialismo y mantenían sus reservas sobre la experiencia soviética como modelo a seguir, no parecían dispuestos a tensar, mucho menos a romper, el cordón umbilical que de alguna manera los unía o identificaba con la URSS. Semejante iniciativa podría además provocar graves conflictos intrapartidistas y complicaciones internacionales que afectarían el equilibrio de poder entre los bloques. Nada garantizaba que esta posibilidad fuese viable.

No obstante, el simple hecho de que se realizara una conferencia de partidos comunistas prescindiendo por completo del PCUS y buscando al margen de Moscú promover acuerdos regionales de consulta y cooperación, y de que en ella se presentara una audaz iniciativa del PCI para conformar un bloque autónomo de decisión e influencia, resultaron lo suficientemente sugestivos como para pasar desapercibidos. Aunque las resoluciones hayan sido genéricas, las posiciones hayan resultado divergentes y la iniciativa italiana haya sido recibida con reservas o franco escepticismo, flotaba ya en el aire la idea de que puede ser el prólogo de trascendentes acontecimientos que involucren a algunos de los partidos comunistas de Europa Occidental.

En este contexto, un balance global sobre la Conferencia de Bruselas debe situarse en dos planos diferenciados: sus alcances y limitaciones. Respecto al primer plano, merece destacarse que constituyó el punto de partida para poner en marcha un amplio proceso de consulta entre los partidos comunistas de Europa Occidental, para un intercambio de experiencias y el análisis conjunto de algunos de los tópicos y problemas más acuciantes que compartían. De ahí que con posterioridad se hayan celebrado conferencias sobre la liberación de la mujer (Roma); cultura (Ginebra); crisis de la industria automotriz (Düsseldorf); rentas y salarios (Estocolmo); monopolio y empresas transnacionales (Londres); y sobre la juventud (Helsinki), entre otras.

En contraste, la Conferencia de Bruselas y las que le sucedieron pusieron de manifiesto la imposibilidad de lograr bases de consenso que permitieran establecer estrategias comunes y líneas unificadas de acción por parte de todos los partidos comunistas. Más allá de las especificidades nacionales, de los variados niveles de desarrollo orgánico y peso electoral de cada partido, se erguían como barreras infranqueables sus discrepancias teóricas e ideológicas. En estas condiciones resultó inviable la posibilidad de avanzar en la integración de un frente comunista en Europa Occidental en los términos que lo proponía el PCI y que sólo fue entusiastamente apoyado por los comunistas españoles.

Sobre este fondo, la única alternativa era que los partidos comunistas renovadores decidieran seguir avanzando por su propia cuenta, buscando estrechar sus relaciones, potenciar sus afinidades y establecer acuerdos, que si bien de menor rango y alcance que el de promover una Europa Atlántica, les permitiera fortalecer y consolidar sus respectivas posiciones.

De ahí que justo el 12 de julio de 1975 y sin que mediara, al menos formalmente, concertación previa alguna, surgiera una especie de alianza estratégica ente el PCI y el PCE, que ahora si pudiera darle sustento y significado preciso al término que había sido puesto en boca por la prensa italiana con pocos días de antelación a la primera cumbre eurocomunista.

Por ello, si se acepta como válida la versión que goza de mayor credibilidad, según la cual el término eurocomunismo apareció por vez primera el 26 de junio de 1975, tendríamos que anotar un paradoja más. Apareció antes de la reunión celebrada en Roma entre Enrico Berlinguer y Santiago Carrillo, quienes después de su entrevista emitieron una declaración conjunta en la que al subrayarse las convergencias teóricas y programáticas entre los dos partidos comunistas occidentales más heterodoxos, se extendió piadosamente la carta de naturalización del eurocomunismo.

2. EL CONTEXTO.

El surgimiento del eurocomunismo es indisoluble del desencadenamiento de la crisis generalizada que experimenta la economía mundial a principios de la década de los sesentas. En cierto sentido fue producto y respuesta a dicha crisis. Pero aún siendo exacto e inobjetable este señalamiento, no resulta suficiente para explicar y valorar en toda su extensión y profundidad al fenómeno eurocomunista. Discernirlo requiere dar cuenta, en apurada síntesis, de una serie de factores de diverso signo y orientación, los más relevantes, pero por supuesto no los únicos, cuya interrelación o complementariedad ofrece un marco de referencia integral para su adecuada lectura e interpretación.

FIN DEL MONOLITISMO E INTEGRISMO IDEOLÓGICO DENTRO DEL MOVIMIENTO COMUNISTA.

El capítulo tercero de este trabajo se dedicó casi exclusivamente a reseñar algunos de los principales acontecimientos, decisiones y acciones que lenta e inexorablemente condujeron a un colapso dentro del movimiento comunista internacional, entendido este como la ruptura definitiva del monolitismo e integrismo ideológico impuesto y hábilmente manipulado por el Estado soviético. El movimiento no sólo se volvió policéntrico, esto es, surgen y se reconocen polos alternativos de influencia (ni modelo único, ni centro dirigente, ni partido guía), sino que además y en consecuencia, se impone la política de vías nacionales y específicas de transición al socialismo, que confiere a cada partido comunista la posibilidad de desarrollar iniciativas autónomas para elaborar una vía de transición acorde con las condiciones y requerimientos de su respectiva realidad nacional.

Los actos de fe en la insurrección armada, la quiebra y conquista violenta del régimen capitalista, el asalto y conquista revolucionaria del poder, como fórmulas para acceder a una sociedad superior, libre y democrática empezaron a navegar cuesta abajo y a ser sustituidas, sobre todo entre algunos partidos comunistas de Europa Occidental, por vías de transición pacíficas, legales y graduales.

En el período transcurrido entre el informe secreto de Kruschev sobre Stalin (1956) y el Archipiélago Gulag' de Solzhenitsyn (1973), pasando por Budapest (1956) y Praga (1968), la URSS fue acumulando una creciente y cada vez más pesada carga de descrédito, pérdida de legitimidad, autoridad e influencia como modelo deseable de sociedad, pero aún conservaba su identidad como referente socialista, no sólo por el peso de las inercias, sino de su capacidad de disuasión y coacción. Su posición era ambigua, conjugaba fortaleza y vulnerabilidad, pero el relajamiento o debilitamiento de su capacidad de control y dirección constituía un hecho evidente que fue capitalizado por las corrientes renovadoras para promover con creciente ímpetu iniciativas autónomas y cada vez más heterodoxas.

La heterodoxia no estaba, sin embargo, exenta de dilemas, riesgos y complicaciones ¿cómo evitar que el descrédito y eventual derrumbamiento del modelo soviético de sociedad no implicara al mismo tiempo la bancarrota del ideal socialista?

EMERGENCIA DE NUEVOS MOVIMIENTOS Y DEMANDAS SOCIALES.

El mayo parisino de 1968 constituyó el epicentro de una inédita y gigantesca movilización e insurrección popular con repercusiones prácticamente en toda Europa que impactó profundamente las estructuras políticas, valores sociales y culturales occidentales. Los vigorosos y sostenidos procesos de crecimiento económico, industrialización, urbanización y modernización social experimentados desde la posguerra habían alterado profundamente el mapa político y social de Europa Occidental, creando nuevas expectativas, demandas y necesidades que no encontraban canales de expresión y regulación a nivel político-institucional.

Este desfase provocó una violenta irrupción de demandas radicales de diversos sectores y fuerzas sociales que habían ido madurando en el subsuelo del capitalismo desarrollado. Demandas que si bien tenían en común un cierto carácter anti-capitalista y coincidían en la necesidad de reformas o profundas transformaciones sociales, carecieron por su naturaleza y disparidad misma de vinculación orgánica, de objetivos análogos o compartidos de lucha. Por ende, no lograron convergir y articularse para desarrollar una estrategia de acción unificada capaz de provocar una modificación en la correlación de fuerzas. No había bases, ni resortes para elaborar un proyecto alternativo de recambio social.

Los principales protagonistas de la revuelta social en Francia fueron, sin duda, el movimiento obrero y el movimiento estudiantil. Pero entre las expectativas y reivindicaciones de ambos se abrió un profundo abismo que jamás encontró punto o fuerza de mediación alguna. El movimiento obrero promovió una impresionante huelga nacional cuya reivindicación central consistió en un aumento de salarios y, en menor medida, una ampliación de su peso e influencia en las empresas y los consejos de empresa (cogestión).

En esta tesitura era poco factible que en las filas del movimiento obrero hubiese alguna predisposición a considerar la posibilidad de un cambio revolucionario. Su lucha estaba enfocada a lograr conquistas económicas y una verdadera participación en la administración y operación de las empresas, no a derribar el régimen y crear un nuevo Estado. Sin el concurso de la fuerza teóricamente revolucionaria por naturaleza y de su vanguardia dirigente y organizada, la aspiración a un cambio revolucionario asumió un carácter más bien etéreo.

A este respecto, diversos estudios y análisis han llevado a Ludolfo Paramio a sostener que:

"La consolidación de la clase obrera en cuanto clase -es decir, la formación de un proletariado urbano, maduro y masivo, desligado del pasado campesino y poseedor de tradiciones culturales propiamente industriales- ha venido acompañada de abandono de las formas de lucha revolucionaria. Por descontado, este abandono debe verse como una muestra de lucidez ante el proceso paralelo de fortalecimiento y racionalización del aparato de Estado, tanto en sus ramas asistenciales como en sus aspectos puramente represivos, proceso que eleva extraordinariamente los costos comparativos de las tácticas revolucionarias y reduce fuertemente sus esperanzas de éxito" (222).

El movimiento estudiantil sí emergió con un marcado tinte radical y actitudes de extremismo revolucionario. El PCF reaccionó violentamente contra el 'poder estudiantil', lo concibió como contra puesto al 'poder obrero', como un obstáculo para lograr las reivindicaciones económicas que cabía arrancar a un gobierno capitalista. Cuando los estudiantes se dirigieron a algunos centros fabriles se produjeron incluso violentos enfrentamientos con los grupos trabajadores.

" Esa nueva universidad (de masas) engendrabá entre grandes masas de jóvenes una sensación de fuerza física por la masa, intelectual por su propia función de estudiantes, entonces lo que surge no es la angustia por el futuro puesto de trabajo, es la contradicción entre el horizonte de libertad y racionalidad que adquieren con la vida y, más aún, con una enseñanza superior y el

papel subalterno, al servicio de un capitalismo opresor e irracional, al que están destinados. Ello determina una actitud que pone en cuestión el capitalismo en sí y no sólo la explotación, sino su aspecto alienante de la personalidad humana. De ahí cierto desprecio a las reivindicaciones económicas de los obreros. No se trata de 'mejorar'. Hay que cambiar todo de raíz" (223).

El radicalismo revolucionario de las masas estudiantiles estaba además inspirado y nutrido ideológicamente por el fervor y admiración que despertaban las luchas de liberación nacional (Vietnam), la teoría 'foquista' en boga en Latinoamérica después del triunfo de la revolución cubana; la revolución cultural china, etc., de donde se pretendían extraer experiencias y lecciones para reinvigorizar el adormecido espíritu revolucionario en Europa (224).

Cuando no se produjo el ansiado salto cualitativo, cuando la confusa perspectiva revolucionaria que se imaginó se desdibujó por completo en el horizonte, la fermentación de un radicalismo revolucionario que rechazó las formas tradicionales de organización y representación de las fuerzas democráticas y populares (partidos y sindicatos, tanto comunistas como socialistas), denunciando su autoritarismo, aburguesamiento, inmovilismo, electorismo, así como su incapacidad de conectarse con otros movimientos sociales y de presentar un proyecto alternativo de recambio, se incubaron profundas frustraciones que derivarían a su vez en concepciones sectarias y hasta en verdaderas degeneraciones.

Corporativismo a ultranza en unos casos, prácticas terroristas, en otros, incluso los orígenes de los "nuevos filósofos" que surgirían en Francia una década más tarde para 'redescubrir' horrorizados que cualquier intento de realización histórica de la utopía (el socialismo) esta destinado a engendrar un sistema totalitario, a proclamar que 'no hay mañana' (225), son algunas de las derivaciones prototípicas de esas frustradas expectativas.

No obstante, lo más revelador y renovador del 'mayo parisino' del 68 y del 'otoño caliente' del 69 en Italia, fue la emergencia de nuevos movimientos sociales, que si bien incipientemente desarrollados y carentes de una forma orgánica de representación y participación en ese entonces, son portadores de nuevas demandas y reivindicaciones que obligan a las sociedades capitalistas avanzadas a replantear aspectos cruciales de sus relaciones sociales y a emprender una serie de transformaciones para darles respuesta: a supresión de la injusticia social, de la desigualdad económica, de la explotación, no son ya las únicas aspiraciones decisivas de los movimientos sociales. El anti-autoritarismo estudiantil; el feminismo y la liberación de la mujer; la revolución social; la revolución de la vida cotidiana, como aspiración a vivir de forma diferente; nuevas formas de expresión artística y cultural; los movimientos pacifistas y ecologistas, alteraron por completo el panorama socio-político de Europa.

En general, los partidos comunistas fueron cogidos por sorpresa por estos nuevos protagonistas y contenidos transformadores. Sus reacciones fueron confusas y hasta conservadoras. Nuevos agentes del cambio social emergían al margen de las instancias tradicionales de organización y lucha del movimiento obrero y se revelaban hostiles a cualquier forma de encuadramiento y regulación político-electoral.

Incluso el PCI a pesar de mostrar una posición más abierta y receptiva hacia estos movimientos sociales, se vio rebasado por su dinámica. Su dirigencia se mostró incapaz de asumir una línea coherente para responder a esa nueva problemática y conflictividad social. A propósito de la valoración y actitud del partido frente a los movimientos sociales y la demanda de asumir una posición más tajante en la crítica al sistema soviético (la ocupación de Praga había ocurrido sólo unos meses atrás), se produjo una de las más fuertes rupturas internas en la historia del PCI, al ser excluidos tres miembros del Comité Central (Aldo Natoli, Luigi Pintor, Rossana Rossanda) y un joven teórico (Lucio Magri) que no sólo se oponían a la línea del partido, sino que habían decidido publicar una revista política y teórica denominada 'Il Manifesto' para desarrollar y difundir sus posiciones. Después de un amplio debate partidista y de tres reuniones del Comité Central para analizar el caso, a finales de noviembre de 1969 se decide su 'radiación' del partido, lo que representó la mayor crisis interna del PCI desde 1929 (226).

La posición del grupo de 'Il Manifesto' se puede apreciar claramente en el siguiente pasaje:

"Si quiere evitar el fracaso del movimiento (obrero-estudiantil de 1968-1969) y su propia pérdida, el partido debe acelerar la construcción de un bloque revolucionario, adaptar su estrategia a las necesidades expresadas en cada 'punto caliente' de las luchas sociales, favorecer el crecimiento de las fuerzas sociales de vanguardia como protagonista de lucha, impugnar no sólo su propia línea, sino a sí mismo como institución: el partido tiene necesidad de una 'revolución cultural'" (227).

La opción para los partidos comunistas era muy clara: o definían una propuesta coherente y sólida para situarse a la altura de las nuevas exigencias o corrían en grave riesgo de verse desbordados y desplazados por los nuevos movimientos sociales como referentes privilegiados del escenario político y de la contienda social.

CRISIS ECONOMICA Y QUIEBRA DE LA SOCIALDEMOCRACIA.

Hacia finales de 1973 la economía internacional se sumergió en una nueva fase de estancamiento y crisis, estallando una recesión generalizada de alcance mundial (228).

En términos generales, el modelo de acumulación capitalista que se inició en la segunda posguerra se caracterizó por la generalización de una política económica de corte keynesiano sustentada en un decidido intervencionalismo estatal para impulsar la demanda, aún a cuesta de un creciente déficit fiscal. El intervencionismo estatal que arroja una larga onda de crecimiento y expansión económica lleva a pensar que se han encontrado una fórmula consistente, efectiva y duradera de control del ciclo industrial, capaz de contrarrestar y bloquear sistemáticamente los aspectos más drámaticos de las crisis recurrentes.

Las rigurosas investigaciones y reflexiones realizadas por Claus Offe acerca del Estado Benefactor o Asistencial propio de las sociedades capitalistas desarrolladas han dado cuenta, sin embargo, de las complejas y contradictorias funciones que se ve comprometido a realizar dicho tipo de Estado, así como a fundamentar que es precisamente su creciente dificultad para conciliar exigencias antitéticas (no puede regular finalmente la producción e intercambio, pero debe recrear y reproducir incesantemente las condiciones para su realización y al mismo tiempo depende de ellas y debe constreñir a ellas sus funciones de socialización, concertación política, administración, redistribución y asistencia social) lo que provoca su debilitamiento y crisis (229).

Por su parte, Ludolfo Paramio aporta un sugestivo análisis al caracterizar el modelo de crecimiento de la posguerra a partir de tres rasgos básicos: 1) organización del proceso de producción en cadena (fordismo); 2) extensión de la oferta de bienes de consumo duradero a amplios sectores sociales en virtud del relativo abaratamiento de los productos elaborados en cadena y; 3) garantía de una demanda solvente para estos bienes a través de la contratación colectiva y de la seguridad social (230).

Pero de inmediato advierte el quid del asunto:

"Este modelo responde a un problema del capital: asegurar la existencia de demanda solvente para sus productos, la posibilidad de realización. No responde al problema de asegurar la tasa de ganancia final, la rentabilidad del capital invertido en la producción de esos bienes (...) la crisis de entreguerras tenía su origen en la ausencia de demanda solvente; desde el momento en que ahora se garantiza tal demanda, el nuevo modelo, al que bien se puede calificar de sustancialmente keynesiano, representa un salto adelante. Pero deja suelto el cabo de la rentabilidad, y por ahí habría de estallar la crisis de los años setenta, a partir de los cambios sociales traídos por el propio éxito del modelo fordista (socialdemócrata o keynesiano) en los años cincuenta y sesenta". (231).

En la misma línea de interpretación, puntualiza:

"La crisis de los años sesenta no es consecuencia de una insuficiencia de la demanda, sino de una caída de la ganancia respecto a los salarios, dentro del producto global ahora (...) los salarios deben bajar hasta que se recupere la tasa de ganancia, o en caso contrario se destruirá el empleo hasta que la masa salarial global caiga al punto de devolver nuevamente la rentabilidad al capital invertido. El problema es que ahora no se trata de un debate ideológico, sino de una cuestión de hecho. En efecto, sólo una caída del costo laboral por unidad de producto puede permitir, en los países centrales, la recuperación de la crisis. Pues se trata de devolver la rentabilidad a un capital central del que depende la marcha del sistema global (...), si no se recupera la rentabilidad del capital de los países centrales no habrá, a mediano plazo, salida de la crisis económica" (232).

De acuerdo al mismo autor, era común asociar la etapa de desarrollo capitalista de la posguerra con la gestión socialdemócrata del Estado, por lo que no es extraño que, aunque imprecisa, esta percepción haya provocado en los hechos que la crisis económica se tradujera a nivel político, ideológico y electoral en la quiebra del paradigma socialdemócrata de la gestión estatal. Irónicamente sin dejar de ser cierto esto último, lo primero no lo es, o no del todo.

El modelo de desarrollo denominado keynesiano tiene su origen y se desarrolla a partir de las orientaciones y requerimientos estratégicos norteamericanos. Allí nunca ha habido nada semejante a un partido o gobierno socialdemócrata. Situación análoga es la de Alemania Federal, donde el Partido Social Demócrata (SPD) llega al poder cuando el 'milagro alemán' se encuentra en pleno apogeo (1966), limitándose a desarrollar, en un sentido más progresista, un patrón de acumulación ya existente. El argumento puede ser válido si se toma como referencia a países escandinavos como Noruega y Suecia, donde efectivamente el surgimiento del patrón de acumulación de la posguerra, coincide y se vincula a la formación del regímenes socialdemócratas. (En Noruega los laboristas gobiernan ininterrumpidamente entre 1945 y 1973; en Suecia la socialdemocracia entre 1932 y 1976).

No obstante, errónea o no esta asociación, la socialdemocracia paga la factura de la crisis económica:

"En el Norte de Europa la crisis provoca un lento desgaste a los regímenes políticos socialdemócratas: el laborismo británico, las socialdemocracias alemana y sueca, caen ante una reducción de sus bases electorales, que no aceptan la introducción de políticas de austeridad tras veinte años de políticas keynesianas de expansión, y frente a una derecha agresiva que propone sin complejos el desmantelamiento del Estado de

bienestar y un drástico recorte del poder sindical. Mientras, la socialdemocracia se encuentra atrapada por su carencia de proyecto de largo plazo, su modelo de sociedad se basaba en el buen funcionamiento de la estrategia de crecimiento de la posguerra; una combinación de organización fordista de la producción, Estado de bienestar y gestión keynesiana del ciclo económico. Ahora cuando todo eso ha dejado de funcionar y las políticas keynesianas son disfuncionales, no existe un modelo alternativo de sociedad que ofrecer al elector socialdemócrata, que se siente traicionado ante unas medidas de estabilización que se traducen en congelación salarial, reconversión industrial y crecimiento del paro" (293).

Desde el inicio de la posguerra y no en contra sino a partir del modelo de desarrollo adoptado, se había incrementado sustancialmente la capacidad reivindicativa y la fuerza estructural de la clase obrera, pero ¿había desarrollado consustancialmente una capacidad de dirección política? ¿se encontraba en condiciones ya de proponer un proyecto de gobierno alternativo y viable capaz de dar una salida a la crisis en un sentido socialista?. El reto en la Europa Mediterránea lo tenían que afrontar y responder los partidos políticos de izquierda donde no existía la experiencia de una gestión socialdemócrata y, por ende, era fácil asumir que los límites históricos de gestión socialdemócrata eran límites definitivos e infranqueables, atribuibles no a condiciones objetivas, sino a una falta de vocación y voluntad política para trascender el marco de 'administración capitalista' y promover un proyecto de transformación con sentido socialista.

La izquierda mediterránea se siente capaz de superar esos límites, de impulsar una 'tercera vía'. Pero atención, no sólo los partidos comunistas se sientan llamados a asumir esta tarea.

SOCIALISMO MEDITERRANEO.

Como hemos indicado, al entrar en boga la quiebra del modelo socialdemócrata de gestión estatal y advertirse en el horizonte siglos inequívocos de una profunda crisis económica, cobró un nuevo impulso entre las fuerzas y partidos de izquierda la posibilidad de buscar una vía alternativa entre el modelo socialdemócrata de administración avanzada y progresista del capitalismo y el socialismo realmente existente, cuyo prototipo es el modelo soviético.

Sobre este telón de fondo se produjo una significativa reorganización, readecuación programática y repunte electoral de algunos partidos socialistas del Sur de Europa. Proceso al que quizá por establecer al mismo tiempo una analogía y un punto de referencia distintivo/comparativo con el de los partidos comunistas, se le denominaría socialismo 'meridional' o 'mediterráneo'.

Otra vez nos encontramos, sin embargo, frente a un término cuyo significado es aún más elusivo que el de 'eurocomunismo'. El problema es que prescindiendo de la intención de buscar esa 'tercera vía', esto es, de la voluntad o intención de 'romper' con el capitalismo, superando aquí los límites de la política socialdemócrata clásica de gestión avanzada del capitalismo y de eludir al mismo tiempo los rasgos perversos del modelo soviético, evitando acá el autoritarismo, prevalecen diferencias cronológicas y cualitativas (de grado o de matiz, según el caso) como para poder calificar al socialismo 'mediterráneo' como un movimiento o tendencia general y homogénea entre los partidos socialistas del Sur de Europa.

El punto de referencia obligado para la gestación y evolución del socialismo meridional lo constituye la creación del nuevo Partido Socialista Francés (PSF), fundado por Francois Mitterrand en el Congreso de Epinay en 1971 (234). A partir de entonces el PSF fue asumiendo una serie de posiciones renovadoras en contraposición directa a las sustentadas por la socialdemocracia europea que le otorgarán su especificidad al socialismo meridional. Los cambios más relevantes se concentraron en tres vertientes: su percepción sobre el capitalismo; su actitud en torno a alianzas con los comunistas y; respecto a los bloques militares.

En relación al capitalismo: Contrariamente a la doctrina y praxis imperante en la Internacional Socialista, el PSF se plantea como objetivo romper con el capitalismo (no limitarse a mejorarlo y perfeccionarlo a través de una economía mixta planificada y de reformas progresivas que diluyan en el horizonte su definitiva superación) y promover un socialismo de carácter autogestionario.

En este sentido, el PSF llegaría a integrar un programa económico que combinaba nacionalizaciones, impulso keynesiano a la demanda y autogestión.

"De las nacionalizaciones se tiene la idea de que permitirán un mejor control social de la economía, al destruir el eje del poder económico de los grandes monopolios; del impulso keynesiano se confía que permita superar la crisis creando empleo y realizando también la inversión privada; de la autogestión se espera, por último, que permita superar las limitaciones burocráticas de las nacionalizaciones y que de un contenido socializador a las nuevas inversiones" (235).

En relación a su alianza con los comunistas: El PSF se planteó como un objetivo fundamental establecer una relación constructiva y propositiva con los comunistas, orientada a la búsqueda de convergencias, acuerdos y alianzas que le permitieran integrar una unidad de amplia representación entre las fuerzas populares, democráticas y progresistas capaz de alterar la correlación de fuerzas políticas y sociales, pero bajo su hegemonía.

También en este plano, el PSF rompió con la tradicional posición de la Internacional Socialista que consideraba a los comunistas como enemigos del socialismo democrático y ante quienes se mostraba reticente a cualquier tipo de alianza o colaboración.

En sí misma, la política del PSF de acercamiento y colaboración política con los comunistas no era novedosa. En realidad desde mediados de los 50's las relaciones entre socialistas y comunistas en Francia perdieron su carácter antagónico, pero no así su naturaleza conflictiva por la natural tendencia de ambas fuerzas a constituir el núcleo dominante de la izquierda francesa, predominio que desde la posguerra y hasta las elecciones de 1978 detentó el PCF.

" Durante los primeros años de la Quinta República (iniciada en 1958), la izquierda estaba profundamente dividida y debilitada. El Presidente De Gaulle bien pudo haber invertido el famoso aforismo y proclamar: con enemigos así ¿quién necesita amigos?. La primera fase de unidad de la izquierda tuvo lugar en octubre de 1962, cuando socialistas y comunistas llegaron a un limitado número de acuerdos electorales para la segunda vuelta. Tres años después, en diciembre de 1965, ambos apoyaron a Francois Mitterrand en la elección presidencial, aún y cuando no pertenecía a ninguno de los dos partidos, y en las elecciones legislativas de marzo de 1967, junio de 1968 y marzo de 1973 concluyeron un acuerdo electoral de carácter nacional para la segunda vuelta. Esos acuerdos fueron consolidados por una 'plataforma común' en febrero de 1968 y la suscripción de un programa conjunto de gobierno en junio de 1972" (236).

Esta política merece dos puntualizaciones: Primera, fue privilegiada fundamental y casi exclusivamente por el PSF, ya que no fue compartida o aplicada regularmente por ningún otro partido socialista del sur europeo. Segunda, desde la refundación del PSF, la promoción de alianzas para lograr la 'unión de la izquierda' se convirtió en el eje estratégico de una política que desde un inicio se planteó como objetivo último el arribo al gobierno.

El cálculo estratégico de Mitterrand era tan ambicioso y audaz que no sólo apuntaba a revertir el paulatino declive electoral de los socialistas, sino a modificar la correlación de fuerzas dentro de la izquierda francesa, convirtiendo al PSF en la fuerza hegemónica de la alianza ante un eventual arribo al poder. A principios de los setentas esta perspectiva, por decir lo menos, parecía una quimera. Como ya hemos indicado, desde 1945 el PCF representaba no sólo la fuerza dominante dentro de la izquierda, sino la principal fuerza de oposición.

"Sin embargo, el razonamiento de Mitterrand partía de una realidad objetiva bastante evidente: las nuevas capas de la sociedad susceptibles de ser ganadas para una perspectiva socialista pasarían con cierta dificultad a engrosar el PC, marcado por una imagen de dogmatismo y de devoción por la URSS, de apoyo por lo tanto, a un régimen de dictadura, etc. Era mucho más probable que se acercasen al Partido Socialista, al menos en términos electorales. El proceso real, efectivamente, comenzó a descarrilar por ese camino. La unidad -quizá por primera vez en la historia- empezó a ser más beneficiosa para el PS que para el PC" (237).

Visto en retrospectiva, el cálculo estratégico de Mitterrand resultó ser más que admonitorio. Tomaría justo una década al PSF convertirse en la fuerza hegemónica de la izquierda y emprender un meteórico ascenso al poder.

Como se podrá observar, al contrastarse con los casos de los partidos socialistas de Italia y España, esta actitud en torno a los comunistas constituyó fundamentalmente un rasgo exclusivo del PCF

Por lo que atañe al Partido Socialista Italiano (PSI), no obstante su notable evolución y transformación desde la posguerra, en realidad no hubo bases sólidas para poderlo incluir dentro del socialismo meridional, al extremo de que especialistas en la política italiana dieran cuenta de su desarrollo en los siguientes términos:

"De todos los partidos italianos, ninguno ha cambiado más dramáticamente en el período de la posguerra que el socialista, en realidad no es exageración hablar de una verdadera mutación. De ser un partido marxista leninista vacilante, manejado como una facción y subordinado a los comunistas al inicio de la posguerra, se transformó al inicio de los ochentas en un partido de izquierda moderada, unificado, autosuficiente en el más puro estilo de la socialdemocracia europea" (238).

En efecto, su evolución fue muy distinta a la del PSF, e incluso a la del PSOE. Desde mediados de los treinta, en pleno auge de la política de frentes populares en Europa, el PSI asumió una orientación netamente pro-soviética. En 1947 el ala moderada del PSI, que representaba cerca de un tercio de la membresía del partido, se rehusó a seguir tolerando la línea pro-soviética y anti-norteamericana del partido y con el apoyo y financiamiento de Estados Unidos se escindió para constituir el Partido Socialista Democrático Italiano (PSDI). Hasta mediados de los cincuentas, el PSI fue apenas algo más que un frente comunista no reconocido más por la Internacional Socialista como un genuino partido socialista. Hasta después del XX Congreso del PCUS y en medio de no pocas dificultades intentó recuperar cierta autonomía e identidad propia.

Con una fuerza electoral estabilizada de poco más del 10%, pero sin un liderazgo sólido y una propuesta de gobierno clara y definida que fuera más allá de plantear la instrumentación de una política de bienestar social; el PSI aceptó en 1963 integrar una alianza con la Democracia Cristiana para participar, como fuerza minoritaria, en un gobierno de coalición de centro-izquierda. Como respuesta a ese acuerdo, en 1964, el ala izquierdista del PSI se rebeló y escindió. Un tercio de los miembros del Comité Central y casi igual porcentaje de los representantes parlamentarios renunciaron para integrar el Partido Socialista de Unidad Proletaria (PSIUP), hecho que a su vez se tradujo en una nueva y sensible pérdida de clientela electoral del PSI.

Dos años después, en 1966, parece que este duro revés va a ser superado cuando el PSI y PSDI deciden reunificarse e integran el Partido Socialista Unido (PSU). Existe entonces una convicción generalizada de que por fin va a afirmarse en Italia un partido socialdemócrata de claro corte europeo capaz de ofrecer una alternativa viable y atractiva al electorado. Las elecciones de 1968 echaron por tierra esta expectativa: los resultados del PSU, comparados con la suma de los obtenidos en 1963 por los dos partidos que le dieron origen, mostraron la pérdida de más de un millón y medio de votos y un drástico descenso electoral de 19.9% a tan sólo 14.5%. En cambio, el PCI había incrementado su votación de 25.3% a 26.9% en ese período, e incluso la Democracia Cristiana pasa de 38.3% a 39.1%. Italia parece alérgica a una fórmula al más clásico corte socialdemócrata.

A pesar de ser un partido en el gobierno, el PSI fue convirtiéndose, desde el punto de vista electoral, en el partido socialista más débil de Europa: en 1972 su porcentaje de votación disminuyó a tan sólo 9.6%; mientras su programa de reformas sociales era sistemáticamente bloqueado por los demócratacristianos. En 1974 decidió retirarse del gobierno y, en un inoportuno cambio de táctica, toda vez que el PCI estaba inmerso en ese momento en promover un 'compromiso histórico' con la Democracia Cristiana, abogó por la integración de una política alternativa de izquierda, esto es, una coalición entre socialistas y comunistas con objeto de sustituir a la Democracia Cristiana en el gobierno.

Su propuesta estaba tan fuera de la realidad, implicaba un giro tan dramático con la línea recién adoptada por los comunistas, que el PCI ni siquiera la tomó en serio. Dos años más tarde, el PSI provocó otra crisis de gobierno al rehusarse a seguir apoyando en el Parlamento a una coalición de centro-izquierda. En las elecciones de ese año se produjo un espectacular avance electoral del PCI al conquistar el 34.4% de los votos frente a 38.7% de los demócratas-cristianos. El PSI se estancó en 9.6%, igual que cuatro años atrás.

En este sentido, el caso español no fue menos sintomático. En realidad las iniciativas y transformaciones tanto del Partido Comunista de España (PCE), como del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) para convertirse en la principal fuerza político-electoral de la izquierda se iniciaron desde la víspera de la caída de la dictadura franquista, acaecida con la muerte del General el 20 de noviembre de 1975. Pero si bien los proyectos de ambos partidos coincidían en la necesidad de una transición democrática como preludio a una ulterior transformación socialista, ni los dos entendían esta transformación de la misma manera, ni contemplaban como prioridad o apuntaba claramente a una alianza político-electoral y/o programática para la promoción conjunta de dichos objetivos.

Como muestra de lo anterior, baste señalar que ya en el XIII Congreso del Partido Socialista Obrero Español, celebrado aún en el exilio en 1974 (Suresnes, Francia), y durante el cual el partido adquirió una nueva fisonomía y desarrolló las posiciones que lo identificaron posteriormente como representativo del 'socialismo meridional', se manifestaron fuertes reticencias a establecer cualquier tipo de colaboración con los comunistas. Incluso cuando en ese mismo año, vísperas del hundimiento de la dictadura, se constituyó a instancias del Partido Comunista Español (PCE) la denominada 'Junta Democrática', primera coalición de fuerzas opositoras al franquismo, el PSOE no se adhirió a ella e impulsó, junto con la Democracia Cristiana, una agrupación similar denominada 'Plataforma de Convergencia'. Aunque ambas organizaciones terminarían por unificarse en marzo de 1976 para promover la estrategia de transición democrática, ya era más que elocuente la percepción y valoración esencial del PSOE en torno a una eventual alianza con los comunistas (239).

Al iniciarse el proceso de transición democrática existieron fuertes reticencias entre las fuerzas conservadoras y castrenses para la legalización del PCE (240). En esta tesitura, el PSOE reforzó su actitud, estimando que un acercamiento o colaboración con el PCE podía ser utilizado por la derecha para erosionar su legitimidad al presentarlo como una fuerza radical o identificada con los comunistas. Al mismo tiempo era natural esperar que el PSOE buscara consolidarse como la fuerza de oposición más representativa e influyente dentro del espectro partidista, para lo cual requería preservar a toda costa sus credenciales moderadas y democráticas.

Además, no existía ninguna certeza sobre la genuina correlación de fuerzas, entre los partidos de izquierda y su capacidad de convocatoria y movilización sobre las clases populares. La duda se despejó en las primeras elecciones legislativas realizadas en junio de 1976 cuando el PCE obtiene 9.3% de la votación total, frente a un 29.4% del PSOE. Una vez que las urnas revelan su fuerte predominio entre las fuerzas de izquierda, el PSOE ya más que mirar con recelo al PCE, intuye que puede ser prescindible cualquier alianza para llegar al poder.

En suma, tanto el PSOE como el PSI se distinguieron por mostrarse reacios a sostener cualquier alianza sólida y sostenida con los comunistas, prefiriendo avanzar por su cuenta en la formulación de un proyecto político alternativo de gobierno. En Italia, como hemos visto, no existían condiciones para que fructificara una alianza de esta naturaleza. Incluso en caso de haber existido, el PSI tendría que haber partido del reconocimiento de que su posición para competir con el PCI era netamente desventajosa, tanto en términos electorales, como de capacidad de convocatoria e influencia entre las fuerzas populares y democráticas. Sobre esta base, sabía que de hacerlo, tendría que conformarse con desempeñar un papel subordinado dentro de una política unitaria.

En relación a los Bloques Militares. Contrariamente a la clara orientación pro-atlántica de la Internacional Socialista, que al menos tácitamente admitía la hegemonía y defensa estadounidense del mundo occidental como una necesidad ineludible para contener la amenaza del expansionismo soviético, el PSF asume una posición divergente en las grandes definiciones de política exterior.

Si bien el PSF no llegó a proponer una ruptura definitiva del vínculo político que Francia mantiene con la OTAN (como se recordara, desde el 19 de julio de 1966 el General de Gaulle tomó la determinación de que Francia abandonara el sistema militar integrado), sí rechaza categóricamente cualquier tentativa de acercamiento militar o alineamiento político, criticando duramente el giro proatlántico de la política exterior de Giscard D'Estaing y llegando a pronunciarse por la superación de los bloques militares.

En contrapartida a sus reticencias hacia la alianza atlántica, el PSF definió una política de apertura y acercamiento hacia el Tercer Mundo, sobre todo respecto a los movimientos de liberación nacional, así como de búsqueda de entendimiento con las fuerzas progresistas de la Cuenca del Mediterráneo.

También sobre este punto, la posición del PCF no fue compartida en modo alguno por sus contrapartes socialistas de España e Italia.

Finalmente, es pertinente destacar que el hundimiento de las dictaduras militares en Grecia y Portugal en 1974 (241), además obviamente de la caída del régimen franquista en España en 1975, y el papel protagónico que de inmediato cobran partidos socialistas de reciente creación para conducir el proceso de transición democrática, constituyeron sin duda acontecimientos altamente significativos que le imprimirían aún mayor fuerza, atractivo y espectacularidad al denominado 'socialismo meridional'.

DISTENSIÓN INTERNACIONAL.

Un rasgo indisociable e imprescindible del contexto internacional en el que surgió el eurocomunismo y que, en cierto sentido, lo condicionó, radiró sin duda en el clima de distensión que se desarrolla a lo largo de la década de los setentas entre las dos superpotencias.

La intervención soviética en Afganistán (1979) y el ulterior arribo de Reagan a la Casa Blanca quien bajo la consigna de "Hagamos a América Grande Otra Vez" promovió una nueva escalada contra el "imperio del mal", contribuyeron de manera determinante a enturbiar la relación y cerrar un ciclo que formalmente se abre en mayo de 1972 con la firma del primer tratado de limitación de armas estratégicas (Salt I), suscrito por Nixon y Brezhnev en Moscú. Los contactos y negociaciones para la limitación de armas nucleares que de hecho se iniciaron en noviembre de 1969 dieron origen a la preparación de un tratado adicional (Salt II), que sin embargo no entro en vigor al no ser nunca ratificado por el Senado norteamericano.

Asimismo, precedida de un prolongado y tenaz proceso de concertación promovido sobre todo por la URSS y los países integrantes del Pacto de Varsovia, se desarrolló en Helsinki y Ginebra, entre enero de 1973 y julio de 1975, la Conferencia de Seguridad y Cooperación de Europa en la que participaron todos los países europeos (con excepción de Albania), Estados Unidos y Canadá.

Sin demérito alguno de los acuerdos y resoluciones alcanzadas para la conformación de un sistema europeo no militar de seguridad, cooperación económica y respeto a los derechos humanos, el compromiso adquirido por los Estados al participar en la Conferencia significó de facto un reconocimiento de las fronteras y esferas de influencia acotadas en Europa como resultado de la Segunda Guerra Mundial.

Paradójicamente, la propuesta eurocomunista encontró en el clima de distensión entre las dos superpotencias y su consecuente reflejo en el contexto europeo, un espacio propicio para su florecimiento y desarrollo, pero al mismo tiempo, y a medida que sus promotores cobraron fuerza y llegaron a ser considerados como una opción potencial y viable de gobierno (Italia y Francia), el eurocomunismo llega a ser percibido como un factor susceptible de alterar el equilibrio de fuerzas prevaleciente y, en consecuencia, de enturbiar el clima de distensión internacional. Esta paradoja encerrara uno de los dilemas cruciales que limitaran el alcance y perspectivas del eurocomunista, tal como se observara más adelante.

3. EL CONTENIDO DE LA PROPUESTA.

El 12 de julio de 1975 se reunieron en Roma Enrico Berlinguer y Santiago Carrillo, los máximos dirigentes de los dos partidos comunistas europeos que venían promoviendo con mayor insistencia las tesis y propuestas más 'heterodoxas' para una política de transición socialista.

Al final de su reunión, Berlinguer y Carrillo emitieron una declaración conjunta en la que precisaban que:

"Los comunistas italianos y españoles declaran solemnemente que, en su concepción de un avance democrático hacia el socialismo en la paz y en la libertad, se expresa no una actitud táctica, sino un convencimiento estratégico, que nace de la reflexión sobre el conjunto de las experiencias del movimiento obrero y sobre las condiciones históricas específicas de sus respectivos países en el contexto europeo occidental (...)

"La perspectiva de una sociedad socialista (...), tiene como premisa la convicción de que el socialismo puede afirmarse, en nuestros países, sólo a través del desarrollo y la plena realización de la democracia. Esto tiene como base la afirmación del valor de las libertades personales y colectivas y de su garantía, de los principios de laicismo del Estado, de su articulación democrática, de la pluralidad de partidos dentro de una dialéctica libre, de la autonomía sindical, de las libertades religiosas, de la libertad de expresión, de la cultura, del arte y de las ciencias (...)

"Sobre estos temas, resulta necesaria y urgente (...) la más amplia confrontación de opiniones y la búsqueda más responsable de puntos de convergencia y entendimiento con todas las fuerzas políticas-socialistas, socialdemócratas, democrátacristianas, católicas, democráticas y progresistas las cuales pretenden actuar con objeto de que las enormes potencialidades democráticas de Europa Occidental encuentren una base de acuerdo para una política de renovación y progreso" (242).

Si resulta apropiado hablar de eurocomunismo a partir del primer reconocimiento explícito y conjunto de las convergencias e identidad de objetivos que se plantean dos de los partidos comunistas de la Europa Mediterránea, con objeto de promover una política de transición socialista comprometida con los valores e instituciones democráticas; una política que se ajuste y responda tanto a los problemas y requerimientos análogos, como a las condiciones específicas que les impone en una sociedad capitalista desarrollada, entonces no hay duda que este encuentro bilateral debe ser aceptado formalmente como su punto de origen.

Cuatro meses después, el 15 de noviembre de 1975, se produjo otro encuentro, ahora entre Berlinguer y Marchais en el que inesperadamente el Secretario General del PCF suscribe con su homólogo italiano una declaración conjunta en el que el PCF se aproxima y virtualmente adhiere a los postulados de una "vía democrática de transición al socialismo" en la línea originalmente trazada por los comunistas italianos y españoles.

La adhesión de los comunistas franceses a las orientaciones estratégicas de la propuesta eurocomunista no dejará de ser inesperada, pues si bien desde el ascenso de Marchais a la Secretaría General del PCF en 1970 se advertía un sistemático intento por adaptar la política del PCF a las condiciones y exigencias de la situación francesa (un socialismo con los colores de Francia) y, por ende, un compromiso manifiesto con los valores democráticos (Programa Común de la Izquierda), sus iniciativas no eran tan audaces y decididas como las del PCI.

De hecho algunas de las posiciones del PCI eran aún vistas con recelo o criticadas abiertamente por el PCF. Incluso en las semanas precedentes al encuentro bilateral se habían avivado las tradicionales polémicas entre ambos partidos comunistas a propósito sobre todo de la revolución portuguesa y del contenido y alcance de una conferencia europea de los partidos comunistas que el PCUS se obstinaba en realizar (243).

Lo cierto es que la declaración conjunta selló una transición, más espectacular que efectiva, del PCF al campo eurocomunista y preparó el terreno para que tres meses después, en medio de un estridente golpe publicitario, que pretendió compensar así su notable retraso conceptual y programático, el PCF anunciara durante su XXII Congreso Nacional la renuncia formal al concepto de dictadura del proletariado (244).

El texto de un comunicado que antecedió la firma de la declaración conjunta del PCI y el PCF permite dar una idea exacta de la relevancia que le atribuyeron Berlinguer y Marchais al enfatizar que "por primera vez en la historia publicaremos una declaración que definirá nuestras posiciones comunes sobre democracia y socialismo" (245).

En la declaración conjunta se sostenía que la crisis prevalente plantearía más que nunca la necesidad de desarrollar en ambos países un sistema democrático y de hacerlo avanzar hacia el socialismo, precisando que si bien tanto el PCI como el PCF actuaban en esa dirección, lo hacían en condiciones específicas distintas; por lo que sus políticas correspondían sobre todo a las necesidades y características propias.

En este sentido, en el comunicado conjunto se precisó que:

"La marcha hacia el socialismo y la edificación de la sociedad socialista (...) han de realizarse en el marco de una democratización continua de la vida económica, social y política, el socialismo constituirá una fase superior de la democracia y de la libertad; la democracia realizada de la manera más completa. Con esta intención, hay que garantizar y desarrollar todas las libertades, fruto tanto de las grandes revoluciones democrático-burguesas, como de las grandes luchas populares de este siglo" (246).

Ambos dirigentes se pronunciaron además, por la libertad y autonomía sindical, la pluralidad de partidos políticos, el derecho a la existencia de los partidos de oposición, cuyo necesario corolario lo constituye la posibilidad de alternancia democrática en el poder, ya que la construcción del socialismo, reconocen, no pueden ser más que "resultados de grandes luchas y vigorosos movimientos de masas que articulen en torno a la clase obrera a la mayoría del pueblo", lo cual exige:

"La existencia, la garantía y el desarrollo de instituciones democráticas plenamente representativas de la soberanía popular, el libre ejercicio del sufragio universal, directo y proporcional. Dentro de dicho cuadro, los dos partidos -que siempre han respetado y siempre respetaran el veredicto del sufragio universal- conciben el ascenso de las clases trabajadoras a la dirección del Estado" (247).

Como resultado de los dos encuentros cumbre y del contenido y orientación de las declaraciones conjuntas que los remarcaban, el eurocomunismo se convirtió en tema de reflexión y análisis obligado del debate político. Frente a una valoración crítica y negativa de la propaganda 'burguesa', que cada vez resulta más estrecha e insuficiente para discernirlo, los círculos comunistas que se sienten estimulados por la propuesta lanzan una contraofensiva ideológica para restituirle su originalidad y trascendencia. La manifiesta disposición de unos comunistas a aceptar las reglas y entrar de lleno en el juego democrático, con el consecuente 'deslindamiento' de posiciones frente a la URSS, son cada vez más atractivos para amplios sectores sociales de Europa, donde parece que la izquierda esta en condiciones cada vez más propicias de dirigir una salida progresista a la crisis.

Sobre la base de las ideas hasta aquí expuestas, parece posible y resulta imperativo recuperar y condensar los rasgos concretos que le otorgaron sus señas de identidad al eurocomunismo en tanto propuesta específica de transición al socialismo en el marco de sociedades capitalistas desarrolladas. En otros términos, ¿qué es lo que compartían o reconocían tener en común los partidos comunistas de Italia, España y Francia para plantear la posibilidad de una vía democrática hacia el socialismo?

1. El reconocimiento explícito y la consecuente reivindicación del derecho que le corresponde a cada partido comunista para adoptar, con plena autonomía, las modalidades organizativas, teóricas, programáticas, estratégicas y tácticas que requiera la lucha por una transformación socialista en las condiciones específicas que su respectivo contexto nacional le impone.
2. El vínculo de indisolubilidad que existe entre socialismo y democracia en las sociedades capitalistas avanzadas como resultado de su desarrollo y herencia cultural, político-institucional y socioeconómico.

Este aspecto cumple a su vez dos funciones complementarias e íntimamente relacionadas. Revalorar el ideal socialista como proyecto social alternativo y cualitativamente superior al capitalismo y definirse al mismo tiempo como referente diferenciado del socialismo realmente existente. En este último sentido tiende a cuestionar implícitamente el modelo soviético como experiencia de valor universal y la autoridad que de ella emana.

Justo de la presencia e interrelación de estos dos factores se derivan, como solución lógica de continuidad, otros rasgos distintivos de su propuesta que en esencia significan su rechazo y oposición al modelo y soluciones del tipo leninista de transición socialista.

3. Renuncia al concepto y a la praxis de la dictadura del proletariado, otro es, ni revolución violenta, ni irreversibilidad del poder comunista como condición 'sine qua non' de la construcción de una sociedad socialista.
4. Viabilidad y factibilidad de una transición pacífica (parlamentaria) al socialismo que no excluye la eventualidad de una libre alternancia en el poder y, por ende, una restauración capitalista a la cual en principio no se opondrían, si y sólo si es decidida por el consenso de la mayoría, esto es, el veredicto final en las urnas.
5. Adhesión y compromiso permanente con los valores, principios e instituciones democráticas (occidentales), no sólo en la transición, sino como consustanciales para la edificación y desarrollo de la sociedad socialista.
6. Voluntad de trascender el modelo de organización, producción y administración capitalista mediante un conjunto de reformas cualitativas que apuntan a un esquema centralmente planificado que opera de manera descentralizada y con un componente autogestionario predominante, pero que no reivindica la supresión total y definitiva y la propiedad privada, ni puede plantearse en serio la posibilidad de eliminar a las corporaciones transnacionales, sino únicamente a reglamentar e intentar regular su operación.

7. La desmistificación de la preminencia de un sujeto revolucionario (el proletariado) y su vanguardia conciente (el partido comunista) como protagonistas exclusivos o privilegiados de la lucha por el socialismo. Se reconoce la necesidad de una amplia convergencia y alianza de todas las fuerzas políticas y sociales democráticas, populares y progresistas para promover una efectiva política de renovación en y con sentido socialista.
8. Reconocimiento de la diversidad de vías nacionales de transición al socialismo con la consecuente inadmisibilidad de un modelo único como paradigma a seguir rigurosa y escrupulosamente por todos los partidos comunistas.
9. Rechazo del internacionalismo proletario en tanto principio que en la práctica llegó a ser sinónimo de subordinación a un centro dirigente y a un partido guía; a encararse en una estructura orgánica y una serie de concepciones que fueron utilizadas instrumentalmente por la URSS para manipular e imponer sus dictados al movimiento comunista.
10. Supresión de los bloques militares antagónicos en el marco de una política internacional orientada a reforzar la distensión, el desarme, la solidaridad, cooperación e igualdad entre todos los Estados y hacer prevalecer los principios rectores del derecho internacional.

A partir de los elementos referidos y desde el punto de vista de la teoría política, el eurocomunismo denotó una clara ruptura con algunos de los principios fundamentales que hasta entonces eran considerados como consustanciales a la teoría marxista de transición y construcción del socialismo, más específicamente de su componente leninista en la medida que éste es el único que lo había determinado como paradigma de viabilidad y factibilidad.

Esta ruptura, entendida como la asunción implícita o manifiesta de la inaplicabilidad u obsolescencia de principios como el de revolución proletaria (conquista violenta del poder); dictadura del proletariado (utilización de los aparatos coercitivos del Estado para asegurar la irreversibilidad del poder comunista); internacionalismo proletario (política exterior orientada a apoyar movimientos revolucionarios y promover el advenimiento de revoluciones socialistas); partido único (preminencia irrestricta del partido comunista en el control y conducción del proceso de edificación del socialismo, dentro de un régimen exento o limitado de partidos que excluya la oposición y el disenso); así como una revaloración positiva y una efectiva adhesión a las libertades e instituciones democráticas, no constituyó un acto espontáneo ni voluntarista.

Por el contrario, fue producto y respuesta a la ineludible necesidad de pensar el avance al socialismo sin hacer abstracción de las condiciones y exigencias concretas que lo determinaban dentro de una formación social específica, en un determinado nivel de desarrollo socioeconómico y político, ni de las realidades y tendencias dominantes en el contexto internacional que también le imponían condicionamientos objetivos

En este sentido, el eurocomunismo es resultado de un prolongado y complicado proceso de reconceptualización teórica y programática, ideológica y política, para hacer no sólo deseable, sino posible un socialismo democrático como forma renovada y superior de organización social que trascendiendo al capitalismo se perfila y conciba efectivamente como referente distinto y alternativo del socialismo realmente existente.

Planteado en estos términos, el eurocomunismo torna inevitable su desacuerdo, oposición y contrastación con las sociedades de tipo soviético. Sin embargo, los partidos y dirigentes eurocomunistas no tuvieron pretensión alguna de teorizar un nuevo paradigma de validez y aplicación general que sustituyera al que dió origen a dichas sociedades.

Si con la crisis de liderazgo soviético se resquebraja el monolitismo e integrismo en la teoría, la organización, la estrategia y la práctica del movimiento comunista, la propuesta eurocomunista tiene el indudable mérito de presentarse como prueba tangible de que ya no existen ni condiciones, ni posibilidades de reconstruir algún tipo de ortodoxia marxista sobre la sustitución histórica del capitalismo por el socialismo.

Lo que en última instancia reivindicó el eurocomunismo es la necesidad de pensar y promover una estrategia de transformación de la sociedad en un sentido y con una orientación socialista, a partir de las "condiciones y requerimientos de cada país" y la consecuente autonomía de cada partido para definir con toda libertad las políticas y acciones específicamente nacionales para dicha transformación.

Lo anterior no implicó, por supuesto, que el eurocomunismo careciera de señas de identidad. Significaba simplemente que ya no podía haber, no era posible ni deseable, modelos únicos, movimientos monolíticos o estrategias comunes. El signo de los tiempos marchaba a contracorriente del horizonte de presupuestos, seguridades, expectativas y optimismo que acompañó al marxismo clásico y fue alimentado artificialmente por el leninismo.

El punto de identidad del eurocomunismo estribó pues, precisamente, en el hecho de que se perfiló como un proyecto alternativo de transformación en el que convergen un grupo de partidos comunistas que operan en un contexto que les plantea problemáticas y condicionamientos análogos y que, por tanto, les posibilitaba identificar y asumir tareas que resulten coincidentes respecto a un fin último: "construir el socialismo en la democracia".

Por ello, no resulta extraño que el eurocomunismo no haya constituido, ni puede conceptualizarse, como un movimiento articulado y homogéneo. El PCI, el PCE y el PCF nunca se fijaron el propósito de establecer una estrategia de acción conjunta o uniforme. Desde el punto de vista teórico doctrinario esto quizá les hubiera redituado una mayor consistencia y solidez, pero desde el punto de vista político-programático les hubiera acotado su margen de maniobra. Se buscaba eficacia práctica, no pureza doctrinaria.

La especificidad nacional es entonces componente sustancial de la propuesta eurocomunista. De ahí que resulte lógico y comprensible que tales partidos hayan mantenido rasgos diferenciados en sus concepciones, políticas y estrategias de acción. La actitud del PCE fue mucho más beligerante y contestataria frente a la URSS que la del PCI, que a su vez fue más crítica y definida que la del PCF. La búsqueda de entendimientos y alianzas con fuerzas populares y progresistas, al margen de su signo político, fue mucho más pronunciada y manifiesta en el PCI que el PCE, en tanto, que la política del PCF fue mucho más restrictiva pues sólo previó acuerdos con fuerzas y partidos políticos de izquierda (248).

De ahí que en la medida que los partidos eurocomunistas carecieron de vinculación orgánica, coordinación programática o líneas conjuntas de acción, cancelaron de antemano la posibilidad de oponer mayor resistencia a los embates de sus oponentes por desacreditarlos y aislarlos. Oponentes que, como era de preverse, se situaron tanto al Este como al Oeste. Por diversas razones, pero por temores compartidos, tanto la URSS y el bloque socialista como Estados Unidos y el bloque atlántico terminaron por percibir como un riesgo real y potencial para sus intereses estratégicos al avance eurocomunista.

4. LAS REACCIONES. LA PREMINENCIA DE VALORACIONES ESTRATEGICAS.

4.1 LA POSICION NORTEAMERICANA.

La posición norteamericana fue la primera en definirse de manera categórica. En diciembre de 1975, sólo unos días después de la declaración conjunta del PCI y el PCF (15 de noviembre) y de la caída de la dictadura de Franco (20 de noviembre), el entonces Secretario de Estado norteamericano, Henry Kissinger, convocó a todos los embajadores estadounidenses en Europa a una reunión secreta que se celebra en Londres y de la que sólo se tuvo conocimiento hasta mediados de abril de 1976 al ser difundida por el Departamento de Estado una versión oficial resumida y, por consiguiente, incompleta sobre los acuerdos de dicha reunión (249).

El objetivo de la reunión fue claro: fijar con precisión la posición de los Estados Unidos respecto a la posibilidad de que un partido comunista accediera al poder en Europa Occidental, justo en un momento en que la izquierda europea parecía estar en condiciones de conducir una salida progresista a la crisis mediante una alternativa democrático-socialista.

Bajo el prisma de concepciones, percepciones y consideraciones de seguridad hemisférica, Henry Kissinger y Helmut Sonnenfeldt, su consejero para Europa Oriental, establecieron la posición del gobierno norteamericano en los siguientes términos:

- Europa Occidental constituye la columna vertebral de la política exterior norteamericana. Con ello se reafirma implícitamente que esa región constituye el principal factor de equilibrio estratégico entre Oriente y Occidente, por lo que cualquier decisión o acción susceptible de alterar la correla-

ción de fuerzas prevaleciente, adquiere automáticamente connotaciones de seguridad hemisférica. Frente a una situación de esta naturaleza el gobierno norteamericano considera un deber y un derecho intervenir en función de sus intereses hegemónicos. Al respecto la aseveración de Kissinger es más que elocuente "el tiempo en que Europa intentaba definirse por sí sola ha terminado, al menos por ahora" (250).

- La preocupación de Estados Unidos no era, empero, la política exterior de los países de Europa Occidental, sino la evolución de su política interior. Al respecto Kissinger sostuvo que "el desarrollo de las fuerzas izquierdistas amenaza con minar las relaciones que afectan a la seguridad y a la política de defensa sobre las que ha sido fundada la alianza (OTAN). Y Este desarrollo influirá también en las relaciones entre Estados Unidos y Europa Oriental".

Bajo esta tesitura, el principio de no intervención en los asuntos internos de otros Estados plantea un falso dilema, porque lo que está en juego es el dominio imperial, que no conoce de estas sutilezas. Siguiendo a Kissinger "ciertamente no es nuestro deber manipular las políticas interiores. Nuestra capacidad de acción es limitada. Pero es inconcebible que los Estados Unidos puedan mantener ejércitos de tierra en Europa si existe una participación efectiva de los comunistas en los gobiernos occidentales. Por consiguiente, los fundamentos de nuestra seguridad atlántica correrían peligro".

- Los riesgos y amenazas que plantea el ascenso al poder de un partido comunista en Europa Occidental no se modifican en absoluto por distintos que sean sus términos de su relación con la URSS. En esencia, para los Estados Unidos, cualquier partido comunista es por definición antidemocrático y contrario a las instituciones y valores occidentales.

El comprensible maniqueísmo hasta sus últimas consecuencias. Una vez más Kissinger "el dominio de los partidos comunistas en Occidente es inaceptable. Esto no tiene nada que ver con la moderación de estos partidos, o con su grado de independencia respecto a Moscú. Es difícil creer que un partido comunista que llegara a gobernar un país occidental, permitiría el libre juego democrático (...) es más verosímil que cuando hubiese llegado al poder intentara cambiar las condiciones objetivas de la sociedad de modo que el proceso democrático dejase de funcionar".

- La instrucción y consigna a los embajadores norteamericanos en Europa y a todos los aliados que deban entender lo que tienen que entender, es inequívoca: impedir a toda costa o reducir al mínimo cualquier posibilidad de que los partidos comunistas asciendan al poder en Europa Occidental. Está en juego todo: la alianza atlántica, la seguridad hemisférica, la permanencia y viabilidad de Occidente.

En palabras de Kissinger "nosotros tenemos que hacer todo lo posible para asegurar la supervivencia del proceso democrático y defender las orientaciones pro-occidentales de los países de Europa Occidental (...) es difícil imaginar como podríamos continuar teniendo discusiones en el seno de la OTAN, si estos partidos comunistas pusieran bajo su control algunos gobiernos. Quizá podríamos tener, como en el caso de China, políticas paralelas. Pero la alianza, tal como es ahora, no sobreviviría. La alianza occidental siempre ha tenido una importancia que va más allá de la seguridad militar. Los Estados Unidos se quedarían solos y aislados en un mundo que no tendría el mismo sistema de valores de los demás países (Estados Unidos) seguramente podría sobrevivir, pero sólomente recurriendo a un despiadada política de equilibrio de fuerzas".

- La vuelta que cierra el cerrojo: una propuesta de 'compromiso imperial' entre Estados Unidos y la Unión Soviética para mantener el equilibrio estratégico en Europa. Un renovado entendimiento sobre los valores entendidos para refrendar el espíritu y vigencia de los Acuerdos de Yalta. Para Estados Unidos la ecuación es fácil de resolver: respeto escrupuloso a los derechos e intereses de cada potencia para intervenir en los asuntos que conciernen a la seguridad y estabilidad de sus respectivos campos de influencia en Europa.

En este sentido, primero se reconoció que la URSS no era responsable, ni influye de manera determinante en la problemática que enfrenta Estados Unidos con los partidos comunistas en Europa Occidental. Se plantea incluso, de manera comedida, que la entrada al gobierno de dichos partidos representaría también un problema para los soviéticos. Luego se advierte que el cuadro de condiciones económicas y sociales en Europa Oriental es lo suficientemente drámatico como para provocar un riesgo mayor que el del conflicto Este-Oeste y una ruptura del equilibrio estratégico, porque las aspiraciones a la independencia y a la libertad de los países que lo integran puede provocar situaciones explosivas. Finalmente se propone, se entiende que en canje o reciprocidad por una posición "abstencionista" de la URSS en Europa Occidental, una política norteamericana favorable a la institucionalización de las relaciones entre la URSS y Europa Oriental que evite precisamente dichas situaciones explosivas.

Kissinger tendió el puente "los soviéticos no son el elemento determinante que provoca las situaciones inestables a las que hemos de hacer frente hoy en día en Europa Occidental. Una Europa Occidental comunista sería un problema también para la Unión Soviética. Probablemente prefieran que los partidos comunistas no suban al poder". Luego Sonnenfeldt propone el compromiso: "nuestro objetivo a largo plazo en Europa Oriental es influir en los acontecimientos -debido a las relaciones artificiales que esta región mantiene con la URSS- para evitar que todo esto explote en cualquier momento, provocando una tercera guerra mundial (...) nuestra política, por con-

siguiente, debe favorecer una evolución hacia la institucionalización de las relaciones entre Europa Oriental y la URSS (...) nosotros intentamos favorecer el nacimiento de una potencia imperial soviética más estructurada para que no esté exclusivamente basada sobre la fuerza pura".

Virtualmente, desde la proclamación de la doctrina Truman en marzo de 1947, que marcó el inicio de la guerra fría, se había excluido o evitado con éxito la participación de partidos comunistas en los gobiernos occidentales que en abril de 1949 signaron en Washington el Pacto del Atlántico Norte. La doctrina Kissinger-Sonnenfeldt, nombre con el que en lo sucesivo se designaría a las tesis definidas en la reunión de embajadores norteamericanos en Londres, mantenía una línea de continuidad y de hecho vino a representar una puesta al día de la concepción estratégica y la política de Estados Unidos frente a la "amenaza comunista".

Las previsiones de Washington en torno al avance del eurocomunismo provinieron, sobre todo, de su valoración sobre el potencial impacto y efectos que era susceptible de provocar en tres puntos capitales que otorgaban cohesión a la alianza y resguardaban los intereses estratégicos de seguridad norteamericanos: 1. la garantía de una fuerza militar integrada y coordinada capaz de contener una agresión comunista contra Europa Occidental (dirigida o no por Moscú), que proveyera a los aliados de un rango confiable de seguridad y les permitiera sortear exitosamente un enfrentamiento militar, en caso de que fracasara la política de contención; 2) la garantía de un equilibrio armónico entre los aliados, sustentado en un balance mutuamente satisfactorio de compromisos, responsabilidades y capacidad militar, sobre todo en la relación entre Alemania Occidental y los demás aliados europeos y de todos estos respecto a Estados Unidos; 3) la garantía del mantenimiento de instituciones y prácticas democráticas en los países aliados, como fundamento político y moral de la defensa colectiva (251).

Desde la óptica norteamericana, la sola presencia de partidos comunistas en los gobiernos integrantes de la alianza constituía un elemento disruptivo capaz de alterar dichos fundamentos. En un teatro global de operaciones militares, tanto Italia como Francia, a pesar de las diferencias en los términos de su vinculación con la OTAN, poseen una importancia estratégica determinante, por lo que cualquier variación en sus posiciones generaría riesgos igualmente delicados (252).

En última instancia, los potenciales efectos que más preocupaban a Washington eran aquellos referidos a su posición en Europa Occidental (instalaciones y capacidad de despliegue terrestre, marítimo y aéreo) a la cohesión interna y capacidad de respuesta de la OTAN (política de defensa de los aliados, distribución de responsabilidades y nivel de coordinación); y la manera en que la

Unión Soviética percibiría estos efectos. Es obvio que ello no implicaba en forma alguna que se minimizarán efectos de orden político-ideológico y económico-financiero, simplemente se busca enfatizar que la política norteamericana privilegiaba consideraciones estratégicas de seguridad.

No obstante, al margen de que se pueda interpretar como resultado de un cálculo estratégico premeditado para no comprometer prematuramente su posición; como un reconocimiento implícito de su imposibilidad de influir de manera directa y en el corto plazo en cuestiones de política exterior y de seguridad; o simplemente como la omisión deliberada de un tema que por su trascendencia requería ser analizado a la luz de los términos y condiciones de su eventual participación en el poder, lo cierto es que ni el PCI ni el PCF explicitaron con puntualidad cuál sería su política respecto a la alianza atlántica una vez en el poder.

Si era evidente, sobre todo en el caso del PCI, que el anquilosado dogmatismo ideológico concebía a la OTAN como un simple mecanismo de dominación imperialista que respondía a los intereses y necesidades norteamericanos había sido reemplazado por un enfoque más pragmático y realista. De hecho, los partidos eurocomunistas coincidían en la necesidad de disolver los bloques militares como un objetivo a largo plazo de su política exterior. Pero eran conscientes que la existencia de dichos bloques constituía, en las condiciones imperantes, un dato objetivo insoslayable para preservar el equilibrio estratégico y base de sustentación para consolidar en el corto plazo el clima de distensión internacional, este último prerequisite básico para el surgimiento y desarrollo del eurocomunismo en sí.

Asimismo, parece claro que los meros imperativos del acceso al poder, así como determinaciones de carácter electoral y la dinámica misma de las posiciones y compromisos domésticos asumidos por los partidos eurocomunistas sugerían una tendencia lógica a apoyar las obligaciones y compromisos de sus países dentro de la OTAN, sin desmedro de que pudieran promover acciones para acotar o disminuir su rango de influencia, siempre y cuando éstas no resultaran incompatibles con dichas determinaciones. Seguramente también eran conscientes que una política de defensa y seguridad contraria a las directrices e intereses fundamentales de la alianza, constituiría una medida suicida que echaría por tierra toda posibilidad de acceso o permanencia en el poder.

Por lo demás, sólo el PCI disponía del peso suficiente para poder influir en la política exterior ante un eventual acceso al poder, y aún así esa influencia sólo podía ser considerada como potencial o indirecta. Aún baso este supuesto, la probada vocación democrática y autonomista del PCI, aunada a la necesidad de evitar costos político-electorales domésticos, hacían punto menos que impensable un franco alineamiento pro-moscovita o una clara posición anti-occidental.

En todo caso, la seguridad atlántica era uno de esos temas en que una toma de posición, cualesquiera que esta fuese, les acarrearía más dilemas y dificultades a los partidos eurocomunistas que los que eventualmente se derivarían de una deliberada omisión o indefinición.

Por su legado histórico, les era difícil comprometerse abiertamente con una alianza cuyo objetivo esencial consistía en impedir la expansión del comunismo: así como dejar de concebir a la OTAN como un instrumento de dominación norteamericano en Europa. Pero al mismo tiempo, por su trayectoria y orientación prodemocrática, le resultaría difícil y costoso identificarse con las tradicionales posturas maniqueístas de la propaganda comunista o tomar una postura proclive a identificarse con los intereses soviéticos, frente a los cuales se reivindicaba un proyecto y prácticas diferenciadas y autónomas.

A la luz de las anteriores consideraciones, lo más probable es que el PCI y PCF hubieran asumido un "perfil bajo" en las cuestiones relativas a la seguridad y defensa atlántica y otorgado prioridad a asuntos tales como el control de armamentos, la reducción de armas nucleares así como iniciativas orientadas a consolidar el clima de distensión internacional, que les permitiera mantener la flexibilidad táctica para determinar sus objetivos nacionales y oponerse a cualquier exceso o fortalecimiento de los bloques político-militares.

Dentro de este contexto es donde debe interpretarse la declaración vertida por Enrico Berlinguer el 14 de junio de 1976 cuando al ser inquirido en el sentido de si consideraba a la OTAN como un escudo útil contra la interferencia soviética en los asuntos italianos respondió "quiero que Italia permanezca en la OTAN también por esa razón y no sólo porque nuestra salida de la alianza alteraría el equilibrio internacional. Me siento más seguro estando de este lado (se refería a la OTAN en relación al Pacto de Varsovia), aunque también aquí advierto esfuerzos para limitar nuestra autonomía" (253).

Al respecto, es necesario considerar un dato clave. El pronunciamiento de Berlinguer se produjo sólo 6 días antes de las elecciones legislativas en Italia que le reportaron al PCI el mayor porcentaje de votación en su historia (34.4% lo que significaba sólo 3.3 puntos menos que la Democracia Cristiana) y en un momento en que el PCI parecía instalado en la antesala del poder. Era la época de mayor paroxismo sobre la denominada "amenaza roja".

La declaración tenía pues una inequívoca connotación electoral y propagandística, no porque se escondiera un doble standard, sino porque buscaba un claro efecto propagandístico que ratificara ante el electorado la orientación democrática y pro-occidental del PCI, pero que también fuera advertido por la opinión pública internacional y, quizá, contribuyera a despejar temores e incertidumbres entre los estrategas de la alianza y los gobiernos aliados sobre la concepción y conducta del PCI si llegaba al poder.

Al perder de vista este dato era fácil darle a la declaración un significado y una resonancia que desbordaba su intencionalidad y advertir en ella un abierto desafío o espaldarazo al campo socialista o bien, una neta valoración positiva de la OTAN, cualidades que evidentemente no poseía. La habilidad del PCI le permitía moverse con audacia pero evitar ambos extremos.

4.2 LA REACCION SOVIETICA.

Así como la eventual participación de algún partido eurocomunista en el gobierno planteaba serios dilemas y desafíos para la OTAN y para los intereses norteamericanos en Europa, no era menos cierto que, al margen de maniqueísmos ideológicos, su avance también representaba serios problemas y disyuntivas para la Unión Soviética, su hegemonía en Europa Oriental y su autoproclamada función dirigente dentro del movimiento comunista.

A primera vista podría suponerse que el avance electoral y la eventual participación gubernamental de los partidos eurocomunistas permitiría reforzar la influencia soviética en Europa Occidental, expandir la fuerza del campo socialista e imprimirle renovada vigencia a la idea sobre la viabilidad histórica del socialismo.

Sin embargo, este razonamiento se fundamentaba, al menos, en una falsa premisa y en una inadecuada comprensión sobre la naturaleza y orientación del eurocomunismo.

La falsa premisa: identificar en un mismo plano de equivalencia y línea de continuidad los intereses de la URSS, los del campo socialista y los de la idea socialista, cuando la evidencia disponible sugería innumerables puntos de conflicto y contradicción entre los intereses del Estado soviético y las sociedades de su tipo respecto al paradigma socialista.

El error de concepción: no advertir los múltiples planos teóricos, programáticos y discursivos en que el eurocomunismo se diferenciaba, oponía o rompía con el modelo y experiencia del socialismo realizado.

Inclusive, en términos de una ponderación costo-beneficio, puede sostenerse que el avance eurocomunista llegó a representar mayores riesgos y amenazas que probables beneficios para los intereses del Estado soviético. Más aún, mientras los riesgos eran tangibles y directos, los beneficios parecían inciertos y difícilmente asequibles. Para que esta ecuación se hubiera podido invertir hubiera sido necesario que la historia demostrara la equivalencia entre los intereses del socialismo y los imperativos del poder soviético, o bien, darle un cierto voto de confianza a una propaganda unilateral cuyo único referente era la abstracción doctrinaria y el integrismo ideológico.

Aún suponiendo que la participación gubernamental del PCI o del PCF llegara al extremo poco factible de perturbar la estabilidad política y militar en el flanco mediterráneo de la alianza atlántica, todavía se hubiera requerido el concurso e interrelación de diversos factores, muchos de ellos fuera del control directo de Moscú, para que esta situación se tradujera efectivamente en un reforzamiento de la influencia soviética en Europa Occidental.

Una cosa era que los partidos eurocomunistas compartieran o hasta respaldaran algunas directrices y objetivos de la política exterior soviética, como el apoyo a los movimientos de liberación nacional y a los regímenes revolucionarios establecidos en el Tercer Mundo; su simpatía y solidaridad con todos los movimientos populares y progresistas; las iniciativas en favor del desarme y la distensión internacional o su oposición al expansionismo de la hegemonía norteamericana. Otra muy distinta que fueran dóciles instrumentos para la promoción de los objetivos e intereses globales de los soviéticos, que no del socialismo, o que pretendieran reeditar viejas versiones del socialismo de tipo soviético. Una vez en el poder, los partidos eurocomunistas tendrían que poner en práctica una política de Estado, no una política de partido.

A lo anterior habría que agregar como complemento que tanto el PCE como el PCF tenían fundadas razones para sentirse molestos e irritados por la política exterior que había seguido la Unión Soviética en los últimos años en sus relaciones con los Gobiernos de España y Francia. Ya hemos indicado que la dirigencia del PCE había hecho manifiesta su inconformidad porque durante las conferencias comunistas nunca se había otorgado la importancia requerida al asunto de la dictadura franquista y la URSS y el movimiento en su conjunto nunca la habían condenado con energía.

La dirigencia del PCF no tenía menores motivos para sentirse irritada por la conducta diplomática del Kremlin, que había mostrado particular propensión a mantener buenas relaciones y hasta gestos de simpatía con la política del Gral. De Gaulle, e incluso con su sucesor, Georges Pompidou. Sobre todo, tenían muy presente el episodio ocurrido durante las elecciones presidenciales de 1974. Como se recordara, Francois Mitterrand se presentó como candidato común de la izquierda (PCF y PSF), estimándose que contaba con serias posibilidades de acceder a la presidencia.

Por ello, fue doblemente desagradable la visita de último minuto que en plena campaña electoral realizó el Embajador soviético en París, Sergei Chervonenko al candidato republicano y a la sazón Presidente, Valery Giscard D'Estaing, que fue ampliamente publicitada e interpretada como un aval al candidato de centro-derecha en detrimento del candidato común de la izquierda. Este hecho confirmó la habitual simpatía soviética por los gobiernos degolistas y un inesperado espaldarazo a Mitterrand.

Un especialista en la política francesa cita datos aún más reveladores:

"Alain Peyrefitte, Ministro francés de Cultura, confirmó explícitamente la hostilidad de la dirigencia soviética hacia Mitterrand y la coalición socialista-comunista y dió una explicación plausible sobre ello. De acuerdo a Peyrefitte, Chervonenko lo llamó para informarle a él en su calidad de oficial degolista, que 'estoy instruido para decirle que nosotros recibiríamos

con agrado la victoria de su candidato', Jacques Chaban Palmas, y que si éste fuera eliminado con la primera ronda de votaciones, los soviéticos verían con mayor agrado la victoria de D'Estaing que la de Mitterrand. Al continuar la conversación las razones de esta sorpresiva hostilidad hacia Mitterrand se volvieron claras. Chervonenko explicó, en palabras de Peyrefitte, que 'el General De Gaulle estableció un curso político caracterizado por la independencia y cooperación... donde Mitterrand llegara al poder ¿quién -empezando por el propio Mitterrand- podría decir que sucedería? uno prefiere la certeza de una línea conocida a las incertidumbres del azar'. Peyrefitte sintió que Chervonenko tenía que 'las cosas se escaparían de control' si Mitterrand fuese electo". (254)

Así, los potenciales beneficios para el Kremlin no parecían ni directos ni inmediatos y aún su ulterior cristalización dependía de una complicada mezcla de factores que escapaban a su capacidad de influencia. En contraparte, resultaba más probable y previsible que la entrada de comunistas al poder en Europa Occidental complicara las relaciones soviéticas con Occidente, al extremo incluso de que una valoración sobreideologizada y la consecuente reacción precipitada desestabilizaran el equilibrio político-militar en toda Europa y el sistema informal de esferas de influencia que la URSS y Estados Unidos mantenían desde 1945. En suma el avance eurocomunista podía poner en peligro la distensión entre las dos superpotencias y hasta significar un retorno a la guerra fría.

El riesgo más tangible para los soviéticos radicaba, sin embargo, en el potencial expansivo que representaría la consolidación y viabilidad de un proyecto alternativo de transición socialista comprometido decididamente con las instituciones y valores democráticos. Lo anterior porque este proyecto era capaz de proveer una variante atractiva frente al rígido y autoritario modelo de socialismo implantado en la URSS y Europa del Este, que no sólo podría generar efectos desestabilizadores dentro del bloque y establecer un peligroso precedente para otros partidos comunistas, sino además y fundamentalmente, porque implicaba una seria amenaza para la hegemonía soviética e incluso para su propia estabilidad política interna.

No era nada remoto pues que, por su naturaleza y orientación, el eurocomunismo se convirtiera en punto de referencia para los reformadores, disidentes u opositores dentro del propio campo socialista y pudiera esparcir efectos desestabilizadores en Europa del Este y en la propia Unión Soviética (255).

Los diversos ángulos, posibilidades y complejidades que llegó a representar el avance del eurocomunismo para los intereses hegemónicos de la Unión Soviética provocaron que, a diferencia de Washington, el Kremlin no asumiera una postura unívoca y categórica frente a él.

La estricta ponderación de intereses hegemónicos inclinaba al Kremlin a rechazar, desacreditar y debilitar al eurocomunismo. Consideraciones de orden político-ideológico hacían necesario que adoptara un enfoque cauto y conciliador, al menos formalmente, para tratar de encuadrarlo y regularlo políticamente, de tal manera que mientras no consiguiera su objetivo último de dominarlo, le fuera posible limitar o reducir sus efectos más peligrosos. La dirigencia soviética osciló permanentemente entre ambas tentaciones, buscando siempre mantener ventajosos puntos de equilibrio.

La plena "reconciliación" entre la URSS y los partidos eurocomunistas era poco probable, al menos que se hubiera dado alguna de las siguientes situaciones: 1. que estos renunciaran a sus orientaciones teóricas, políticas y programáticas y muy en particular a sus posiciones críticas frente al socialismo realmente existente, lo que equivaldría no a solucionar un conflicto sino hacer desaparecer al oponente, o bien; 2. que se produjera una profunda reforma democrática dentro del bloque socialista que hiciera asimilable la orientación eurocomunista. Con Brezhnev a cargo era punto menos que imposible esperar que un viento de esta naturaleza cobrara fuerza en el Este. Si no se producía alguno de esos cambios esta opción se encontraba clausurada. Hubiera sido ingenuo esperar que aún los dirigentes soviéticos más conciliadores toleraran las "herejías" o "excesos" de los eurocomunistas y estuvieran dispuestos a respaldarlos.

Un "tour de force" era también inviable. Ni los soviéticos ni los eurocomunistas hubiesen estado dispuestos a afrontar los riesgos y consecuencias de una ruptura violenta. Los partidos eurocomunistas podrían haber perdido sus últimos vestigios de identidad y quizá verse orillados a estrechar sus vínculos con Occidente. Esta situación era susceptible de ser capitalizada por las fuerzas antisoviéticas tanto en el Oeste como en China, en obvio detrimento de la autoridad e influencia del Kremlin.

La perspectiva de que la dirigencia soviética agregara a su enconada disputa político-ideológica con Pekín un nuevo flanco de hostilidad y de que se produjera un nuevo cisma en el movimiento comunista, seguramente también gravitó en la valoración del Kremlin.

Un factor parece haber resultado determinante para que los soviéticos terminaran por aplicar una política pragmática que combinó hábilmente para conciliar sus intereses estratégicos con los de orden político-ideológico: el eurocomunismo no representaba un fenómeno que afectara con la misma profundidad, ritmo y dirección a los tres partidos comunistas que lo reivindicaban. Consecuentemente, no se requería una respuesta global.

A partir de esta valoración fundamental, el Kremlin fue desplegando una política casuística y selectiva que no sólo evitó ambos extremos -ahorcamiento o ruptura-, sino que además le permitió fijar límites claros en torno al eurocomunismo: no hay excomunión pero tampoco compromisos o respaldo. Por un lado, la admi-

sión en el plano formal y discursivo del respeto a la independencia de cada partido para definir sus propias vías de avance y construcción socialista, con el claro propósito de mantener puentes de entendimiento con el eurocomunismo sin deteriorar aún más la cohesión del movimiento. Por el otro, críticas dosificadas y selectivas para vulnerar y debilitar sus posiciones y restringir su potencial influencia.

De esta manera, la política del Kremlin logró conciliar las exigencias alternas e incluso antitéticas de un standard doble: la tolerancia formal no le eximía de esgrimir censuras y advertencias veladas e incluso de golpear los flancos más vulnerables. Así pues, tiende a prevalecer un trato individual con los partidos eurocomunistas. Se pondera el peso e influencia político-electoral, la capacidad de liderazgo y la cohesión interna de cada uno de ellos, así como la capacidad y mecanismos de presión que el Kremlin estaba en condiciones de ejercer para lograr sus objetivos.

El PCI podía convertirse en el corto plazo en partido gobernante; había sido el verdadero precursor del eurocomunismo, sus iniciativas habían sido las más audaces, pero había cuidado las formas y en ningún momento se había planteado un enfrentamiento frontal con Moscú, ni cuestionado, abiertamente la naturaleza de los sistemas del Este. Siempre había buscado puntos de mediación y entendimiento. Era el partido menos vulnerable y con quien una ruptura hubiera representado los costos más elevados.

El PCF había sido tradicionalmente, de entre los partidos eurocomunistas, el más resuelto aliado de las políticas soviéticas. Su conversión al eurocomunismo era en buena medida vacilante e inconclusa. Las corrientes promoscovitas eran aun perceptibles y nada desdeñables en su interior. Una manifiesta hostilidad soviética podría radicalizar sus posiciones y hacerle perder un valioso aliado que también tenía posibilidades de acceso al poder.

El PCE representaba sin duda el flanco más vulnerable. Sus dirigentes eran los más radicales y hasta irreverentes (Santiago Carrillo y Manuel Azcárate en particular), eran también quienes habían ido más lejos y sin mucho tacto en sus críticas al sistema soviético. Su fuerza político-electoral era todavía incierta, pero aún en el mejor de los casos no sería equiparable a la del PCI o la del PCF, como tampoco lo eran sus posibilidades de convertirse en partido gobernante.

Los ataques públicos y las más fuertes críticas se centraron pues los dirigentes del PCE. La dirigencia soviética tuvo especial cuidado en personalizar los ataques y no apuntarlos a los partidos en cuanto tales. Como es obvio, en ello fue siempre implícita una advertencia al PCI y al PCF para que atemperaran sus posturas.

Sobre este telón de fondo se fue escenificando la disputa entre los partidos eurocomunistas y la dirigencia soviética, la cual se intensifica con posterioridad a la Conferencia de Bruselas de 1974 y alcanza su climax en junio de 1977 a propósito de la publicación del libro de Santiago Carrillo "Eurocomunismo y Estado", que desencadenó una violenta reacción de censura de Moscú.

LA CONFERENCIA EUROPEA.

Hacia mediados de 1974 el PCUS volvió a plantear la necesidad de convocar a otra Conferencia Mundial de los partidos comunistas. La pretensión de Moscú era lograr la excomunió de los chinos y salir al paso de las heterodoxias occidentales, reafirmando su supremacía dentro del movimiento. El PCI volvió una vez más a erigirse en el principal valladar contra la iniciativa soviética y de él partió la idea de celebrar no una Conferencia Mundial, sino una Conferencia Europea menos ambiciosa.

La realización de la Conferencia europea exigió un prolongado proceso de entendimiento y concertación, así como innumerables reuniones preparatorias, que consumieron cerca de dos años. Durante este período se perfilaron otra vez con cierta nitidez dos corrientes fundamentales: la renovadora, promovida por los italianos y apoyada sobre todo por los españoles, yugoslavos y rumanos y; la ortodoxa, dirigida por los soviéticos y secundada por los alemanes orientales, checos y polacos. A estas alturas la posición de los franceses seguía siendo titubeante, claman su independencia de Moscú, pero critican el "oportunismo de derecha" de italianos y españoles.

En diciembre de 1974, en el curso de la reunión preparatoria celebrada en Budapest, los alemanes orientales fueron encargados de preparar un documento que sirviera de base para la Conferencia. En abril de 1975, una delegación italiana fue a Berlín para conocer el texto preparado. Su reacción fue negativa, por intermediación de Giancarlo Pajetta concluyó que el texto había sido redactado en "alemán traducido del ruso antiguo" de la época del Kominform, advirtiendo que sobre un documento de esa naturaleza no sería posible llegar a entendimiento alguno (256).

En un nuevo encuentro preparatorio celebrado en Berlín en junio de 1975, otro representante del PCI, Sergio Segre, externó un juicio con tono de ultimatum: o se iba a la Conferencia sin ningún documento que suscribir, o no se iba. Por vez primera la dirección del PCI, que tradicionalmente se había abstenido de publicitar este tipo de gestiones, expresó su apoyo a la actuación de su representación en Berlín, con la clara intención de hacer comprender a los soviéticos que actuaba en serio (257).

En plena heterodoxia, Santiago Carrillo presentó al Comité Central del PCE un dossier completo sobre el encuentro de Berlín en que se dá cuenta de la posición que habían asumido los distintos partidos. El dossier fue publicado en el órgano oficial del PCE "Mundo Obrero" a principios de septiembre de ese año. El PCI nunca se había atrevido a tanto. Moscú reaccionó con irritación, despolvando el viejo léxico revolucionario, con la esperanza quizá de concitar la solidaridad de las bases comunistas. Sin citar referencias concretas, denunció la línea menchevique de "alianzas sin principios". Pero sus denuncias se perdieron en el vacío (258).

Bajo esta atmósfera y antes de que se afinaran los últimos detalles para la Conferencia Europea, tuvo verificativo el XXV Congreso del PCUS, inaugurado en Moscú el 27 de febrero de 1976. Contrastando con la solemnidad, rutina y unanimidad que antaño caracterizaron a este acontecimiento, por vez primera irrumpieron y se expresaron en él diferencias y disensos entre algunos partidos comunistas occidentales y el PCUS. No era ni con mucho la primera vez que se expresaban públicamente, pero nunca antes frente a esta audiencia y en esta sede. Su valor y trascendencia fue tan sintomático como simbólico.

Por principio de cuentas, ni Carrillo ni Marchais asistieron al Congreso. Las representaciones del PCF y del PCE fueron de segundo y hasta de tercer nivel. El gesto era insólito, sobre todo en el caso del PCF que nunca antes había dejado de estar representado al máximo nivel en el Congreso del PCUS.

En su intervención inaugural, Brezhnev no resistió la tentación de denunciar las "concesiones oportunistas de algunos partidos comunistas" pero se abstuvo de identificarlos por su nombre. Prefirió generalizar: "Se puede afirmar con certeza que aunque las concesiones al oportunismo pueden ofrecer una ventaja temporal, se traducen al fin en un daño todo el partido" (259). Pero tampoco hizo referencia explícita a las presuntas concesiones, que ya no eran sólo las del PCI y del PCE, pues sólo unos días antes, durante su XXIII Congreso, el PCF había renunciado al concepto de dictadura del proletariado.

Para romper el ritual y provocar de entrada la irritación de los anfitriones, Nicolae Ceausescu, en representación de la delegación rumana y Stane Dolanc, en nombre de la yugoslava, repudiaron las pretensiones hegemónicas soviéticas y se pronunciaron en favor de la independencia e igualdad de todos los partidos. Ni los tópicos ni los portadores sorprendieron a los soviéticos, les eran incluso familiares, lo que les irritó fue la tribuna utilizada para expresarlos.

La nota discordante le correspondió una vez más a Enrico Berlinguer, quien si está presente en Moscú en tan solemne ocasión, la cual aprovechó para pronunciar un discurso de gran resonancia, desde una tribuna que le confirió un significado especial a cada palabra.

Después de destacar las aportaciones del PCUS para consolidar la distensión internacional; de exigir el "reconocimiento y respeto teórico y práctico de la plena independencia de cada país, de cada movimiento progresista y de cada partido comunista y obrero"; así como de pronunciarse porque los problemas que surgieran entre los partidos comunistas fueran "discutidas en un clima de camaradería, en el marco de las normas inalienables de igualdad y respeto a la autonomía de cada partido", entró de lleno en la materia que le interesaba plantear.

El Secretario General del PCI fundamentó la autonomía, experiencia y posiciones de los partidos comunistas occidentales en el cuadro general de la crisis capitalista que, a su juicio, ponía a la orden del día la aspiración por un "nuevo orden de sociedad que se acerque al socialismo", precisando que "en este contexto, es necesario remarcar que entre los partidos socialistas y social-demócratas se registra un desplazamiento hacia la izquierda y que, en algunos países, caen los prejuicios hacia la colaboración con los comunistas". Con lo anterior, continuó Berlinguer, "se abren nuevas posibilidades para que prosperen el diálogo y la convergencia entre las distintas fuerzas obreras y populares (...) y ello tanto para los objetivos inmediatos como para explorar y recorrer juntos los nuevos caminos para la construcción de la nueva sociedad".

Sobre esta base otorgó sustento a las posiciones asumidas por el PCI, planteándolas como resultado de su determinación de encontrar fórmulas viables y consistentes para promover una "salida democrática y de renovación social" a la crisis, la cual sólo era posible si el PCI estaba en condiciones de participar en la "dirección de la vida política nacional, en un plano de igualdad con las fuerzas populares y democráticas de distinto ideal y orientación política".

Berlinguer subrayó que el PCI era "más fuerte que nunca", lo cual era resultado de los profundos lazos establecidos con fuerzas y movimientos democráticos y populares durante años de ardua lucha y trabajo; de las batallas emprendidas "en defensa de los intereses de las masas populares, por las libertades democráticas, por el progreso civil y social de Italia y por la moralización de la vida pública", pero también, y esto debió haber resonado secamente en los oídos de los anfitriones, por "nuestro compromiso internacionalista y de nuestra lucha por una política exterior italiana que, en el marco de las alianzas internacionales de nuestro país, contribuya de un modo activo a la distensión y defienda con firmeza la soberanía del pueblo italiano contra toda injerencia extranjera en nuestros asuntos interiores".

Para finalmente rematar:

"Estamos convencidos que una de las razones más importantes del crecimiento de nuestra influencia estriba en que desde hace mucho tiempo estamos empeñados en elaborar una vía al socialismo que corresponda completamente a los caracteres peculiares del desarrollo histórico y civil de nuestro país" (260).

En suma, para Berlinguer la orientación política del PCI no era resultado de oportunismo o claudicación alguna, sino de una concepción y avance distinto hacia el socialismo cuya eficacia y viabilidad había llevado incluso al PCI a plantearse el problema inmediato de acceso al poder. El PCI se movía ya en una zona adyacente al gobierno, pero no a pesar sino precisamente como resultado concreto de la línea seguida, lo que representaba la principal garantía de su validez y efectividad. El reto consistía entonces, de acuerdo a Berlinguer, en que el PCI y las clases populares fueran capaces de asumir y afirmar su presunta función histórica en un sistema pluralista y democrático.

Aunque Brezhnev y Berlinguer suscribieron al final del Congreso una declaración conjunta manifestándose en favor del "pleno respeto a la independencia de cada partido", dos semanas después, Mikhail Suslov, miembro del Politburó encargado de los asuntos del movimiento comunista internacional, arremetió duramente contra "quienes interpretan a su modo la ideología comunista" calificándolos de "enemigos del marxismo", precisando que "difaman al verdadero socialismo, tratan de eliminar la esencia de las enseñanzas del marxismo-leninismo y de sustituirlo por el liberalismo burgués" (261).

Aquí se puede apreciar con toda nitidez el standard doble con que se manejó la política soviética hacia el eurocomunismo. Por un lado, con Brezhnev, una actitud formal y presuntamente tolerante y respetuosa del principio de independencia e igualdad de todos los partidos, con objeto de seguir otorgando sustento a una ideología común y punto de identidad del movimiento comunista en su conjunto, pero que era susceptible de admitir "cierto tipo" de discrepancias". Por el otro, con Suslov, el esfuerzo permanente, dosificado con mayor o menor cautela según el partido y la coyuntura, para debilitar la orientación eurocomunista.

De esta manera, se llegó después de un largo y tortuoso proceso de concertación a la Conferencia Europea de partidos comunistas que se realizó en junio de 1976 en Berlín del Este. Asistieron 29 de los 31 partidos existentes, sólo los "aislacionistas" de Islandia y los "intransigentes" de Albania se abstuvieron de participar.

El primer dato memorable de la Conferencia: la delegación yugoslava fue encabezada por el Mariscal Josif Broz Tito en persona, quien casi al final de su carrera se procuró la satisfacción de pronunciar un gran discurso sobre el movimiento de los no alineados, frente a muchos dirigentes que no le habían escatimado críticas y excomuniones.

Por otra parte, las presiones ejercidas por los partidos renovadores surtieron finalmente efecto. Para llegar a la Conferencia, el PCUS tuvo que hacer importantes concesiones a diversos partidos y posiciones y renunciar a presentar una plataforma común cargada de principios doctrinales. En lugar de un texto en "ruso antiguo", se llegó con un documento inocuo que reconocía el "respeto a la libre elección de las diversas vías en la lucha para las transformaciones sociales progresistas y a favor del socialismo" (261).

Otro hecho sin precedente que puso de relieve la atmósfera y espíritu que privaba entre los partidos comunistas de Europa Occidental y las importantes concesiones que tuvo que hacer el PCUS para celebrar la Conferencia, fue la exclusión de cuatro fórmulas sacrosantas de la ortodoxia soviética en el documento aprobado. En efecto, no aparecieron ya más en él los términos de "marxismo-leninismo", "dictadura del proletariado", "internacionalismo proletario" y "lucha contra el antisovietismo".

Otro aspecto relevante de esta Conferencia estribó en que se plantearon y discutieron con inusitada libertad las divergencias pre-
valecientes en el interior de un cada vez más heterogéneo movimiento. Ya desde las reuniones preparatorias se había puesto de manifiesto que el "partido guía" no estaba ya en condiciones ni disponía de la capacidad de convocatoria para imponer ataduras o diques que contuvieran las divergencias y disensos, mucho menos para imponer cartabones doctrinales que fueran aceptados unánimemente.

Esta situación permitió que cada una de las delegaciones partidistas dejara constancia de sus posiciones respectivas, las cuales se plantearon con firmeza pero sin radicalismos, por lo que no se llegó, ni quizá se deseaba llegar, a antagonismos irreductibles. Los dirigentes de los partidos eurocomunistas reafirmaron y defendieron con determinación sus principales tesis.

Berlinguer fue sobrio y preciso:

"Algunos llaman 'eurocomunismo' a los nuevos planteamientos y búsquedas. Este término no ha sido inventado por nosotros, pero el simple hecho de que circule con tanta frecuencia significa cuán profunda y extendida es la aspiración de que los partidos de Europa Occidental se consoliden y avancen soluciones nuevas en la transformación de la sociedad".

"Hoy nos interesa sobre todo recalcar un punto esencial. Esta búsqueda de lo nuevo nada tiene que ver a la concesión a los grupos dominantes, sino que constituye el modo eficaz de luchar por la función dirigente democrática de la clase obrera y sus aliados. Al mismo tiempo, somos conscientes de que esta búsqueda y esta lucha necesita el diálogo y el acuerdo con las demás fuerzas obreras y populares, de inspiración socialista, socialdemócrata, cristiana y con el conjunto de las fuerzas que desean la renovación y el progreso de la sociedad" (263).

Santiago Carrillo no perdió su tono irónico e irreverente:

"(...) llegamos a tener algo de una nueva iglesia, con nuestros mártires y nuestros profetas. Durante largos años, Moscú, donde nuestros sueños comenzaron a tener realización, fue como nuestra Roma, hablabamos de la gran revolución socialista de octubre como nuestra navidad. Fue nuestro período de infancia (...) no

hemos perdido ni el coraje ni la voluntad revolucionaria de asumir los riesgos de una lucha que aún exige sacrificios personales, pero nuestra vocación es la de una fuerza que sale de las catacumbas, irrumpe a la luz y aspira a llegar al gobierno (...)

"En los últimos tiempos se ha hablado de 'eurocomunismo' en medios ajenos a nosotros. El término es desafortunado (...) Sin embargo, es evidente que los partidos comunistas de los países capitalistas desarrollados, o a nivel avanzado de desarrollo, nos enfrentamos a una problemática peculiar, exigencias específicas nos llevan por vías y a formas de socialismo que no van a ser las mismas que en otros países. La hegemonía de las fuerzas del trabajo y la cultura que protagoniza hoy la lucha por el socialismo en nuestros países, no se hará con formas dictatoriales sino con el respeto del pluralismo político-ideológico, sin el partido único y con pleno acatamiento en todo momento a los resultados del sufragio universal" (264).

George Marchais, todavía ecléctico pero ya más resuelto y comprometido con las posiciones eurocomunistas:

"Nosotros seguimos una vía original e independiente de lucha por el socialismo. En general, nuestro partido define su política, sus objetivos y sus métodos de acción con la mayor independencia, de modo soberano, basándose sobre las enseñanzas, positivas y negativas, de todas las experiencias efectuadas, sin por ello tomar como modelo esta o aquella experiencia (...)

"Queremos decir que Conferencias como esta ya no responden a las necesidades de la época. La elaboración de una estrategia común a todos nuestros partidos queda excluida. Nos parece oportuno buscar nuevas formas de encuentro, más flexibles y más eficaces (...) y la exclusión para siempre de la aprobación de documentos" (265).

Brezhnev, al parecer consciente de que un enfrentamiento directo con los eurocomunistas podía tener un efecto de "boomerang" para los intereses soviéticos, renunció durante su intervención a refrendar las recriminaciones lanzadas desde la tribuna del XXV Congreso del PCUS a las orientaciones eurocomunistas y no habló más de "concesiones oportunistas" o "nacionalismos pequeños-burgueses". Por el contrario, se congratuló del importante avance electoral registrado por el PCI en las recientes elecciones legislativas (junio de 1976) y hasta otorgó un importante aval a la política desarrollada al puntualizar que "los comunistas y las otras fuerzas de izquierda que se alían en su lucha contra el imperialismo con los socialdemócratas y los cristianos continúan siendo revolucionarios que buscan la sustitución del capitalismo por el socialismo" (266).

¿Implicaba lo anterior un cambio decisivo en la percepción y valoración soviética sobre el eurocomunismo? ¿significaba que Moscú había decidido finalmente aceptar la orientación eurocomunista? No en rigor ni necesariamente. Representó más bien un ajuste táctico en el contexto de la política desplegada. En última instancia, el eurocomunismo seguía constituyendo un factor capaz de perturbar y poner en riesgo los intereses estratégicos del Kremlin dentro del campo socialista y de afectar el marco de sus relaciones con Occidente.

El objetivo último no podía modificarse. Debilitar las posiciones eurocomunistas y dividir a sus integrantes ya sea para reducir o eliminar su potencial influencia o bien, en el mejor de los casos, para lograr su eventual regulación y encuadramiento político-ideológico de tal manera que resultara compatible y funcional con los intereses soviéticos. Considerando la naturaleza misma del eurocomunismo, esta segunda opción era la menos viable.

No obstante, la consecución de dicho objetivo estaba necesariamente constreñida por datos y tendencias objetivas que la política soviética debía tomar en consideración. La fortaleza de las posiciones eurocomunistas no se sustentaba tan sólo en una serie de convergencias teóricas, políticas y programáticas explícitas con un alto grado de elaboración. Se fundamentaba y traducía también en una ascendente fuerza electoral; en una manifiesta capacidad de liderazgo y cohesión partidistas; en una voluntad y decisión de los partidos involucrados por defender e impulsar proyectos novedosos y autónomos de recambio social y, en algunos casos, en indudables perspectivas de acceso al poder o de potencial influencia en procesos de toma de decisión gubernamental.

Ante la imposibilidad de modificar drásticamente dichas circunstancias en el corto plazo, la dirigencia soviética estaba más bien dispuesta a un entendimiento estratégico: moderar sus ataques y mostrar mayor tolerancia siempre y cuando los partidos eurocomunistas no buscaran constituirse en foco de atracción e influencia más allá de sus respectivos contextos nacionales, pero sobre todo de que no desafiaran o cuestionaran el modelo de socialismo realizado, ni la política soviética.

El cambio introducido en el discurso soviético vino a representar pues el reconocimiento implícito de la necesidad de establecer un punto de equilibrio que fijara y contuviera en un límite preciso la querrela político-ideológica con los partidos eurocomunistas. Querrela que había ya no sólo alcanzado una fuerte tensión y resonancia, sino que de profundizarse podría desembocar en un terreno capaz de afectar de manera directa e irreversible e ideología del Estado y la sociedades del Este.

En este contexto, la primera señal de preocupación para los soviéticos se había producido a finales de febrero de 1976 cuando estado Santiago Carrillo en Roma y en el preciso momento en que se celebraba en Moscú el XXV Congreso del PCUS, calificó al régimen soviético de "socialismo en estado primitivo, que se resiente del sistema cuasi-feudal derrocado por él y del que aún lleva los estigmas" (267).

Así, el valor entendido propuesto por los soviéticos pareció ser comprendido y aceptado por Berlinguer y Marchais, quienes durante la máxima cumbre eurocomunista celebrada el 2 y 3 de marzo de 1977 en Madrid, en vísperas y muy a propósito de la legalización del PCE que ocurriría dos meses más tarde, se opusieron a la iniciativa de Santiago Carrillo en el sentido de incluir en el comunicado conjunto una denuncia sobre la falta de libertades civiles y derechos políticos en los regímenes del Este (en ese entonces se habían agravado los actos de represión en la URSS, Polonia y Checoslovaquia contra grupos disidentes), así como a cualquier tipo de crítica sobre las limitaciones de dichos sistemas (268).

La realización de la cumbre eurocomunista de Madrid y el tipo de pronunciamientos que de ella pudieran surgir, preocuparon a tal extremo al Kremlin que por las mismas fechas convocó a una reunión de altos dirigentes de los partidos del Este en Sofía. No es nada remoto pensar que la finalidad de esa reunión era no sólo responder de inmediato a una eventual crítica o ataque de los eurocomunistas, sino además coordinar las líneas generales de una estrategia común para hacerle frente.

No obstante que el ataque sorpresivo de los eurocomunistas no se produjo y como ya se ha indicado, la declaración conjunta se limitó a reiterar la "voluntad de construir el socialismo en la democracia y la libertad", los dirigentes partidistas reunidos en Sofía se pronunciaron de cualquier forma contra "las campañas anti-comunistas (que) tratan de distorsionar el contenido de las políticas interior y exterior de los países socialistas" (269).

EL "AFFAIRE" CARRILLO.

En este clima y sin que hubiera amainado en absoluto la campaña anti-eurocomunista orquestada por los soviéticos, el 25 de mayo de 1977 Santiago Carrillo presentó ante la prensa ibérica su libro titulado "Eurocomunismo y Estado".

La idea central de Carrillo consistió en analizar la problemática relativa al Estado en los países capitalistas desarrollados de Europa, con el propósito de identificar los requerimientos que imponía a los partidos eurocomunistas empeñados en promover un proyecto de socialismo democrático. Lo anterior sobre la base de que el enfoque, premisas y criterios utilizados por Lenin durante la Revolución de Octubre ya no eran aplicables en el nuevo contexto europeo.

En la introducción a su libro, Carrillo establece algunas precisiones en torno al término eurocomunismo, argumentando que aunque su valor científico pueda ser "dudoso", ha adquirido tal significado que "sirve para designar una de las corrientes comunistas en boga. Si bien es todavía algo impreciso, una parte de esta imprecisión corresponde a lo que es aún tentativo, exploratorio, en esta orientación que hasta ahora se ha manifestado más como una seria rectificación autocrítica de la política, que como una elaboración teórica".

Más adelante precisa, "es importante, sin embargo, hacer la advertencia que (el eurocomunismo) es una tendencia y no una organización, tampoco tiene siquiera un programa común, aunque indudablemente posee una naturaleza específica que se muestra de distintas formas", pero puntualiza "no se trata de una tercera vía, para emplear un término favorecido por la prensa. Si tuviera que enumerar las diferentes vías que han sido seguidas en el proceso revolucionario mundial, tendríamos mucho más que tres. Tampoco es una cuestión de retroceder hacia posiciones social-demócratas o de negar las razones históricas que justificaron el nacimiento de los partidos comunistas" (270).

A partir de este marco de referencia, Carrillo va identificando a lo largo de su libro las principales transformaciones que ha experimentado el Estado capitalista desde la teorización leninista y el triunfo de la revolución bolchevique, los nuevos problemas y requerimientos políticos y programáticos que dicha transformación ha generado, así como las tareas que deben emprender las fuerzas sociales que aspiran a un proceso de recambio social de naturaleza socialista bajo las condiciones del capitalismo maduro.

En sentido estricto, Carrillo se limitó a recuperar y articular algunos de los planteamientos fundamentales que ya eran consustanciales a la orientación eurocomunista. No incorporó en realidad ninguna innovación o aportación teórica o programática de relevancia. La clave para comprender la violenta reacción que provocó en Moscú la aparición del libro residió, sin duda, en su percepción y valoración crítica sobre la naturaleza del Estado soviético y los regímenes del Este, así como su idea de una Europa independiente de los bloques político-militares.

De acuerdo a su orden de exposición en el libro, se citan algunos de los fragmentos de la argumentación de Carrillo en torno a estos tópicos.

"En la Europa Occidental de hoy, Estados Unidos y los grupos sociales dominantes tratan de dar credibilidad a la idea que la democracia equivale al capitalismo y, consecuentemente, que el socialismo equivale a la dominación soviética. La orientación que ha sido denominada 'eurocomunismo' debe superar este dilema y situar la cuestión de la democracia y el socialismo en el nivel histórico apropiado. Esto es, debe demostrar, por un lado, que la democracia no sólo no es consustancial al capitalismo, sino que su defensa y desarrollo requieren la superación de este sistema social; que en las condiciones históricas de hoy, el capitalismo tiende a reducir y al último a destruir la democracia, por lo cual la democracia debe acceder a una nueva dimensión bajo un régimen socialista.

"Por otra parte, el 'eurocomunismo' debe demostrar que la victoria de las fuerzas socialistas en los países de Europa Occidental no aumentarán en absoluto el poder de la Unión Soviética ni implicará la expansión del modelo soviético de partido Único, sino que será una experiencia independiente, con un socialismo mucho más desarrollado que tendrá una influencia positiva en la evolución democrática de los tipos de socialismo que existen hoy en día.

"A este respecto, la independencia de los partidos comunistas en relación al Estado soviético y otros estados socialistas es esencial, como lo es la definición teórica y práctica de una vía inequívocamente democrática" (271).

Más adelante, al referir las características distintivas de los partidos eurocomunistas, Carrillo subraya el relativo a su "actitud crítica hacia los defectos en los sistemas socialistas establecidos y, particularmente, hacia aquellos cuyas formas son en cierto sentido totalitarias" y manifiestan "la subestimación de la democracia, los derechos humanos individuales, la burocratización, etc.". Señala también que en dichos sistemas hay problemas vitales, tales como el nivel de vida, el abastecimiento de bienes y alimentos, la productividad, la participación democrática y las contradicciones sociales, que de ninguna manera han sido resueltos y que la propaganda unilateral puede esconder pero no resolver.

Bajo este orden de ideas, Carrillo sostiene que para que el socialismo pueda "extenderse y transformarse en un sistema económica mundial -lo que no implica un modelo Único o la subordinación a un Estado o grupo de Estados (...) -debe recobrar para sí mismo los valores democráticos y liberales, la defensa de los derechos humanos, junto al respeto por las minorías disidentes" (272).

Es a propósito de la obsolescencia e inadecuación del concepto de "dictadura del proletariado" a las nuevas realidades y exigencias de la lucha socialista, que Carrillo virtió las más fuertes críticas al Estado soviético y al socialismo realizado:

"La falta de 'credibilidad' democrática de nosotros los comunistas entre ciertos sectores de la población de nuestros países está asociada -más que con nuestra propia actividad y política- con el hecho de que en los países donde ha desaparecido la propiedad capitalista, la dictadura del proletariado ha sido implantada con un sistema de partido Único, como regla general, y ha experimentado serias distorsiones democráticas e incluso graves procesos de degeneración (por ello) el esquema de Estado proletario delineado por Lenin en 'El Estado y la Revolución' no ha sido realizado en ningún lugar y, mucho menos, en el país que nos ha sido y nos continúa siendo presentado como el modelo ideal" (273).

Continuando con este orden de ideas, Carrillo puntualiza que "la Revolución de Octubre ha producido un Estado que no es evidentemente un Estado burgués, pero tampoco es todavía el del proletariado organizado como clase dominante o el de una genuina democracia de los trabajadores". Por lo que a pesar de algunos procesos importantes que han acotado o disminuido algunas formas de represión y opresión, agrega Carrillo, "todavía no nos encontramos frente a un Estado que pueda ser considerado como una democracia de los trabajadores". Incluso considera que el tipo de Estado de los países socialistas "ha mantenido no sólo algo del contenido del derecho burgués, sino que además ha provisto ejemplos de distorsión y degeneración que en otros tiempos podrían ser sólo imaginados en los estados imperialistas" (274).

La crítica de Carrillo no se detuvo ahí. Previo incluso que, en el contexto prevaleciente entonces, no existían condiciones o posibilidades de que el Estado soviético pudiera o deseara modificar dichas orientaciones.

"El contexto dentro del cual se presenta hoy en día la confrontación global no favorece la transformación del Estado soviético en un Estado democrático de la clase trabajadora. Es un contexto (...) que tiende a convertir la ideología en un instrumento de poder, a ver los problemas de la lucha de clase; de la lucha por la liberación; de la lucha por el socialismo a escala mundial, como complemento de su poderío en la confrontación global en que está involucrado; a ver en el internacionalismo algo que refuerza su poderío y a convertirlo en un instrumento.

"En lugar de reconocer las limitaciones que su situación objetiva (...) sus propios errores y carencias, le han impuesto en su transformación interna (...) en lugar de reconocer lo mucho que aún permanece en las estructuras de su Estado que es herencia del anterior, ajeno al Estado transicional previsto por los fundadores del marxismo; es decir, en lugar de reconocer que nosotros sólo tratamos de avanzar hacia condiciones en las que el socialismo se pueda expandir porque la historia no nos ha permitido más que ésta, clamamos que ya hemos llegado al socialismo completo, que nos adentramos incluso en el comunismo y que no es posible otra forma de socialismo que no sea esta" (275).

Como es fácil advertir, la crítica de Carrillo sobre la naturaleza del Estado y del sistema soviético fue mucho más lejos de lo que el Kremlin estaba dispuesto a tolerarle a la dirigencia de un "partido hermano" y a uno de los representantes más calificados de una orientación, crítica pero todavía inscrita dentro de los principios fundamentales del marxismo, con la que al parecer ya se había convenido un acuerdo de valores entendidos.

En suma que la crítica del sistema soviético y del socialismo realista representaba más que un lado, representaba un punto decisivo de equilibrio entre las posturas del proyecto eurocomunista y las intenciones de la dirigencia soviética, cuya preocupación era la de provocar un nuevo crisis en el movimiento comunista. Se suponía que ya los dirigentes eurocomunistas habían hecho suficientemente explícitas las particularidades de su proyecto y las diferencias que los distinguen de los modelos de socialismo existentes, como para llevar la polémica hasta sus últimas consecuencias cuestionando el carácter socialista de los regímenes del Este. Una cosa era reivindicar un nuevo tipo de socialismo y otra muy distinta negar o poner en duda la validez de los modelos existentes.

En este contexto, para ya estar al margen de cualquier duda o polémica que las implicaciones ideológicas, no sin las críticas recibidas e injurias que los eran impensables para otorgar prioridad a su proyecto, el carácter socialista de los regímenes del Este, ha pasado otorgar una renovada identidad, forma y contenido a la idea socialista, pero no negar la validez de los modelos existentes. Y una vez más por consideraciones y razones de orden político-ideológico, que de orden teórico o doctrinario.

Sin embargo, en una medida cierto que este valor entendido en su totalidad en el fondo era suficiente que gravitaba y terminaba por plantear interrogantes sobre la coherencia y legitimidad misma del afianzamiento eurocomunista. Si se afirmaba la necesaria complementariedad entre socialismo, democracia y libertad, entonces ¿qué que había en nada según considerándose socialista a los regímenes del Este sobre todo cuando todas las evidencias apuntaban en sentido contrario y no se limitaban ni con mucho al plano de las instituciones y derechos políticos.

El problema planteado pues era irresoluble para los diferentes regímenes que existían en el sector alternativo ya de socialismo pero también al mismo tiempo que sostenían puntos de identidad con el orden soviético y la tradición marxista. Era una situación que hacía al proyecto eurocomunista, como tal, ya más débil que el asumido por sus dirigentes. Saber que incluso que el conflicto en las relaciones sociales entre los modelos, que no había sido resuelto a niveles de su estructura y la identidad política y social, se había trasladado al nivel de la democracia y la libertad, era una situación que los dos lados no sólo el proyecto eurocomunista sino la tradición marxista de los regímenes del Este planteaba un problema que no podía ser resuelto por dentro del campo de la

En suma, pues, las diferencias entre los regímenes del Este y el proyecto eurocomunista no sólo se planteaban en el nivel de la democracia y la libertad, sino también en el nivel de la estructura política y social. Esto hacía que el conflicto en las relaciones sociales entre los modelos, que no había sido resuelto a niveles de su estructura y la identidad política y social, se había trasladado al nivel de la democracia y la libertad, era una situación que los dos lados no sólo el proyecto eurocomunista sino la tradición marxista de los regímenes del Este planteaba un problema que no podía ser resuelto por dentro del campo de la

Era claro que la crítica del sistema soviético y del socialismo realmente existente más que un tabú, representaba un punto decisivo de equilibrio entre las pretensiones del proyecto eurocomunista y los intereses de la dirigencia soviética, cuya transgresión era capaz de provocar un nuevo cisma en el movimiento comunista. Se suponía que ya los dirigentes eurocomunistas habían hecho suficientemente explícitas las particularidades de su proyecto y las diferencias que los distinguían de los modelos de socialismo existentes, como para llevar la polémica hasta sus últimas consecuencias cuestionando el carácter socialista de los regímenes del Este. Una cosa era reivindicar un nuevo tipo de socialismo y otra muy distinta negar o poner en duda la validez de los modelos existentes.

En este contexto, parecía estar al margen de cualquier duda o polémica que los eurocomunistas admitían, no sin las críticas veladas o implícitas que les eran imprescindibles para otorgar sustento a su proyecto, el carácter socialista de los regímenes del Este. Se buscaba otorgar una renovada identidad, forma y contenido a la idea socialista, pero no negar la validez de los modelos existentes. Y era así más por consideraciones y razones de orden político-ideológico, que de orden teórico o doctrinario.

Sin embargo, no era menos cierto que este valor entendido encubría en el fondo una antinomia que gravitaba y terminaba por plantear interrogantes sobre la coherencia y legitimidad misma del discurso eurocomunista: si se afirmaba la necesaria consustancialidad entre socialismo, democracia y libertad, entonces sobre que bases se podía seguir considerando socialista a los regímenes del Este, sobre todo cuando todas las evidencias apuntaban en sentido contrario y no se limitaban ni con mucho al plano de las instituciones y derechos políticos.

El problema planteaba pues una ecuación irresoluble para los dirigentes eurocomunistas que reivindicaban un proyecto alternativo de socialismo pero tenían al mismo tiempo que sostener puntos de identidad con el origen común y la tradición heredada. Era una antinomia intrínseca al proyecto eurocomunista y como tal y en esos términos fue asumido por sus dirigentes. Sabían que tenían que transitar por un escarpado sendero entre dos abismos. Pero no había alternativa, a menos que se renunciara a la identidad común o se negara por completo la validez de la herencia adquirida. En cualquiera de los dos casos no sólo el proyecto eurocomunista, sino la existencia misma de los partidos que lo reivindicaban, hubieran terminado finalmente por perder su razón de ser.

En todo caso, las disquisiciones sobre las sociedades del Este y el difícil equilibrio que representaba fundamentar teóricamente la contrastación/oposición del proyecto eurocomunista respecto al socialismo realizado, manteniendo al mismo tiempo su pertenencia con la tradición y orientación marxista y sin romper con el paradigma, constituía más empresa de teóricos o analistas independientes, que de un dirigente involucrado directamente en la tienda partidista, quien al hacerlo asumía todos los riesgos de exponerse a buscar puntos de equilibrio en arenas movedizas.

Como acertadamente lo señala Fernando Claudin:

El problema (sobre la determinación de la naturaleza de los regímenes del Este para el discurso eurocomunista) no puede tratarse como cuestión teórica o ideológica, sino política. Independientemente de cuál sea la naturaleza real de los países del Este, la realidad es que se consideran 'países socialistas' y tienen un peso específico -enorme- en la relación mundial de fuerzas, ¡no provoquemos al tigre diciéndole que no es lo que dice ser, porque es de todo menos de papel!" (276).

Por ello, no resulta sorprendente el tenor de la crítica misma, que ya era divisa común incluso entre algunos círculos de izquierda, sino el hecho de que haya sido precisamente uno de los personajes directamente involucrados en el asunto quien se haya atrevido a abordar públicamente una cuestión que de antemano se sabía en condiciones de no poder resolver satisfactoriamente, y que sí era susceptible de comprometer innecesariamente la orientación eurocomunista en términos de su relación con Moscú, pero que además lo hacía desde una posición de vulnerabilidad.

Y lo que sucedió es que aún tratando de cubrirse permanentemente las espaldas; de tratar de justificar porque sus planteamientos no podían ser calificados de "revisionistas" u "oportunistas"; de reiterar que el Estado soviético y las sociedades del Este tienen origen revolucionario y una fundamentación socialista, que lo que se critica son sus carencias y distorsiones, no su naturaleza misma, Santiago Carrillo termina, entre ambigüedades y vacilaciones por sostener planteamientos que hacen polémica la cuestión sobre el carácter socialista de los regímenes del Este.

Sin duda alguna, para efectos de cohesión, liderazgo y legitimidad ha resultado vital para la dirigencia soviética que el movimiento comunista reconozca como socialista al tipo de regímenes existentes en el Este. Es base de sustentación de la ideología oficial y de las funciones sociales que le son propias. El que los partidos social-demócratas o de izquierda radical pusieran en duda o negaran dicho carácter no resultaba grave para Moscú, porque la ideología oficial disponía de antidotos prefabricados para desvirtuar los cuestionamientos de estos grupos. Pero que lo insinuara el dirigente de uno de los partidos comunistas más prestigiosos e influyentes de Europa Occidental y que pudiera eventualmente ser respaldado por otros partidos y dirigentes todavía de mayor relieve, que comulgaban con la misma ideología, resultaba extremadamente grave para el Kremlin y todas las capitales del Este. Por ello, era necesario denunciar con el mayor rigor las tesis de Carrillo, ya no sólo para evitar cualquier contagio, sino para negarles cualquier legitimidad.

La réplica soviética adquirió, por ello, una virulencia que parecía ya estar en desuso. El 23 de junio de 1977 en la revista soviética "Tiempos Nuevos" apareció un artículo que en el más puro estilo de la ortodoxia pretende descalificar las tesis de Carrillo y denunciarlas como una maniobra escisionista y antisoviética proveniente de las filas imperialistas. Para que no hubiera duda de cuál era el verdadero origen de la respuesta, la agencia oficial TASS fue la encargada de difundir ampliamente el texto íntegro del artículo.

El lapso que medio entre la aparición del libro y la reacción soviética, casi un mes, es un dato que merece ser considerado. Más allá del tiempo que requería la preparación de una respuesta dirigida a explorar y explotar las diferencias entre los partidos eurocomunistas -en el texto hay la clara impresión de ratificar que no hay una línea conjunta de actuación y que un ataque frontal puede hacer aflorar las divisiones internas-, debe señalarse que no es remoto que los soviéticos hayan esperado hasta que pasaran las elecciones legislativas en España (junio 20) para medir el verdadero peso electoral del PCF y sobre esta base fundamentar su respuesta. Así una vez constatada la relativa debilidad electoral del PCE (menos del 10% de la votación), era más fácil asestar un golpe que generara un mayor impacto tanto al interior del PCE, como en general en las filas eurocomunistas.

Por principio de cuentas, el artículo de "Tiempos Nuevos" insinuaba claramente que el libro de Santiago Carrillo respondía más a las tentativas de dividir y minar al movimiento comunista, que son prototípicas y sólo usuales en los enemigos del comunismo, que al propósito de preservar los principios de la solidaridad internacionalista. Pero de inmediato revela cuál es el tipo de problemas abordados por Carrillo que para los soviéticos se inscriben en dicha tentativa y merecen ser refutados. No son propiamente los relativos a "la estrategia y la táctica de lucha de los comunistas oeste-europeos", sino los relacionados con "la situación internacional contemporánea, la caracterización de los países socialistas y su política, los problemas de la unidad y cohesión del movimiento comunista" (277).

Con esto ya estaba bastante claro cuál era el verdadero motivo de irritación de los soviéticos y concretamente en qué terreno las tesis de Carrillo resultaban inadmisibles.

Sobre esta base, el artículo sostenía que Carrillo utilizó y defendió el término "eurocomunismo" con los siguientes propósitos: 1. "contraponer los partidos comunistas de los países capitalistas europeos a los partidos comunistas de los países del socialismo"; 2. "desvirtuar al socialismo que realmente existe, esto es, los países que han creado en la práctica la nueva sociedad y, ante todo, a la Unión Soviética"; 3. "refutar todas las conclusiones a que llegaron conjuntamente los comunistas de Europa, así como a los fines que se plantearon en la lucha por los intereses de la clase obrera (...) a todas estas conclusiones y fines se contraponen un programa enteramente distinto: en su esencia un programa que conduce no sólo a la consolidación de la división de Europa en bloques militares contrapuestos, sino que va todavía más allá: al reforzamiento del bloque agresivo de la OTAN".

Antes de seguir adelante con el "análisis" de las tesis de Carrillo, la revista consideró necesario hacer una distinción sobre las diferentes interpretaciones del término "eurocomunismo".

La primera "pertenecía a las fuerzas de izquierda, incluidos los partidos comunistas", la cual aunque tenía el mérito de enfatizar "ciertos rasgos comunes que caracterizan la actual estrategia de los partidos comunistas del capitalismo desarrollado: la estrategia de su lucha por la democracia y el socialismo" es objetada por varias razones, la más importante es que "la fundamentación parece suponer que se trata no de peculiaridades de la estrategia, lo que es perfectamente legítimo (...) sino de un comunismo específico. En tanto comunismo, si hablamos del verdadero comunismo, del comunismo científico, no hay más que uno: aquel cuyas bases pusieron Marx, Engels y Lenin y a cuyos principios se atiene el movimiento comunista internacional". Aún así el artículo da la impresión de que para los soviéticos era posible todavía entenderse.

La segunda interpretación ya era una cosa muy distinta, era la que "desde el principio le dieron los representantes del mundo burgués". A esta categoría pertenecía el eurocomunismo de Santiago Carrillo, puesto que para la revista no hay duda de que "en los planteamientos de Carrillo el eurocomunismo se da la mano con su creciente antisovietismo. Últimamente cuando define la política de la Unión Soviética y la actitud del PCUS, Santiago Carrillo habla de nuestro país en términos tales que no se suelen permitir ni los publicistas más reaccionarios". De tal manera que, se agrega en el artículo "no es por ignorancia por lo que Santiago Carrillo pronuncie su anatema contra el socialismo, contra nuestro país. Lo más probable es que se trate de un antisovietismo consciente".

En este orden de ideas, el artículo concluye que Carrillo asumió "una postura claramente enemistosa frente al primer país socialista del mundo, haciendo un buen servicio al enemigo de clase, el cual dicho sea de paso, coordina activamente todas sus acciones a nivel internacional".

Los términos de la respuesta soviética, que representó sin duda el punto más álgido de su enfrentamiento con la corriente eurocomunista, involucraron una clara intencionalidad: no se transigiría en absoluto con ningún tipo de orientación que reivindicando su pertenencia o identidad con el movimiento comunista, negara o pusiera en duda el carácter socialista de los regímenes del Este, puesto que desde su óptica como era fácil entender, lo anterior equivalía, ipso facto, a negar la validez de los principios fundamentales de la teoría marxista; ni se transigiría tampoco con un proyecto que reivindicara su total independencia de los principios comunes del movimiento comunista dirigido por Moscú.

La condena de "Tiempos Nuevos" se dirigió explícita y directamente a Carrillo, pero también llevaba implícita una advertencia para quienes compartiendo algunas de sus tesis pensarán que podían cruzar el rubicón fijado: "la lucha entre los escisionistas burgueses y contra los que intentan introducir sus ideas en el movimiento comunista se saldara con la victoria, porque los comunistas de Europa han superado ya más de una dura prueba y llegarán a derrotar las nuevas tentativas de división en sus filas".

En todo caso, la respuesta soviética surtió uno de los efectos deseados. Si bien la mayoría de los partidos comunistas de Europa Occidental que de alguna manera proclamaban o simpatizaban con las tesis eurocomunistas salieron en defensa del Secretario General del PCE, todos ellos lo hicieron con cautela y sin secundar en forma alguna sus cuestionamientos al sistema soviético y a los regímenes del Este (278).

Para los dirigentes del PCI y el PCF el necesario distanciamiento respecto a Moscú en cuanto a las definiciones fundamentales que les interesaba subrayar ya se había producido, era impertinente y riesgoso llevar el distanciamiento a un punto de ruptura, que ni deseaban ni podían darse el lujo de provocar.

Una vez más la oportuna mediación y actitud conciliatoria del PCI, que sólo tres días después de la aparición del artículo de "Tiempos Nuevos" envió una delegación a Moscú para atemperar y contener el conflicto, evitó que el asunto de Carrillo se convirtiera en un detonante.

La campaña contra el eurocomunismo instigada por los soviéticos se mantuvo todavía por algún tiempo, sobre todo porque Carrillo continuó reafirmando enérgicamente sus posiciones críticas sobre el Estado soviético, pero en este sentido quedó virtualmente aislado.

Sin duda, las percepciones negativas y la hostilidad compartida de Washington y Moscú hacia el eurocomunismo, ejercieron una influencia relevante en su desarrollo, expectativas y posibilidades de realización. Pero, en definitiva, la suerte del eurocomunismo se decidió, finalmente, en otro lado.

5. UN BALANCE.

5.1 EL CASO ITALIANO.

En octubre de 1974 el Partido Socialista Italiano (PSI) decidió separarse de la alianza que desde 1963 había mantenido con la Democracia Cristiana (DC) para integrar un gobierno de coalición de centro-izquierda. Dieciocho meses después, en abril de 1976 provocó la caída del gobierno demócrata cristiano de Aldo Moro al rehusarse a seguirlo apoyando en el Parlamento. Ante la imposibilidad de que la DC encontrara aliados para formar un nuevo gobierno de mayoría, se hizo necesario convocar a nuevas elecciones legislativas para junio de 1976.

La posibilidad de que por vez primera desde el inicio de la guerra fría el Partido Comunista Italiano (PCI) lograra acceder al poder mediante un gobierno de coalición parecía realmente asequible. Una acendrada y probada vocación democrática, un reconocido prestigio y probidad en el ejercicio de funciones gubernamentales a nivel local, una ascendente fuerza político-electoral y una estrategia político-electoral viable y consistente, el denominado "compromiso histórico", que en lugar de plantearse como objetivo sustituir en el poder a la DC, buscó concertar una alianza para conformar un gobierno de coalición que impulsara una salida progresista a la crisis, eran sus mejores cartas de presentación.

En las elecciones locales y municipales de 1975, el PCI había registrado un espectacular avance que se conjugaba con un sensible deterioro de la imagen e influencia de la DC. En dichas elecciones triunfó en seis de las 20 regiones que integran la república y logró que ocho de las ciudades más importantes (Roma, Bolonia, Florencia, Génova, Milán, Nápoles, Turín y Venecia) se impusieran gobiernos de coalición de izquierda (PCI-PSI) y que en la mayoría de los casos las alcaldías recayeran en candidatos comunistas. El voto total del PCI había llegado casi al 33%, en tanto que el de la DC había sido, por vez primera en su historia, inferior al 36% (279).

En 1976, la "amenaza roja" era una realidad. Había condiciones y circunstancias para que el electorado decidiera si deseaba que los comunistas participaran en el gobierno nacional.

El resultado de las elecciones legislativas confirmó algunas previsiones sobre el poderío e influencia del PCI, pero no lo llevó al poder. Por un escaso margen el electorado ratificó su preferencia por la DC para mantener las riendas del gobierno. La DC obtuvo el 38.7% de los votos y 262 escaños en el Parlamento; el PCI avanzó más de 7% respecto a las elecciones nacionales de 1972 y alcanzó el 34.4% de los votos y 278 escaños. La correlación de fuerzas era tal que simplemente la DC ya no estaba en condiciones de integrar un nuevo gobierno prescindiendo por completo del PCI, tal como lo había hecho desde 1948. De lo que sí estaba en condiciones la DC era de determinar el nivel de participación y grado de corresponsabilidad del PCI en el ejercicio de gobierno.

La DC se vió así enfrentada a la tarea más compleja y delicada en su historia. Lo que había evitado a toda costa y menos deseaba era de pronto una necesidad: contar con el apoyo de los comunistas para poder gobernar. El reto consistió en buscar una fórmula que la permitiera obtener el apoyo comunista, pero sin legitimar una alianza y, por ende, la posición del PCI ante el electorado, ni concederle carteras dentro del gabinete que dificultaran o comprometieran su política, puesto que todo lo anterior hubiera equivalido virtualmente a allanarle el camino al PCI para poder gobernar al país en un futuro próximo.

En contraparte, la DC probablemente tomó en consideración que el apoyo comunista le proveería una sólida base para gobernar, pero además y fundamentalmente, calculó la posibilidad de enlazarle al PCI parte de la factura y responsabilidad derivada de la aplicación de un programa de austeridad como el que se requería para enfrentar los severos problemas económicos que afectaban al país en ese entonces.

Aldo Moro, quien desde 1963 había detentado en cinco ocasiones la posición de Primer Ministro y había sido el principal artífice para la alianza de la DC con los socialistas, se convirtió una vez más en la pieza clave de una compleja maniobra de ingeniería política para poder concertar una alianza con el PCI que se ajustara a los requerimientos y necesidades de la DC.

La habilidad y capacidad de negociación de Aldo Moro pronto se puso de manifiesto. En julio de 1976 se anunció la integración de un nuevo gobierno, encabezado por Giulio Andreotti como Primer Ministro, que contó con el apoyo indirecto pero en el que no figuró ningún miembro del PCI, quien comprometió su respaldo legislativo a cambio de la Presidencia de la Cámara de Diputados (que fue ocupada por Pietro Ingrao) y las correspondientes a siete Comités Parlamentarios, así como un acuerdo en el sentido de que el Primer Ministro y la DC consultaran o coordinaran con la dirigencia comunista las políticas del nuevo gobierno. En las circunstancias prevalecientes, el acuerdo no pudo ser más ventajoso para la DC. Ahora estaba en condiciones de capitalizar el apoyo comunista tanto para amedrentar al electorado con la posibilidad de que "el fantasma rojo" llegara a gobernar si dejaba de respaldarla y, simultáneamente, de garantizar la gobernabilidad del país en una coyuntura crítica.

Obviamente, el acuerdo le reportó al PCI mucho menos de lo que esperaba, pero también representó mucho más de lo que nunca había tenido y, sobre todo, le significó de alguna manera poner un pie dentro del gobierno, que era el objetivo último de su estrategia. Los compromisos y responsabilidades que adquirió el PCI excedían sin duda los potenciales beneficios, pero a estas alturas no se podía dar el lujo de modificar su política sin poner en riesgo la credibilidad que había adquirido tan arduamente.

Por los términos en que se resolvió la "participación" del PCI en el gobierno Demócrata Cristiano de Andreotti, simplemente no se produjo ningún "compromiso histórico" con las características planteadas por Enrico Berlinguer, que sin duda partía de la base de que el PCI fuese la fuerza electoral dominante dentro de una coalición gubernamental. No obstante, constituyó el punto de partida para un gradual acercamiento y convergencia entre el PCI y la DC en los siguientes meses. En 1977 ambos partidos acordaron promover un programa legislativo conjunto en materia de política interior. El mayor avance se logró en marzo de 1978 cuando Andreotti integró un nuevo gobierno, que esta vez sí contó con el respaldo legislativo formal del PCI, quien parecía estar convencido de que su acceso al gobierno ya sólo era cuestión de tiempo.

La colaboración comunista con los gobiernos demócrata cristianos durante el período 1976-1978, en la cresta de una oleada terrorista y una severa crisis económica que sacudieron a toda la sociedad italiana, terminaron por despejar cualquier duda sobre la confiabilidad y respetabilidad democrática del PCI. Su legitimidad como un partido verdaderamente comprometido con el sistema constitucional estuvo ya fuera de cuestión.

La decisión del PCI de apoyar la política de austeridad del gobierno de Andreotti para resolver los problemas que enfrentaba la economía italiana, fue sin duda un factor determinante para que lograra establecer un mayor acercamiento con la DC. Pero al mismo tiempo un factor que provocó una creciente inconformidad y oposición entre su tradicional clientela electoral e importantes corrientes partidistas por la política "colaboracionista" de Berlinguer.

Ludolfo Paramio escrutó con profundidad alguna de las concepciones y razonamientos que muy probablemente sirvieron de base para que el PCI respaldara una política económica de austeridad, que tuvo el evidente propósito de lograr el relanzamiento de la productividad capitalista, de conformidad con los requerimientos globales del nuevo proceso de modernización en la economía mundial. Con esta decisión, el PCI rompió con algunos de los presupuestos clásicos fundamentales de la izquierda comunista respecto a la conducta a seguir frente a una crisis generalizada del capital. De acuerdo a Paramio, para la superación de dicha crisis, no era viable ni una respuesta de tipo keynesiano radical, ni una que planteara lisa y llanamente el hundimiento de la tasa de salarios (280).

En otra parte, el mismo autor profundizó su análisis sobre esta política del PCI, sustentada en una sugestiva propuesta de Enrico Berlinguer denominada "austeridad con contrapartidas", donde puso de relieve que en el objetivo de apoyar el relanzamiento de la productividad capitalista, iba implícito un cálculo estratégico para allanarle el camino al proyecto de transformación social del PCI.

"La esencia de esta propuesta es que la clase obrera puede aceptar el establecimiento de topes a las subidas salariales para de esta forma contribuir a la creación de los fondos de inversión necesarios para una reconversión industrial que permita el relanzamiento de la productividad y la entrada en una nueva onda larga de acumulación. Pero como contrapartida por esta austeridad, por esta reducción inmediata en su nivel de vida, los trabajadores deben recibir un cierto grado de control sobre las inversiones (...) y además deberá compensarse en el mediano plazo con un fuerte impulso a los consumos colectivos" (281).

Más adelante, Paramio identificó con mayor claridad la originalidad e intencionalidad de esta propuesta:

"El proyecto presenta una novedad radical: la clase obrera, a través de sus partidos, se propone elegir y crear las condiciones para una nueva onda larga de expansión, arrebatando la iniciativa a la burguesía patrimonial y a los partidos de derecha, y se propone hacerlo en un momento de crisis y frente a una violenta ofensiva del capital para dar una salida regresiva a la crisis, reduciendo la intervención económica del Estado y desmantelando los servicios sociales.

"Desde la perspectiva más optimista, este proyecto de los partidos obreros representa una superación del corporativismo: la clase obrera presenta un proyecto propio para poner en marcha la economía en beneficio de toda la sociedad y muy en especial de las clases subalternas (...) de lo que se trata ahora no es sólo de defender el nivel de vida del proletariado, sino de avanzar hacia el control de la economía y el Estado" (282)

Esta propuesta representó sin duda una innovación política y programática realmente consistente en la concepción estratégica del PCI para impulsar una salida progresista a la crisis que le permitiera, consecuentemente, establecer bases sólidas para su proyecto de transformación social con un sentido socialista.

Paradójicamente, la pretensión del PCI de ir ganando terreno para llegado el momento intentar poner en práctica una propuesta de esta naturaleza, fue sin duda un factor que no sólo lo hizo parecer como un resuelto partidario de la política de austeridad monetaria y fiscal del gobierno demócrata cristiano, sino además y por la misma razón provocar un creciente malestar entre las bases trabajadoras y las poderosas centrales sindicales aliadas de los comunistas, en la medida que se ponía de manifiesto que: "los trabajadores estaban pagando el precio del programa de austeridad gubernamental sin estar recibiendo nada a cambio" (283).

Hacia mediados de 1978 esta última frase condensaba en mucho la sensación que privaba al interior del PCI, en términos de su relación de colaboración con el gobierno demócrata cristiano; se estaba comprometiendo en mucho y no estaba recibiendo nada a cambio. Y justo en este contexto se produjo, entre el 16 de marzo y 9 de mayo de ese año, el secuestro y asesinato de Aldo Moro por las "Brigadas Rojas". Moro había sido, sin duda, el principal artífice de la alianza e interlocutor privilegiado entre la DC y el PCI. Con su muerte no sólo se evaporaron pronto las posibilidades de una mayor colaboración entre ambas fuerzas, sino que además empezaron a cobrar fuerza al interior de la DC las voces que exigían reducir e irse desenganchando de los compromisos adquiridos con el PCI (284).

Berlinguer había confiado en que el entendimiento y convergencia con la DC conduciría gradualmente a una mayor participación comunista en el gobierno, que desembocara en la asignación de posiciones ministeriales en el Gabinete. Con la desaparición de Moro veía, sin embargo, como se alejaba esta posibilidad. Entre tanto, al interior del PCI crecía la oposición hacia la política seguida y se presionaba para que se adoptara una posición más enérgica respecto a los términos de su relación con la DC y su participación en el gobierno. Hacia los meses de 1978, el gobierno de Andreotti empezó a adoptar decisiones y medidas sin mediar consulta alguna con los comunistas, como se había acordado (285).

Ante estas circunstancias, la presión interna llegó a tal punto que al iniciarse 1979 Berlinguer se vio forzado a lanzar una especie de ultimátum al Primer Ministro Giulio Andreotti: o se le confería una mayor participación al PCI en el gobierno mediante la asignación de carteras ministeriales o se le retiraba el apoyo parlamentario a su gobierno. Andreotti pareció dispuesto a buscar un arreglo con Berlinguer para mantener el apoyo comunista a su gobierno. Sin embargo, su contrapropuesta, que consistía en otorgarle carteras ministeriales no a militantes efectivos del PCI pero sí a diputados "independientes" que hubiesen sido registrados en sus listas, fue rechazado en las altas esferas partidistas, pues lo que estas deseaban era precisamente lo contrario, desembarazarse de los comunistas (286).

Berlinguer se vio así orillado a cumplir con su amenaza. El 31 de enero de 1979, el PCI anunció que no continuaría respaldando más al gobierno de Andreotti, quien intentó formar un nuevo gobierno pero no logró vencer la oposición de su partido a pactar otro acuerdo con el PCI que significara su entrada en el Gabinete. El PCI no pactaría ya por menos.

En un desesperado intento por evitar otra crisis de gobernabilidad, el Presidente Sandro Pertini (PSI) relevó de sus funciones a Andreotti y nombró en su sustitución al dirigente del pequeño pero influyente Partido Republicano, Ugo La Malfa, quien también fue incapaz de encontrar una solución al problema por la decidida oposición del PSI, en particular de su Secretario General, Bettino Craxi, de respaldar un nuevo gobierno y su deseo de que se convocara a nuevas elecciones nacionales.

El 2 de marzo, La Malfa presentó su dimisión y el Presidente Pertini se vió precisado a convocar a elecciones legislativas anticipadas. El PCI era consciente de que la última carta que tenía a la mano para llegar al gobierno era convocar a nuevos comicios legislativos para que el electorado decidiera en definitiva si lo deseaba o no en el poder. Pero quizá lo que menos hubiera querido era arriesgar esa carta en un momento en que las condiciones no parecían serle del todo favorables (287).

La campaña electoral se desarrolló de tal manera que el PCI se convirtió en blanco de todos los ataques, desde la extrema izquierda hasta la extrema derecha, tal como si fuera de por medio una apuesta para evitar que el voto llevara a los comunistas al poder. En esas condiciones, el PCI perdió lastimosamente la apuesta. Por vez primera desde 1948 experimenta un doloroso retroceso electoral. Su nivel de votación descendió cuatro puntos al pasar a 30.4%, perdiendo además 27 escaños en el Parlamento, al obtener sólo 201. El porcentaje de votación de la DC tampoco mejoró, incluso disminuyó ligeramente para situarse en 38.3%. Pero eso no era lo importante, ni consuelo alguno para el PCI.

Aún así, la DC conservó las riendas del gobierno, manteniendo los mismos 262 escaños que en 1976 y recuperando una cómoda ventaja sobre el PCI. Sin embargo, tampoco la DC salió ileso de la contienda. Tras la formación de dos débiles gobiernos con partidos minoritarios encabezados por Francesco Cossiga, en octubre de 1980 se vió precisado nuevamente a buscar una alianza con el PSI para integrar un gobierno estable, pero con la novedad de que por vez primera en su historia no estaba en condiciones de fijar unilateralmente los términos para un acuerdo con los socialistas, quienes capitalizaron gradualmente esta situación, de tal forma que tres años después uno de sus dirigentes accedió por vez primera en la historia al puesto de Primer Ministro (288).

Tras los resultados de las elecciones legislativas, al PCI no le quedó otra alternativa que la de retornar a la oposición formal. Todavía a finales de agosto de ese año, Enrico Berlinguer escribió un artículo en el semanario partidista "Rinascinta" en el cual reafirmó con firmeza su creencia en el "compromiso histórico" y en la necesidad de seguir aplicando una política de austeridad para resolver los problemas de la economía italiana (289). Inclusive, ante los crecientes debates intrapartidistas sobre la política a seguir, el Comité Central ratificó, en una reunión celebrada a mediados de noviembre, la política del "compromiso histórico" y consideró los resultados de las elecciones más como un descalabro electoral que como una derrota política (290).

Sin embargo, lo cierto es que la puerta de entrada al gobierno se había cerrado para el PCI justo en el momento que había estado más cerca. Las corrientes partidistas que se habían opuesto o mostrado escépticas respecto a la pertinencia y viabilidad de la estrategia promovida por Berlinguer, empezaron a presionar con mayor fuerza por un cambio.

En 1980 la plana dirigente del PCI se reunió en Salerno con el propósito de evaluar los resultados de la política aplicada, particularmente del proceso de convergencia y colaboración con la DC. Curiosamente, la ciudad escogida para la cumbre partidista terminó por adquirir un valor simbólico y metafórico, meses antes había sufrido un fuerte terremoto, algo muy semejante a lo que experimentó el PCI en las elecciones de 1979.

A pesar de la tenaz defensa que realizó Berlinguer de la política aplicada, no logró convencer a la dirigencia sobre la necesidad de continuarla. Se decidió un cambio de estrategia, que irónicamente fue denominado "el segundo giro de Salerno". El "compromiso histórico" fue sustituido por una política de "alternativa democrática" que ya no se orientaba a integrar un gobierno de coalición con la Democracia Cristiana, sino otra vez a conformar una alianza con las fuerzas de izquierda para reemplazarla en el poder (291).

Treinta y seis años después y en el mismo lugar en que Togliatti trazara e iniciara la ardua tarea de elaborar una vía italiana al socialismo, el PCI se encontró confundido, paralizado y sumido en un aislamiento que Berlinguer había logrado romper con su política de "compromiso histórico". El partido no había conseguido ninguno de sus objetivos: ni llegar al poder en un gobierno de coalición con la Democracia Cristiana, ni ser aceptado por el electorado nacional como una real alternativa de gobierno. Pero lo peor fue que se encontró también sin una propuesta concreta y viable que le permitiera reanudar sus esfuerzos con alguna perspectiva de éxito.

5.2 EL CASO FRANCÉS.

El Programa Común de Gobierno, firmado el 27 de junio de 1972 por el Partido Comunista (PCF) y el Partido Socialista (PSF), tuvo como propósito establecer las bases y orientación programática para un eventual gobierno unificado de izquierda en Francia (292)

El acuerdo programático entre ambas fuerzas partió del mutuo convencimiento de que sólo a través de una amplia convergencia y unidad de las fuerzas de izquierda y de la elaboración conjunta de un proyecto alternativo de gobierno, existirían condiciones para enfrentar y romper con posibilidades de éxito el predominio que desde la instauración de la Quinta República venían detentando las alianzas degollistas de centro-derecha para controlar la Presidencia, el Gobierno y el Parlamento franceses.

La "unidad de izquierda" francesa se forjó sobre una identidad de objetivos compartidos entre el PCF y el PSF que hicieron necesaria su colaboración, rearticular y fortalecer a una izquierda fragmentada y dividida y dotarla de un programa alternativo de gobierno que les permitiera modificar la correlación de fuerzas prevaleciente y aspirar seriamente a gobernar. Pero también, desde un principio la unidad se asentó sobre un objetivo "compartido" que constituyó un foco permanente de recelos, tensiones y disputas: detentar el control y liderazgo de la "unidad de izquierda".

La unidad se encontró pues, desde su origen, minada en su interior en un doble sentido: tanto el PCF como el PSF la concibieron como un medio para adquirir el rol hegemónico dentro de la izquierda e imponer, sobre esta base, su propio proyecto político una vez en el poder, lo que provocó o acentuó las mutuas desconfianzas y rivalidades. Además, la unidad sólo podía ser frágil y temporal porque ambas fuerzas se nutrían de culturas, tradiciones y concepciones distintas que sólo podían dar lugar a entendimientos coyunturales, tras los que en última instancia se ocultaban divergencias de fondo e irreductibles.

En 1972, el PCF disponía de la mayor fuerza electoral entre los partidos de izquierda, estabilizada en alrededor del 20% de la votación nacional. Si el peso e influencia dentro de la unidad izquierda se hubiera medido sobre esta base, entonces el PCF debió sentirse tranquilo: era la fuerza predominante.

En contraparte, la fuerza electoral del nuevo Partido Socialista era en gran medida una incógnita. François Mitterrand, tuvo ante sí la difícil tarea de reconstruir, virtualmente de los escombros de la Sección Francesa de la Internacional Obrera (SFIO) un partido socialista con una nueva fisonomía y orientación y remar contra la corriente para convertirlo en la fuerza dominante. El antecedente inmediato era más que elocuente: en las elecciones presidenciales de 1969 el candidato de la SFIO, Gastón Defferre, sólo había logrado el 5% de los votos, frente al 21.4% del candidato comunista, Jacques Duclos.

Sin embargo, el PCF seguía siendo en gran medida un partido comunista ortodoxo, con una clara orientación prosoviética y acentuados rasgos autoritarios en sus mecanismos de dirección y control interno. Además, su proceso de integración al sistema político francés había sido lento y vacilante y, salvo algunas iniciativas y acciones dispersas, carecía de un proyecto de transformación social consistente y viable.

El PSF fue entonces quien procuró con mayor determinación explotar las potencialidades político-electorales de la unión de izquierda. Un sólido liderazgo con amplia capacidad de concertación y negociación; un vigoroso proceso de renovación doctrinaria y programática que transformó radicalmente imagen del partido y una hábil política de colaboración-competencia y diferenciación con los comunistas, le permitieron asumir gradualmente la supremacía dentro de la izquierda francesa, en parte a expensas y en detrimento del PCF.

Ya hemos indicado que al momento de constituirse la unidad de izquierda, la pretensión y objetivo de François Mitterrand en el sentido de modificar la correlación de fuerzas de tal manera que el PSF se convirtiera en la fuerza dominante, parecía más un buen deseo que una perspectiva factible. Desde 1945 el PCF se había sostenido como la primera fuerza de izquierda e incluso, en ocasiones como la primera fuerza a nivel nacional.

No obstante, el objetivo de Mitterrand partió de un cálculo estratégico decisivo: ante un probable desplazamiento de las preferencias electorales hacia la izquierda, los nuevos estratos de la sociedad susceptibles de ser atraídos por una perspectiva socialista difícilmente optarían por el PCF, marcado por una imagen de dogmatismo, ortodoxia y devoción a la URSS. La lógica indicaba que se inclinarian más fácilmente por un partido con credenciales democráticas más confiables y una plataforma política más pragmática y menos "ideologizada".

El cálculo de Mitterrand pronto mostró su acierto: en las elecciones legislativas de 1973, por vez primera durante la Quinta República, los socialistas no sólo contuvieron su declive electoral, sino que comenzaron a revertirlo. Durante la primera ronda electoral el PSF integró una alianza con el Movimiento de Radicales de Izquierda (partido creado en 1972 que en julio de ese año se adhirió al Programa Común), denominada "Izquierda Socialista y Democrática" que le permitió obtener el 20.6% de la votación total, frente al 21.4% del PCF. Este resultado no sólo fue el mejor para el PSF desde la Liberación, sino que además le permitió cobrar fuerza en regiones católicas en las que antes era muy limitada o inexistente (293).

En las elecciones presidenciales de 1974, Francois Mitterrand contendió por segunda ocasión como candidato común de la izquierda. En la primera ronda obtuvo el 43.2% de los votos y sólo fue derrotado por un mínimo margen en la segunda ronda al conquistar el 49.2% de los votos frente al 50.8% con que fue electo Valery Giscard D'Estaing. La influencia del PSF y la imagen de liderazgo de Mitterrand emergieron como las señas de identidad de la izquierda francesa y como la alternativa más viable para un ulterior recambio de gobierno.

Justo a partir de ese momento se perfilaron y desplegaron con nitidez las orientaciones pro-eurocomunistas del PSF, en particular su reivindicación de un socialismo en la democracia y la libertad (con los colores de Francia) y su gradual distanciamiento respecto a la Unión Soviética. Esta tendencia se puso de relieve con la reunión de Berlinguer y Marchais en noviembre de 1975, se impuso como línea partidista durante su XXII Congreso de febrero de 1976 y alcanzó su cénit con la cumbre eurocomunista de Madrid en marzo de 1977.

Sobre esta base es posible afirmar que la orientación eurocomunista del PCF fue determinada en gran medida por la necesidad de lograr un perfil ideológico y político-electoral que le permitiera recuperar terreno y contender con mayores perspectivas de éxito con los socialistas para asumir el control de las fuerzas de izquierda ante un eventual arribo al poder. Sin embargo, esta orientación en ningún momento estuvo exenta de ambigüedades, vacilaciones e inconsistencias, así como de dificultades internas para su unánime reconocimiento y aplicación, sobre todo porque al seno del partido se carecía de una genuina vocación y experiencia histórica "renovadora", como la del PCI, para elaborar una estrategia alternativa de transición socialista y de un proyecto político-electoral viable que le otorgara sustento.

Así, las elecciones departamentales de 1976 y las locales de 1977 confirmaron una de las previsiones del PCF y PSF que dieron sustento a su alianza: la correlación de fuerzas se desplazaba efectivamente a la izquierda, al extremo de que se pronosticaba su probable triunfo en las elecciones legislativas de marzo de 1978, lo que hubiera puesto en jaque al gobierno de Giscard D'Estaing.

Sin embargo, era claro que esta modificación en la correlación de fuerzas se expresaba en realidad y sobre todo en el crecimiento del PSF, ya que el nivel de votación del PCF apenas había mejorado perceptiblemente (294). El PCF observó con preocupación que el mantenimiento de esta tendencia resultaba riesgoso para sus intereses, ya que si la izquierda triunfaba en las elecciones legislativas de 1978, los socialistas asumirían fácilmente el rol protagónico, relegando a los comunistas al papel de socios minoritarios.

Otro elemento no era menos preocupante para el PCF: el fortalecimiento electoral de los socialistas iba reforzando simultáneamente sus concepciones y actitudes "socialdemócratas", retractándose o pasando por alto los compromisos adquiridos en el Programa Común de Gobierno (295).

Temiendo verse relegado a una función subordinada y ser despojado incluso de su tradicional base electoral ante el vertiginoso avance de los socialistas, el PCF optó por endurecer sus posiciones y dar un giro sectario a su política. Empezó a presionar a los socialistas para que se negociara cuanto antes la actualización del Programa Común de Gobierno y proponiendo que este se referendara casi en los mismos términos de 1972, cuando la correlación de fuerzas y las posibilidades de acceso al poder de la izquierda habían variado significativamente.

El juego de los comunistas era claro: si los socialistas se negaban a referendar punto por punto el Programa de 1972, era por la sencilla razón de que habían "virado a la derecha" y no deseaban en absoluto una transformación socialista, sino sólo llegar al poder para "administrar la crisis capitalista".

Al iniciarse las conversaciones, a principios de septiembre de 1977, el PSF estuvo en condiciones de negociar desde posiciones de fuerza los términos para referendar el Programa Común de Gobierno, por ende, menos dispuesto a ceder o hacer mayores concesiones a las exigencias del PCF, sobre todo en materia de política económica (296). Incapaz de tolerar y buscar el mejor acomodo o compromiso con esta nueva correlación de fuerzas, el PCF optó por una estrategia de confrontación durante las negociaciones que lo hizo perder el terreno conquistado y despilfarrar el capital invertido. De tal forma que resultó imposible llegar a un nuevo acuerdo. La noche del 22 de septiembre se interrumpieron las negociaciones y virtualmente se rompió la unidad de izquierda iniciada en 1972.

Tras la ruptura, el PCF optó por una política sectaria y defensiva. En la campaña política para las elecciones legislativas de 1978, el PCF se presentó con un discurso demagógico de corte estrictamente obrerista, que reivindicó una defensa a ultranza de los intereses de la clase trabajadora, y abiertamente hostil hacia el PSF, lo que le permitió retener su nivel de votación (20.6%) y el control sobre su base tradicional, pero no impedir que por vez primera en la historia el PSF se convirtiera en la fuerza mayoritaria de la izquierda al obtener el 25% de los votos.

Sin embargo, su "exitosa" política sectaria y defensiva hizo al PCF ininteligible ideológica y electoralmente a otros grupos que no fueran obreros y proletarios y, peor aun, minó de manera irreversible la posibilidad de que se convirtiera en un aliado confiable ya no sólo para dirigir, sino para integrar como eje propulsor un movimiento de fuerzas de izquierda que reivindicara un proyecto de transformación social con sentido socialista.

El giro sectario de la política doméstica del PCF se complementó con un realineamiento prosoviético en las grandes definiciones de su política exterior, lo cual fue elocuente sobre todo con su respaldo a la invasión soviética de Afganistán a finales de 1979 y su justificación a la determinación del gobierno polaco de reprimir al movimiento "Solidaridad" en 1981 (297). Así, a pesar de que continuó reivindicando discursivamente un modelo de socialismo democrático, lo cierto es que sus prácticas y orientaciones se caracterizaron por una renovada ortodoxia.

En el plano doméstico, la ruptura de la "unidad de izquierda" la privó de un esperado triunfo en las elecciones legislativas de 1978. Su derrota fue por un mínimo margen ya que logró el 49.2% de la votación total. Aunque el PSF se supo consciente de representar la fuerza hegemónica de la izquierda, advirtió que si bien mantener una prudente distancia respecto a los comunistas era una política aconsejable, no lo era en cambio arribar a nuevas elecciones en un marco de abierta hostilidad.

En sentido estricto, desde las elecciones legislativas de 1978 la orientación eurocomunista fue perdiendo impulso y fuerza al interior del PCF. Las fuertes inercias y resistencias internas que habían provocado que la orientación eurocomunista se aplicara con ambigüedades y vacilaciones, gravitaron entonces con mayor fuerza hasta provocar su virtual supresión.

Mientras el PSF desplegó una intensa labor de proselitismo y activismo político para llegar al poder en las elecciones presidenciales y legislativas de 1981, el PCF se encerró en una política sectaria y corporativa, reluctante a cualquier alianza con los socialistas. La política de cada uno pago sus dividendos en las urnas. En la primera ronda de las elecciones presidenciales realizada el 26 de abril, Mitterrand obtuvo el 25.84% de la votación total y el derecho automático a contender contra Giscard D'Estaing en la segunda ronda. En tanto que el candidato comunista, Georges Marchais logró apenas el 15.34%.

Forzados sobre todo por la presión de sus bases y el ofrecimiento de Mitterrand de conducir un gobierno de izquierda de amplio consenso que incluyera la participación comunista, los dirigentes del PCF aceptaron respaldar al candidato socialista en la segunda vuelta. De esta forma, el 10 de mayo de 1981 Mitterrand resultó electo Presidente de Francia con el 51.75% de los votos. En reciprocidad por su apoyo, el Presidente otorgó al PCF cuatro carteras ministeriales, lo que no reflejó en realidad un triunfo comunista, sino la decisión de Mitterrand de aprovechar cabalmente la precaria situación en que quedó el PCF después de su derrota electoral para garantizar la hegemonía socialista dentro de la izquierda francesa y dar una útil demostración de independencia al gobierno norteamericano que se empeñaba en "alinear a los aliados" (298). Pero a estas alturas, la orientación eurocomunista del PCF era tan sólo un episodio superado de su historia.

5.3 EL CASO ESPAÑOL.

La adopción de una orientación y estrategia eurocomunista por parte del Partido Comunista de España (PCE) no pudo menos que representar un marcado contraste con su tradición y desarrollo, sobre los que pesaban casi 40 años de clandestinidad y un oneroso pasado estalinista.

Hasta finales de los sesentas, la ortodoxia doctrinaria y los métodos autoritarios de control y dirección partidista fueron rasgos predominantes en el PCE. Sólo después de la invasión soviética a Checoslovaquia inició un inusitado proceso de reconceptualización teórica y programática para pensar y asumir una estrategia consecuente con las condiciones y perspectivas para una transición democrática en España.

En este cuadro, no resulta sorprendente que en 1964 cuando una corriente renovadora, dirigida por Fernando Claudín, planteó la necesidad de modificar la concepción estratégica y la orientación político-programática del PCE sobre una base y en una dirección que una década más tarde se asumió como línea oficial, la dirigencia partidista haya decretado su expulsión por su "bochornoso y obscuro pesimismo", sus actitudes "contrarrevolucionarias" y su "subjetivismo oportunista" (299).

En ese entonces (1964-1965), el PCE sostenía que el régimen franquista era una fuerza política moribunda que podía ser derribada por una acción unificada y vigorosa de las fuerzas populares, considerando incluso que una huelga general sería el catalizador para precipitar el hundimiento de la dictadura y abrir las puertas para una revolución democrática y antimonopolista en la que la clase trabajadora y las masas populares rápidamente adquirirían posiciones hegemónicas para darle una solución de continuidad en sentido socialista con el partido comunista como vanguardia y fuerza dirigente (300).

Para Claudin (301), la concepción y política del PCE se sustentaba en falsas premisas y en una profunda incomprensión sobre las condiciones y perspectivas sociopolíticas en España. A su juicio, la emergencia de grupos opositores al régimen no era síntoma de una crisis definitiva del capital monopolista, sino el síntoma de una crisis política que el capital monopolista podía superar si adoptaba nuevos mecanismos de dominación; de una crisis política que se resolvería "por luchas desde abajo e iniciativas desde arriba y a través de fases sucesivas y reformas políticas y económicas parciales que seguirían un curso gradual y relativamente pacífico" (302).

En tal virtud, Claudin sostuvo que una revolución democrática que pusiera fin al régimen franquista no implicaría ni garantizaría en forma alguna el inmediato advenimiento de una revolución antimonopolista con perspectivas de transición y transformación socialista. Incluso fue más o menos ceftero en prever la emergencia de una nueva generación de líderes conservadores capaz de revitalizar y reemplazar a la vieja clase política franquista, que vendría a representar los intereses del capital monopolista a través de un sólido partido conservador pluriclasista que tendría una orientación demócrata cristiana.

Asimismo, Claudin previó que ese partido conservador tendría como contrapartida a un renovado partido de corte socialdemócrata, en lo que se perfilaría como un sistema de alternancia en el poder controlado por dos opciones fundamentales. De acuerdo a Claudin, el partido socialdemócrata podría surgir de una profunda regeneración del viejo Partido Socialista Obrero Español (PSOE), como consecuencia lógica de la revitalización del capitalismo en España y por encontrar condiciones propicias para su implantación puesto que constituiría el tipo de fuerza estabilizadora que preferirían las fuerzas conservadoras (303).

En suma, contra la línea oficial del PCE, Claudin afirmó que las tareas pendientes para una revolución democrática en España se desarrollarían de la siguiente forma:

"1. La liquidación de la forma fascista del Estado; 2. Transformaciones democráticas sucesivas, tanto económicas como políticas, impuestas por la lucha de las fuerzas antimonopolistas durante el período inmediato a la liquidación franquista, aunque el capital monopolista (o cualquiera de sus grupos representativos) mantendrá el núcleo fundamental del poder político. 3. Período de toma del poder por una coalición antimonopolista dirigida por la clase trabajadora, que es la fase más radical de la revolución democrática y el comienzo de su cambio hacia una revolución socialista" (304).

A principios de los setentas gran parte de los planteamientos esgrimidos por Claudin y, en sentido estricto, la concepción de que una revolución o transición democrática en España tras el hundimiento de la dictadura no desembocaría lineal y directamente en una perspectiva socialista, empezó a permear la orientación y estrategia del PCE. Así, ante el advenimiento de una transformación democrática en España, la posibilidad de una transición socialista se asumió como el objetivo último de una estrategia antimonopolista de largo plazo que tendría como inmediata prioridad consolidar y desarrollar un régimen genuinamente democrático, que garantizara de manera irrestricta todas las libertades.

En septiembre de 1975, sólo dos meses antes de la muerte de Franco con la que se puso en marcha un complejo proceso de transición democrática en España (305), el PCE celebró una Conferencia Nacional en la cual aprobó un Manifiesto Programa que definió en 31 puntos las tareas que tendría que abordar la democracia política y social para abrir cauce al establecimiento del socialismo en España y concretó la denominada política del "Pacto por la Libertad", de acuerdo al cual:

"El Partido Comunista de España preconiza una alternativa democrática que dé a la actual situación una salida en interés de las masas populares y facilite, a la vez, una convergencia entre las fuerzas de diverso signo interesadas en poner fin a la dictadura sobre bases muy amplias, que no prejuzguen ni el régimen político ni las transformaciones sociales futuras, dejando esas cuestiones para su solución en un marco democrático" (306).

Entre los 31 puntos del Manifiesto Programa destacaron los relativos a la integración de un gobierno provisional de amplia coalición; la amnistía total para todos los presos y exiliados políticos; las libertades políticas sin ninguna discriminación; el respeto al derecho a la autodeterminación de las nacionalidades y autonomía de las regiones; una serie de nacionalizaciones que reduzcan el poderío del capital monopolista y los latifundistas; elecciones libres a Cortes Constituyentes que decidan el futuro régimen político de España; la reforma del sistema fiscal; la planificación democrática y el desarrollo económico apoyado en el sector público; la ayuda a la industria no monopolista y al pequeño y medio comercio y; la intervención de los trabajadores mediante formas autogestionarias en las empresas monopolistas nacionalizadas (307).

En este sentido, la asunción de una orientación eurocomunista se fundamentó en la necesidad de desarrollar una estrategia consecuente con las condiciones, exigencias y perspectivas de una transformación democrática que barriera con todos los vestigios de la dictadura franquista y en la que una solución de continuidad con orientación socialista no era viable ni posible en el corto plazo, al menos mientras no se hubiera afianzado y consolidado plenamente un régimen democrático.

En tal virtud, el eje propulsor de la orientación eurocomunista del PCE fue la de contribuir y avanzar en la configuración y consolidación de un régimen democrático y parlamentario y sólo a partir de éste y en su interior, dinámica y desarrollo promover transformaciones graduales de orden económico y sociopolítico que fueran gradualmente abriendo la posibilidad de una transformación con carácter socialista.

A diferencia de sus contrapartes en Italia y Francia, la estrategia del PCE no se planteó como objetivo inmediato el acceso al poder. No porque renunciara de antemano a dicho propósito, sino porque sabía que la correlación de fuerzas predominante y los términos en que se desarrollaría una transición democrática "pactada" excluían esa posibilidad.

En efecto, la transición democrática en España no se dió como resultado del hundimiento o derrocamiento de la dictadura franquista, sobrevino de una reforma pactada a la muerte de Franco en la que si bien participaron todas las fuerzas y grupos políticos organizados, los franquistas continuaron detentando el control del aparato político-burocrático y represivo-militar para darle cauce, garantizando la preminencia de sus intereses (308).

El PCE comprendió también que si aspiraba a ser reconocido y aceptado como una fuerza política comprometida con las instituciones y valores democráticos y capaz de contribuir a la edificación de un orden democrático en España, era necesario no sólo "borrar" su pasado estalinista, sino además y fundamentalmente asumir una posición tajante de independencia respecto a la URSS. Este empeño llevó incluso al PCE a asumir una actitud abiertamente crítica y contestataria frente a la política soviética y el tipo de socialismo realizado en las sociedades del Este, que no tuvo parangón con los otros partidos eurocomunistas.

No obstante que desde la muerte de Franco el PCE insistió en la necesidad de lograr el máximo de coincidencias y un entendimiento básico entre todas las organizaciones democráticas y corrientes reformistas, aún provenientes del bloque franquista, para lograr una "ruptura" democrática, crear un gobierno provisional y asegurar una transición pacífica a la democracia, desde un principio fue manifiesta la reluctancia de la dirigencia del PSOE a trabar cualquier compromiso programático o alianza político-electoral con los comunistas, así como la tentativa de las fuerzas franquistas y castrenses de marginar al PCE del proceso de transición (309).

Sólo dos meses antes de que se realizaran las primeras elecciones legislativas en España tras casi 40 años de dictadura, celebradas el 15 de junio de 1977, fue finalmente decretada la legalización del PCE. El significado político de los resultados fue inequívoco: el electorado se pronunció mayoritariamente en favor del cambio democrático, distribuyéndose el voto casi simétricamente entre las opciones de derecha e izquierda pero con marcado predominio de los partidos más moderados (310).

El PCE emergió como la tercera fuerza política con el 9.24% de los votos y 23 representantes ante las Cortes (Parlamento). Aun y cuando la cifra no fue nada desdeñable, sobre todo si se consideran las condiciones adversas en que contendió el PCE en particular, lo cierto es que desde entonces se abrió un abismo, que ya no logró ser suturado después, entre las dos fuerzas de izquierda más representativas. Con el 24.9% de los votos, el PSOE se sintió con la fuerza suficiente para constituir por sí mismo una alternativa real de gobierno y hasta capaz de gobernar sin ningún tipo de acuerdo o alianza con los comunistas.

La izquierda, representada además por el Partido Socialista Popular de Enrique Tierno Galván que obtuvo el 4.5% de los votos, no consiguió el respaldo suficiente para conducir el cambio democrático, pero sí el necesario para evitar que se frenara. El serio revés de las fuerzas "institucionales" vinculadas al franquismo, que sólo llegaron a estar representadas en el Parlamento por el partido Alianza Popular (AP) que recibió el 8.5% de los votos, contribuyó además a bloquear esa posibilidad.

El triunfo electoral correspondió a la Unidad de Centro Democrático (UCD), coalición de partidos moderados de centro-derecha en la que confluyeron desde las corrientes progresistas del franquismo hasta otras de carácter demócrata cristiano, liberal, populista y socialdemócrata, encabezada por Adolfo Suárez. La UCD logró el 34.8% de la votación total y 167 de los 350 representantes ante las Cortes.

Inmediatamente después de las elecciones, las fuerzas de izquierda, en particular el PCE, insistieron en la necesidad de integrar un gobierno provisional, de "concentración" de acuerdo a la concepción y propuesta del PCE, compuesto por una coalición de todos los partidos que asumieron la fundación del nuevo régimen y que tuvieran como objetivos formalizar en poco tiempo los pactos constitucionales básicos y abordar con resolución y corresponsabilidad los problemas económicos y sociales más apremiantes.

Esta exigencia estuvo fundamentada además en la percepción de que si la triunfante UCD decidía gobernar con la mayoría simple que había obtenido, era altamente probable que integrara un débil gobierno de minoría que no sólo enfrentaría problemas para lograr una auténtica "reconciliación nacional", que era la base para consolidar la democracia, sino además que podría terminar por ser un rehén de las fuerzas franquistas.

Sin embargo, la efectiva integración de un gobierno provisional corría el riesgo de ser interpretada por las fuerzas franquistas como una "ruptura" democrática a la que se oponía de manera decidida y acrecentar el riesgo de intentos golpistas que buscarían echar por tierra los incipientes cambios democráticos iniciados.

El dilema fundamental para el Presidente Adolfo Suárez consistió entonces en establecer una política que le permitiera gobernar sobre la base de una mayoría simple, pero buscando el necesario entendimiento y concertación con todas las fuerzas parlamentarias sin que se formalizara algún tipo de gobierno concurrente.

El acuerdo y respaldo de todas las fuerzas políticas era imprescindible para que el nuevo gobierno estuviera en condiciones de enfrentar dos de sus tareas fundamentales: la formulación de una Constitución democrática y la instrumentación de un drástico programa de austeridad para contener y superar la grave crisis de la economía española.

En tal virtud, no sin ciertas vacilaciones, el Presidente Suárez optó por integrar un gabinete minoritario respaldado exclusivamente en la mayoría simple de que disponía UCD en el Parlamento que si bien en su gestión ordinario funcionara como gobierno de partido, en las cuestiones de Estado buscara el consenso de los restantes grupos parlamentarios.

La denominada "política de consenso" se puso en práctica de inmediato en lo concerniente a la elaboración de la nueva Constitución democrática, que fue promulgada en diciembre de 1978. Tras un fallido intento de concertar directamente con las fuerzas sindicales un "pacto social" para poner en marcha el plan de austeridad requerido para enfrentar la grave crisis de la economía española, en septiembre de 1977 el gobierno de Suárez, consciente de que no sería posible instrumentar dicho plan sin el respaldo de todas las fuerzas políticas y sindicales, puso también en práctica esta política en la determinación de la política económica.

La política del consenso mostró pronto sus resultados. El 25 de septiembre se concertó un pacto económico que permitió poner en marcha un drástico programa de austeridad, que implicó la congelación de salarios, la reducción del gasto público, la restricción crediticia y una mayor carga impositiva. Este pacto fue aceptado por la izquierda a cambio del compromiso gubernamental de abordar definitivamente una reforma fiscal progresista, el saneamiento de la seguridad social, la revisión del sistema financiero y una serie de "contrapartidas políticas" que se plasmaron en un pacto político, signado el día 27 de septiembre y en el que se establecieron mecanismos transitorios preconstitucionales en orden a las libertades públicas y a la democratización del Estado. Estos acuerdos fueron denominados en lo sucesivo "Pactos de Moncloa".

Sobrevalorando sin duda sus posibilidades reales de influir en la conquista de espacios políticos y participar efectivamente en la orientación y toma de decisiones gubernamentales en beneficio de las "fuerzas del trabajo y la cultura", el PCE comprometió de manera casi irrestricta toda su estrategia y concentró todos sus esfuerzos en apoyar estos acuerdos y, en general, la política del nuevo gobierno.

El PCE consideró además que las medidas previstas en los "Pactos de Moncloa" daban respuesta en gran parte a las condiciones mínimas que había propuesto como indispensables para salir de la crisis y consolidar la democracia. Incluso su estrategia partió en todo momento del convencimiento de que sólo una política de "concentración democrática" (311), esto es, sustentada en la búsqueda de la mayor participación y consenso de las fuerzas políticas evitaría una reacción conservadora y garantizaría la efectiva consolidación de un régimen democrático.

La política seguida por el PCE terminó por otorgar un apoyo poco condicionado al gobierno de la UCD en espera de que esta se materializara en una "política de reciprocidades" que no estaba en condiciones ni de exigir ni de hacer cumplir y recriminando al PSOE que en lugar de contribuir a la consolidación de la democracia, se preocupara por constituir una alternativa de gobierno.

En estas condiciones, entre el 19 y 23 de abril de 1978, el PCE celebró su IX Congreso, en el cual se refrendó y profundizó la política seguida, consistente en privilegiar las iniciativas tendientes a consolidar el régimen democrático en España con una desmesurada expectativa de influir en la política gubernamental y renunciando implícitamente a constituir una alternativa de poder en el corto plazo.

En las resoluciones se cuestionó la estrategia del PSOE por considerar que buscaba el establecimiento de un sistema bipartidista, que dejaba todo el poder en manos de la UCD, "acantonándose en el papel de una oposición parlamentaria, testimonial y propagandística y presentándose como la alternativa de gobierno", aunque reafirmó la convicción y deseo de buscar el máximo de coincidencias con los socialistas, concluyó que la posición del PSOE "debilita objetivamente las posibilidades de la clase obrera y, en general, de las fuerzas del trabajo y de la cultura para ocupar en el período de transición un espacio de poder político mayor e influir así para la realización de una seria política de cambio democrático en todos los terrenos" (312).

Así, en su informe en nombre del Comité Central, Santiago Carrillo afirmó que:

"La estrategia acertada para nosotros hoy consiste en enfrentar las consecuencias de la actual crisis con el más amplio conjunto de fuerzas democráticas; en tratar de darle las soluciones más progresistas, impidiendo, por un lado, que sus costos los paguen exclusivamente los trabajadores (...) y, por el otro, logrando reformas estructurales de orden económico y social, que vayan afirmando el papel del sector público en la economía y extendiendo la democracia a la gestión de este sector y de la vida de las empresas (...).

"Eso explica nuestra política de concentración democrática, que no es una mera orientación coyuntural, sino una política que tiende a proporcionar a la clase obrera el más amplio número de aliados, aunque muchos de éstos, en el período actual, sólo coinciden con nosotros en objetivos intermedios muy limitados" (313).

Más adelante, cuestionó la estrategia del PSOE, afirmando:

"El PSOE ha sacrificado muchas cosas a su vocación de 'alternativa de poder'. Aunque nadie puede negarle el derecho a esa vocación, legítima en cualquier partido político, si se le puede hacer el reproche de haber subordinado a ella (los intereses generales de los trabajadores); de haber asomado demasiado la oreja 'electoralista' (...).

"Esperamos que el desarrollo de la política española termine convenciendo a los compañeros del PSOE, de que tampoco existe verdadera alternativa socialista de poder -si entendemos 'socialista' en el sentido de la política que se hace, y no del nombre propio del partido que gobierna- sin contar con el partido comunista" (314).

Finalmente, Carrillo ratificó la orientación eurocomunista del PCE asumiendo explícitamente que ello no implicaba perder sus señas de identidad comunista, con lo que apareció finalmente una de las principales ambigüedades que el eurocomunismo no estuvo en condiciones de superar:

"Hemos optado, con todas las consecuencias, por hacer un auténtico partido 'eurocomunista'. Y lo sentimos por quienes pregonan que un partido así es imposible, que habiendo partidos socialdemócratas, un partido comunista que funciona democráticamente, que luche dentro de la democracia y que quiera realizar sus ideales con libertad y democracia es una especie de fenómeno 'contra natura'.

"Nosotros vamos a demostrarles que se equivocan; que la opción por un partido obrero, marxista revolucionario, ni socialdemócrata ni estaliniano, es una opción real, hacia la que se avanza en otros países y que en España comienza a ser también un hecho. Esa voluntad firme es que la nos ha que llevado, no a abandonar el leninismo -como se ha dicho- sino a proponer, en la definición que traemos al Congreso y que se discutirá en su momento, un texto que pensamos corresponde mejor a lo que viene siendo la práctica política del partido y a sus elaboraciones teóricas de la experiencia revolucionaria vivida (...).

"El partido no pierde, con su cambio de definición, sus señas de identidad. El partido sigue fiel a sus orígenes históricos, a su condena de la capitulación socialdemócrata y a su entronque con la gran Revolución Socialista de Octubre, que no significa hoy dependencia de ningún Estado socialista concreto ni aceptación de un centro dirigente determinado" (315).

El sostenimiento de la política de "concentración democrática" no sólo provocó que durante el período 1978-1981, el PCE asumiera posiciones más cautas y moderadas que las del PSOE que provocaron una creciente oposición y escisiones internas, sino, más grave aún, que terminara por despejarle el camino a los socialistas para lograr la hegemonía entre las fuerzas de izquierda y constituirse en la única opción con un proyecto alternativo de gobierno

Las pugnas y divisiones al interior del PCE por la política aplicada provocaron que se configuraran tres corrientes diferenciadas que se enfrentaron en el X Congreso realizado en 1981 (316). Una corriente prosoviética claramente minoritaria que, en desacuerdo con la política "colaboracionista", exigió una vuelta a la ortodoxia; una corriente renovadora con gran peso e influencia, pero que no logró ser mayoritaria, que demandó una mayor "liberalización" del partido y una aplicación a fondo de la orientación eurocomunista y; finalmente, una corriente "centrista", dirigida por Santiago Carrillo, que bajo la consigna de "salvar la unidad del partido", terminó por imponerse y lograr el aval para seguir aplicando la misma política.

El triunfo de Santiago Carrillo sólo fue precario y temporal, ya que aunque pretendió amortiguar las pugnas internas expulsando a los principales dirigentes renovadores, el conflicto y oposición hundieron al PCE en un marasmo que se reflejó claramente en las elecciones legislativas de octubre de 1982. Mientras el PSOE se convirtió en partido gobernante reivindicando un proyecto alternativo de gobierno, el PCE experimentó un drástico retroceso electoral al obtener sólo el 4% de los votos y perder 19 de los 23 escaños parlamentarios que poseía.

Todas las circunstancias anteriores se conjugaron para que finalmente el Comité Central decidiera relevar a Santiago Carrillo como Secretario General a finales de 1982. A pesar de ello y aunque el nuevo Secretario General, Gerardo Iglesias, ratificó la orientación eurocomunista como estrategia fundamental del PCE, lo cierto es que el partido se vio cada vez más inmerso en una profunda crisis orgánica, ideológica y electoral, que alejó en definitiva la posibilidad de que definiera un proyecto de recambio social viable y una alternativa de poder en España.

CONCLUSIONES.

La propuesta eurocomunista terminó por demostrar la inviabilidad histórica de que un partido comunista sea aceptado como una alternativa de poder en las sociedades capitalistas desarrolladas, no obstante que para tal efecto tres de los partidos comunistas occidentales más influyentes -el italiano (PCI), el francés (PCF) y el español (PCE)- llegaron a reconocer que la única vía posible para trascender/sustituir al capitalismo era la de un socialismo en la democracia y la libertad.

En este sentido, el eurocomunismo representó mucho más que un simple hito en la historia del movimiento comunista. Su fracaso estuvo determinado en última instancia por la imposibilidad de reconciliar a la tradición socialista de origen marxista con la perteneciente al socialismo democrático en Occidente. Pero además, con esta frustrada tentativa se derrumbó en definitiva el horizonte de presupuestos, seguridades y optimismos en que durante largo tiempo se cifró la teoría marxista de la revolución socialista. Se confirmó, esta vez desde el interior del propio movimiento comunista, la quiebra irreversible del paradigma revolucionario y se apuntó inequívocamente a la del modelo de sociedades de tipo soviético.

El proyecto estratégico de la propuesta eurocomunista involucró dos componentes diferenciales fundamentales que le otorgaron sus señas de identidad. Por un lado, rechazó en bloque y vació de su contenido sustantivo al paradigma marxista-leninista, tanto para la transición como para la construcción del socialismo. Esto es, descartó en forma explícita y definitiva la secuencia revolución/dictadura del proletariado, por la sencilla razón de que su aplicación/verificación en el capitalismo desarrollado se consideró finalmente tan inadmisible como irrealizable. En este sentido, su pretensión consistió en definir y legitimar, desde una perspectiva marxista, una vía distinta de acceso (no revolucionaria) y una idea diferenciada de sociedad socialista (no autoritaria, ni totalitaria) que se perfilaran como un referente alternativo frente al socialismo realmente existente.

Por la otra, no exento de dificultades y vacilaciones producto de los poderosos condicionamientos ideológicos que le dieron origen a los partidos comunistas occidentales, admitió su compromiso con las instituciones, principios y normas democráticas, la consustancialidad entre democracia y socialismo y, sobre esta base, asumió una concepción democrática del socialismo, lo que en sentido estricto constituyó la consecuencia lógica de los imperativos impuestos por las condiciones y exigencias objetivas de la sociedad a transformar (capitalismo avanzado), así como del imaginario socialista que se pretendió materializar.

El eurocomunismo fue, por tanto, producto y respuesta a la ineludible e impostergable necesidad de pensar el avance al socialismo sin, hacer más abstracción de las condiciones y exigencias concretas que lo sobredeterminan dentro de una formación social específica, ni de las realidades y tendencias dominantes en el contexto internacional (interdependencia y transnacionalización), que también le imponen límites y condicionamientos objetivos.

Sin embargo, los partidos y dirigentes eurocomunistas no tuvieron pretensión alguna de teorizar un nuevo paradigma de validez y aplicación universal que sustituyera al que dió origen a las sociedades de tipo soviético. Si con la lenta e irreversible crisis del liderazgo soviético y del paradigma que le sirvió de soporte, se resquebrajó el monolitismo e integrismo en la teoría, la organización, la estrategia y la práctica del movimiento comunista, al eurocomunismo le correspondió el "mérito" de presentarse como la prueba decisiva de que ya no existían ni fundamentos, ni posibilidades para reconstruir ningún tipo de ortodoxia marxista de tipo esencialista sobre la sustitución histórica del capitalismo por el socialismo.

Lejos de aquella pretensión, el eurocomunismo arraigó en definitiva el principio básico de que era derecho legítimo y responsabilidad exclusiva de cada partido comunista determinar con entera libertad y autonomía la estrategia, política y acciones requeridas para avanzar al socialismo, esto es, en función de las condiciones y requerimientos específicos de cada país. Canceló finalmente el ciclo de los modelos únicos, de las doctrinas monolíticas, de los integrismos ideológicos, alimentado artificialmente y manipulado hábilmente por la nomenklatura soviética.

Por ello no resultó extraño que el eurocomunismo no haya constituido, ni pueda ser conceptualizado, como un movimiento articulado y homogéneo. El PCI, el PCF y el PCE nunca se fijaron como objetivo definir y desarrollar una estrategia de acción conjunta o sincronizada. Convergieron en las líneas generales de un proyecto estratégico compartido, desde el momento que operaban en un contexto que les planteó problemáticas y condicionamientos análogos y que, por tanto, les permitió identificar y asumir tareas coincidentes nucleadas en torno a una propuesta alternativa de transformación socialista con y en sentido democrático.

La especificidad nacional constituyó entonces, simultáneamente, componente sustancial y elemento diferencial de la propuesta eurocomunista. De ahí que haya resultado lógico que dichos partidos no sólo hayan mantenido rasgos distintivos en sus concepciones, estrategias y políticas de acción, sino que hayan desembocado y coincidido en los ejes nodales de su propuesta global, siguiendo un curso que no fue lineal, ni homogéneo. Las posiciones convergentes no fueron asumidas con el mismo ritmo, resolución y claridad.

Por tanto, no es paradójico que mientras en el norte europeo la irrupción de la crisis provocó la quiebra del paradigma socialdemócrata de gestión avanzada del capitalismo y preparó el terreno para una feroz ofensiva conservadora contra el Estado de Bienestar, en el área mediterránea se desatará un fenómeno inverso.

En Italia y Francia, la crisis puso en tela de juicio el contenido y orientación de las políticas y capacidad de gestión de los gobiernos de centro-derecha. En España (Grecia y Portugal) contribuyó a detonar el hundimiento de las dictaduras. Pero más importante aún, abrió la posibilidad para que la gradual modificación en la correlación de fuerzas políticas y el consecuente desplazamiento de las preferencias electorales, se inclinaran en favor de un proyecto de recambio proveniente de la izquierda partidista, proyecto que por razones y tradiciones históricas, culturales, socio-políticas, económicas y geoestratégicas sólo se podía perfilar desde los linderos de la socialdemocracia.

No obstante, la carencia de una experiencia de gestión de tipo socialdemócrata en el Sur de Europa, propició que las fuerzas de izquierda que asumieron el reto de formular un proyecto alternativo de gobierno capaz de ofrecer una salida democrática y progresista a la crisis, consideraran que las limitaciones históricas del modelo socialdemócrata tenían un carácter definitivo e infranqueable, atribuible no a condiciones y condicionamientos objetivos, sino a una falta de vocación y voluntad política para trascender el marco de "administración avanzada" del capitalismo.

Por ello, el surgimiento de condiciones propicias para la configuración de una alternativa de poder y un proyecto de recambio desde la izquierda partidista, vino acompañada de una tan audaz como desmesurada pretensión por definir una "tercera vía" de supresión de las contradicciones del capitalismo que, por un lado, superara los límites de la política socialdemócrata de gestión avanzada del capitalismo y, por la otra, eludiera las trampas y rasgos perversos del socialismo realmente existente.

En la concepción estratégica de la izquierda mediterránea, se tendió rápidamente un puente que estableció una solución de continuidad entre una salida progresista a la crisis que cerrara el paso a una reacción conservadora -cuya política descargara todos sus costos y efectos sobre las clases trabajadoras y populares- y el inicio de un proceso gradual de reformas económicas y políticas que sentara bases sólidas para ir desplegando un proyecto de transformación social con sentido socialista.

Dentro de este contexto se produjo la convergencia del PCI, el PCE y el PCF en torno a la orientación y propuesta eurocomunista. Sólo en él son discernibles las fundadas expectativas que se cifraron sobre sus posibilidades de realización, esto es, el acceso al poder de dichos partidos para estar en condiciones de instrumentar su proyecto de socialismo democrático. Porque justo en el momento que se insinuó la posibilidad de que en la Europa mediterránea, sobre todo en Italia y Francia, se concretara una alternativa de gobierno y se desplegara un proyecto de recambio social desde la izquierda, eran sin duda los partidos comunistas los que se encontraban en una posición privilegiada para asumir su liderazgo.

A principios de la década de los setentas, en ninguno de los países mediterráneos (donde era posible: Italia y Francia), estaba plenamente configurado un partido de corte socialdemócrata capaz de asumir estos roles. En sentido estricto, ninguno de los partidos socialistas podía ser catalogado como socialdemócrata, ni estaba en condiciones político-electorales de plantearse seriamente la posibilidad de constituir, por sí mismo o como fuerza dominante de una coalición, una alternativa de poder.

Desde la posguerra tanto en Italia como en Francia, los partidos comunistas se habían mantenido y consolidado como la primera fuerza política de oposición, con un peso electoral e influencia político-ideológica significativamente superior al de los partidos socialistas, a menudo incluso superior al de todas las otras corrientes de izquierda juntas. Un dato a guisa de ejemplo. En la primera ronda de la elección presidencial francesa de 1969, el candidato comunista (Jacques Duclos) obtuvo el 21.27% de los votos; el candidato socialista (Gaston Defferre), sólo el 5.07%. En Italia, durante las elecciones legislativas de 1972, el PCI capturó el 27.2% de los sufragios, mientras que los socialistas recogieron apenas el 9.6% del total.

Casi una década después, a la vuelta de los ochentas, una de las previsiones sugeridas por los vientos de cambio que se desataron en la Europa mediterránea, al profundizarse la crisis económica más aguda de la posguerra, se vió plenamente confirmada: tanto en Francia como en España (incluso, bajo otra tesis cuyo tratamiento desborda nuestro objeto de análisis, en Grecia y Portugal), la izquierda accedió al poder reivindicando un proyecto alternativo que, al menos desde el punto de vista discursivo, se acreditó como socialista; o estuvo en condiciones de participar e influir directamente en la toma de decisión gubernamental, como fue el caso de Italia.

La paradoja estribó en que no obstante partir de una posición aparentemente favorable para ser los principales beneficiarios de este desplazamiento en la correlación de fuerzas, los partidos comunistas terminaron siendo una vez más excluidos de este proceso de recambio. El veredicto en las urnas fue unánime e inequívoco. Tanto en Italia, como Francia y España, a pesar de su concepción, vocación y conversión democrática, los partidos comunistas no fueron percibidos por el electorado como una alternativa confiable de gobierno. El voto de confianza terminó siendo en favor de los partidos socialistas (Francia y España) o se detuvo justo en el umbral que le hubiera permitido gobernar a los comunistas (Italia).

Cierto, ninguno de los tres partidos eurocomunistas tuvo las mismas posibilidades de acceder al poder o de hacerlo bajo los mismos términos, incluso el PCE no lo asumió como un objetivo factible a corto plazo. En todo caso, los medios específicos, las maniobras tácticas, los cálculos, previsiones y prioridades fundamentales para hacer viable su estrategia político-electoral y sus objetivos programáticos, estuvieron determinados por las condiciones y requerimientos objetivos de su respectivo contexto nacional.

Sin embargo, todos ellos se distinguieron no sólo por compartir un proyecto estratégico común, sino además porque éste fue reivindicado en un momento, en un contexto, que les brindó posibilidades de realización. En otros términos, el PCI, el PCF y el PCE estuvieron en condiciones y tuvieron la oportunidad de influir en un proceso de recambio a nivel político-institucional como alternativas potenciales de poder. Todos ellos perdieron más que una apuesta electoral, una oportunidad histórica.

El vigoroso proceso de recomposición orgánica, renovación doctrinal y reorientación programática que experimentaron los partidos socialistas de Francia (PSF), España (PSOE) y en alguna medida Italia (PCI) fue también producto y respuesta a la necesidad/posibilidad de pensarse y contender como alternativa de poder en un contexto de crisis que hizo tan atractivo como factible un proyecto de recambio desde la izquierda partidista.

Este proceso, iniciado a mediados de la década de los setentas y que resultó concomitante al de los partidos comunistas, constituyó sin duda un factor imprescindible para explicar en gran parte porqué los partidos socialistas estuvieron en condiciones no sólo de arrebatarse a los comunistas la hegemonía de las fuerzas de izquierda, sino además de imponer su proyecto alternativo de gobierno (Francia y España), o de contener en un punto crucial el avance de los comunistas hacia el poder (Italia).

Sin embargo, la lógica sería demasiado simple y dejaría intacto el fondo del asunto si nos contentáramos con concluir que el fracaso de los partidos eurocomunistas fue tan sólo resultado de la contingencia y variabilidad inherente a todo proceso democrático, el cual se dirime finalmente en función de preferencias electorales respecto a alternativas programáticas más o menos diferenciadas.

No porque esta lógica carezca de validez, sino porque al ratificarse en el caso que nos ocupa, trajo a la superficie, hizo intelegibles, las limitaciones objetivas que en última instancia bloquean la posibilidad de que un partido comunista, ya converso al socialismo democrático en tanto que prerrequisito indispensable para promover un proyecto factible de transformación social en Occidente, sea aceptado por el electorado como una alternativa de gobierno.

El problema del poder para un partido comunista en Occidente, específicamente en las sociedades capitalistas desarrolladas pero muy probablemente ya no sólo en ellas, no se reduce a una mayor o menor confesión de fé, adicción o adhesión a las instituciones, normas y prácticas democráticas; tampoco a encontrar algún soporte más o menos confiable para tratar de determinar hasta que punto la constancialidad entre socialismo y democracia le es inherente o estuvo presupuesta en los manuscritos de los fundadores de la teoría marxista y, por tanto, es parte de su herencia y patrimonio; ni siquiera a replantear por completo, desde una perspectiva marxista, los presupuestos, condiciones y posibilidades de acceso y construcción de una futura sociedad socialista.

El problema capital tiene una profunda raíz histórica y está directamente asociado, es una consecuencia ineludible, al momento y a los términos en que se produjo una traumática e irreversible escisión dentro del movimiento socialista, como resultado del triunfo de la revolución bolchevique y la imposición del paradigma marxista-leninista como núcleo rector y normativo de la teoría y práctica del movimiento comunista internacional.

A partir de ese momento histórico y de las secuelas que produjo, el socialismo de matriz marxista (vuelto ya sólo ininteligible para cualquier efecto político-ideológico en su clave leninista) y el socialismo democrático, terminaron por disociarse en definitiva y remitir a dos concepciones, proyectos, tradiciones, culturas y prácticas político-ideológicas objetivamente escindidas y cualitativamente diferenciadas.

En su acepción original, la teoría marxista de la revolución socialista, como toda teoría del cambio social, estuvo abierta a concepciones e interpretaciones divergentes sobre los requerimientos, condiciones y posibilidades de acceso y construcción de una futura sociedad socialista.

El hecho mismo de que no todos sus presupuestos, previsiones o conjeturas fueran unánimemente admitidos o que, cuando menos, hayan provocado puntos de confrontación y disenso sobre su traducción y aplicación concreta, dejaron plena constancia de que era tan lógico como válido que de ella se derivaran interpretaciones y propuestas alternativas.

Sin embargo, con y desde el triunfo de la revolución bolchevique, la posibilidad real de introducir y validar interpretaciones y propuestas alternativas en la teoría y práctica del movimiento comunista, que le hubieran permitido explorar y explotar sus variadas posibilidades de desarrollo, quedó largamente bloqueada en sus ejes nodales.

Lo anterior en razón de que, en tanto sustento estratégico y polo de la primera revolución socialista inspirada en la teoría marxista, el leninismo se impuso como paradigma universalmente válido y único factible de transformación socialista, no obstante que se verificó y desarrolló en un contexto, términos y condiciones no previstas, ni teorizadas por la ortodoxia marxista.

Paradójicamente, al mismo tiempo que el agregado leninista proveyó de factibilidad a la teoría marxista convirtiéndose, por ende, en su componente indispensable e indisoluble, provocó, por las mismas circunstancias, una escisión traumática e irreversible entre las fuerzas políticas y sociales que se planteaban como objetivo la superación/sustitución del capitalismo.

En efecto, en el momento que el paradigma marxista-leninista fue impuesto y reconocido unilateralmente como el único válido y posible, las fuerzas que luchaban por el socialismo se polarizaron. Se empezaron a romper los puentes de mediación entre aquel segmento (el movimiento comunista internacional) que llegó a aceptarlo acríticamente y

a justificar de una u otra forma sus distorsiones, y aquel otro (genéricamente denominado socialdemócrata) que empezando por cuestionarlo, al ser puesto en la disyuntiva por su contrario de que no puede haber interpretaciones o aplicaciones alternativas, terminó por repudiarlo en su conjunto.

Con la creación de la Internacional Comunista (Komintern) en 1919, se legitimó de facto esta escisión, la cual se volvió irreductible en la medida que el proyecto de socialismo democrático que fue madurando como propuesta alternativa entre los partidos y fuerzas socialdemócratas de Europa Occidental, acabó por chocar frontalmente con el paradigma que sirvió de base y ejerció una influencia determinante en el advenimiento y desarrollo del denominado socialismo realmente existente o de los sistemas que se autodenominan como de socialismo realizado, empezando por la Unión Soviética.

Desde entonces, la teoría marxista se volvió ya sólo intelegible en su clave leninista, como única capaz de producir fácticamente el orden imaginado. Más aún, asumió un carácter restrictivo y doctrinario al autoimponerse como límite real de verificación y validación, la producción de un orden social determinado: las sociedades de tipo soviético, de las que sólo puede dar cuenta en sucesivas reediciones, con tan sólo algunos cambios de matiz.

En la medida que el paradigma marxista-leninista cumplió con su función de rechazar o excluir cualquier interpretación y propuesta alternativa de transformación de la sociedad, la socialdemocracia encontró despejado el camino para presentarse como única y legítima heredera de un socialismo democrático, que tanto en los términos de transición, como en lo concerniente a la idea de la sociedad socialista misma (presupuestos y condiciones de realización), se constituyó en un referente alternativo e incluso antitético al del socialismo realizado de raigambre marxista.

El peso, consecuencias e inercias de esta escisión, que de facto originó y otorgó sus señas de identidad a dos concepciones, culturas y tradiciones que se reconocieron y convalidaron como mutuamente excluyentes, terminaron por hacer tan compleja como infructuosa la tentativa de reconciliar al socialismo marxista con el socialismo democrático en Occidente, tarea de la que implícitamente y como prerequisite básico para dotar de factibilidad a su proyecto, quizo dar cuenta el eurocomunismo.

La prueba de fuego para legitimar los puntos de sutura que los partidos eurocomunistas estuvieron en condiciones de aplicar a dicha escisión, conducía inequívocamente a las urnas, a la aceptación de los partidos comunistas como alternativas de gobierno bajo las reglas del juego democrático. Justo ahí se demostró la insuficiencia de la compleja operación emprendida por los partidos eurocomunistas; la imposibilidad de que un partido comunista sea aceptado como alternativa de poder en Occidente, porque aunque vacíe el contenido y niegue la validez del paradigma que le dió origen, no puede desprenderse de sus señas de identidad. Justo ahí se midieron sus limitaciones y quedaron cortocircuitadas sus posibilidades de realización.

El dato crucial que se debe destacar y retener es que el punto de origen de la mayoría de los partidos comunistas -en tanto que instancias organizativas separadas y diferenciadas de cualquier otra fuerza política de izquierda que concibe a la democracia como un principio irrenunciable y un componente indispensable de cualquier proyecto de transformación socialista- fue resultado de esa escisión.

Por tanto, las señas de identidad de todos los partidos u organizaciones comunistas quedaron definitivamente ancladas en esta escisión y sus signos vitales asociados, por maniqueísmos o condicionamientos ideológicos, a la trayectoria del movimiento comunista internacional y a las experiencias de los socialismos realizados, que siempre hallaron sustento en el paradigma marxista-leninista.

Las señas de identidad de los partidos comunistas que no están en el poder, esto es, su origen revolucionario, su pasado estalinista, su subordinación a los intereses del Estado soviético, su identificación con un tipo de idea socialista cuyo único punto de referencia concreto son las sociedades de tipo soviético, no les representan ningún problema ni les plantea ningún desafío, mientras se limitan a mantener o renovar su fé en la certidumbre y validez del paradigma que les dió origen, mientras se muevan fuera de la zona de gobierno, mientras no se conviertan al socialismo democrático, mientras no se asuman ni sean percibidos como alternativas serias de poder en Occidente.

Los problemas empiezan, las señas de identidad tienden a gravitar de manera determinante, cuando el replanteamiento de su concepción estratégica que tiene por objetivo colocarlos en condiciones y posibilidades de intervenir en la política real como alternativas viables de poder, los lleva a aceptar que la única vía posible y deseable al socialismo en Occidente es una vía democrática y, consecuentemente, reformista.

El hecho decisivo es que a partir de ese momento, los partidos comunistas se colocan simultáneamente en una posición desventajosa para contender política y electoralmente con otras fuerzas políticas de izquierda que, por el simple hecho de no estar marcadas de manera indeleble por el estigma revolucionario, pueden representarse y son efectivamente percibidas por el electorado como opciones más democráticas o moderadas para llevar adelante un proyecto de recambio social con orientación socialista.

Esta es la lógica de fondo que se vió plenamente corroborada en los casos analizados. El Partido Socialista Francés (PSF) y el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) no sólo arrebataron a sus contrapartes comunistas la hegemonía de las fuerzas de izquierda, sino que terminaron por imponerse como alternativas de gobierno. Bajo otras condiciones, esta lógica operó también en Italia, toda vez que el Partido Comunista Italiano fue incapaz de romper la hegemonía de la Democracia Cristiana desde el momento en que estando el electorado frente a la disyuntiva de decidir en definitiva si quería a los comunistas en el poder, terminó por dar un voto más de confianza a la DC.

En suma, el desplazamiento estratégico y político-ideológico (conversión al socialismo democrático) que hizo albergar fundadas expectativas de que un partido comunista fuera aceptado como una alternativa democrática de poder en Occidente, no pudo ser coronada con éxito. La escisión histórica entre el socialismo marxista y el socialismo democrático quedó definitivamente marcado por señas de identidad y datos objetivos (el socialismo realmente existente) que los tornan irreconciliables, que hacen virtualmente imposible realizar una sutura definitiva entre lo específicamente comunista y lo específicamente democrático y reformista.

CITAS BIBLIOGRAFICAS

- (1) Santiago Carrillo, ex-Secretario General del PCE, reconoce clara-
mente el ámbito especial de validez del eurocomunismo al asegu-
rar que "la política e implicaciones teóricas que justifican al
"eurocomunismo" describen una tendencia en el movimiento progre-
sista y revolucionario moderno decidido a enfrentar las realida-
des de nuestro continente -aunque en esencia es válido para to-
dos los países desarrollados- y adaptar a ellas el proceso revo-
lucionario mundial de nuestro tiempo". Carrillo, Santiago, Euro-
communism and the State, Lawrence and Hill Co., New York, 1978
p. 8.
- (2) Para algunos de los principales aspectos y problemática concer-
niente al denominado Estado de Bienestar, consúltese entre
otros: Argedas, Sol, El Estado Benefactor ¿Fenómeno Cíclico?,
Mundo, México, s/f; Habermas, Jürgen, Problemas de Legitimación
en el Capitalismo Tardío, Amorrortu, Buenos Aires, 1986; Offe,
Claus, Contradictions of the Welfare State, MIT Press, Cambridge,
1987; Pico, Josep, Teorías del Estado de Bienestar, Siglo XXI,
Madrid 1987; Schmitter, Phillippe, "El Futuro del Estado Benefac-
tor" en Crisis y Regulación Estatal: Dilemas de Política en
América Latina y Europa, Eural-Gel, Buenos Aires, 1986, p.p.
267-277; Argedas, Sol "Estado de Bienestar en Crisis"; Luhmann
Niklass "El Estado de Bienestar: un Problema Teórico y Polít-
tico"; Altwater, Elmar, "Reestructuración o desmantelamiento del
Estado de Bienestar" los tres artículos en Estudios Políticos,
revista trimestral, UNAM, México, vol. 2, enero-marzo 1983.
- (3) Con motivo del golpe de Estado de Chile, Enrico Berlinguer, ex-
Secretario General del PCI, escribió entre septiembre y octubre
de 1973 una serie de artículos agrupados bajo el título de "Re-
flexiones sobre Italia tras los hechos de Chile" que constituyen
el punto de partida para la formulación de su "compromiso histó-
rico" y con él de las tesis y planteamientos que configuraran
más tarde el denominado "eurocomunismo", movimiento del que Ber-
linguer fue sin duda fundador y principal exponente. Véase
Berlinguer, Enrico, La "Cuestión Comunista", 2a. ed., Fontamara,
Barcelona, 1977, p.p. 136-161
- Por lo que respecta propiamente al desarrollo y limitaciones de
la experiencia chilena, véase Bitar, Sergio, Transición, Socia-
lismo y Democracia, Siglo XXI, México, 1979.
- (4) Las expectativas sobre la posibilidad de que el PCI accediera al
poder mediante un gobierno de coalición se basaban en la ascen-
dente tendencia electoral que mostraba desde 1953 (primera vez
que intervino en una elección para la Cámara de Diputados de ma-
nera independiente). En 1953 obtuvo el 22.6% del total de la vo-
tación y 143 escaños; en 1958: 22.7% y 140; en 1963: 25.3% y 166;
en 1968: 26.9% y 177; en 1972: 27.2% y 179.

Se esperaba que con la formulación de un "compromiso histórico" en el que se concitaba la participación de todas las fuerzas democráticas italianas para consolidar una nueva mayoría y considerando los sostenidos avances electorales registrados, el PCI estuviera en condiciones de integrar, como fuerza electoral mayoritaria, un gobierno de coalición con la Democracia Cristiana. A pesar de que en las elecciones nacionales de 1976 registró su más espectacular salto electoral al incrementar su votación al 34.4% y ocupar 228 de 625 escaños -sólo 34 menos que la Democracia Cristiana-, fue una vez más excluido de la coalición gubernamental. A partir de entonces la votación PCI inició un gradual y luego vertiginoso desplome.

El caso del PCF era distinto. En las elecciones legislativas de 1946 logró el más alto índice de votación en su historia con el 28.6% del total de votos. Sin embargo, a partir de entonces mostró una tendencia errática a la baja, sin recuperar jamás un nivel ascendente. Entre 1962 y 1969 se estabilizó en alrededor del 21.5%; en las elecciones legislativas de 1973 alcanzó justamente el 21.4%; pero desde entonces ha experimentado un dramático y vertiginoso desplome electoral, a pesar de lo cual como resultado de su alianza con el Partido Socialista Francés logró participar en la integración del primer gobierno socialista de Francois Mitterrand en 1981.

Veáse para el caso italiano, Spotts, Frederic y Wieser, Theodor, Italy a Difficult Democracy, Cambridge University Press, New York, 1986 y para el caso francés: Wrigh, Vincent The Government and Politics of France, Second Edition, Holmes and Meier Publishers, New York, 1983.

- (5) Vease Bahro, Rudolf, La Alternativa Contribución a la Crítica del Socialismo Realmente Existente, Alianza Editorial, Madrid 1979, p. 22
- (6) Enrico Berlinguer fue el primer dirigente comunista en utilizar públicamente, sin condenarlo o rechazarlo, el término "eurocomunismo" para aludir a las convergencias y posiciones comunes de algunos partidos comunistas de Europa Occidental. La ocasión, junio 3 de 1976, en una concentración masiva en los suburbios de París presidida por el propio Berlinguer y su contraparte francés, Georges Marchais. Véase al respecto, Valli, Bernardo, Los Eurocomunistas. Historia Polémica y Documentos, Dopesa, Barcelona, 1977, p.p. 9-13.
- (7) Término que designa genericamente a la clase dirigente en la URSS, esto es, los funcionarios (burócratas) que ocupan los puestos clave de dirección y control estatal y partidista. Véase Vozlenski, Mijail, "La Nomenklatura" en El Sistema Soviético Hoy, Pablo Iglesias, Madrid, 1984, p.p. 93-97.

- (8) Enrico Berlinguer falleció siendo aún Secretario General del PCI en junio de 1984. Santiago Carrillo fue sustituido por Gerardo Iglesias como Secretario General del PCE a raíz del desastre electoral de octubre de 1982 (menos del 4% de los votos y sólo cuatro diputaciones de las 23 obtenidas en las elecciones de 1977), iniciando un proceso de marginación que culmina con su expulsión del Comité Central y del Comité Ejecutivo del PCE en abril de 1985. Georges Marchais sólo fue un aliado temporal e indeciso del eurocomunismo, su acercamiento transitorio y coyuntural hacia ese movimiento se empieza a desgajar hacia finales de 1977 (ruptura de la "Unidad de Izquierda" con el PSF), para iniciar un viaje de regreso a la tradicional ortodoxia del PCF.
- (9) Sobre esta dualidad véase Heller, Agnes, Para Cambiar la Vida, Crítica Grijalbo, Barcelona, 1981, en particular el Capítulo I "La Crisis del Marxismo y el Debate Actual", p.p. 11-71.
- (10) Véase Althusser, Louis, "El Marxismo como Teoría Finita" en Discurrir al Estado. Posiciones Frente a una Tesis de Althusser, Folios, México, 1982, p.p. 11-21.
- (11) Véase entrevista con Fernando Claudin en Interrogantes ante la Izquierda, El Viejo Topo, No. 5, Barcelona, 1980, p.p. 11-78.
- (12) Véase Cerroni, Umberto, Teoría Política del Socialismo. 2a. ed., Era, México, 1976. En particular la Introducción y el Segundo Capítulo.
- (13) Véase Reverte, Jorge y Paramio, Ludolfo, "¿Crisis del Marxismo o Crisis de los Filósofos?" en la Crisis del Marxismo, Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, Serie Mayor No. 10, 1979, p.p. 79-91.
- (14) Entrevista con Fernando Claudin, op. cit., p. 13
- (15) Para un muy sugestivo análisis sobre las características y diferencias entre el proyecto universalizador de Occidente (encarnado por el capitalismo desarrollado) y el proyecto universalizador socialista (expresado por la sociedad soviética), así como de las lógicas, dinámicas e instrumentos a través de los cuales vehiculizan sus particulares formas de expansión véase Heller y Feher, Anatomía de la Izquierda Occidental, Península, Barcelona, 1985.
- (16) Kolakowski, Leszek, Las Principales Corrientes del Marxismo. Vol. 1, Alianza Editorial, Madrid, 1980, p. 188.
- (17) Véase Cole, G.D.H., Historia del Pensamiento Socialista. Vol. 1, FCE, México, 1980, p.p. 19-29.
- (18) Kolakowski, Leszek, op. cit., p. 210.
- (19) Ibid., p.p. 257-258.
- (20) Ibid., p.p. 224-225.

- (21) Ibid., p. 184.
- (22) Lenk, Kurt. Teorías de la Revolución. Anagrama, Barcelona, 1983, p. 79.
- (23) Véase el texto original de Engels en la Introducción a "Las Luchas de Clases en Francia de 1848 a 1850" y la nota editorial 427 en Marx y Engels, Obras Escogidas, Progreso, Moscú, s/f, p.p. 674-692 y 780-781, respectivamente.

Bernstein fue el primer teórico en derivar de la lectura e interpretación de la versión de dicha Introducción tal como fue publicada en 1985, la conclusión de que Engels había reconocido finalmente la necesidad de una transición gradual, reformista y pacífica al socialismo, pretendiendo legitimar con ellos sus tesis revisionistas y descartando cualquier tentativa revolucionaria. Al respecto véase en particular la "Carta a la Convención de Stuttgart" de Bernstein en Heiman, Horst, Textos sobre el Revisionismo, Nueva Imagen, México, 1982, p.p. 109-114.

- (24) Lenk, Kurt, op. cit., p.p. 156-157.
- Una interpretación más profunda y sugestiva sobre este tema puede consultarse en "Estado y Crisis en el Debate de Entreguerras", Portantiero, Juan Carlos, La Producción de un Orden. Ensayos sobre la Democracia entre el Estado y la Sociedad, Nueva Visión, Buenos Aires, 1988 p.p. 13-64.
- (25) Claudín, Fernando, The Communist Movement. From Comintern To Cominform, Volume 1, Monthly Review Press, New York, 1975, en particular el Capítulo II "The Crisis of Theory" p.p. 46-102. (En español: La Crisis del Movimiento Comunista, Ruedo Ibérico, Madrid, 1970)
- (26) Bahro, Rudolf, op. cit., p. 27.
- (27) Ibid., p.p. 27-28.
- (28) Marx y Engels, Obras Escogidas, op. cit., p. 342.
- (29) Esta crítica es base de consenso entre destacados teóricos y críticos marxistas como Louis Althusser, Agnes Heller, Perry Anderson, Lucio Colletti, Norberto Borbio y Giuseppe Vacca, por sólo mencionar algunos.

Al respecto Althusser sostiene que "tampoco a propósito de la sociedad capitalista y el movimiento obrero la teoría marxista dice casi nada acerca del Estado, ni sobre la ideología y las ideologías, ni sobre las organizaciones de la lucha de clase (estructuras, funcionamientos). Es un punto ciego que atestigua indudablemente algunos límites teóricos con los cuales ha tropezado Marx, como si hubiese sido paralizado por la representación burguesa del Estado, de la política, etcétera, hasta el punto de reproducirla solamente como una forma negativa (crítica de su carácter jurídico): punto ciego o zona prohibida, el resultado es el mismo", Althusser, Louis, "El Marxismo como Teoría Finita" en Discutir al Estado, op. cit., p. 13.

Lucio Colletti va aún más lejos en su crítica al sostener que "De hecho, en el marxismo y en el leninismo (aunque pueda parecer paradójico destacarlo) falta un análisis serio, articulado, hecho desde adentro de las instituciones políticas modernas, comenzando por las de la democracia representativa y siguiendo por las relaciones entre los distintos poderes, la función de los partidos, de la burocracia, el papel desempeñado por el Estado en el ciclo económico, etcétera, y no sólo falta de análisis, sino incluso el marco en que ubicarlo, el marco en cuyo interior construir una ciencia de la política. Al marxismo le falta este marco porque la teoría marxista de la política y del Estado es, en realidad, la teoría de la "extinción" de ambos. Con otras palabras: el marxismo no ha elaborado una ciencia de la política porque lo que ha hecho ha sido exactamente lo contrario. La teoría de la disolución progresista de la política y del Estado, la teoría de la abolición (si bien en forma gradual) de la diferencia entre gobernantes y gobernados", Colletti, Lucio, "El Problema de la Dialéctica" en La Crisis del Marxismo, op. cit., p.p. 37-38.

(30) Cerroni, Umberto, op. cit., p. 11.

(31) Ibid, p.p. 48-49.

(32) Ibid, p.p. 51-52.

(33) La II Internacional, constituida en 1889, fue en realidad la primera organización que vinculó orgánicamente a la teoría socialista con un amplio y poderoso movimiento de trabajadores. Pero como acertadamente lo señala Kolakowski "no fue una organización uniforme y centralizada con un cuerpo de doctrina elaborado y reconocido por todos sus miembros, sino más bien una amplia federación de partidos y sindicatos que actuaban independientemente pero unidos por su fé en el socialismo" (Kolakowski, Leszek, op. cit., Tomo II, p. 11).

Efectivamente, la diversidad de fuerzas y tendencias representadas en la Segunda Internacional impidió avanzar en la integración de una plataforma ideológica y programática y, por ende, disponer de una instancia centralizada de dirección y control. Pero a pesar de que en su interior coexistieron y se expresaron percepciones y tendencias político-ideológicas claramente diferenciadas, fue sin duda el marxismo la corriente de pensamiento que logró una mayor relevancia e influencia, la que dispuso de un status teórico de mayor consistencia, alcance y proyección de la Segunda Internacional marca sin duda la etapa de mayor auge, difusión y ascendencia del pensamiento marxista entre el movimiento obrero organizado de Europa.

Sin embargo, el predominio del marxismo dentro de la Segunda Internacional no fue sencillo, ni tuvo un sentido de orientación e interpretación único y unívoco. En un primer momento tuvo que enfrentar y doblegar la oposición e influencia de las ideas anarquistas (Bakunin) que rechazaban toda forma de acción política y participación parlamentaria. El enfrentamiento

culmino en el Congreso de Londres en 1896 cuando los anarquistas fueron definitivamente excluidos de la Internacional, adoptándose como norma el limitar la pertenencia a la organización a los partidos que aceptasen como indispensable la actividad política y reconociera explícitamente su carácter y compromiso socialista.

Luego la principal batalla fue intestina. La disputa en torno al revisionismo (véase el apartado Reforma y Revolución) fue sin duda uno de los sucesos cruciales en la historia ideológica de la Segunda Internacional. El debate abierto a finales del siglo pasado por las ideas de Bernstein, pero cuya verdadera fuerza radica en las prácticas reformistas en pleno proceso de expansión en las filas del movimiento obrero europeo, fue teóricamente saldado en el Congreso de Dresde, celebrado en 1901 al aprobarse una resolución en contra del revisionismo al condenar todos los esfuerzos dirigidos a ocultar el creciente antagonismo entre las clases pues facilitaban la cooperación con los partidos burgueses y generaban una política de concesiones y reformas dentro de la sociedad burguesa. En el Congreso de Amsterdam (1904) se ratificó esta resolución después de una encendida polémica. Sin embargo, el inobjetable triunfo del marxismo ortodoxo sobre el revisionismo solo se limitó al plano de las ideas. En la práctica fue incapaz de hacer mella alguna en los hábitos y acciones reformistas que cobraban día con día mayor fuerza.

El internacionalismo proletario, piedra de toque de la organización del movimiento comunista internacional constituyó el trasfondo sobre el que se escenificaron los principales debates al interior de la II internacional desde 1906 hasta 1914 en que atravesada y vulnerada por el estallido de la Primera Gran Guerra y las posiciones antagonicas que asumieron sus integrantes, la estructura internacional y el principio del internacionalismo proletario terminaron por requebrajarse y hacerse añicos. Los debates sobre el colonialismo, las nacionalidades, la autodeterminación, la inmigración y, tangencialmente, el relativo a la relación entre partidos y sindicatos, fueron el preludio del suceso que terminó por escindir al movimiento comunista internacional.

¿Qué posición asumir ante el estallido de una configuración bélica? los denominados "oportunistas", a quien Lenin atribuye la principal responsabilidad de la desolución de la II internacional, optaron por apoyar a sus respectivos gobiernos aprobando los créditos de guerra y sumándose a la llamada a las armas de su patria. La ultrazquierda, representada por el Francés Hervé, proponía responder a cualquier guerra con una huelga general y una insurrección popular. Desde el Congreso de Stuttgart (1907) la posición predominante fué sin embargo la representada por Lenin, Luxemburg y Clara Zetkin: en caso de amenaza de guerra es deber de las clases trabajadoras impedir su estallido, pero si esta llega a eclosionar es su deber intervenir para su rápida conclusión y capitalizar al máximo la crisis política

y económica que provoque para movilizar a las masas y acelerar el hundimiento de la dominación capitalista. Esta línea estrategia fue ratificada en el Congreso de Copenhage (1910) y en el Congreso Extraordinario de Basilea (1912), pero en 1914 una vez desatada la conflagración el internacionalismo proletario fue incapaz de pasar su prueba de fuego, los principios delineados en el Congreso de Stuttgart no resistieron el embate de los llamados a la defensa de la patria.

Para Lenin y los bolcheviques, el colapso de la II Internacional había sido resultado de la traición y oportunismo de los líderes socialdemócratas. Pero el internacionalismo proletario seguía siendo un imperativo necesario, válido, y legítimo. La revolución proletaria tenía un carácter universal, por tanto, requería de un centro capaz de coordinarla, dirigirla y orientarla pero que también en lo sucesivo se preocupara evitar ser contaminada o infiltrada de elementos oportunistas. Se prepara así el advenimiento de la Komintern, creada en 1919, que se habría de caracterizar por su integrismo doctrinario y su paulatina instrumentalización en favor de los intereses del nuevo Estado Soviético.

- (34) Lenk, Kurt, op. cit., p. 152.
- (35) Bernstein Eduard, "La Teoría del Derrumbre y la Táctica Socialista", en Heiman Horst, op. cit., p. 127
- (36) Luxemburgo, Rosa, "Reforma o Revolución", en Obras Escogidas, Vol. I, Era, México, 1978, p. 71
- (37) Ibid., p. 74
- (38) Durante el II Congreso del Partido Social Demócrata Ruso, celebrado entre 1902 y 1903, se generó una disputa relacionada con los principios de afiliación al partido que sentó las bases para la paulatina diferenciación y ulterior escisión entre las fracciones "bolchevique" (mayoritaria) y "menchevique" (minoritaria). Por un lado, Lenin sostenía que solo se debería afiliar a quienes trabajaran activamente en alguna de las organizaciones vinculadas orgánicamente al partido, por otro, Martov proponía una fórmula más libre que permitiera el acceso de todos los que trabajaran bajo la guía y dirección del partido. Por superficial que parezca esta disputa, pronto puso de manifiesto que las concepciones divergentes entre ambas fracciones no se limitaban estrictamente a cuestiones organizativas. Aludirían más tarde a cuestiones estratégicas y tácticas de capital importancia.

Para entonces ya Lenin había avanzado sustancialmente en su teoría del partido revolucionario como una organización pequeña, disciplinada y centralizada, integrada por profesionales que en virtud de su conocimiento y estudio científico de la sociedad, constituirían la única fuente legítima de iniciativa política pues encarna la conciencia teórica correcta del proletariado. Para la teoría leninista del partido véase en particular "¿Qué Hacer?", "Un paso adelante y dos pasos atrás" y "Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática", en Lenin, V.I., Obras Escogidas, Progreso, Moscú, s/f.

Con base en este antecedente, no es de sorprender que en la disputa aludida Lenin argumentara que la libre afiliación al partido minaría su cohesión y disciplina, convirtiéndolo en una organización de masas, advirtiendo los riesgos que esto planteaba a partir de las condiciones de clandestinidad en las que actuaba el Partido Social Demócrata en la Rusia zarista de principios de siglo. Desde entonces, como luego desde una óptica y fundamentaciones cualitativamente distintas, lo haría Rosa Luxemburgo, los mencheviques acusaron a Lenin de asumir una actitud burocrática respecto al funcionamiento del partido, de despreciar a la clase obrera, de tener ambiciones dictatoriales y de pretender subordinar toda iniciativa de las masas y del partido a los directrices definidas por un pequeño grupo de líderes.

Poco a poco las divergencias entre las fracciones bolchevique y menchevique se fueron profundizando y en algunos puntos terminaron por ser irreconciliables (la ruptura final se produciría hasta 1912). Para ambos grupos era inminente el advenimiento de una revolución democrático burguesa en Rusia, pero para los mencheviques el papel del proletariado debía subordinarse a la conducción y dirección de los partidos liberales; en tanto que Lenin insistía en una alianza con los campesinos en que la iniciativa y conducción revolucionarias correspondiera al proletariado para instaurar una "dictadura democrática de obreros y campesinos". Los mencheviques privilegiaban las formas legales de acción, la actividad sindicalista y la lucha por medios parlamentarios; para los bolcheviques estas acciones sólo tenían valor en la medida que coadyuvaran al desenlace final del conflicto clasista; su contribución al salto revolucionario era la única medida válida del uso de las libertades democráticas.

- (39) La discusión sobre la existencia de un sujeto revolucionario y aceptando este supuesto, en torno a que fuerza o actor social lo encarna y representa y como adquiere conciencia de su misión histórica, ha sido largamente debatida entre los teóricos y dirigentes comunistas, sin que hasta la fecha se haya establecido punto alguno de consenso entre los adversarios. Una de las más recientes y destacadas contribuciones a este debate es la esgrimida por Agnes Heller quién sostiene que "no hay un único sujeto de la transformación radical de la sociedad, no sólo los marginales son sujetos de la transformación" agregando que "de acuerdo a Marx es el propio capitalismo el que produce unas necesidades cuya satisfacción requiere la transformación del capitalismo en socialismo. Mi opinión no es exactamente la de Marx. Desde mi punto de vista, tenemos que distinguir capitalismo y democracia. Pienso que el capitalismo en sí no produce las necesidades cuya satisfacción es imposible en el seno de la sociedad capitalista. Es la democracia la que crea una estructura de necesidades, un conjunto completo de necesidades radicales que no pueden satisfacerse en una sociedad capitalista", Heller, Agnes, "Bajo la Mirada de Occidente", Entrevista con Fernando Claudin en Nexus, Revista mensual, México, No. 93, septiembre de 1985, p.p. 8-9.

- (40) Uno de las propuestas teóricas más recientes y sólidamente fundamentadas para entender, analizar y tipificar a las sociedades del Este donde presuntamente se ha transitado al socialismo, proviene también de la connotada historiadora húngara Agnes Heller y de algunos otros miembros de la llamada "Escuela de Budapest", entre los que destacan Ferenc Feher y Gyorgy Markus, quienes definen a las sociedades de socialismo real del este europeo como "sociedades soviéticas en tanto que mantienen como rasgo específico y organico de identidad y funcionamiento una dictadura sobre las necesidades".

Sobre la teoría de las necesidades radicales véase Heller, Agnes, Teoría de las Necesidades en Marx, 2a. ed., Península, Barcelona, 1986. Sobre la aplicación de ésta teoría a las sociedades del Este europeo y su tipificación como sociedades soviéticas, véase Feher, Heller y Markus, Dictadura y Cuestiones Sociales, FCE, México, 1986.

- (41) Echeverría, Bolívar en el Prólogo a Luxemburgo, Rosa, Obras Escondidas, op. cit., p. 19.
- (42) Véase en particular Geras, Norman, Actualidad del Pensamiento de Rosa Luxemburgo, Era, México, 1980.
- (43) Lenk, Kurt, op. cit., p.p. 181-182.
- (44) Luxemburgo, Rosa, Obras Escondidas, op. cit., p. 193.
- (45) Ibid., p. 205.
- (46) Véase nota 38.
- (47) Lenin V.I., ¿Que Hacer?, Ediciones de Lenguas Extranjeras, Pekin, 1975, p. 39.
- (48) Ibid., p.p. 51-52.
- (49) Kolakowski, Leszek, op. cit., Vol. II, p.p. 385-386.
- (50) Lenk, Kurt, op. cit., p. 194.
- (51) Sobre la historia del triunfo e institucionalización de la revolución bolchevique vease Joffa, Giuseppe, La Revolución Rusa, Era, México, 1976; Bettelheim, Charles, Las Luchas de Clases en la URSS. Primer Periodo 1917-1923, 3a. ed., Siglo XXI, México, 1980; Ellenstein, Jean, El Fenómeno Estaliniano, Laia, Barcelona, 1977, así como el ya mencionado, Feher, Heller y Markus, Dictadura y Cuestiones Sociales.
- (52) Ver el intercambio de opiniones que sobre esta idea y a propósito de la revolución rusa sostiene Agnes Heller y Ferdinando Adornato en Heller, Agnes, Para Cambiar la Vida, op. cit., en particular el apartado "Lenin, la URSS, el Socialismo", p.p. 73-139.

- (53) Colletti, Lucio, La Cuestión de Stalin y Otros Escritos Sobre Política y filosofía, Anagrama, Barcelona, 1977, p.p. 7-8
- (54) Sobre el muy novedoso e interesante debate sobre la relación e interrelación entre capitalismo-industrialización y democracia, nos permitimos remitir al lector a la muy sugestiva y consistente propuesta de Agnes Heller quien sostiene que constituyen tres lógicas o tendencias dinámicas que han existido y se han desarrollado de manera separada en la historia de las sociedades organizadas que en algunos casos y bajo ciertas condiciones pueden convergir y entrelazarse sin determinarse o excluirse necesariamente, pero que su interdependencia es uno de los elementos constitutivos, para definir y comprender funcionalmente al "Occidente" como proyecto universalizador de una civilización particular. Heller, Agnes y Feher, Ferenc, Anatomía de la Izquierda Occidental, op. cit., en particular el Capítulo I, "Los Conceptos", p.p. 7-55.
- (55) Véase en particular "Tres Concepciones de la Revolución Rusa", en Trotsky, Leon, Teoría y Práctica de la Revolución Permanente, Introducción, Notas y Compilación de Ernest Mandel, Siglo XXI, México, 1983, p.p. 41-60.
- (56) Ibid., p.p. 7-37.
- (57) Ibid., p. 12.
- (58) Ibid., p. 59.
- (59) Ibid., p. 34.
- (60) Kolakowski, Leszek, op. cit., Vol. II., p.p. 480-482.
- (61) Trotsky, Leon "Perspectivas de la Revolución Rusa" en Teoría y Práctica de la Revolución Permanente, op. cit., p.p. 44-45
- (62) Ibid., p. 50.
- (63) Colletti, Lucio, La Cuestión de Stalin, op. cit., p. 14.
- (64) Kolakowski, Leszek, op. cit., Vol. II, p.p. 466-467.
- (65) Para una caracterización y análisis del estalinismo como proceso degenerativo y larvado del proceso de construcción socialista en la URSS véase Ellenstein; Jean, El Fenómeno Estaliniano, op. cit.; Reiman, Michael, El Nacimiento del Estalinismo, Crítica, Barcelona, 1982; así como las muy particulares concepciones de trotski "La Naturaleza del Proceso de Burocratización", en Teoría y Práctica de la Revolución Permanente, op. cit., p.p. 197-225 y Bahro Rudolf, La Alternativa, op. cit., que en términos generales se mantienen dentro de esta vertiente de interpretación. Para una visión y análisis más críticos sobre la naturaleza y carácter socialista de la URSS véase la obra de Feher, Heller y Markus, Dictadura y Cuestiones Sociales, op. cit.

- (66) Lewin, Moshe, "Las Bases Sociales del Estalinismo" en la Introducción a Lenin, Vladimir, Contra la Burocracia, 3a. ed., Cuadernos de Pasado y Presente, No. 25, Siglo XXI, México, 1980, p. 9.
- (67) Ibid., p. 13
- (68) Colletti, Lucio, La Cuestión de Stalin, op. cit., p.p. 23-24.
- (69) Lewin, Moshe, en op. cit., p. 15.
- (70) Stalin, Jose, "La Revolución de Octubre", en Stalin y Zinoviev, El Socialismo en un Sólo País, 2a. ed., Siglo XXI, 1976, p. 60.
- (71) Ibid., p.p. 76-77.
- (72) Stalin, Jose, "Cuestiones del Leninismo", en Stalin y Zinoviev, op. cit., p.p. 117-118.
- (73) Mandel, Ernest, en Trotski, Leon, Teoría y Práctica de la Revolución Permanente, op. cit., p. 28.
- (74) Ibid., p.p. 28-29.
- (75) Colletti, Lucio, La Cuestión de Stalin, op. cit., p. 31.
- (76) Véase nota 15.
- (77) Kolakowski, Leszek, op. cit., Vol. III, p. 20.
- (78) Bahro, Rudolf, op. cit., p. 24.
- (79) Feher, Heller y Markus, Dictadura y Cuestiones Sociales, op. cit., p. 243.
- (80) Kolakowski, Leszek, op. cit., Vol. III, p. 98.
- (81) Sobre este tema véase el apartado dedicado a "El Origen de la Vía no Capitalista" en Bahro, Rudolf, op. cit., p.p. 51-84.
- (82) Lenin, Vladimir, Obras Escogidas, op. cit., p. 494.
- (83) Claudin, Fernando, "Octubre y el Movimiento Comunista", en Cuadernos Políticos, No. 15, Era, México, Enero-Marzo 1978, p.p. 7-28.
- (84) Novack, George y Frankel, Dave, Las Tres Primeras Internacionales, Fontamara, Barcelona, 1978, p. 92.
- (85) Claudin, Fernando, The Communist Movement From Comintern To Cominform, op. cit. Constituye un excelente trabajo de investigación, análisis e interpretación sobre el tema. Por su rigor y profundidad fue utilizado como hilo conductor de las ideas expresadas en este apartado, en particular los tres primeros capítulos de la primera parte de la edición en inglés, p.p. 15-125.

- (86) Ibid., p. 109.
- (87) Claudin, Fernando, "Octubre y el Movimiento Comunista", en op. cit., p. 12.
- (88) Los Cuatro Primeros Congresos de la Internacional Comunista. Segunda Parte. Cuadernos de Pasado y Presente No. 47., Siglo XXI. Buenos Aires, 1973, p. 28.
- (89) Ibid., p.p. 177-178.
- (90) Ibid., p. 205.
- (91) Lenin, Vladimir, Obras Escogidas, op. cit., p. 741.
- (92) Véase en particular el apartado dedicado a Alemania: "The German Experience" en Claudin, Fernando, The Communist Movement, op. cit., Vol. I., p.p. 127-165.
- (93) Para un análisis detallado de las características e implicaciones de este proceso véase en particular Kolakowski, Leszek, op. cit., Vol. III, p.p. 37-55 y Elleinstein, Jean, op. cit., p.p. 65-91.
- (94) Claudin, Fernando, The Communist Movement, op. cit., p.p. 159-199.
- (95) Claudin, Fernando, "Octubre y el Movimiento Comunista, en op. cit., p.p. 16-17.
- (96) Sobre las causas y consecuencias de las grandes purgas y procesos dentro de la URSS, que degeneraron en una implacable política de represión y exterminio véase entre otros, Kolakowski, Leszek, op. cit., Vol. III, p.p. 86-99; Elleinstein, Jean, op. cit., p.p. 81-115. Reiman, Michael, op. cit., Kriegel, Annie, Los Grandes Procesos en los Sistemas Comunistas, Alianza Editorial, Madrid, 1973.
- (97) Joll, James, Europe Since 1870. An International History, Penguin Books, London, 1976, p. 375.
- (98) Claudin, Fernando, The Communist Movement, op. cit., Vol. I. - p p. 15-40.
- (99) Los textos íntegros tanto de la resolución del Presidium del Comité Ejecutivo del Komintern como de la Declaración oficial sobre su disolución pueden consultarse en Ibid., p.p. 40-44.
- (100) Azcarate, Manuel, La Izquierda Europea (1940-1980), Colección - Renovación, No. 12, Universidad Autónoma de Sinaloa, México, 1985, p. 38.
- (101) Respecto al contexto y los términos en que se produce la negociación para la repartición de zonas de influencia véase Senarcleos, Pierre de, Yalta, FCE, México, 1988 y Correspondencia Secreta de Stalin con Roosevelt, Churchill, Truman y Attlee 1941-1945, FCE, México, 1965.

- (102) Sobre el desarrollo de este proceso véase Joll, James, op. cit., p.p. 422-468 y; Azcarate, Manuel op. cit., p. 49-73.
- (103) Véase Portantiero, Juan Carlos, Los Usos de Gramsci, 3a. ed., Folios, México, 1983, p.p. 9-42.
- (104) Véase Portelli, Hughes, Gramsci y el Bloque Histórico, 6a. ed., Siglo XXI, México, 1979; Macciocchi, Ma. Antonietta, Gramsci y la Revolución en Occidente, 4a. ed., Siglo XXI, México, 1980, en particular el Capítulo 6 "Hegemonía. Bloque Histórico, Estado", p.p. 148-187.
- (105) Citado por Portelli, Hughes, op. cit., p. 17.
- (106) Para una concepción más articulada y profunda sobre la naturaleza y función de los aparatos ideológicos véase Althusser, Louis, Ideología y Aparatos Ideológicos de Estado, Pepe, Medellín, 1978.
- Sobre el concepto de hegemonía consúltese, Gruppi Luciano, El Concepto de Hegemonía en Gramsci, Ediciones de Cultura Popular, México, 1978 y Buci-Glucksmann, Christine, Gramsci y el Estado, 2a. ed. Siglo XXI, México, 1978, en particular p.p. 65-92.
- (107) Portelli, Hughes, op. cit., p. 75.
- (108) Para apreciar con mayor detalle y profundidad la importancia de la ampliación de las funciones del Estado y sus cruciales implicaciones en el pensamiento de Gramsci véase, Portantiero, Juan Carlos, Los Usos de Gramsci, op. cit.; Buci-Glucksmann, Christine, op. cit., p.p. 92-143 y Cerroni, Umberto, Teoría, Política y Socialismo, op. cit., p.p. 150-167.
- (109) Buci-Glucksmann, Christine, op. cit., p. 93.
- (110) Portantiero, Juan Carlos, Los Usos de Gramsci, op. cit., p. 28.
- (111) Lenin, Obras Escogidas, op. cit., p.p. 377-418
- (112) Cerroni, Umberto, op. cit., p. 152.
- (113) Citado por Portantiero, Juan Carlos, Los Usos de Gramsci, op. cit., p. 70.
- (114) Ibid., p. 51.
- (115) Véase Ibid., p.p. 54 y 112-122 y Portelli, Hughes, op. cit., p.p. 121-133.
- (116) Sobre el concepto de 'revolución pasiva' que en términos generales alude a un proceso de transformaciones estructurales emprendido o cooptado por las clases dominantes que no pone en riesgo su capacidad hegemónica, ya que si bien adopta o recupera algunas de las demandas de las clases subalternas, excluye o bloquea la participación de éstas en su instrumentación, véase Macciocchi, Ma. Antonietta, op. cit., p.p. 103-124.

- (117) Portantiero, Juan Carlos, Los Usos de Gramsci, op. cit., p. 116
- (118) Cerroni, Umberto, op. cit., p. 163.
- (119) Una interpretación y valoración crítica sobre las aportaciones de Gramsci a la teoría marxista de transición al socialismo puede encontrarse en Anderson, Perry, Las Antinomias de Antonio Gramsci, 2a. ed., Fontamara, Barcelona, 1981.
- (120) Citado por Portantiero, Juan Carlos, op. cit., p. 117.
- (121) Ibidem.
- (122) Sobre la concepción gramsciana del partido y sus sensibles diferencias respecto a la versión leninista véase Cerroni, Umberto, op. cit., p.p. 53-58; Kolakowski, Leszek, op. cit., Vol. III p.p. 241-145; Macciocchi, Ma Antonietta, op. cit., p.p. 78-102 y Portantiero, Juan Carlos, op. cit., p.p. 86-92, 107-109 y 120-122.
- (123) Extracto de la tesis 36 de Lyon citada por Portantiero, Juan Carlos, Los Usos de Gramsci, op. cit., p. 108.
- (124) Azcarate, Manuel, op. cit., p. 109. Adicionalmente, en relación a la naturaleza y contenido casi-mesiánico de la ofensiva ideológica que en nombre de la presunta superioridad del marxismo-leninismo-stalinismo se desata en la URSS al concluir la Segunda Guerra Mundial, véase Kolakowski, Leszek, op. cit., Vol. III, p.p. 127-169
- (125) Fejto, Francois, Historia de las Democracias Populares I. Los Acontecimientos, Martínez Roca, Barcelona, 1977, p. 17.
- (126) Para una investigación y análisis pormenorizado de la historia de la Oficina de Información de los Partidos Comunistas, véase: Marcou, Lilly, La Kominform, Villalar, Madrid, 1978, o la versión sintética en el capítulo 1 de la obra de la misma autora El Movimiento Comunista Internacional desde 1945, siglo XXI, Madrid, 1981.
- (127) Azcarate, Manuel, op. cit., p.p. 95-96.
- (128) Véase el capítulo dedicado especialmente al conflicto soviético yugoslavo en Marcou, Lilly, La Kominform, op. cit., p.p. 263-306.
- (129) Marcou, Lilly, El Movimiento Comunista Internacional desde 1945, op. cit., p.p. 23-25.
- (130) Citado por Fejto, Francois, op. cit., p. 68.
- (131) Ibid, p.p. 68-72.
- (132) Azcarate, Manuel, op. cit., p. 105.
- (133) En relación al Movimiento por la Paz, véase Marcou, Lilly, El Movimiento Comunista..., op. cit., p.p. 39-41.

- (134) Ibid., p. 32.
- (135) Fejto, Francois, op. cit., p.p. 64-67.
- (136) Ibid., p.p. 70-71.
- (137) Sobre el caso de Albania, véase Staar, Richard, La Europa Comunista: Economía y Sociedad, Playor, Madrid, 1983, p.p. 26-38 y; Wohlfort, Tim, Teorías del Socialismo en el Siglo XX, Nueva Sociología, México, 1983, p.p. 88-95.
- (138) Fejto, Francois, op. cit., p. 38.
- (139) Ibid., p. 39.
- (140) Ibid., p. 41.
- (141) Azcarate, Manuel, op. cit., p.p. 120-121.
- (142) Brzezinski, Zbigniew, The Soviet Bloc: Unity and Conflict, Revised Edition, Praeger, New York, 1963, p. 180.
- (143) Para algunas referencias fundamentales respecto a la historia y evolución del Partido Comunista Italiano, consúltese, entre otros; Barkan, Joanne, "Italian Communism at the Crossroads", - en Boggs, Plotke et al, The Politics of Eurocommunism, South End Press, Boston, 1980, p.p. 49-76; Ferraroti, Franco, "Eurocommunism, Italian Versión", en Schwab, James et al., Eurocommunism The Ideological and Political-Theoretical Foundations, Greenwood Press, Westport, 1978, p.p. 157-185; Ferraroti, Franco, "El Partido Comunista Italiano y el Eurocomunismo", en Kaplan, Morton et al., Las Diversas Facetas del Comunismo, Noema, México, 1982, p.p. 34-65 y Spotts y Wieser, Italy a Difficult Democracy, op. cit., p.p. 41-67.
- (144) En relación al Partido Comunista Francés, consúltese, entre otros, Brown, Bernard, "French Communism", en Schwab et al., op. cit., p.p. 38-129; Poulard, Jean "El Partido Comunista Francés y La Unión Popular" en Kaplan, Morton et al., op. cit. p.p. 66-102; Ross, George, "The PCF and the End of the Bolshevik Dream", en Boggs, Plotke, et al., op. cit., p.p. 15-48 y Wright, Vincent, The Government and Politics of France, op. cit., p.p. 180-190.
- (145) En el caso del Partido Comunista Español, véase, entre otros, Mujal-León, Eusebio, "Eurocommunism Spanish Version" en Schwab et al., op. cit., p.p. 187-215; Rodríguez-Ibañez, José, "Spanish Communism in Transition" y Kaplan, Temma, "Democracy and the Mass Politics of the PCE", ambos en Boggs, Plotke et al., op. cit., p.p. 77-100 y 103-130 respectivamente.
- (146) Se acuña entonces el concepto de un "partido nuevo" para aludir a la composición, métodos y objetivos proclamados por el PCI que no solo rompe sino que en diversos puntos cruciales tiende a situarse en las antípodas de la tradicional concepción comunista sobre la organización, tácticas y objetivos del partido

revolucionario. Véase en particular "¿Qué es el Partido Nuevo?", "Las Tareas de un Partido en la Situación Actual" y "Nuestra Lucha por la Democracia y el Socialismo" en Togliatti Palmiro, Escritos Políticos, Era, México 1971, p.p. 83-112.

- (147) Véase Wright, Vincent, op. cit., en particular el capítulo 7, p.p. 180-190
- (148) Citado por Azcarate, Manuel, op. cit., p. 70.
- (149) Claudin, Fernando, Eurocomunismo y Socialismo, Siglo XXI, Madrid, 1977, p. 33.
- (150) Togliatti, Palmiro, op. cit., p.p. 350-351.
- (151) Ibid., p. 371
- (152) Sobre la revolución polaca de 1956 véase Fejto, Francois, op. cit., p.p. 95-131. Sobre el origen y características de la revolución húngara consúltese en particular Ibid., p.p. 131-155 y Brzezinski, Zbigniew, op. cit., capítulo 10, "Hungary: The Test Case of National Communism", p.p. 207-235.
- (153) Citado por Fejto, Francois, op. cit., p. 49
- (154) Ibid., p. 132.
- (155) Ibid., p.p. 137-140.
- (156) Azcarate, Manuel, op. cit., p. 128.
- (157) Fejto, Francois, op. cit., p. 140
- (158) Ibid., p.p. 141-142.
- (159) Valli, Bernardo, Los Eurocomunistas. Historia, Polémica y Documentos, op. cit., p.p. 166-167.
- (160) Azcarate, Manuel, op. cit., p. 153.
- (161) Sobre el desarrollo de las relaciones entre Moscú y Pekín y los acontecimientos, intereses y discrepancias que provocan el "cisma oriental", véase, entre otros: Brzezinski, Zbigniew, The Soviet Bloc. Unity and Conflict, op. cit., Capítulo 12 y - Epílogo; Ellison, Herbert et al., The Sino-Soviet Conflict. A Global Perspective, The University of Washington Press, Seattle, 1982; Fejto, Francois, op. cit., Capítulo 7, Guillermez, Jacques, El Partido Comunista Chino en el Poder (1949-1973), Península, Barcelona, 1975, capítulos VI, XVI, XXV y XLVII; Hinton, Harold, La China Comunista en la Política Mundial, Uteha, México, 1968, capítulos 2, 5, 6 y 17.

- (162) Fernando Claudin analiza de manera profunda y rigurosa el marco y los términos de la relación que se establecen entre la política seguida por el Partido Comunista Chino y las directrices fijadas por la Komintern y el Kominform a lo largo del proceso revolucionario que conduce finalmente al PCCH al poder, así como el tipo de vínculos que se desarrollan entre Moscú y Pekín durante ese lapso en The Communist Movement, op. cit., p.p. 271-294 y 549-575.
- (163) Véase Guillermaz, Jacques, op. cit., p.p. 195-201.
- (164) Véase Marcou, Lilly, El Movimiento Comunista Internacional desde 1945, op. cit., p.p. 49-53.
- (165) Véase Guillermaz, Jacques, op. cit., p.p. 204-206.
- (166) Fejto, Francois, op. cit., p. 163.
- (167) Azcarate, Manuel, op. cit., p. 154.
- (168) Véase Fejto, Francois, op. cit., p.p. 164-165.
- (169) Ibid., p. 165.
- (170) Ibidem.
- (171) Véase Staar, Richard, op. cit., p.p. 232-239.
- (172) Véase, Guillermaz, Jacques, op. cit., p.p. 327-329.
- (173) Marcou, Lilly, El Movimiento, op. cit., p.p. 64-65
- (174) Véase, Guillermaz, Jacques, op. cit., p. 328.
- (175) Ibid., p. 329.
- (176) Extractos de la versión resumida que presenta Valli, Bernardo, op. cit., p.p. 168-175.
- (177) Véase Guillermaz, Jacques, op. cit., p.p. 331-334.
- (178) Véase Marcou, Lilly, El Movimiento, op. cit., p.p. 74-82.
- (179) Guillermaz, Jacques, op. cit., p. 332.
- (180) Sobre la Revolución Cultural China véase Ibid., p.p. 347-455; Houn, Franklin, Breve Historia del Comunismo Chino, FCE, México, 1976, p.p. 271-302.
- (181) Togliatti, Palmiro y Tse-Tung, Mao, Una Controversia Sobre el Movimiento Comunista Internacional, Icaria, Barcelona, 1978, p. 142. En este texto se recogen los más importantes documentos sobre la polémica aludida

- (182) Azcarate, Manuel, op. cit., p. 73. Para una original concepción y crítica de este crucial problema recomendamos al lector la lectura de Heller, Agnes y Feher, Ferenc, Anatomía de la Izquierda Occidental, op. cit., capítulos 1 y 2.
- (183) Togliatti, Palmiro y Tse-Tung, Mao, op. cit., p.p. 156-157.
- (184) Ibid., p.p. 161-165.
- (185) Ibid., p. 181.
- (186) Ibid., p. 184.
- (187) Ibid., p.p. 184-185.
- (188) Citado por Rodriguez-Ibañez, José, "Spanish Communism in Transition", en Boggs, Plotke et. al., op. cit., p. 78.
- (189) Vease Claudin, Fernando, Documentos de una Divergencia Comunista, El Viejo Topo, Barcelona, 1978.
- (190) Ibid., p. 11.
- (191) Para algunas consideraciones interesantes sobre las implicaciones del cambio en el liderazgo soviético vease Bialer, Seweryn, Los Primeros Sucesores de Stalin, FCE, México, 1987.
- (192) Azcarate, Manuel, op. cit., p. 160.
- (193) Marcou, Lilly, El Movimiento Comunista ..., op. cit., p.p. 94-95.
- (194) Para un análisis pormenorizado sobre la "Primavera de Praga" y la ocupación militar soviética, vease Azcarate, Manuel, op. cit., p.p. 167-178; Fejto, Francois, op. cit., p.p. 244-249 y; Levine Isaac, Intervention The Causes and Consequences of the Invasion of Czechoslovakia, David Mc. Key Co., New York, 1969.
- (195) Fejto, Francois, op. cit., p. 246.
- (196) Ibid., p. 258.
- (197) Ibid., p. 266.
- (198) Azcarate, Manuel, op. cit., p. 173.
- (199) Fejto, op. cit., p. 271.
- (200) Ibid., p.p. 274-278
- (201) Azcarate, Manuel, op. cit., p. 176.
- (202) Si se desea profundizar en los detalles de los trabajos de esta Conferencia vease Claudin, Fernando, Eurocomunismo y Socialismo, op. cit., p.p. 48-51; Marcou, Lilly, El Movimiento Comunista..., op. cit., p.p. 98-106 y; Valli, Bernardo, op. cit., p.p. 40-43.

- (203) Guillermaz, Jacques, op. cit., p. 572.
- (204) Ibid., p.p. 575-574.
- (205) Citado por Claudin, Fernando, Eurocomunismo y Socialismo, op. cit., p.p. 52-53.
- (206) Valli, Bernardo, op. cit., p. 39.
- (207) Claudin, Fernando, Eurocomunismo..., op. cit., p. 53.
- (208) Citado por Valli, Bernardo, op. cit., p. 41.
- (209) Todas las citas están extraídas de la versión sintetizada de la disertación de Enrico Berlinguer presentada por Valli, Bernardo, op. cit., p.p. 210-215.
- (210) Sobre el controvertido origen del término veáse Aspaturian, Vernon, "Conceptualizing Eurocommunism: Some Preliminary Observations" en Eurocommunism Between East and West, Indiana University Press, Bloomington, 1980, p.p. 3-21; Cammett, John, The Promise of Eurocommunism, Lawrence and Hill Co., Westport, 1980 y; Elliott, Philip and Schlesinger, Philip, "On the Stratification of Political Knowledge: Studying 'Eurocommunism', an Unfolding Ideology", en Sociological Review, No. 27, February 1979, p.p. 55-81.
- (211) Elliott, Philip and Schlesinger, Philip, "On the Stratification...", en op. cit., p. 58.
- (212) Ibid., p. 59.
- (213) Veáse ibid., p.p. 59-70.
- (214) Veáse Claudin, Fernando, Eurocomunismo y Socialismo, op. cit., p.p. 1-3 y Valli, Bernardo, op. cit., p.p. 13-15.
- (215) Sobre la historia del Partido Comunista Japonés, veáse Berton, Peter, "Japan: Euro-Nippo-Communism", en Aspaturian et al., Eurocommunism Between East and West, op. cit., p.p. 326-356 y; Fukui, Haruhiro, "El Partido Comunista Japonés: La Línea Miyamoto y sus Problemas", en Kaplan, Morton et. al., op. cit., p.p. 212-246.
- (216) Veáse Spotts, Frederic and Wieser, Theodor, Italy. A Difficult Democracy, op. cit., p.p. 1-19, 103-119 y 283-292.
- (217) Berlinguer, Enrico, La Cuestión Comunista, op. cit., p. 157.
- (218) Veáse Spotts, Frederic and Wieser, Theodor, op. cit., p.p. 16-19 y 24-28.
- (219) Veáse Azcarate, Manuel, op. cit., p.p. 204-207; Marcou, Lilly, El Movimiento Comunista..., op. cit., p.p. 119-126 y; Valli, Bernardo, op. cit., p.p. 43-46.

- (220) Valli, Bernardo, op. cit., p. 232.
- (221) Azcarate, Manuel, op. cit., p.p. 206-207.
- (222) Paramio, Ludolfo, Tras el Diluvio. La Izquierda ante el Fin del Siglo, Siglo XXI, México, 1988, p. 79.
- (223) Azcarate, Manuel, op. cit., p.p. 180-181.
- (224) Veáse Colletti, Lucio, La Superación de la Ideología, Catedra, Madrid, 1982, p.p. 27-33.
- (225) Sobre los denominados "nuevos filósofos", consúltese Albiac, Gabriel, "Por una Pneumatología de los Nuevos Inquisidores" en El Viejo Topo, Revista Mensual, Barcelona, Abril 1978, p.p. 20-29.
- (226) Veáse la introducción de Rossana, Rossana a El Manifiesto, Era, México, 1973, p.p. 9-36
- (227) Ibid, p. 10.
- (228) Sobre la naturaleza de la crisis veáse Amin, Samir et. al., Dinámica de la Crisis Global, Siglo XXI, México, 1983; Claudin, Fernando, Eurocomunismo y Socialismo, op. cit., p.p. 1-29; Paramio, Ludolfo, "Una Revisión de la Historia del Movimiento Obrero", "El Panorama Ideológico de la Izquierda en la Posguerra" y "La Crisis de los Años Setenta" en Tras el Diluvio, op. cit. y Poulantzas, Nicos et. al., La Crisis del Estado, Fontanella, Barcelona, 1979.
- (229) Offe, Claus, Contradictions of the Welfare State, op. cit., y Disorganized Capitalism, MIT Press, Cambridge, 1985.
- (230) Paramio, Ludolfo, Tras el Diluvio..., op. cit., p.p. 106-107 y 142-146.
- (231) Ibid, p. 143.
- (232) Ibid, p. 145.
- (233) Ibid, p. 160.
- (234) Sobre el origen y desarrollo del Partido Socialista Francés, veáse Azcarate, Manuel, op. cit., p.p. 192-196 y Wright, Vincent, The Government and Politics of France, op. cit., p.p. 171-180.
- (235) Paramio, Ludolfo, op. cit., p. 161.
- (236) Wright, Vincent, op. cit., p. 167.
- (237) Veáse Azcarate, Manuel, op. cit., p.p. 199-202 y Rodríguez-Ibañez, José, "Spanish Communism in Transition" en Boggs, Carl et al., The Politics of Eurocommunism, op. cit., p.p. 77-95.

- (238) Spotts, Frederic y Wieser, Theodor, op. cit., p. 68.
- (239) Veáse en particular Santamaría, Julián, "Transición Controlada y Dificultades de Consolidación: El Ejemplo Español", en Transición a la Democracia en el Sur de Europa y América Latina, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1982, p.p. 371-417.
- (240) Azcarate, Manuel, op. cit., p.p. 194-195.
- (241) Para el caso portugués veáse Campinos, Jorge, "La Transición del Autoritarismo a la Democracia en la Europa del Sur: El Ejemplo Portugués" y, para el caso griego, Diamandouros, Niki-foros, "La Transición de 1974 de un Régimen Autoritario a un Régimen Democrático en Grecia: Datos Básicos e Interpretación desde una Perspectiva Europea", ambos en Santamaría, Julián, Transición a la Democracia... op. cit., p.p. 93-150 y 151-197, respectivamente.

Un enfoque global sobre este proceso puede encontrarse en Poulantzas, Nicos, La Crisis de las Dictaduras. Portugal, España y Grecia, Siglo XXI, México, 1976

- (242) Extractos de la Declaración Conjunta cuyo texto íntegro se reproduce en Berlinguer, Carrillo, Marchais et. al., La Vía Europea al Socialismo, Selección e Introducción de Ignacio Delogu, Península, Barcelona, 1977, p.p. 94-96.
- (243) Veáse Valli Bernardo, op. cit., p.p. 48-53.
- (244) Sobre el alcance y repercusiones del XXII Congreso del PCF, Veáse Claudin, Fernando, Eurocomunismo y Socialismo, op. cit., p.p. 58-60; Fonvielle-Alquier, Francois, El Eurocomunismo, Plaza y Janes, Barcelona, 1979, p.p. 52-60 y; Ross, George, "The PCF and the end of the Bolshevik Dream" en Boggs, Plotke, et al., op. cit., p.p. 31-33 y Valli, Bernardo, op. cit., p.p. 54-56.

Louis Althusser y uno de sus principales discípulos, Etienne Balibar, emergerían como las cabezas más visibles de una corriente intelectual francesa militante en el PCF que exigió profundizar el debate teórico sobre la pertinencia de abandonar la noción de "dictadura del proletariado", manifestando su desacuerdo por los procedimientos y argumentos esgrimidos para justificar la nueva línea, concluyendo que se trataba de una actitud negativa y fundamentada en un análisis y valoración absolutamente insuficientes desde el punto de vista teórico y político. Vease Balibar, Etienne, Sobre la Dictadura del Proletariado, Siglo XXI, México, 1977.

- (245) Valli, Bernardo, op. cit., p. 53.
- (246) Berlinguer, Carrillo, Marchais et. al., op. cit., p. 98.
- (247) Ibid., p. 99.

- (248) Los discursos y documentos oficiales más relevantes en los que se plasmaron las orientaciones fundamentales de los tres partidos convergentes en el eurocomunismo, se encuentran recopilados en el texto anterior. El tratamiento de algunas de las especificidades programáticas y políticas que los distinguieron es abordado en Claudin, Fernando, Eurocomunismo y Socialismo, op. cit., p.p. 119-132 y en el prefacio de Marzani, Carl, The Promise of Eurocommunism, Lawrence and Hill Co., Westport, 1980.
- (249) Véase Azcárate, Manuel, op. cit. p. 210; Claudin, Fernando, Eurocomunismo y Socialismo, op. cit. p.p. 169-174 y; Valli, Bernardo, op. cit. p.p. 238-242.
- (250) Todos los fragmentos de los discursos de Kissinger y Sonnenfeldt corresponden a la versión resumida presentada por Valli, Bernardo, op. cit. p.p.
- (251) Sobre este tema véase en particular Osgood, Robert, "The Effects of Eurocommunism on NATO", en Aspaturian, Vernon et. al., op. cit. p.p. 272-295, así como la introducción de Papan, Morton a Las Diversas Facetas del Comunismo, op. cit. p.p. 10-33.
- (252) Las percepciones y actitud del PCI, PCF y PCE hacia la OTAN, así como la importancia estratégica de sus respectivos países para la alianza atlántica también son analizados por Osgood, Robert, op. cit. Algunos datos y consideraciones adicionales sobre el PCI pueden encontrarse en Are, Giuseppe, "Italy's Communists: Foreign and Defense Policies" en Survival, International Institute for Strategic Studies, London, September-October, 1976.
- (253) De las declaraciones de Enrico Berlinguer al diario italiano "Corriere de la Sera" aparecido el 15 de junio de 1976. Citado por Robert Osgood.
- (254) Valenta, Jiri, "Eurocommunism and the USSR" en Aspaturian, Vernon et. al., op. cit. p.p. 117-118.
- (255) Algunas consideraciones sobre la relación entre el eurocomunismo y las sociedades del Este puede encontrarse en Villari, Rosario, "Eurocomunismo y Corrientes Marxistas, Socialistas y Democráticas de la Disidencia"; Magri, Lucio, "Socialismo Real y Socialismo Posible: Problemática de las Sociedades del Este frente a la Izquierda Europea" y; Claudin, Fernando, "Eurocomunismo y Sociedad Antagonista de Nuevo Tipo", todos en Poder y Oposición en las Sociedades Postrevolucionarias, Laia, Barcelona, 1980.
- (256) Valli, Bernardo, op. cit. p.p. 47-48.
- (257) Ibid., p. 51.
- (258) Ibidem.

- (259) Ibid., p. 57.
- (260) Fragmentos textuales del discurso de Enrico Berlinguer en el XXV Congreso del PCUS, reproducido íntegramente en La Vía Europea al Socialismo, op. cit., p.p. 84-89.
- (261) Véase el texto íntegro del discurso de Suslov, Mijail, "La Nuestra es la Época del Triunfo del Marxismo-Leninismo" en ibid., p.p. 229-240.
- (262) Sobre las concesiones hechas por el PCUS a diversos partidos comunistas para poder llegar a la Conferencia Europea, véase Azcárate, Manuel, op. cit., p. 211. El texto íntegro del documento adoptado en dicha Conferencia puede encontrarse en La Vía Europea al Socialismo, op. cit., p.p. 287-311.
- (263) Extractos de la versión resumida del discurso de Enrico Berlinguer presentada por Valli, Bernardo, op. cit., p.p. 272-273.
- (264) Ibid., p.p. 273-276.
- (265) Ibid., p.p. 276-277.
- (266) Ibid., p.p. 59-60.
- (267) Citado por Claudin, Fernando, Eurocomunismo y Socialismo, op. cit., p. 59.
- (268) Véase ibid., p.p. 64-70 y Willenz, Eric, "Eurocommunist Perceptions of Eastern Europe: Ally or Adversary?", en Aspaturian, Vernon et. al., op. cit., p.p. 254-255.
- (269) Citado por Willenz, Eric, op. cit., nota 2.
- (270) Carrillo, Santiago, Eurocommunism and the State, op. cit., p.p. 7-10.
- (271) Ibid., p.p. 39-40.
- (272) Ibid., p.p. 97-98.
- (273) Ibid., p.p. 155-156.
- (274) Ibid., p.p. 157-160.
- (275) Ibid., p. 168.
- (276) Claudin, Fernando, Eurocomunismo y Socialismo, op. cit., p. 184.
- (277) Todas las referencias textuales del artículo de "Tiempos Nuevos" corresponden a la versión íntegra reproducida en La Vía Europea al Socialismo, op. cit., p.p. 325-338.
- (278) Véase Claudin, Fernando, Eurocomunismo op. cit., p.p. 182-204.

- (279) Véase Spotts, Frederic y Wieser, Theodor, Italy, A Difficult Democracy, op. cit., p.p. 50-52.
- (280) Véase Paramio, Ludolfo, "La Apuesta del Eurocomunismo" en Nexos, revista mensual, México, Septiembre 1980, p.p. 39-45.
- (281) Paramio, Ludolfo, Tras el Diluvio ..., op. cit., p. 112.
- (282) Ibid, p.p. 113-114.
- (283) Véase Spotts, Frederic y Wieser, Theodor, op. cit., p.p. 45-46.
- (284) Véase Marzani, Carl, The Promise of Eurocommunism, op. cit., p.p. 254-252.
- (285) Ibid, p. 268.
- (286) Véase Mortimer, Eduard; Story, Jonathan; Filo de la Torre, Paolo, "Whatever Happened to Eurocommunism?", en International Affairs, September 1979, p.p. 574-585.
- (287) Véase Marzani, Carl, op. cit., p.p. 263-270.
- (288) Véase ibid, p.p. 271-280 y; Spotts, Frederic y Wieser, Theodor, op. cit., p.p. 75-85.
- (289) Mortimer, Eduard, et. al., op. cit., p. 577.
- (290) Marzani, Carl, op. cit., p. 274.
- (291) Véase Spotts, Frederic y Wieser, Theodor, op. cit., p. 46.
- (292) Sobre el contenido del Programa Común de Gobierno véase Poulard, Jean, "El PCF y la Unión Popular" en Morton, Kaplan et. al., op. cit., p.p. 89-95.
- (293) Wright, Vincent, op. cit., p.p. 174-175.
- (294) Véase ibid, p. 181.
- (295) Ross, George, "The PCF and the end of the Bolshevik Dream" en Boggs, Carl y Plotke, David, op. cit., p. 36.
- (296) Ibid, p.p. 36-37.
- (297) Wright, Vincent, op. cit., p.p. 185-186.
- (298) Véase el apartado dedicado a "La 'Cuestión Comunista' en la Alianza Atlántica" en Estados Unidos, Perspectiva Latinoamericana, CIDE, vol. 6, núm. 8, agosto 1981, p.p. 86-87.
- (299) Rodríguez-Ibañez, José, "Spanish Communism in Transition" en Boggs, Carl y Plotke, David, op. cit., p. 78.
- (300) Ibidem.

- (301) Veáse Claudin, Fernando, Documentos de una Divergencia Comunista. El Viejo Topo, Barcelona, 1978.
- (302) Ibid, p.p. 46-47.
- (303) Ibid, p.p. 152-153.
- (304) Ibid, p. 11.
- (305) Veáse Santamaría, Julián, "Transición Controlada y Dificultades de Consolidación: El Ejemplo Español" en Transición a la Democracia en el Sur de Europa y América Latina, op. cit., p.p. 377-417.
- (306) Noveno Congreso del Partido Comunista de España, Crítica, Barcelona, 1978, p. 59.
- (307) Ibid, p.p. 84-85.
- (308) Veáse Santamaría, Julián, op. cit., p.p. 391-396.
- (309) Ibid, p.p. 397-402.
- (310) Ibid, p.p. 402-407.
- (311) Veáse Noveno Congreso del Partido Comunista de España, op. cit., p.p. 64-68.
- (312) Ibid, p.p. 68-69.
- (313) Ibid, p.p. 24-25.
- (314) Ibid, p.p. 32-33.
- (315) Ibid, p.p. 44-46.
- (316) Veáse Azcárate, Manuel, op. cit., p.p. 216-224.

B I B L I O G R A F I A

1. BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

- Althusser, Louis, Posiciones, Grijalbo, México, 1977.
- , Seis Iniciativas Comunistas, 2a. ed., Siglo XXI, México, 1980.
- , Lo que no Puede Durar en el Partido Comunista, 2a. ed., Siglo XXI, Madrid, 1980.
- Anderson, Perry, Consideraciones Sobre el Marxismo Occidental, 2a. ed., Siglo XXI, México, 1981.
- , Tras las Huellas del Materialismo Histórico, Siglo XXI, México, 1988.
- Bahro, Rudolf, Por un Comunismo Democrático, Fontamara, Barcelona, 1981.
- Becker, Jean-Jacques, Histoire Politique de la France Depuis 1945, Armand Colin, Paris, 1988.
- Bobbio, Norberto, ¿Qué Socialismo? Discusión de una Alternativa, Plaza y Janes, Barcelona, 1978.
- Bobbio, Norberto y Matteucci, Nicola (directores), Diccionario de Política, 2 vols., Siglo XXI, México, 1981.
- Brandt, Willy; Kreisky, Bruno y Palme, Olof, La Alternativa Socialdemócrata, Blume, Barcelona, 1977.
- Brzezinski, Zbigniew, Ideología y Poder en la Política Soviética, 2a. ed., Paidós, Buenos Aires, 1977.
- Cerroni, Umberto, Problemas de la Transición al Socialismo, Crítica Grijalbo, Barcelona, 1979.
- Claudin, Fernando, La Oposición en el 'Socialismo Real', Siglo XXI, Madrid, 1981.
- , Marx, Engels y la Revolución de 1848, 4a. ed., Siglo XXI, Madrid, 1985.
- Colliard, Jean-Claude, Los Regímenes Parlamentarios Contemporáneos, Blume, Barcelona, 1981.
- Chatelet, Francois; Piser-Fouchner, E. y Vincent, J. M., Los Marxistas y la Política, 3 vols., Taurus, Madrid, 1977.

- Chatelet, Francois y Pisier-Kouchner, E., Las Concepciones Políticas del Siglo XX, Espasa Universidad, Madrid, 1986.
- Chatelet, Francois; Duhamel, O. y Pisier-Kouchner, E., Historia del Pensamiento Político, Tecnos, Madrid, 1987.
- Dawisha, Karen, Eastern Europe, Gorbachev and Reform: The Great Challenge, Cambridge University Press, New York, 1988.
- Deutscher, Isaac, Stalin. Biografía Política, Era, México, 1976.
- Debray, Régis, Carta a los Comunistas, Bruguera, Barcelona, 1978.
- Fioravanti, Eduardo, Ni Eurocomunismo ni Estado, Península, Barcelona, 1978.
- Gerratana, Valentino, Investigaciones Sobre la Historia del Marxismo II, Grijalbo, Barcelona, 1975.
- Gorbachev, Mijail, Perestroika, Diana, México, 1987.
- Gramsci, Antonio, Escritos Políticos (1917-1933). Introducción de Leonardo Paggi, 2a. ed., Siglo XXI, México, 1981.
- , Antología. Selección, Traducción y Notas de Manuel Sacristán, 8a. ed., Siglo XXI, México, 1985.
- Haupt, Georges y Marie, Jean-Jacques, Los Bolcheviques, Era, México, 1972.
- Hobsbawm, Eric et al, Revolución y Democracia en Gramsci, 2a. ed., Fontamara, Barcelona, 1981.
- Hoxha, Enver, Eurocomunismo es Anticomunismo, Actividad EDA, México, 1981.
- Ingrao, Pietro, Crisis y Tercera Vía, Laia, Barcelona, 1980.
- Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal, Hegemonía y Estrategia Socialista. Hacia una Radicalización de la Democracia, Siglo XXI, Madrid, 1987.
- Lombardo Radice, Lucio, Un Socialismo por Inventar, Laia, Barcelona, 1980.
- Mandel, Ernest, Dos Pasos Adelante, dos Pasos Atrás, El Viejo Topo, Barcelona, 1979.
- , Crítica del Eurocomunismo, Fontamara, Barcelona, 1982.
- Noce, Augusto del, Italia y el Eurocomunismo. Una Estrategia para Occidente, Magisterio Español, Madrid, 1977.

- Petta, Paolo. Ideología Constitucional de la Izquierda Italiana (1897-1974). Blume, Barcelona, 1978.
- Poulantzas, Nicos et al. El Problema del Estado y la Dictadura del Proletariado. Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, 1978.
- Sánchez Vázquez, Adolfo. Ensayos Marxistas Sobre Teoría y Política. Océano, México, 1985.
- Schaff, Adam. El Comunismo en la Encrucijada. Critica Grijalbo, Barcelona, 1983.
- Suárez-Iñíguez, E. . Eurocomunismo. El Caballito, México, 1978.
- Swegzy, Paul et al. Acercas de la Naturaleza Social de la URSS. Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, 1979.
- Timmermann, Heinz. I Partiti Comunisti dell'Europa Mediterranea. Il Mulino, Bologna, 1981.
- Teodori, Massimo. Las Nuevas Izquierdas Europeas (1956-1976), 3 vols. . Blume, Barcelona, 1978.
- Walker, Martin. The Waking Giant. Gorbachev's Russia. Pantheon Books, New York, 1988.

2. BIBLIOGRAFIA CITADA

LIBROS.

- Althusser, Louis, Ideología y Aparatos Ideológicos de Estado, Pepe, Medellín, 1978.
- Althusser, Louis et al, La Crisis del Marxismo, Editorial Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, 1979.
- Althusser, Louis et al, Discutir al Estado, Folios, México, 1982.
- Amin, Samir et al, Dinámica de la Crisis Global, Siglo XXI, México, 1983.
- Anderson, Perry, Las Antinomias de Antonio Gramsci, 2a. ed., Fontamara, Barcelona, 1981.
- Arguedas, Sol, El Estado Benefactor. ¿Fenómeno Cíclico?, Mundo, México, s/f.
- Aspaturian, Vernon; Valenta, Jiri y Burke, David (editores), Eurocommunism Between East and West, Indiana University Press, Bloomington, 1980.
- Azcárate, Manuel, La Izquierda Europea (1940-1980), Universidad Autónoma de Sinaloa, México, 1985.
- Bahro, Rudolf, La Alternativa. Contribución a la Crítica del Socialismo Realmente Existente, Alianza Editorial, Madrid, 1979.
- Balibar, Etienne, Sobre la Dictadura del Proletariado, Siglo XXI, México, 1977.
- Berlinguer, Enrico, La Cuestión Comunista, 2a. ed., Fontamara, Barcelona, 1977.
- Berlinguer, Enrico; Carrillo, Santiago; Marchais, George et al, La Vía Europea al Socialismo. Selección e Introducción de Ignacio Deloqui, Península, Barcelona, 1977.
- Bettelheim, Charles, Las Luchas de Clases en la URSS. Primer Período 1917-1923, 3a. ed., Siglo XXI, México, 1980.
- Bialer, Seweryn, Los Primeros Sucesores de Stalin, FCE, México, 1987.
- Bitar, Sergio, Irreconciliación, Socialismo y Democracia, Siglo XXI, México, 1979.
- Boffa, Giuseppe, La Revolución Rusa, Era, México, 1976.
- Boggs, Carl y Plotke, David (editores), The Politics of Eurocommunism. Socialism in Transition, South End Press, Boston, 1980.

- Brzezinski, Zbigniew. The Soviet Bloc... Unity and Conflict. Revised Edition, Praeger, New York, 1963.
- Buci-Glucksmann, Christine. Gramsci y el Estado, 2a. ed., Siglo XXI, 1978.
- Carrillo, Santiago. Eurocomunism and the State. Lawrence and Hill Co., New York, 1978.
- Cammett, John. The Promise of Eurocomunism Lawrence and Hill Co., Westport, 1980.
- Cerroni, Umberto. Teoría Política del Socialismo, 2a. ed., Era, México, 1976.
- Claudin, Fernando. The Communist Movement... From Comintern to Cominform. 2 vols., Monthly Review Press, New York, 1975.
- Eurocomunismo y Socialismo, Siglo XXI, Madrid, 1977.
- Documento de una Divergencia Comunista. El Viejo Topo, Barcelona, 1978.
- Claudin, Fernando y Azcárate, Manuel. Interrogantes ante la Izquierda. El Viejo Topo, Barcelona, 1980.
- Cole, G. D. H., Historia del Pensamiento Socialista. Vol. 1. FCE, México, 1980.
- Colletti, Lucio. La Cuestión de Stalin y otros Escritos Sobre Política y Filosofía. Anagrama, Barcelona, 1977.
- La Superación de la Ideología Catedral, Madrid, 1982.
- Correspondencia Secreta de Stalin con Roosevelt, Churchill, Truman y Attlee 1941-1945, FCE, México, 1965.
- Ellenstein, Jean. El Fenómeno Estaliniano, Siglo XXI, Barcelona, 1977.
- Ellison, Herbert et al. The Sino-Soviet Conflict... A Global Perspective. The University of Washington Press, Seattle, 1982.
- Fehér, Ferenc; Heller, Agnes y Markus, Gyorgy. Dictadura y Cuestiones Sociales. FCE, México, 1986.
- Fejto, Francois. Historia de las Democracias Populares. Martínez Roca, Barcelona, 1977.
- Fonvielle-Alquier, Francois. El Eurocomunismo, Plaza y Janes, Barcelona, 1979.
- Fundación Pablo Iglesias. El Sistema Soviético Hoy. Editorial Pablo Iglesias, Madrid, 1984.

- Geras, Norman, Actualidad del Pensamiento de Rosa de Luxemburgo. Era, México, 1980.
- Grupo Editor Latinoamericano, Crisis y Regulación Estatal: Dilemas de Política en América Latina y Europa. Eural-gel, Buenos Aires, 1988.
- Gruppi, Luciano, El Concepto de Hegemonía en Gramsci. Ediciones de Cultura Popular, México, 1978.
- Guillermaz, Jacques, El Partido Comunista Chino en el Poder (1949-1973). Península, Barcelona, 1975.
- Habermas, Jürgen, Problemas de Legitimación en el Capitalismo Tardío. Amorrortu, Buenos Aires, 1986.
- Heller, Agnes, Para Cambiar la Vida, Crítica Grijalbo, Barcelona, 1981
- Teoría de las Necesidades en Marx, 2a. ed., Península, Barcelona, 1986.
- Heller, Agnes y Feher, Ferenc, Anatomía de la Izquierda Occidental. Península, Barcelona, 1985.
- Heiman, Horst, Textos Sobre el Revisiónismo, Nueva Imagen, México, 1982.
- Hinton, Harold, La China Comunista en la Política Mundial. Uthea, México, 1968.
- Houn, Franklin, Breve Historia del Comunismo Chino. FCE, México, 1976.
- Joll, James, Europe Since 1870. An International History. Penguin Books, London, 1976.
- Kaplan, Morton (editor), Las Diversas Facetas del Comunismo. Noema, México, 1982.
- Karol, Karl et al, Poder y Oposición en las Sociedades Postrevolucionarias. Laia, Barcelona, 1980.
- Kolakowski, Leszek, Las Principales Corrientes del Marxismo. 3 vols., Alianza Editorial, Madrid, 1980.
- Kriegel, Annie, Los Grandes Procesos en los Sistemas Comunistas. Alianza Editorial, Madrid, 1973.
- Lenk, Kurt, Teorías de la Revolución. Anagrama, Barcelona, 1983
- Lenin, Vladimir, Obras Escogidas. Progreso, Moscú, s/f.
- ¿Qué Hacer?. Ediciones de Lenguas Extranjeras, Pekín, 1975.
- Contra la Burocracia, 3a. ed., Siglo XXI, México, 1980

- Levine, Isaac. Intervention, The Causes and Consequences of the Invasion of Czechoslovakia. David Mc. Key Co., New York, 1969.
- Los Cuatro Primeros Congresos de la Internacional Comunista. Siglo XXI, Buenos Aires, 1973.
- Luxemburgo, Rosa. Obras Escogidas. Prólogo y Selección de Bolívar Echeverría. Era, México, 1978.
- Marx y Engels. Obras Escogidas. Progreso, Moscú, s/f.
- Macciocchi, Ma. Antonietta. Gramsci y la Revolución de Occidente. 4a. ed., Siglo XXI, México, 1980.
- Marcou, Lilly. La Eominform. Villalar, Madrid, 1978.
- El Movimiento Comunista Internacional Desde 1945. Siglo XXI, Madrid, 1981.
- Marzani, Carl. The Promise of Eurocommunism. Lawrence and Hill Co., Westport, 1980.
- Novack, George y Frankel, Dave. Las Tres Primeras Internacionales. Fontamara, Barcelona, 1978.
- Noveno Congreso del Partido Comunista de España. Crítica Grijalbo, Barcelona, 1978.
- Offe, Claus. Desorganized Capitalism. MIT Press, Cambridge, 1985.
- Contradictions of the Welfare State. MIT Press, Cambridge, 1987.
- Paramio, Ludolfo. Tras el Diluvio. La Izquierda ante el Fin del Siglo. Siglo XXI, México, 1988.
- Pico, Josep. Teorías del Estado de Bienestar. Siglo XXI, Madrid, 1987.
- Portantiero, Juan Carlos. Los Usos de Gramsci. 3a. ed., Folios, México, 1983.
- La Producción de un Orden, Ensayos Sobre la Democracia entre el Estado y la Sociedad. Nueva Visión, Buenos Aires, 1938.
- Portelli, Hughes. Gramsci y el Bloque Histórico. 6a. ed., Siglo XXI, México, 1979.
- Poulantzas, Nicos. La Crisis de las Dictaduras. Portugal, España y Grecia. Siglo XXI, México, 1976.
- Poulantzas, Nicos, et al. La Crisis del Estado. Fontanella, Barcelona, 1979.
- Reiman, Michael. El Nacimiento del Estalinismo. Crítica, Barcelona, 1982.

- Rossanda, Rossana, El Manifiesto, Era, México, 1973.
- Santamaría, Julián (compilador), Transición a la Democracia en el Sur de Europa y América Latina, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1982.
- Schwab, James et al, Eurocommunism. The Ideological and Political-Theoretical Foundations, Greenwood Press, Westport, 1978.
- Senarcleos, Pierre de, Yalta, FCE, México, 1988.
- Spotts, Frederic y Weiser, Theodor, Italy a Difficult Democracy, Cambridge University Press, New York, 1986.
- Staar, Richard La Europa Comunista: Economía y Sociedad, Playor, Madrid, 1983.
- Stalin, Jose y Zinoviev, Gregori, El Socialismo en un Sólo País, 2a. ed., Siglo XXI, 1976.
- Togliatti, Palmiro, Escritos Políticos, Era, México, 1971.
- Togliatti, Palmiro y Tse Tung, Mao, Una Controversia sobre el Movimiento Comunista Internacional, Icaria, Barcelona, 1978.
- Trotsky, Leon, Teoría y Práctica de la Revolución Permanente, Introducción, Notas y Compilación de Ernest Mandel, Siglo XXI, México, 1983.
- Valli, Bernardo, Los Eurocomunistas. Historia, Polémica y Documentos, Dopesa, Barcelona, 1977.
- Wohlfort, Tim, Teorías del Socialismo en el Siglo XX, Nueva Sociología, México, 1983.
- Wright, Vincent, The Government and Politics of France, Holmes and Meier Publishers, New York, 1983.

ARTICULOS DE REVISTA

- Albiac, Gabriel, "Por una Pneumatología de los Nuevos Inquisidores" en El Viejo Topo, revista mensual, No. 19, Barcelona, Abril de 1978.
- Are, Giuseppe, "Italy's Communists: Foreign and Defence Policies" en Survival, International Institute for Strategic Studies, London, September-October 1976.
- Claudin, Fernando, "Octubre y el Movimiento Comunista" en Cuadernos Políticos, revista trimestral, No. 15, Era, México, Enero-Marzo 1978.

Elliott, Philip y Schlesinger, "On the Stratification of Political Knowledge: Studying 'Eurocommunism', an Unfolding Ideology" en Sociological Review, No. 27, February 1979.

Heller, Agnes, "Bajo la Mirada de Occidente". Entrevista con Fernando Claudin en Nexos, revista mensual, No. 93, México, Septiembre 1985.

"La Cuestión Comunista en la Alianza Atlántica" en Estados Unidos. Perspectiva Latinoamericana, carta mensual, vol. 6, No. 8, CIDE, México, Agosto de 1981.

Mortimer, Eduard; Story, Jonhatan; Filo de la Torre, Paolo, "Whatever Happened to Eurocommunism?" en International Affairs, September 1979.

Paramio, Ludolfo, "La Apuesta del Eurocomunismo" en Nexos, revista mensual, No. 33, México, Septiembre de 1980.